



Besos

con sabor a

besos

PHAVY PRIETO

BESOS CON SABOR A FRESAS

Phavy Prieto

A mi querida Conchi, mi florecilla divertida y alegre
que siempre consigue sacarme una sonrisa.
¡Que disfrutes de tu adonis griego, preciosa!

“Lo mágico del amor es que cuando empiezas a creer que no existe, llega alguien que te demuestra lo contrario”

(Anónimo)

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Epílogo](#)

[Biografía de la Autora](#)

Capítulo 1

Desde pequeña siempre me han gustado dos cosas; las listas y los números. Quizá el hecho de que mi madre me llevara siempre a la compra para sentarme en el carrito y fuera dictándole los productos de la lista al mismo tiempo que apuntaba cuanto costaban para saber lo que gastaba podría influir bastante, aunque yo con lo que verdaderamente disfrutaba era tachando lo que ella añadía al carro. Esa sensación tan placentera de poder eliminar con un enorme tachón algo que ya se había acabado fue la razón de que me hiciera una gran adicta de las listas infinitas.

Comencé haciendo listas de los deberes de clase, supongo que como todo niño normal que desea sacar buenas notas en el colegio, pero pronto me di cuenta que aquello no era suficiente porque quería añadir más cosas a esa corta lista y empecé a colocar las tareas cotidianas como comer, acostarme o simplemente lavarme la cara, ahí fue cuando comencé a saber lo que tardaba en realizar cada cosa y supe que podía determinar horas a las cosas para llenar todos mis huecos de la lista.

Mi pasión por los números y el control me llevaron a estudiar contabilidad, y pese a que suene un poco creído por mi parte, lo cierto es que soy buena, muy buena en ello, por eso trabajo para una de las mayores empresas de finanzas en el mercado que cotiza en bolsa. Como buena amante de los números, no tenía ni un minuto que perder, por eso ahora controlaba cada segundo desde que me levantaba hasta que me acostaba sin dejar lugar a imprevistos o accidentes.

—María, ¿Sabes donde están mis zapatos rojos? —preguntó mi mejor amiga y de paso compañera de piso, Nerea.

—¿Has mirado debajo de la cama? —exclamé mientras me terminaba de cepillar el pelo en el espejo de mi habitación porque había descubierto que cuantas más cosas hiciera en aquel habitáculo, menos tiempo perdía; sobre todo en interrupciones de Nerea entrando al baño para preguntarme banalidades.

—¡Sí! —gritó—. ¡Eres la mejor!

Ni tan siquiera sé como no miró allí en primer lugar puesto que el hueco que había debajo de la cama de Nerea era como el saco de Doraimon; esos dibujos para niños, donde podías encontrar igualmente una bicicleta que un par de zapatos rojos como en este caso.

También es lógico teniendo en cuenta que cuando mi compañera de piso limpia su habitación se limita a meter todo lo que hay por el suelo debajo de la cama y todo lo que hay por medio en el armario a modo “pelotón”

«Y a eso ella lo llama limpiar... mejor no diré lo que a mi me parece o dejaría de ser mi mejor amiga»

Ni sé aún como somos tan buenas amigas cuando podría decirse que es lo completamente opuesto a mi, de hecho, temía que entrara en mi habitación porque yo lo tenía todo perfectamente organizado, clasificado y colocado por colores, orden alfabético o gustos personales; pero la idea de vivir sola no me entusiasmaba y además compartir gastos no me venía nada mal para ahorrar.

—Lo sé —afirmé colocándome el collar que había elegido para ese día en tonos verdes porque combinaba con los zapatos—. Salgo en exactamente cinco minutos, si no estas en la puerta te quedas sin transporte —advertí.

No era la primera, ni la última vez que dejaba plantada a Nerea después de hacerme llegar tarde tres veces al trabajo, así que le hice lo mismo en otras tres ocasiones y finalmente decidió ser puntual.

—¡Voy!, ¡Voy!, ¡Voy! —gritó mientras la veía dar saltitos hacia la entrada intentando colocarse los zapatos.

Conocí a Nerea en el instituto, las dos somos del mismo pueblo —uno tan pequeño que mejor ni mencionarlo puesto que no aparece ni en los mapas—, y como nos veníamos a la misma ciudad a estudiar, nuestros padres decidieron buscar un apartamento para las dos. Mientras yo estudiaba contabilidad y me pasaba las noches en vela haciendo gráficas y esquemas, Nerea hacía como que estudiaba psicología —porque realmente se saltaba la mayoría de las clases—, y salía casi todas las noches durante el primer curso. Le costó tres años centrarse en la carrera y ahora trataba de compaginar sus estudios con el trabajo de recepcionista a media jornada en una clínica privada.

A pesar de que Nerea me diga que soy una loca obsesiva del control, lo cierto es que a mi juicio soy demasiado normal. Me levanto cada mañana, voy a trabajar mis ocho horas, acudo al gimnasio, leo el periódico, preparo la comida para el día siguiente, veo una película o serie, leo un libro, escucho música... ¿No es eso lo que hace todo el mundo? La única diferencia es que

yo lo apunto todo previamente para tener la seguridad de que no me salta nada y no desaprovecho el tiempo, porque para mi es demasiado valioso.

—¡Buenos días María! —exclamó la becaria que tenía durante esos meses sonriente mientras me ofrecía un café.

—Buenos días Andrea —contesté con menos efusividad cogiendo el vaso de cartón con protector de yemas—. ¿Ha llegado el jefe? —pregunté sabiendo que esa semana llegaría el nuevo director de la sucursal y todos estaban demasiado expectantes.

—No, quizá no sea hoy —contestó encogiéndose de hombros y caminé hacia mi despacho. De todos modos dudaba que el director tuviera mucho trato con “la plebe”, pero debía presentar un nuevo proyecto de inversión esa semana con grandes rentabilidades y no me apetecía en absoluto exponerlo al nuevo director por si era uno de esos reprimidos puntilloso como el anterior que le sacaba pegas absolutamente a todo.

—Bien, ojalá y no venga hasta finales de semana —contesté dando un sorbo al vaso y grité porque acababa de achicharrarme toda la lengua—. Pero tu que le has echado a esto, ¿leche o lava? —grité sacando la lengua mientras hacía aspavientos y trataba de soplarle a mi misma

«No lo hagáis, es técnicamente imposible»

—¡Lo siento María! —gritó histérica Andrea—. ¡Debí confundirme!

—¡Desde luego que si! —exclamé dándole el vaso con bebida del mismísimo infierno y entré en mi despacho encendiendo las luces.

—Enseguida te traigo uno con leche fría —dijo sulfurada mientras desaparecía.

—Genial. Dos minutos perdidos —medité en cuanto cerré la puerta y empecé a encender yo misma el ordenador porque mi becaria no lo había hecho como supuestamente le correspondía.

En cuanto volví a casa dejé la bolsa del gimnasio sobre la barra de la cocina para sacar la ropa y Nerea apareció como un remolino.

—¡Ey!, ¡Has vuelto! —exclamó entusiasmada—. ¿Has leído mis mensajes? —preguntó acelerada.

—No he mirado el móvil —aseguré abriendo la nevera para sacar el pescado que me tocaba cenar esa noche.

—Necesito que me hagas un favor esta noche —mencionó suplicante.

—Si dura más de media hora no cuentes conmigo —mencioné cogiendo de nuevo la bolsa del gimnasio para dirigirme hacia mi habitación y cuando

alcé la vista vi que tenía un ojo super maquillado y el otro a medias... imaginaba que había quedado con alguien.

—¡Por favor, por favor, por favor! —suplicó y supe que era uno de esos favores de los gordos, así que la curiosidad me venció.

—A ver si lo adivino... quieres que me vaya y te deje el piso vacío para una cita romántica con tu chico —mencioné porque intuía que, si se estaba arreglando de esa forma seguro que debía haber quedado de nuevo con ese millonete como ella lo llamaba y si los cálculos no me fallaban —que nunca lo hacían—, debía ser su tercera cita.

—¡No! —negó rotundamente—. Ni de coña pienso traer a Mathews aquí —alegó tajante.

«No me extraña. Si ve tu habitación sale espantado» pensé si es que el chico en cuestión era un súper pijo inglés con pasta.

Resultaba ilógico que Nerea tuviera menos pronunciación de inglés que mi abuela y sin embargo, Mathews lo pronunciara tan sumamente bien que cualquiera diría que había ido a una de esas academias caras durante toda su infancia.

Me crucé de brazos y la miré fijamente; a juzgar por como iba vestida, dudaba que su favor fuera pedirme ropa prestada.

—¿Entonces? —pregunté algo sorprendida. En ese punto no sabía que me iba a pedir Nerea, pues las opciones se me agotaban.

—Necesito que te vengas conmigo esta noche —soltó así sin más.

—Ni hablar —respondí dándome la vuelta.

En mis planes no entraba salir a cenar, o de fiesta, o lo que fuera que entrara en sus planes, yo tenía otros y mi agenda era testigo.

—¡Necesito llevar a una amiga! —gritó—. El primo de Mathews está en la ciudad y me ha pedido que me lleve a alguien, ¡Por favor María!, ¡Te juro que limpio el piso durante un mes si vienes! —gritó desesperada.

«Pues sí que tiene que estar bueno el tal Mathews si Nerea es capaz de rogar así»

—¿Un mes? —exclamé atónita—. ¿Pero limpiar de verdad? —pregunté valorando esa posibilidad... porque ya me olía yo lo que significaba limpieza para Nerea; pasar el plumero por encima de la tele y “arreando”.

—¡Si!, ¡Si!, ¡Si! —dijo dando pequeños grititos a la vez que saltaba—. ¡Seguro que el primo de Mathews es tan guapo como él! —añadió para tratar de convencerme del todo por si aún dudaba.

«Como si eso me importase» me dije pensando en el jaleo que tenía en el trabajo y que precisamente trasnochar no me apetecía en absoluto porque tendría ojos de panda mañana.

—Mañana tengo una presentación Nerea, no puedo volver tarde —dije señalándola con el dedo a modo de amenaza.

—¡Te juro que antes de las dos de la mañana estamos en casa! —gritó como si fuera una promesa levantando la mano.

«Pero ni el primo de Mathews era guapo, ni volví antes de las dos para mi propia desgracia...»

—Odio tener resaca —gemí mientras bebía el segundo sorbo de café aquella horripilante mañana.

—¡María! —gritó mi becaria entrando en el despacho como una loca perdida “mas de lo que de por sí estaba cuando algo la ponía nerviosa”.

—¡Dios!, ¡No grites! —sollocé mientras trataba de reprogramar mi agenda ajustando los tiempos y poder hacer todo lo que no había hecho la noche anterior por salir con mi compañera de piso “barra” amiga y aquel suplicio de hombre del que solo deseaba desechar de mi mente.

—Vale, no grito —susurró—, pero el nuevo director ha llegado —añadió y escupí literalmente el café de mi garganta.

—¿Qué? —exclamé.

«No, no, no, no, no» comencé a sulfurarme.

Ni de coña iba a venir ese día en el que ni mi manicura lucía perfecta, ni llevaba tacones, ni tenía el pelo completamente liso y mis ojeras hacían competencia a un oso panda. Bueno... sin mencionar el dolor de cabeza que arrastraba y que el maquillaje no tapaba mi resaca.

—Ya está arriba —señaló Andrea—. Y han solicitado tu presencia.

«¡A la mierda!» pensé. «Vale, que no cunda el pánico... podía hacerlo, puedo hacerlo, aunque hubiera premeditado ese momento y no estuviera en plenas facultades, podía lograrlo»

—Está bien —dije cerrando mi agenda de un plumazo cuyo cuero negro no se resentía a pesar del uso ajetreado que le daba y me la coloqué en el brazo junto a los informes que debía presentar.

Si había algo que en este mundo nunca abandonaba era mi agenda, no sabía ir a ninguna parte sin ella porque en todo momento miraba los tiempos para saber si verdaderamente conseguía mis objetivos o debía volver a planificar las tareas.

Pulsé el botón del ascensor y mientras esperaba volví a darle otro sorbo al café. En aquellos segundos de espera en los que repasaba mentalmente el plan de presentación recordé que debía pasar por la tintorería a dejar el vestido que me había puesto la noche pasada y que el cretino del primo de Mathew, lejos de ser tan maravilloso como Nerea había prometido, manchó de vino tinto

«Y eso que el vestido era de color blanco nuclear»

Saqué mi agenda maravillosa de cuero negro y la coloqué sobre el brazo

mientras sujetaba el café y apuntaba en un hueco de camino al gimnasio el tiempo que tardaría en dejar el vestido en la tintorería. Vi de refilón sin alzar la vista que las puertas del ascensor se abrieron y di un paso al frente para darme de bruces con alguien que acababa de salir.

El café salió volando hacia un lado, mi boli sepa dios a donde y mi agenda cayó directamente al suelo provocando un sonoro estruendo.

—¡Joder! —escuché vociferar aquella voz masculina y supe que no había sido la única en mancharme de café.

«Mierda de día espantoso» medité. «La próxima vez que Nerea me pida un favor así, la envío a la Conchinchina con billete solo de ida»

—¡Es que no puede mirar por donde va! —volvió a gritar aquella voz.

—¡Pues tampoco es que usted haya mirado precisamente! —grité porque no pensaba ser la única en llevarme toda la reprimenda mientras veía como mi camisa y de paso la falda estaba completamente salpicada de manchas de café.

«A la mierda dar una primera impresión buena al nuevo director»

En aquel momento miré al individuo en cuestión que lucía bastante informal, con pantalón y camisa, pero nada de traje, observé como se agachaba y para mi absoluta consternación cogía mi agenda, que estaba abierta y llena de tachones por todas partes entre algunas pequeñas manchas de café.

«Inexplicablemente había salido mejor parada que nosotros»

—¡Eso es mío! —grité tratando de cogerla, pero antes de hacerlo aquel hombre se irguió y juro que en mi vida había visto a un tío mas guapo que ese, ¿De donde carajos le habían sacado?, ¿Del vogue?, ¡La madre que me parió!

«Calma María. Solo es un cretino que tiene tu agenda con cara de angelito»

—Si, es suyo —afirmó mirándome detenidamente—. Igual que el café que acaba de tirarme encima —añadió en un tono que hasta juraría que había sonado sugerente.

—Me la devuelve, ¿Por favor? —dije tratando de ser amable.

«Por mi agenda mato; literalmente hablando»

—No —negó sin más y abrí la boca de par en par.

¿Cómo que no?, ¿Quién demonios se cree que es ese tío adueñándose de bienes ajenos?

—Devuélvame ahora mismo esa agenda o llamaré a seguridad —contesté en el tono más frío posible.

—Adelante, hágalo —contestó con una vaga sonrisa de cierta

superioridad—. Me gustaría ver la cara de todos cuando vean que hoy a las diez en punto va a masturbarse...

—¿Qué? —grité—. ¿Pero de qué habla? —insistí y pensé rápidamente si yo había escrito eso en mi agenda. No, jamás... aunque mi dolor de cabeza era tal que hasta lo dudaba.

Intenté tratar de saltar para alcanzarla, pero aquel bombón con patas era demasiado alto. En aquel momento odié no haber comido más espinacas de pequeña para ser más alta... ¡Y encima llegaba tarde a la reunión!

—No pienso devolverle nada, hasta que arregle este estropicio —aseguró señalando su camisa.

¿Eso era todo?, ¿Solo quería que le pagara la tintorería? Hasta por esas estaba dispuesta a pasar si me devolvía de una vez mi tesoro.

—Envíeme la factura de la tintorería a mi despacho y se lo pagaré —tercié pensando que así se solucionaría el problema.

—No pienso correr ese riesgo señorita...

—¡María!, ¿Todavía estás aquí? —exclamó entonces mi superior...

«No. Ahora no» gemí interiormente al verla.

—¡Aurora! Justo iba a subir, es solo que... —comencé a decir hasta que la aludida vio al bombón con patas.

—¡Oh, Señor Devoir! —exclamó Aurora sorprendida y juraría que incluso pálida—. Es... esto... espero que todo esté bien —añadió con cierto nerviosismo.

—Perfectamente. De hecho, ya me marchaba —contestó algo sonriente y señaló con un gesto de muñeca mi agenda mientras hacía ademán de marcharse.

—¿Qué? —exclamé—. Pero... mi... —No pude añadir nada más porque Aurora me arrastró dentro del ascensor y pulsó el botón de la planta a la que debíamos acudir inmediatamente para exponer la presentación al nuevo jefe, aunque yo solo podía pensar en cómo había llegado al punto de que mi agenda, ¡Mi tesoro agendil! Estuviera en manos de un completo desconocido, por muy bueno que estuviera, no dejaba de ser un desconocido. Espera... Aurora había mencionado que era un tal Devoir.

—¿Tu conocías a ese tipo? —exclamé de pronto saliendo de mi trance perturbado porque sentía como si un miembro de mi cuerpo me hubiera sido arrebatado.

—Por supuesto, ¿Acaso no le has reconocido?

—¿Reconocerle? —pregunté confusa... mira que al final iba a ser verdad que salía en el vogue y todo.

—¡Ay es cierto! —gritó de pronto—. Siempre olvido que nunca acudes a la fiesta de Navidad porque te vas a tu pueblo.

«Que cojones tendrá que ver la fiesta de navidad ahora con ese tío bueno»

—Los Devoir no suelen venir nunca a esta sede ya que no es la principal... no sé a qué habrá venido, probablemente tiene algo que ver con el nuevo director. Sí debe ser eso sin duda... casi no le reconozco sin traje.

—¿Me vas a decir de una vez quien es? —exclamé exasperada porque necesitaba saber quien narices tenía mi agenda.

—Ay chica... que es guapo, pero tampoco es para que te pongas así —mencionó mirándome extrañada—. Era Damián Devoir.

—¿Damián Devoir? —exclamé confusa.

«Como si me dice fulanito el de los melones que me quedo igual»

—Claro... los Devoir son los dueños del consorcio financiero, Damián es uno de los propietarios.

¡Maldita sea mi estampa!, ¿Le he tirado el café al jefe de mi jefe de todos mis jefes?, ¡Joder, joder, joder!, ¡Y encima tiene mi agenda! Y para colmo de males acabo de recordar que si, que puse que iba a masturbarme esa noche.

«Ay dios... me quiero morir»

Capítulo 2

«Esto no está pasando» pensé mientras el ascensor seguía ascendiendo a pesar de que yo solo quería bajar, bajar y recuperar mi maldita agenda negra, esa que tenía aquel adonis con cara de ángel.

¡Maldita sea mi estampa!

«Necesito un *Kinder bueno*... que digo uno, ¡Necesito veinte para calmar mis nervios ahora mismo!» susurré para mis adentros.

Mi autocontrol me lleva a limitar el uso incontrolable que tendría respecto a esa chocolatina creada por y para el pecado capital, pero mis ansias irrefrenables me hacen controlarme meticulosamente salvo en momentos de puro estrés o ansiedad como el que estaba viviendo en aquellos momentos.

«Quiero un *Kínder bueno*, necesito un *Kínder bueno*.... ¡Y lo quiero ya!» volví a gritar en mi más puro fuego interno mientras me llevaba temblorosamente el dedo índice a mi boca como consuelo para mordisquearlo y así saciar mis nervios.

—¿No podríamos posponer la reunión? —pregunté dubitativa.

—¡Oh no! —gritó Aurora como si hubiera dicho que había caído una bomba nuclear en la empresa o algo peor—. El señor Ramírez debe estar esperando impaciente, así que no podemos posponerlo más.

Apreté los dientes con fuerza para tratar de controlarme, odiaba con todas mis fuerzas no tenerlo todo controlado y en aquel momento ¡No tenía nada controlado! Ni mi dolor de cabeza insoportable por la resaca gracias a Nerea, ni mi agenda bajo el brazo con lo que aquello implicaba, ni mis nervios por la incesante idea de que ese adonis de cabello perfecto estuviera descubriendo mis más íntimos secretos.

«¡Me quiero morir, pero esta vez de verdad!» gemí íntimamente siendo consciente de la cantidad de información que en esa agenda había respecto a mi vida privada.

—¿Por casualidad sabes como contactar con el señor Devoir? —pregunté así como quien no quiere la cosa, intentando ser tan casual que probablemente

parecí todo lo contrario y en mi frente solo faltaba el letrero luminoso de *desesperada*.

Para mi falsa modestia Aurora se rio en mi cara.

—No dan su teléfono a ningún empleado María, pero podrías probar suerte y llamar a su secretaria, aunque probablemente te deje a la espera.

Genial, ahora pareceré una de esas locas de atar que tratan de “cazar” al jefazo millonario... con lo que las detestaba porque a mi me gustaba ganarme las cosas por mérito propio.

—Joder... —susurré a modo desesperado.

—¿Te pasa algo María? —insistió Aurora—. Cualquiera diría que el señor Devoir te ha causado una grata impresión.

«Genial. Ahora toda la empresa creería que iría besando el culo del jefazo»

—Es que se ha quedado con unos documentos míos por error —contesté con una mentira a medias—. Muy importantes —añadí para darle más credibilidad.

—En ese caso seguro que cuando se de cuenta del error los dejará en recepción.

«Ya... y los cerdos vuelan y son de color fosforito»

—Si... claro —contesté tratando de que el aire llegara a mis pulmones porque empezaba a jurar que no lo hacía.

El señor Ramírez era más estirado que una jirafa y no porque fuera precisamente alto, sino porque era mas sieso que un bocadillo de esparto y eso que estaba acostumbrada a tratar a ese tipo de hombres, pero le había sacado tantas pegas a mi presentación que entre mi falta de azúcar o más bien de una chocolatina específica y de mi agenda, estaba literalmente de los nervios.

«Creo que no me sentía así desde los siete años»

—No se preocupe señor Ramírez —mencionó Aurora—. Se implementarán sus indicaciones y volveremos a realizar otra presentación dentro de una semana con los cambios oportunos.

«Genial, encima más trabajo» pensé con aquel dolor de cabeza incesante, aunque al menos aquel infierno había terminado.

En cuanto se acabó la reunión volví a recepción y descubrí para mi penosa existencia que no. No había rastro allí de mi agenda, ese cretino con cara de angelito se la había llevado.

¿Había puesto más cosas bochornosas que descubrir además de aquella?

No sé ni para qué lo pregunto si la respuesta era que sí, incluso había puesto las veces que tendría sexo y con quien lo tendría.

«Ay dios... ¡Ay dios mío!» pensé mientras esperaba en el mostrador del chino de la esquina que había frente a la empresa con diez Kínder buenos y un billete de cincuenta euros.

—Y encima me tendré que matar en el gimnasio para quemar todas esas calorías —rechiné los dientes mientras me metía la primera chocolatina en la boca y notaba como el sabor a crema de avellana y chocolate se deshacía en mi boca—. ¡Oh joder! —jadeé cerrando los ojos y saboreando ese infinito placer que era casi orgásmico.

En el momento que llegué a casa dejé la bolsa sobre la encimera de la cocina como hacía siempre para sacar la ropa sucia del gimnasio y meterla en la lavadora inmediatamente.

—¡María!, ¡Por fin estás aquí! —exclamó Nerea demasiado feliz para mi gusto y supe que era porque su Mathews se había quedado conforme con la doble cita de anoche.

—Pues sí, como siempre cuando salgo del gimnasio —contesté más irónica de lo normal.

Para mi desgracia el efecto de la resaca se había pasado y era aún más consciente de que ese bombón perfecto tenía mi agenda y para mi absoluta desgracia no había habido forma humana de localizarlo. Su secretaria no dejaba de darle largas a mi becaria y era imposible dar con su número personal, probablemente le había dejado cien mensajes y parecería desesperada, pero a cada minuto que pasaba mi integridad se iba al infierno cada vez más para dejar paso a mi más absoluta vergüenza humana.

—Al parecer le gustaste al primo de Mathews —susurró Nerea mientras cogía una naranja del frutero y le daba vueltas entre las manos

«Igual se cree que así resulta más interesante» medité pensando en el idiota que había conocido anoche.

—Pues si quieres que me sienta honrada, vas de culo —contesté metiendo la ropa dentro de la lavadora y pulsando el botón de lavado express—. Es tan feo que hasta haría llorar a las cebollas —dije cogiendo la bolsa para emprender camino hacia mi habitación.

«Por no decir que era más tonto que un bocadillo de migas, vaya»

—¡María! —exclamó Nerea como si estuviera ofendida.

—Vamos... que ahora me vas a decir que era igual de “guapo” que tu

Mathews... porque si es así te hace falta ir al oculista urgentemente.

—Tampoco es eso, pero teniendo en cuenta que llevas sin salir con un tío...

—Mira Nerea, que no está el horno para bollos —dije cortando su discurso porque igual era verdad que llevaba un largo tiempo sin salir con nadie y no hacía falta que me lo recordasen—, llevo un día de perros y encima un adonis con cara de angelito me ha robado la agenda...

—Que, ¿qué? —exclamó atónita.

Le conté brevemente lo sucedido a Nerea y en lugar de posicionarse de mi lado solo se limitó a descojonarse en toda mi cara.

Tener amigas para esto... más me vale ser avestruz, meter la cabeza en un hoyo y dejar que me pase una apisonadora por encima, porque la situación no podía ser más ridícula. No, si ya me veía yo saliendo en todas las redes sociales como la friki de la agenda negra.

—Por lo menos está bueno —soltó Nerea secándose las lágrimas de los ojos.

—Si, aunque para el caso casi hubiera preferido que fuera más feo que un pie, porque igual no me daba tanta vergüenza.

—Bueno, pero, ¿Te ha dicho que se pondría en contacto contigo?

—Todavía no me queda muy claro... —suspiré y me dejé caer sobre la encimera apesadumbrada.

—Creo que es la primera vez que te veo perder el tiempo —contestó Nerea risueña.

Y era verdad. Al tenerlo todo apuntado en la agenda nunca memorizaba que era lo que tenía que hacer porque lo miraba cada instante, ahora estaba algo perdida, había hecho solo lo que hacía siempre, salir del trabajo, ir al gimnasio y hacer mi rutina normal, después volvía a casa, ponía la lavadora y... ¿Ahora qué?

Nerea tenía planes con su Mathews así que me coloqué el camisón y me tiré sobre el sofá con el ordenador para ver una película. No llevaba ni diez minutos cuando comenzó a vibrar el teléfono, me había acostumbrado a tenerlo sin sonido por el trabajo, por lo que cuando lo cogí y observé que era un número desconocido me extrañó demasiado.

—¿Quién demonios me llama a estas horas? —susurré, pero igualmente deslicé el dedo para cogerlo por si era una especie de urgencia familiar.

—¿La he pillado en un buen momento señorita Acosta? —dijo una voz

masculina que me hizo contener el aliento por lo varonil que parecía. Ni tan siquiera me había dado tiempo a responder y ya estaba conteniendo el aliento —. Porque creo que tenía una cita con un orgasmo a estas horas...

«¡Oh dios mío!, ¡Era él!, ¡Era Damián Devoir!»

«Espera, espera, espera, ¿Acaba de decir lo que creo que acaba de decir?»

Algo me decía que sí.

—¿Me llama para devolverme mi agenda o para saber si lo he tenido? — solté tan fresca como una lechuga de la nevera.

Para mi sorpresa escuché una sonora carcajada al otro lado del teléfono y cerré la tapa del portátil para levantarme del sofá.

«Manías de una persona que nunca puede hablar estando sentada»

—Lo cierto es que aún estoy decidiéndolo —contestó tan pichis el tío.

«Si no estuviera tan bueno igual le daba un sopapo de los buenos. Eso y que es mi jefe o más bien el jefe de todos mis jefes; que no se te olvide con quien estás hablando, María»

—Pues puede decidirse rápido porque soy una mujer ocupada —contesté secamente.

—Creo que eso lo he podido descifrar por su agenda, solo me hizo falta echar un ligero vistazo para hacerme a la idea de lo ocupada que está, aunque lo de apuntarlo todo en ella... ¿No le parece raro?

—Si lo que pretende decir es que soy rara, le diré que no soy rarita, sino de edición limitada —contesté lo más formal posible al mismo tiempo que me mordía el labio y miraba al techo descubriendo una nueva mancha de humedad.

—¿Edición limitada? —exclamó para después volver a romper en carcajadas—. Si... empiezo a creer que lo es señorita Acosta.

—¿Me va a devolver entonces mi agenda? —exclamé contrariada.

—Tal vez.

¿Tal vez?, ¿Cómo que tal vez?, ¡Eso no era una jodida respuesta!, ¡Más bien no era la respuesta que yo quería escuchar!

—Necesito mi agenda —dije tratando de guardar la calma.

—Y yo una camisa nueva —alegó en su defensa.

—Genial, pues le doy el dinero y se compra una —contesté rayando el límite de mi paciencia.

«De paso se la mete por ese culo perfecto que tiene» pensé sin evitarlo.

—No —negó y apreté más el diente que mordía mis labios hasta el punto de hacerme sangre.

—¡Ah!, ¡Mierda! —jadeé llevándome una mano al labio para descubrir que tenía sangre.

—¿Ocurre algo?

—¡Si! —grité—. ¡Claro que ocurre! —exclamé enfurecida—. ¡No puede ir por la vida robándole los objetos personales a los demás!

—Si tanto desea que le devuelva su agenda negra, gánesela —contestó con tanta calma que hasta desesperaba.

—¿Qué es lo que pretende señor Devoir? —pregunte sin rodeos.

—Si se lo digo, los dos sabremos exactamente lo mismo.

¿Qué clase de respuesta es esa? «Estoy más confundida que una pulga en un oso de peluche»

—Para que me quede claro, ¿Qué demonios quería cuando me ha llamado?

—Saber si estaba siguiendo la programación en su agenda y si quiere que le diga lo que debe hacer mañana por supuesto —respondió inmediatamente.

«No si encima iba a tener que darle las gracias»

Por un momento guardé silencio porque solo me apetecía decir una cosa «Váyase usted a la mierda»

—¿Me ha oído?, ¿Está ahí?

—Si, es solo que practico el noble arte de la sordera selectiva —repliqué y escuché una vaga risa por su parte.

—Pues confieso que tiene unos ojos preciosos señorita Acosta, tal vez así deje de practicar ese arte.

Antes de que pudiera contestar me había colgado y dejado con la palabra en la boca. ¿Me ha soltado un piropo o lo he soñado? Fue lo primero que pensé, pero ese hombre me tenía más perdida que una gamba en el desierto.

No había tardado ni diez minutos en volver a sentarme en aquel sofá cuando mi teléfono volvió a sonar con numero desconocido, ¿Sería él de nuevo?, ¡Eso te pasa por no registrarlo en la agenda, listilla!

—¿Sí? —respondí expectativa. Igual hasta tenía suerte y había cambiado de opinión para decirme que finalmente iba a devolvérmela.

—¿María? —escuché en un ligero acento ingles que me empezó a entrar ardor de estómago.

«Como sea el primo de Mathews mato a Nerea» pensé inmediatamente.

—No sé, creo que se ha equivocado —contesté por inercia.

—¡María!, ¡Soy Steven, el primo de Mathews! —aclamó enseguida.

«Definitivamente mato a Nerea, ¿En qué bendito momento le da mi teléfono cuando de sobra sabe que era más feo que un frigorífico por detrás?»

—¡Ah si! —dije por mi gran cagada de hablar y que mi propia voz me delatara—. Estoy ocupada.

—¿Te gustaría cenar mañana? —preguntó directamente.

¿Acaso no le había dejado lo suficientemente claro lo poco que me había gustado?

—¿Mañana? —exclamé—. Que va... imposible.

—Pues pasado.

—¡Aún peor! Estoy muy liada en el trabajo y no es un buen momento.

—Eres muy guapa...

«Ya, pues a ti con esa cara no te penetra ni la crema hidratante» medité.

—Emmm... gracias —dije dubitativa, te tengo que dejar Steven, ya te llamaré si eso.

—¿De verdad que no puedes cenar mañana? —insistió.

—No —negué—. Además, estoy a dieta —confesé y eso al menos no era mentira, después de zamparme diez kínder bueno tenía dos opciones; ponerme a dieta y adelgazar o hacer que mis amigas engordaran para sentirme menos culpable.

—Está bien, aunque estoy al lado de tu casa —dijo de últimas.

«La mato... yo la ahogo del pescuezo» dije en silencio refiriéndome a mi supuesta amiga.

¿Cómo demonios se le ocurre decirle donde vivimos?

—Steven, estoy muy cansada, así que otro día será —confirmé.

«Y ese otro día será una cita en nunca jamás»

—Venga... vamos... si casi estoy en tu portal.

—¿Tu eres tonto o barres playas? —exclamé ya teniendo nula paciencia—. ¿Qué parte de “no” hay que comprender?

—Joder, que borde.

¿Encima?

—No es que sea borde, es que hay gente que se entrena para superar el límite de mi paciencia —solté sin miramientos y justo después colgué.

«Ala, que a gusto me he quedao»

Capítulo 3

Ni tan siquiera pude concentrarme en ver la película porque estaba de los nervios. Primero, la intranquilidad de saber que ese degenerado petulante con cara de adonis y probablemente más bueno que el turrón de navidad se había leído hasta cuando y donde había tenido sexo con mis ex ¿O quizá no había llegado tan atrás en el tiempo? Teniendo en cuenta que llevaba meses en sequía igual podía tener la esperanza de que se hubiera cansado de pasar tantas páginas... o no, porque con la suerte que estaba teniendo ese día, mejor me ahorco en un bonsái y terminaba esa agonía.

En el momento que sentí la cerradura de entrada supe que Nerea volvía de su cita idílica y ni me digné a mirar cuando escuché los pasos de sus tacones.

—¿Tu despierta? —gimió como si estuviera viendo un fantasma—. ¿Y en el salón?

—Si —afirmé—. Y no me he esnifao los cereales integrales ni nada por el estilo por si te lo estás preguntando —contesté apartando la mirada de la película.

—Ya... —mencionó cruzándose de brazos—. Ahora va a resultar que no sabes a que hora acostarte sin tu agenda.

—Ja, ja, ja —contesté tratando de imitar una risa irónica, aunque tenía más razón que un santo—. Más bien estaba esperándote para decirte porqué demonios sabe el primo de tu “Mathews” —dije haciendo comillas con los dedos para darle énfasis—, donde vivo.

La cara de incredulidad de Nerea me dio a entender que no sabía de que le estaba hablando y entonces mis ganas de matarla se redujeron un cinco por ciento, porque igualmente era culpable de ello.

—¿Es que se ha presentado aquí? —exclamó atónita como si no diera crédito a lo que le decía—. Te juro que yo no le he dicho donde vivías, pero imagino que Mathews se lo habrá mencionado ya que sabe que vivimos juntas.

—Pues ya le puedes decir a Mathews que le compre una muñeca hinchable a su primo, pero que de mi se vaya olvidando.

—Ay mujer... ¡Pobrecito! —soltó Nerea como si le diera lasmitica de la buena—. Ve a cenar con él o algo. Hace poco que está en la ciudad y no conoce a mucha gente.

—¿Y porqué no sales tú con él si te da tanta lástima? Porque te recuerdo que en tu espléndida cita de cuatro, tu tenías a James Bond y yo a la hormiga atómica —exclamé frunciendo el ceño.

—Tampoco es tan feo... —concluyó pensativa.

—Pues ves menos que un gato de escayola hija mía, pero tranquila que tu Mathews está bueno... por lo menos tiene un buen polvo —tercié mientras cerraba el ordenador y me lo colocaba bajo el brazo con la idea de irme a dormir.

—¡María! —gritó, pero me mordí la lengua para que no escuchara mi risa mientras avanzaba por el pasillo hasta encerrarme en mi cuarto.

No podía dormir... ¡Maldito fuera Damián Devoir de las narices por robarme la agenda! Tenía la sensación de que me faltaban demasiadas cosas por hacer y cuando era la una y media de la mañana no lo soporté más, cogí el teléfono y envié un mensaje por la plataforma de Whatsapp ya que me negaba a que notara mi desesperación en la voz si le llamaba.

María Acosta

«Oye cretino de mierd.... »

No... mejor dilo más educadamente María o pasara de tu culo y te va a responder tu tía abuela Reimunda; esa que ni existe.

María Acosta

«Señor Devoir, necesito una captura de la rutina de mi agenda tanto de hoy, como de mañana si es tan amable»

—Listo, enviar —susurré mientras pulsaba el botón—. Lo más probable es que este tío esté en el quinto sueño y no lo leerá hasta... —pero me callé porque justo vi que parecía estar escribiendo.

«Que no quiero que escribas gilipichis, que lo que quiero son fotos» medité intentando ser paciente.

Damián Devoir

«¿Aún despierta señorita Acosta?»

María Acosta

«¿Es que también le interesan las pautas de mis sueños además de mis orgasmos?»

Si este se creía que le pensaba dar coba iba apañado... primero mi agenda y después *el resto*.

Damián Devoir

«A mi me interesa todo de usted»

—¡Joder! —exclamé en voz alta y después llevé una mano a la boca esperando que Nerea no hubiera escuchado nada.

María Acosta

«Pues a mi solo me interesan dos cosas de usted»

Damián Devoir

«¿Solo dos?, ¿Y cuál es la otra aparte de devolverle su agenda negra?»

Vaya... tonto no era el tío a pesar de estar buenísimo.

María Acosta

«Cuando me devuelva mi agenda quizá piense el hecho de decírselo»

Damián Devoir

«Entonces la veré mañana a las cinco y media cuando salga del trabajo en el café Lambar»

¿Eso significaba que iba a devolvérmela?, ¿De verdad iba a recuperarla? Mientras me hacía esas preguntas a mi misma recibí las dos fotos sobre la programación de esa noche y del día siguiente, viendo como había subrayado en rosa, ¡Rosa fluorescente! La hora en la que iba a masturbarme...

—No me lo puedo creer —susurré observando el resto de anotaciones y me di cuenta que no había preparado la mochila del gimnasio, ¡Joder!, ¡Yo

siempre iba al gimnasio al salir del trabajo! Pues nada, iba a tener que sacrificarlo por recuperar mi agenda y amargarme los próximos tres meses tratando de bajar las calorías de todos esos kínder bueno que me había zampado por mi ansiedad.

«¡Ay Dios! Ni habiéndome comido diez estaba satisfecha»

Mi último pensamiento antes de quedarme finalmente dormida fue tratando de pensar en como demonios iba a mirarle a la cara al tal Devoir después de saber todos mis secretos tras leer mi agenda.

«Nota mental; ponerte tres kilos de maquillaje para que no se note que estas más roja que un tomate»

—¡María! —gritó alguien despertándome de pronto y sintiendo que una catástrofe sucedía.

—¿Qué?, ¿Qué pasa?, ¿Dónde estoy? —comencé a balbucear mirando hacia todas partes como si pretendiera ver humo, fuego o algo similar.

—¡Pasa que se te han pegado las sábanas y son casi las ocho! —exclamó Nerea y en ese momento grité.

—¡Pero que mierda! —chillé apartando las sábanas—. ¡La alarma!, ¡La puñetera alarma de los cojones! —volví a gritar cogiendo el chisme de la mesita y dándole un mamporro contra la mesa como si tuviera la culpa de todo—. ¡Tenías que dejar de funcionar hoy, ¿no?

«Joder María... ¡Que se te olvidó activarla!» recordé en ese instante.

—Maldito Devoir de las naric...

—¿Estás hablando con un reloj? —preguntó Nerea desde la puerta.

—No... hablo con la pared, ¡Como es tan bonita! —ironicé mientras sacaba del armario uno de los conjuntos que normalmente tenía preparados en perchas y me importó un comino cual era. No tenía tiempo de pensar.

—Estás más loca que una cabra —contestó Nerea mientras evidentemente se reía de mi existencia.

—De hecho, creo que me voy a ir a vivir al monte —comenté mientras pasaba por su lado y me encerraba en el baño con toda la ropa que acababa de coger.

En mi vida me había dado una ducha más rápida que aquella. Me recogí el cabello en un moño informal y cogí el neceser de maquillaje para darme cuatro brochazos cuando llegara al trabajo.

—¿No llevas la mochila del gimnasio? —preguntó Nerea en cuanto salí por el pasillo metiendo las últimas cosas en el bolso.

—¡Es verdad! —grité haciendo ademán de volver, pero recordé que no acudiría ese día—. No, acabo de recordar que he quedado.

—¿Una cita?, ¿Y vas a ir así? —exclamó señalando el pantalón gris marengo y la blusa negra que llevaba puesta.

—Solo voy a recuperar mi agenda —atajé sin darle más importancia de la que realmente tenía.

—Y según tú, el tío está como un queso, así que al menos llévate algo para cambiarte luego.

—Que no hace... —comencé a decir.

—María... coge el vestido negro —cortó Nerea como si fuera una orden y supe que no estaba para perder el tiempo.

—Eres mas pesá que una vaca en brazos —dije dando media vuelta y dirigiéndome a mi habitación.

Sabía perfectamente a cual se refería, uno que tenía un escotazo de vértigo. Por tal de no escucharla porque iba a llegar más tarde de la cuenta a pesar de tener horario de entrada flexible, cogí el vestido y me lo coloqué sobre el antebrazo mientras metía las llaves de casa en el bolso y sacaba las del coche.

—Si, ya me lo agradecerás luego, cuando ese tío te meta mano y te quite todo el estrés que acarreas del trabajo —mencionó mientras se encargaba de cerrar la puerta al mismo tiempo que llamaba al ascensor.

¿Meterme mano? Pensé mientras me imaginaba la escena de ese Adonis moreno de ojos marrones más sexy que el actor de Superman —y mira que ese estaba bien bueno—, poniendo su perfecta boca en aquel escote. De hecho, no pude evitar que mis bragas se mojaran de solo imaginarlo y me miré el nulo escote que llevaba en aquel momento.

«Joder. Me tengo que poner ese vestido» puntalicé en mi cabeza al mismo tiempo que recordaba que el sujetador que llevaba no era el más apropiado. «A la mierda... voy sin sujetador» me dije a mi misma.

¿Desde cuando improvisaba tanto? Pensé mientras entrabamos al garaje y Nerea comenzaba a hablar de su perfecta cita con su perfecto Mathews.

«Desde que el adonis te ha robado la agenda insensata» me contesté a mi misma evadiendo la perorata de Nerea sobre el inglés pijo con el que salía.

Tenía que recuperarla... nada de meter mano ni pepinillos en vinagre hasta que fuera de nuevo mía. ¿Verdad María? Me prometí a mi misma.

—Así que si me hicieras ese enorme favor... —suplicó Nerea.

—¿Favor?, ¿Qué favor? —pregunté de pronto porque hasta el momento había estado en mis propios pensamientos y desenchufada de la realidad.

—Entretener a Steven una noche para que pueda estar a solas con Mathews en su casa.

—¿Tu te fumas las esponjitas de chuche o algo así? —gemí sin apartar la vista de la carretera—. Ni de coña...

—¡Por favor! —gimió—. Solo una noche. Si hasta te invitará a cenar en un restaurante de lujo, solo tienes que conversar y...

—Ni aunque me pagues —aseguré.

—¿Ni siquiera te da pena la vida sexual de tu mejor amiga? —exclamó haciendo pucheros.

—¡Pues vete a un hotel como hace todo el mundo! —grité sin darle tanta importancia.

—¿Es que no me has escuchado? A Mathews le da apuro dejar a su primo solo un viernes por la noche.

—Y me toca a mi pagar el pato —bufé—. Pues que se coma otro el marrón. Además, fijo que se piensa cosas que no son.

—Mira que exageras... tampoco es que tengas que acostarte con él, que solo será una cena y un par de copas.

—¿Acostarme con él? Es menos erótico que ver una peli de Winnie de Pooh —bufé.

—Si me haces ese favor te consigo las entradas que tanto querías para ver el concierto de Il divo.

—Sabes que están agotadas —contesté deduciendo que ese chantaje emocional no me servía de nada.

—Pero como el destino existe... ayer una compañera mencionó que una amiga las vendía porque no podía acudir y sabiendo que deseabas tanto ir se las compré inmediatamente.

—¡No! —exclamé viendo como las sacaba de su bolso.

—¿Vas a cenar ahora con Steven o no?

«Será traidora y chantajista la muy penca» pensé mientras valoraba la tortura psicológica a la que sería sometida durante al menos tres horas solo para ir finalmente a un concierto de mi grupo favorito.

—Tú ganas —afirmé—. Pero pienso ir vestida como una monja de clausura.

Capítulo 4

«Y tanto que iría... hasta estaba pensando en ir al convento de Santa Clara que estaba unas calles más abajo de nuestra casa solo para ver si me prestaban la vestimenta por una noche»

—Por mi como si vas con una armadura y espada con tal de entretenerlo —soltó Nerea tan pancha.

—Oye, pues no es mala idea... —dije pensativa mientras frenaba porque habíamos llegado al lugar donde ella se bajaba—. ¡Hasta luego petarda!

—Si. Si... hasta luego —bufó—, pero ponte ese vestido para tu cita con ese bombón andante —añadió antes de bajar del coche.

Aquella mañana fue una auténtica locura desde que entré por la puerta de mi despacho. El nuevo jefe era un amargado de la vida al que probablemente no le aguantaba ni su propia mujer y había removido todo el departamento por completo, así que ni me pude tomar un café tranquilamente, ni maquillarme adecuadamente y menos aún pude sentarme cómodamente.

—Ahora ha pedido los informes de hace cinco años señorita Acosta —anunció una de las tres chicas que enviaba constantemente con sus peticiones.

«Todavía subo y le envío yo misma a la puñeterísima mierda para que nos deje trabajar» dije en silencio porque ganas no me faltaban de hacerlo, pero en lugar de eso refunfuñé y fui hasta el archivo donde se guardaban.

Ni siquiera había avanzado media página de corrección del informe que tenía que acabar si o si cuando volvió otra con que ahora quería los informes de unas cuentas en concreto de los últimos siete años.

«Autocontrol María... autocontrol» pensé mientras buscaba por inercia mi agenda en el bolso y recordaba que no la tenía.

—Kinder bueno. Necesito un Kínder bueno —susurré siendo consciente de que no podía salir a comprarlo yo misma porque el gilipichis de turno era capaz hasta de bajar si tardaba.

«Menuda mierda de día. Si es que ya no auguraba nada bueno desde que no sonó la jodida alarma de las narices»

A las cinco en punto me importó un comino que pidiera más informes,

cuentas bancarias, historiales o su puñetera madre porque yo me largaba de allí echando leches.

Cuando divisé mi careto en el espejo, tenía unas ojeras que ni ocho kilos de corrector me tapaban.

«Da igual María, si hoy no es tu día así tengas ojeras azules, negras, moradas o amarillas»

Finalmente me maquillé como buenamente pude y me embutí en aquel vestido negro de escotazo dejando el sujetador de encaje que llevaba puesto en el bolso.

«Más valía que ese adonis de cabello negro me diera mi agenda porque con el día de perros que llevaba seguro que hasta le muerdo si no lo hace» pensé mientras conducía hacia mi supuesta cita.

Cuando entré en aquel café después de pasarme veinte minutos intentando aparcar llegando tarde a la supuesta cita, me di cuenta que era uno de esos café/bar en el que alargar la tarde hasta tomarse unas copas después del trabajo. La decoración era moderna y se notaba a leguas que era uno de esos sitios chic donde había que pagar hasta por un vaso de agua. Visualicé de forma general toda la gente que había en aquel café hasta que le encontré sentado en la barra.

«Valiente sea mi estampa» medité.

Mis bragas no estaban preparadas para ver a ese adonis griego con un traje gris claro que le sentaba mejor que a los modelos de Gucci y una postura relajada como si supiera perfectamente que estaba más bueno que los propios Kínder bueno.

—Vale... tú respira, cuenta hasta tres y camina erguida. Solo es un hombre, uno que está para mojar sopitas, pero hombre al fin y al cabo.

En el momento que estaba llegando aquel adonis alzó la vista y sus ojos marrones conectaron con los míos, fue entonces cuando dibujó una perfecta sonrisa en ese rostro que emitía una seguridad inaudita y entonces ya mis bragas terminaron de mojarse por completo.

—Creo que voy a tener que dejarme caer por la sucursal con más frecuencia si las empleadas van así vestidas —dijo nada más verme.

—Tú eres un poco descarado, ¿no? —solté dejando el bolso sobre la barra y sentándome en la butaca que había justo al lado.

Su risa me cautivó, provocando que me mordiera el labio instantáneamente.

«No pienses en lo tremendamente guapo que es porque se te nubla el juicio y solo dices estupideces»

—Tal vez lo sea —admitió dando un sorbo a la copa que supuse sería whisky, coñac o algo similar con hielo—. ¿Qué quieres tomar?

—Quiero que me devuelva lo que es mío y después quizá me tome un gin-tonic.

Hizo caso omiso a mi primera respuesta y ordeno la copa en su lugar.

—Y dime, ¿A qué te dedicas?

«¿Qué a qué me dedico?, ¿Este se hace el sueco o qué?»

—Pues básicamente a respirar —contesté mirando hacia otro lado—. La verdad es que no me da para mucho, pero lo justo para vivir.

Su risa hizo que fuera inevitable mirarle, probablemente estaba llamando la atención de medio bar aunque solo de la parte femenina, ya que con ese cuerpo y esa cara cualquiera no se fijaba...

—Quizá me merecía esa respuesta, al fin y al cabo trabajas en una de nuestras sucursales.

—Y teniendo en cuenta que no has perdido el tiempo en ojear mi agenda, menos aún —determiné porque algún que otro dato sobre el trabajo si que había.

—Me salté los puntos menos interesantes —confesó y estaba segura de que mi rostro se volvió rojo como la grana.

—¿Menos interesantes? —exclamé.

«Como se te ocurra reírte en mi cara te lanzo la copa en ese rostro perfecto que tienes de adonis griego»

—Me interesaría saber porqué apuntas todo en esa agenda negra. —Su voz sonó ronca, sensual y directa.

—¿Y porqué te interesa? —pregunté retándole con la mirada.

—Porque como te dije por mensaje, me interesa todo de ti —contestó con aquella mirada brillante.

«Ale. Adiós bragas, adiós»

—Mire señor Devoir —comencé a decir apartando la mirada porque era incapaz de mantenerla fija en esa cara creada para la perversión absoluta—. Si está tratando de reírse de...

—Créame señorita Acosta —advirtió interrumpiéndome aquella voz profundamente sensual—. Lo último que pretendo es reírme de usted.

—¿Y entonces qué demonios es esto?, ¿Para qué me ha citado aquí? —

pregunté directamente.

—Creo que es la persona adecuada para lo que necesito —dijo sin rodeos.

—¿Para lo que necesita? —exclamé.

«¿Y qué narices necesita?» pensó mi mente perversa divagando en miles de imágenes con ese adonis griego en una cama semidesnudo.

Para el carro María que te embalas sin frenos y después te das la ostia de tu vida.

—Una acompañante —añadió con una sonrisa—. Necesito a alguien que me acompañe a un evento.

—¿Y qué tengo que ver yo en todo eso? —exclamé atónita.

«Será que no le faltaran a este hombre una fila enorme de rubias altas con piernas kilométricas en la puerta de su casa... y de su cama ya que nos ponemos»

—Quiero que sea usted quien me acompañe.

—Si me niego... ¿Me devolverá mi agenda? —pregunté intuyendo la respuesta.

—No —negó sin más y volvió a coger su copa para llevársela a los labios.

—Esto se llama coacción —dije entrecerrando los ojos.

—Denúncieme si quiere, pero eso no cambia el hecho de que seguiré teniendo su agenda en mi poder.

«Maldito fuera el cretino buenorro de las narices»

—¿Solo tengo que acompañarle? —pregunté sabiendo que terminaría accediendo a aquello a pesar de todo.

—Si, solo debe acompañarme.

—Está bien —acepté cogiendo la copa.

¿Qué tendría de malo después de todo en acompañar a ese adonis griego monumental a una velada super pija llena de gente igualmente pija?

—Brindo por ello —contestó ofreciéndome la copa para que chocara con la mía, algo que hice y después di un sorbo.

—¿Cuándo se supone que será ese evento? —pregunté cogiendo la aceituna de la copa y llevándomela a los labios.

—La semana que viene —contestó sin darle demasiada importancia—. En Escocia.

En ese momento escupí la aceituna, pero porque mi boca se abrió

literalmente sin pensarlo dos veces.

¿Escocia?, ¿Acababa de decir Escocia de verdad o el alcohol de aquella copa me estaba produciendo alucinaciones?

—Ya has aceptado, así que no aceptaré ahora una negativa por tu parte — escuché provocando que le mirase.

—¿Escocia? —exclamé—. ¿Qué se te ha perdido a ti en Escocia? — pregunté sin meditar bien la pregunta provocando que aquel adonis sonriera de nuevo.

—Eso mismo pensaba yo hasta que recibí una invitación de boda — aclaró mientras se terminaba la copa y la dejaba sobre la barra completamente vacía.

—¿Ese es el evento?, ¿Una boda? —exclamé cogiendo mi copa y vaciando todo el contenido.

«¿Qué cojones pintaba yo en una boda con un Devoir?»

—Tranquila, solo es una boda de unos viejos conocidos que hace tiempo que no veo, pero necesito ir acompañado.

—Claro... llevar a una desconocida es lo más lógico en estos casos — puntualicé irónicamente.

—Por su agenda yo diría que no es tan desconocida para mi.

«Tienes suerte de que mi copa esté vacía o ahora estaría sobre tu perfecta cara, señor Devoir»

—¿Es que no le enseñaron de pequeño lo que significa el termino “privacidad”?

—¡Oh! —exclamó—. Por supuesto que me lo enseñaron, pero en ciertos casos me permito obviarlo.

—Y mi agenda es uno de esos casos, ¿no? —pregunté directamente.

—Señorita Acosta, usted al completo es uno de esos casos.

Por primera vez en toda mi existencia no supe que decir, me quedé ahí contemplando esos ojos oscuros que me hacían sentir un tornado en el estómago mientras me derretía por completo.

«La madre que te parió que bien lo hizo dios mío» pensé mientras descubría a esa corta distancia que sus rasgos definitivamente sí eran perfectos.

Cuando me metí en la cama aquella noche después de que ese adonis griego me dijera que me recogería el próximo viernes al salir del trabajo entendí que ser su acompañante implicaba pasar aquel fin de semana por

completo en su compañía.

«Sexo» repetía una y otra vez mi cerebro preguntándose si ese fin de semana dormiría en la misma habitación de ese adonis griego.

Capítulo 5

Me miré en el espejo por enésima vez.

«Creo que soy la combinación perfecta de anti-violación» medité mientras observaba la falda de abuela de cuadros por debajo de la rodilla, los zapatos casi planos con calcetines blancos que me había puesto en plan hortera y la camisa blanca abotonada hasta el cuello. Si hasta me había puesto un sujetador deportivo de estos que te aplastan las tetas hasta el punto de parecer más plana que una tabla de planchar.

—Si le gusto me suicido —susurré antes de colocarme las gafas de pasta que me había comprado en una tienda de segunda mano más antiguas que la alpargata de Jesucristo.

—¿De verdad vas a ir así? —preguntó Nerea dejándose caer en la puerta de mi habitación observando mi reflejo en el espejo mientras yo me trenzaba el pelo malamente.

—Y porque no tenían disfraz de monja, que sino me lo planto —contesté anudando la goma.

«Lastima que no tuviera una de esas horteras de lacitos»

Vi como Nerea hacía un gesto de ironía rodando los ojos. Igual estaba exagerando, pero si tenía que soportar una cena con el mequetrefe del primo de Mathews, al menos prefería no resultarle una tentación andante. Si la estrategia salía bien, lo mismo no volvía a llamarme en lo que me restaba de vida y a cambio tendría mis entradas para ver Il divo.

«Lo que hace una por ver a esos cuatro maromos que cantan como los ángeles»

—A veces me pregunto si no te equivocaste de profesión y deberías haber sido payasa.

—¡Oye! —grité—. ¡Encima de que me obligas a salir con ese patán de poca monta encima te metes conmigo!

—Solo digo que eres una exagerada... —insistió—. Steven no parece tan mal chico, quizá no sea el más guapo, pero tú eres una dramática.

—Y dale... —contesté dándome la vuelta—. Todavía dejo plantado a mi

cita y te acuestas con el palo de la fregona esta noche —dije cruzándome de brazos y frunciendo el ceño.

—Vale. Vale —dijo alzando las manos—. Es todo lo feo que tu digas que es.

Inmediatamente salió como si temiera que cambiara de opinión cosa que si no fuera por unas apetecibles entradas haría más que encantada.

En cuanto entré en aquel restaurante resoplé al ver al tal Steven levantarse afanosamente y acercarse hasta donde me encontraba.

—¡Que guapa estás! —exclamó atropelladamente.

«Además de feo es ciego, estamos apañados»

—Muchas gracias —sonreí fingidamente mientras me sentaba.

—Confieso que después de la última conversación que tuvimos, pensé que no volvería a verte, pero ya me dijo Nerea que estabas muy estresada con el trabajo y entiendo porqué estabas así de antipática.

«¿Antipática yo? Di más bien que te dice verdades como puños a la cara»

—Ah si... eso —contesté rodando los ojos—. No tenía un buen día —dije cogiendo la copa de agua que era la única que tenía llena.

«Voy a necesitar mucho vino para soportar esto» pensé mientras levantaba la mano para llamar al camarero.

Después de escuchar su tercer viaje a... —sinceramente no sabía si era China, Kazajistan o el dios que lo pateaba porque todos eran igual de aburridos — donde fuera, quería cortarme las venas con un cuchillo de plástico, de hecho, creo que esa tortura era incluso mejor que seguir escuchándole.

—Así que tuve que dormir en un simple hotel de dos estrellas, ¡Fue un horror! Casi no dormí pensando que podrían salir cucarachas de cualquier parte —concluyó antes de tomar su copa.

«Si anda bebe... que si los tontos fueran flores, tu serías primavera hijo mío»

—Probablemente las cucarachas habrían salido corriendo al verte —dije mientras le imitaba en aquel gesto y me volvía a servir la copa.

—¡Que graciosa! —exclamó riéndose—. Aunque lo cierto es que ya se me notan los músculos del gimnasio, veo que has podido notarlo a pesar de llevar la camisa holgada.

¿En serio? No sabía yo que había que tener músculos para matar una cucaracha, de toda la vida yo la he matado con una chancla maluchilla de estar por casa.

—¡Uy ya te digo si lo he notado! —ironicé—. Seguro que pronto eres igualito que ant-man —pero sin añadir el man, aunque ahora que lo pienso igual una hormiga es más inteligente.

Cuando rodé los ojos en busca del camarero deseando pedir otra botella de vino me crucé con cierto moreno de ojos oscuros mirándome fijamente.

«No puede ser» gemí interiormente mientras Steven se reía diciendo alguna payasada.

—Tierra trágame y escúpeme en el mar muerto —susurré cuando le vi sonreír de oreja a oreja mientras seguía observándome aquel adonis griego.

—Perdona, ¿Qué has dicho? —preguntó Steven.

—Que el vino está muy bueno, quizá deberíamos pedir otra botella —contesté inmediatamente mientras me llevaba una mano a la piojosa trenza que me había hecho y trataba de deshacerla.

«Si es que no se de que me sorprende, si tengo tan mala suerte que seguro que me caigo de espaldas y me rompo los dientes»

—¡Todo el vino que quieras! Aunque podríamos seguir charlando y tomándonos el vino en casa...

«¿Tu eres idiota o te esnifas caspa?»

Mi paciencia había llegado a su límite.

—Mira Steven... —comencé a decir.

—Hola María —terció aquella voz sensual con ese matiz tan masculino que conseguía incendiar hasta un bosque en pleno invierno y con nieve incluida.

Rodé los ojos hasta contemplar aquel rostro perfecto y casi olvidé mis pintas monjiles.

—¿Hola? —exclamé atónita.

—¿Quién eres? —preguntó Steven frunciendo el ceño.

—Soy Damián Devoir —contestó directamente—. Su novio —añadió señalándome con un gesto de cabeza.

«Qué, ¿qué?» Fue lo único que era capaz de procesar.

—No sabía que tuvieras novio —contestó Steven en un evidente tono de enfado.

«Yo tampoco, ya que lo dices» pensé sin negarlo.

—¿No se lo has dicho cariño? —preguntó el adonis griego mirándome fijamente con aquella sonrisa pícara que no sabía realmente si besar o darle un sopapo más grande que una catedral.

—Es que llevamos poco tiempo saliendo —mentí descaradamente mirando a Steven—. Y... y...

«María piensa en algo que no suene a cuento barato»

—Y soy el dueño de la empresa en la que trabaja —añadió para mi consternación.

«Eso. Tú arréglalo más»

—Así que eres su jefe —mencionó Steven cada vez más malhumorado.

—Digamos que sí —contestó enseñando aquellos dientes blancos que contrastaban con su tez morena.

—Vaya, pues no le darás lo que necesita cuando ha salido conmigo esta noche a escondidas —soltó Steven y en ese momento mi cara enrojeció.

«Definitivamente esnifa caspa» pensé mientras me levantaba dejando la servilleta sobre la mesa. Hasta ahí había llegado mi paciencia.

—Disculpe, enseguida se la devuelvo —dije cogiendo la copa de vino de unos señores que estaban sentados al lado y tal cual me giré se la tiré encima al Steven de las narices que pareció atónito—. Hazme un favor, ¡Extínguese! —grité mientras le devolvía la copa a la mesa—. Les pediré que le sirvan otra botella y corre por mi cuenta, gracias —susurré en un tono de cortesía mientras salía de ahí echando chispas.

«Definitivamente voy a matar a Nerea»

—Admito que contigo uno no se aburre —escuché en cuanto había dado apenas diez pasos después de dejar un billete de cincuenta sobre la barra para pagar el vino de la mesa de al lado y una propina por las molestias.

—¡Que susto me has dado! —exclamé volviendo a respirar aire fresco para calmar mi estado de nervios.

—Casi no te reconocí con esas pintas, ¿Qué hacías con ese tipo?

—Es una historia muy larga —confesé caminando ahora más despacio.

—Tengo tiempo —contestó metiéndose las manos en sus bolsillos—. Seguro que tu historia es más interesante que la cita que tenía esta noche.

—¿Tenías una cita? —exclamé alzando una ceja.

—Una muy aburrida —dijo sin darle importancia.

—Ya somos dos —suspiré—. Tenía que salir a cenar con ese petulante sin cerebro para hacerle un favor a una amiga y de paso ganar unas entradas para acudir al concierto de un grupo que me gusta.

—El divo —mencionó en cuanto lo dije.

—¿Y tú como lo sabes? —pregunté extrañada.

—Tenías anotado en tu agenda la fecha del concierto y después lo habías tachado por no conseguir las entradas.

«¿Hasta que punto se ha leído este tío mi agenda? Miedo me da preguntar»

—Gracias por recordarme que eres un cotilla degenerado —dije cruzándome de brazos y el muy petardo se echó a reír.

«Cretino..., guapo como un dios, pero cretino a fin de cuentas»

—Me resultaba demasiado intrigante. Es mejor que leer una novela de misterio a altas horas de la madrugada.

—Conste que no te suelto cuatro frescas a la cara porque al menos creo que has conseguido que el petardo ese de ahí dentro me deje en paz haciéndote pasar por un novio ficticio —admití con pesar.

—Así que admites que te he hecho un favor —volvió a sonreír.

—Tanto como favor... no se yo. Todavía no te perdono que me robaras mi agenda por toda la cara y encima me chantajeas para devolvérmela.

—Te recuerdo que tu me arruinaste una camisa de mil euros.

—¿Mil euros? —exclamé—. ¡Ni que fuera de oro!

—Colección limitada —añadió sin más.

—Dije que pagaba los gastos de tintorería —me excusé.

—Tarde... ya había elegido tu penitencia —soltó acercándose aún más. Estaba tan cerca que podía sentir el roce de su aliento rozando mis labios.

—Vale lo admito —dije apartando el rostro porque era eso o morir derretida—. Me hiciste un favor, aunque yo terminé de rematar la faena.

—Y bastante bien, lo admito —contestó mientras volví a caminar algo más lenta y él pareció seguir el ritmo.

—Normalmente me defiendo solita —admití desabrochando el botón de la camisa que me oprimía el cuello.

—Si pensabas no llamar la atención con esa vestimenta, desde luego has causado el efecto contrario —mencionó observándome.

—¿Por parecer una monja que se ha escapado del convento hace dos días? —exclamé aturdida.

—Más bien por lo que está ocultando esa ropa —aseguró con una voz ronca.

—¿Es que le parezco sexy señor Devoir? —exclamé en un arranque de valentía.

Para mi asombro él se acercó lo suficiente para rozar con sus labios mi

oído y notar como su nariz acariciaba mi cabello

«Ay que me da un filichi en mitad de la calle»

—Desde luego —susurró en un tono tan sensual que hasta los dedos de mis pies temblaban de solo oírlo y mi corazón se paralizó.

«En que maldito momento se me ocurrió ponerme las bragas más feas del cajón para meterme en el papel monjil por completo»

Capítulo 6

—Creo que debería ponerse gafas señor Devoir —contesté esquivando su mirada y comenzando a caminar de nuevo.

«Encima de guapo, nos salió adulator»

Pude escuchar una leve risa justo antes de volver a ver su perfil a mi lado siguiéndome mientras caminaba.

—Quizá tenga razón —contesto con cierto matiz de picardía que no pasó inadvertida—. Aún así me siento en la obligación de acompañarla a casa para que su atuendo monjil llegue sano y salvo.

En ese momento me llevé una mano a la boca para evitar una carcajada.

—Me parece bien —confesé aún con la sonrisa en los labios.

Caminamos hasta su coche y no me sorprendió nada ver aquel flamante deportivo de color negro que gritaba dinero por los cuatro sentidos.

«Si al final va a ser verdad que la camisa costaba mil euros y no era una coña como pensaba»

—¿Subes? Te aseguro que no muerde —dijo sacándome de mi ensoñación.

—No sé si quiero subir... ¿Si rompo algo tendré que pagarlo? —contesté abrumada.

Para mi sorpresa su sonrisa me relajó y simplemente me abrió la puerta del copiloto para que entrara.

—Eso depende —susurró haciendo un leve silencio y aproveché para remangarme la falda y así poder subir al vehículo—. Solo acepto pagos en especias.

«¿Especias?, ¿De verdad ha dicho especias? Definitivamente aquí hace mucho calor» pensé mientras mi respiración comenzaba a ser demasiado agitada y nerviosa.

Cuando me senté y cerró la puerta me invadió el olor a cuero de los asientos, de masculinidad por todas partes con las notas de la esencia de su perfume, pero sobre todo olía a lujo... a lujo y a dinero por doquier.

En cuanto se subió al coche y encendió el motor, no pude evitar pensar

que iba a estar solita en aquel vehículo durante al menos... ¿Diez minutos? Con ese adonis griego y después pensé que pasaría todo un fin de semana junto a él dentro de unos días, ¡Madre de dios!

«Nota mental; comprar lencería de encaje cara... muy cara... ¡Carisísima!»

—El cinturón —mencionó rompiendo el silencio y de paso la oscuridad que nos cernía dentro de aquel coche.

—¿Eh?, ¿Qué? —exclamé mientras yo solo veía en mi mente que lo único que no pegaba con aquel coche era todo mi ser al completo y mi vestimenta monjil... ¿En qué maldito momento se me ocurrió venir vestida de medio monja? Como si no supiera de sobra que el karma me odia.

«Si es que estaba cantao que el día que me pusiera unas bragas de abuela, tenía que acompañarme a casa un tío bueno»

Cuando noté aquella presión sobre mi brazo, parte de mi abdomen y mi pecho comprendí lo cerca que estaba Damián Devoir de mi.

«Joder, joder, joder que bien huele»

—El cinturón de seguridad —dijo en cuanto hizo click y volví a respirar.

—¡Ah sí! —contesté sintiéndome imbécil del todo—. Un coche muy bonito por cierto...

—Gracias —contestó—. ¿Con quién irás al concierto?

—¿A qué concierto? —pregunté sin poder evitar dejarme abrazar por aquel asiento sumamente cómodo y blandito en el que estaba.

«Definitivamente esto es mejor que mi cama, me pregunto cómo sería... ¡Pensamientos puros!, ¡Pensamientos puros!, ¡Hazle justicia a tu ropa, María!»

—Mencionaste que habías tenido esa cita para conseguir las entradas del concierto —insistió.

—¡Oh!, ¡El concierto! —contesté un poco abstraída—. Aún no lo he pensado.

—Entonces irás conmigo —afirmó seriamente sin dejar de mirar la carretera.

—¿Te estás auto-invitando? —exclamé atónita.

—Yo más bien diría que estoy saldando el favor que me debes... admítelo, me he ganado esa entrada tanto como tú.

—¡Tú lo que tienes es una caradura increíble! —grité con la boca abierta.

—¿Y?

—¿Cómo que y?, ¡De “y” nada!

—Admítelo.

—¿Qué admita qué?

«Como me diga que es guapo definitivamente le mando al carajo por mucha verdad que sea»

—Quieres ir conmigo.

«¿Qué?» exclamó mi yo interior, admitiendo que en el fondo, muy en el fondo el jodido adonis griego tenía razón aunque jamás lo confesara en voz alta.

—De eso nada guapito de cara —admití cruzándome de brazos y para mi sorpresa el adonis griego estalló en carcajadas—. ¿Qué se supone que te hace gracia? —pregunté anonadada.

—Al menos ahora sé que te parezco guapo.

«A la mierda el plan de parecer que no estas medio colgada»

—He dicho guapito, no guapo... existe una gran diferencia de hecho —confesé tratando de salvaguardar mi propia autoestima.

—Me encantaría que me dijeras cual, pero creo que hemos llegado a tu apartamento.

En el momento que divisé el portal de mi edificio quería gritar sin saber muy bien si de alivio o de agonía por tener que alejarme de aquella tentación masculina. Lo cierto es que Damián Devoir era un misterio por resolver. En ocasiones parecía simpático, alegre... *perfecto* y en otras era simplemente un idiota redomado.

—Pues te vas a quedar con las ganas —advertí justo antes de quitarme el cinturón y llevar la mano a la puerta para salir del coche.

—Eso lo veremos. Buenas noches señorita Acosta —escuché justo antes de bajar del asiento y cerrar la puerta.

«Buenas noches a tu tía» pensé mientras avanzaba hacia el edificio y justo cuando entré en el portal y me di la vuelta pude comprobar que aún seguía allí, observando. En ese momento vi como en cuestión de segundos aceleraba y se perdía de vista aquel vehículo sin poder evitar que mi corazón se acelerase.

¿Por qué no se había marchado en cuanto había bajado? Sabía la respuesta. Damián Devoir se había asegurado de que no me ocurriera nada hasta que estuviera a salvo dentro del edificio.

«Si en el fondo no va a ser tan imbécil...» medité mientras subía las

escaleras.

En ese momento recordé que no le había dado mi dirección. ¿Cómo demonios sabía donde vivía sin preguntarlo?

Tenía algo claro... en mi agenda no estaba mi dirección, jamás la ponía, así que tenía que haberla sacado de otro lado.

Si había algo que me gustaba de los sábados era desayunar repantingada en el sofá viendo alguna serie policiaca de asesinatos, así que en el momento que la pantalla se volvió negra grité histérica.

—¿Qué es eso de que Damián Devoir es tu novio? —exclamó Nerea.

—Pues si que vuelan las noticias rápido —suspiré resignándome para una tanda de preguntas incómodas sin respuestas lógicas—. No lo dije yo... lo dijo él —me excusé.

—¡Le tiraste una copa de vino a Steven! —gritó malhumorada.

—Mira... que sea más tonto que un calamar de silicona no es mi culpa. Te aseguro que se lo buscó y con ganas. De hecho, le hubiera tirado la botella entera si hubiera tenido acceso a ella, así que agradéceme que haya sido solo una copa.

—Te has pasado ocho pueblos, María —contestó con menos efusividad como si estuviera reprendiéndome.

—Te juro que mis intenciones eran buenas... pero Steven supera mi límite de paciencia. Además, no sé porqué te molestas, tuviste tu noche romántica a la luz de las velas con Mathews, ¿no?

—Si, pero... dice que no quiere volver a verte.

—¡Aleluya! —grité de emoción—. Al final Devoir tendrá razón y le deberé un favor.

—Creía que si le dabas una oportunidad... que si le conocías al final te gustaría —contestó Nerea algo triste.

—Es más probable que me vuelva lesbiana a que me guste Steven —aseguré dando por zanjado el asunto en referencia a lo que ese patán con patas se refería.

Por suerte Nerea no insistió más en el tema y no sabía si estaba más preocupada por no volver a estar a solas con su querido Mathews o por mi vida sentimental inexistente; casi me declinaba más por la primera de las opciones.

Pasé el domingo organizando la habitación y leyendo alguno de los libros que solía dejar a medias, era extraño no tirar de mi agenda para saber que

hacer en esos momentos... solo esperaba que mi semana fuera menos larga que la que había pasado para poder recuperarla.

—¿Qué es todo esto? —grité nada más entrar en mi oficina y descubrir toda la mesa llena de papeles y carpetas con más papeles aún.

—Son los informes de los últimos cuatrimestres —contestó mi ayudante Andrea para mi propia consternación.

—¿Y porqué están en mi despacho? —exclamé con cara lechuga maniatada.

—Es que el nuevo jefe, quiero decir el señor Ramírez ha solicitado que los traigan aquí para que realices una revisión exhaustiva de todos ellos y un estudio detallado de conclusiones.

—¿Que haga qué? —fue mi respuesta.

«Ya puestos que diga que me tire por un puente o que me atropelle un autobús»

—Creo que tienes un email en tu bandeja de entrada donde lo solicita formalmente —susurró encogiéndose de hombros como si le supiera mal tener que darme ella la mala noticia—. ¿Te traigo un café? —anunció con entusiasmo como si eso me levantara el ánimo.

—Si anda tráelo... —susurré—. Aunque no hay café pa' tanto lunes... —suspiré mientras dejaba el bolso en el perchero y trataba de mentalizarme para el suicidio cerebral que iba a tener en el resto del día.

Adoro mi trabajo salvo por momentos como éste donde me entran ganas de enviarlo todo al mismísimo infierno e irme a vivir a un país de playas paradisíacas para dedicarme a vender cocos o algo similar.

—¡Ese hombre es más inútil que ponerle retrovisores a una bicicleta estática! —exclamé en cuanto leí el correo que efectivamente tenía en la bandeja de entrada y en ese momento acababa de abrirse la puerta de mi despacho.

«Ay dios que sea mi becaria, ¡Juro que no vuelvo a comer Kínder bueno en un mes si es ella!»

Pero como Dios no me quiere y el karma menos, no era ella... aunque al menos no era el señor Ramírez, valga la redundancia.

—Espero no ser yo el afortunado inútil del que hablas —contestó con una sonrisa aquel adonis griego con alma de mortal.

Mi cerebro en ese momento no sabía reaccionar ante la visión monumental que tenía delante. Vestía elegantemente un traje gris perlado hecho

sin duda alguna a medida porque mejor no le podía quedar. Aquel adonis se dejaba caer en el marco de la puerta con una pose que podría parecer casi ensayada, pero que desde luego conseguía el resultado esperado porque a mi solo me faltaba el pañuelo para secar mis babas. ¡Dios bendito que guapo es!

«Reacciona María, ¡Reacciona ya!»

—¿Y si lo fueras? —exclame mordiéndome los labios para no delatarme.

—Entonces tendría que hacer algo para que cambiaras de opinión... ¿Qué tal secuestrarte de esta cárcel infernal? —exclamó abriendo los brazos para referirse a mi pequeño despacho.

—Esa no sería una mala idea si no fuera por...

—¡Aquí tienes tu café Marí... —La voz de Andrea había desaparecido y no había más que observar como miraba al adonis griego para saber que se estaba deleitando con los ojos. Si no fuera porque él no le prestaba atención alguna hasta podría haberme dado uno de esos pequeños ataques de celos.

«Espera, espera, ¿Celos?, ¿De qué?, Si estaba más que claro que entre ese bombón relleno y yo no había más que una relación de chantajes e intereses... ¿sexuales?»

—Gracias Andrea —mencioné ante aquel silencio que parecía haber inundado el minúsculo despacho. Desde luego tres son multitud—. El señor Devoir solo ha venido a devolverme mi agenda, ¿Verdad? —dije sonriente.

—Lo cierto es que se me ha olvidado. Lo lamento mucho señorita Acosta, venía a disculparme por mi profunda torpeza a la hora de recordar que aún no se la he devuelto. ¿Que le parece si la invito a comer para recompensarla?

«Será caradura»

—Tengo demasiado trabajo señor Devoir, no creo que pueda salir de la empresa hasta acabar mi turno.

—¿Se le ha olvidado que soy su jefe, señorita Acosta? —preguntó con esa sonrisa de superioridad que no hacía falta ni asegurar que era defecto de fábrica.

Para mi consternación y ante la absoluta boca abierta de Andrea que parecía con cada respuesta más atónita. Tuve que aceptar.

—Supongo que no me puedo negar al dueño de la empresa —contesté con un amago de sonrisa.

—Pasaré personalmente a recogerla. Ahora si me disculpan, llevo tarde a una reunión.

Por mucho que me pesara debía admitir que al menos tenía un aliciente

para que la mañana se me hiciera menos pesada con tanto informe de cuentas.

—¿Ese es un Devoir?, ¿Quiero decir uno... uno... —A la pobre Andrea no le salían las palabras.

—Por lo visto sí —contesté desviando mi mirada hacia la pantalla del ordenador y abriendo una hoja de Excel para comenzar a trabajar—. Te agradecería que lo que ha ocurrido aquí no salga de este despacho. Lo que menos necesito ahora es a un montón de gente cotilleando.

—¿Qué?, ¡Oh claro!, ¡Claro! —contestó dejando el café sobre la mesa y dándose media vuelta—. ¿Sabes si tiene un hermano igual de guapo?, ¿O un primo aunque sea? —preguntó cuando dio dos pasos y me mordí la lengua para no reírme.

—No tengo ni idea, pero seguro que en internet lo encuentras.

Por la rapidez de su huida supe que se había encaminado hacia su mesa para googlearlo.

En ese momento sentí curiosidad, ¿Que información habría sobre Damián Devoir en internet? La tentación me pudo y abrí el navegador tecleando su nombre. No tardó en aparecerme algunas imágenes de él en presentaciones, galas en las que aparecía acompañado de una rubia despampanante...

«No te compares. Ni se te ocurra compararte. ¡N-o t-e c-o-m-p-a-r-e-s!»

Pero es imposible no ver la diferencia entre modelos de piernas kilométricas con las mías patiocortas y esas melenas rubias siempre bien peinadas en comparación con mi pelo más liso que la tabla de planchar.

—Por lo menos soy más inteligente —dije en voz baja tratando de convencerme—. Y mis tetas no son de silicona.

Arg, ¿A quién quiero engañar? Probablemente a Damián Devoir solo le parezco un bicho raro con el que divertirse un rato.

Cerré la pestaña del navegador sin entrar mucho en detalle sobre su familia, suficiente había tenido ya con el repertorio de acompañantes que había visto. Me centré en los informes que al menos era algo que dominaba a la perfección. Cuando el sonido de la puerta me hizo despejar la vista de la mesa observé que estaba allí de nuevo el adonis griego, solo que se había aflojado levemente la corbata, abierto la chaqueta y despeinado un poco más de lo que estaba hacía tan solo unas horas.

«Creo que está aún más bueno si es que eso es posible»

—¿Nos vamos? —preguntó con aquella sonrisa encantadora.

—¡Si, claro! —dije levantándome y dirigiéndome hacia el perchero

donde estaba mi bolso—. ¿Donde vamos? —pregunté apartando la mirada para que no se diera cuenta del efecto que me causaba, incluso me toqué la cara para comprobar si de verdad estaba o no colorada.

—A uno de mis restaurantes favoritos —contestó abriéndome la puerta para que pasara.

—Se supone que solo tengo una hora para comer —dije siendo la persona responsable que era.

—Pues hoy no —contestó sin más—. De hecho... yo seré quien estipule a qué hora y cuándo terminará tu almuerzo.

—Pero tengo trabaj...

—Cssh —siseó cogiéndome de la cintura y colocando un dedo sobre mis labios mientras me miraba intensamente—. No me privarás del postre... esa es la mejor parte.

Por el brillo de sus ojos que se habían oscurecido no sabía si el postre definitivamente iba a ser yo, pero lo cierto es que por alguna razón no me atrevía a preguntarlo.

Capítulo 7

—¿Tu sitio favorito es un restaurante italiano? —exclamé en cuanto aparcó en la puerta de aquel lugar con una pinta espectacular.

—No hay nada como la auténtica comida italiana, y puedo confirmar que este sitio es uno de los poquísimos en toda la ciudad en los que no se pueda notar la diferencia.

«Así que el adonis griego tiene un paladar exquisito»

—Supongo que esto será lo más cercano a visitar Italia que estaré —dije con cierto pesimismo.

Me había centrado tanto en el trabajo, en ahorrar para comprar un apartamento y ser alguien madura y responsable que en cierta forma había abandonado realmente mis intereses, entre ellos el de viajar. Básicamente apenas había conocido mundo. Solo había estado en Londres y únicamente para hacer un curso de formación en inglés que me permitiera ascender en mi trabajo. Ni siquiera había tenido tiempo de conocer bien la ciudad.

—¿De verdad no has estado en Italia? —exclamó anonadado como si aquello no fuera posible.

«Ni que fuera la única persona del mundo que no ha visitado la *bota gigante*»

—Tenía otras prioridades —dije sin parecer alguien poco interesante.

—Tal vez tenga que ponerle remedio —contestó con esos ojos brillantes que parecían querer devorarme de un momento a otro.

—¿A mis prioridades o al hecho de conocer Italia? —pregunté dubitativa.

—A ambos —concluyó y me quedé completamente estática, hasta el punto de notar como su mano envolvía mi cintura y me apretaba hacia él para provocar que de ésta forma caminara.

—Primero Escocia, después el concierto y ahora Italia... empiezo a sospechar que tiene pocos amigos señor Devoir —comenté lo primero que me vino a la mente para no parecer idiota si permanecía en silencio.

Su risa me hizo apartarme para observarle, bueno... no fui la única

porque medio restaurante se dio la vuelta para observarnos.

«A la mierda la privacidad, ya han contemplado al bombón andante, por lo tanto, sería objeto de estudio de todos los comensales»

—No me considero una persona con pocos amigos, pero definitivamente eres mucho más interesante que la mayoría de ellos... —Su voz sonaba tan sumamente seductora así que agradecí infinitamente que el camarero nos saludara sonriente.

Al parecer Damián Devoir debía venir a menudo a ese restaurante porque en cuanto nos sentamos a la mesa, el metre vino personalmente a saludarle y nos deleitó con una botella de vino antes siquiera de ver la carta como regalo de la casa.

En mi vida he ido yo a un restaurante donde te regalen una botella —aunque fuera de agua—, por la cara. Signo de que el adonis griego tiene mucha pasta, de hecho probablemente tenga un árbol que da billetes en lugar de manzanas en el patio de su casa.

—¿Qué estás pensando? —preguntó de pronto sacándome de mis pensamientos y trayéndome de vuelta a la realidad.

—¿Qué?, ¡Eh! Nada... ¿Tienes árboles en tu casa? —pregunté incoherente.

¡Definitivamente pensaré que estoy idiotizada! Aunque me extraña que a estas alturas no lo piense ya.

—Pues ahora que lo dices tengo un árbol en el salón de casa —contestó cogiendo su copa e incitándome a que cogiera la mía—. Espero no correr la misma fortuna que el pobre desgraciado a que le tiraste aquella copa de vino la última vez.

«Casi me había olvidado que él estuvo presente»

—¿Y desperdiciar un buen... Chianti? —exclamé leyendo el nombre del vino que permanecía fresco en el botellero.

—Chica lista —contestó chocando la copa y llevándosela después a los labios. Imité su gesto y comprobé que efectivamente estaba buenísimo—. ¿Te interesa la biología?

—Lo del árbol en tu salón era de coña, ¿no? —pregunté ante aquel inesperado silencio.

—En absoluto. Puedes venir cuando quieras para comprobar que no miento —. Su voz parecía serena y suave, pero por su mirada tan intensa casi podría afirmar que estaba proponiendo algo indecente.

—¿Es eso una invitación a su casa, señor Devoir? —exclamé sonriente con evidente señal de broma para no parecer nerviosa.

—Jamás le haría una proposición indecente, señorita Acosta —contestó en el mismo tono.

Inesperadamente comencé a reírme y el camarero llegó para tomar nota, aunque ni siquiera había mirado la carta.

—Si no te importa, puedo pedir por los dos a menos que tengas algo en mente. —Se atrevió a decir y me pareció la opción idónea para no parecer alguien que se hacía la culta siendo completamente torpe al tratar de comprender la carta en italiano.

En el momento que Damián Devoir comenzó a hablar en italiano mientras nombraba platos, a mi se me cayó el alma a los pies...

¡Válgame el señor! ¿Hay algo más sexy que ver a un adonis inhumano hablando una lengua tan sumamente sensual? Nah... puedo ir al infierno tranquilamente porque mi mente ha pecado demasiado.

—¿Te parece bien? —preguntó entonces mirándome.

«A mi me parece bien lo que te de la gana» pensó mi maltrecho cerebro en ese instante.

—No he entendido un carajo. —Fue lo que pronunció mi voz.

«Adiós el tratar de parecer interesante»

—No pasa nada, seguro que te gustará todo —dijo sonriente y le devolvió la carta al camarero que se llevó la comanda.

Lo cierto es que todo estaba buenísimo. Debía reconocer que en ese restaurante todo estaba absolutamente delicioso o el hombre tenía buen ojo a la hora de elegir los platos adecuados.

—No puedo más —dije apartando el plato de lasaña a pesar de que estaba buenísimo. Después de los entrantes y el primer plato, mi estómago iba a colapsar—. Además, debería irme, es demasiado tarde y tendría que haber vuelto a la oficina hace media hora.

—Te advertí que no me dejarías sin el postre —contestó sonriente.

¿Donde metía ese hombre esa ingesta bestial de calorías? Desde luego dudaba que fuera en los cuadraditos de su abdomen que con toda seguridad tendría.

—Tu me quieres matar... —dije en un susurro mientras me servía un poco de agua.

—Me gustaría hacerte muchas cosas, pero matarte no es una de ellas. —

En aquel momento le miré y volví a sentir esa intensidad de nuevo, no podía ser una simple percepción. No entendía qué clase de juego era ese, pero de algún modo incoherente ese adonis griego sentía atracción por mí—. ¿Cuál es tu sabor favorito?

«Tú» Hubiera contestado sin pensar.

Aquella pregunta no estaba hecha en el momento preciso, porque no me salía otra cosa que no fuera un monosílabo. Miré hacia otro lado tratando de huir de aquellos intensos ojos que me penetraban literalmente y vi como uno de los camareros llevaba un trozo de tarta y encima había dos fresas cortadas.

—Fresas —contesté volviendo la mirada hacia él y sonreír para parecer realista—. ¿Por qué?

—Porque el día que pruebe tus labios sabrán a fresas.

¿Qué?, ¿Hola? Tierra llamando a María... uno, dos, tres ¡Reacciona leches!

—Creo que voy a pedir tarta de fr... fruta —dije cuando mi cerebro descubrió que estaba hablando en voz alta.

La elocuente sonrisa que descubrí en aquel rostro de adonis perfecto me hizo saber que más me valía ponerme un esparadrapo en la boca o iba a contemplar mi propia muerte vergonzosa.

«Céntrate María, tampoco ha dicho nada del otro mundo. Solo que te va a besar un día de éstos, cuando menos te lo esperes y haya fresas de por medio. Vamos algo muy... normal»

—No sé si tienen tarta de fruta, pero hacen una mousse de Kínder que...

—¿Kínder?, ¿Te refieres a Kínder de chocolatina?

—Exactamente.

—¡Yo quiero dos de esos!

«Ole di que si, ahora encima de pensar que estoy loca y ansiosa, añadiremos ballena a la extensa lista»

Su risa me hizo sentirme aún peor.

—Así que tu pasión por los Kínder bueno es cierta...

«Maldita sea... ¿Para qué intento tener secretos si sabe todo de mi por la agenda?»

—Pues... tampoco es para tanto, la verdad —negué y me perjuré que lo negaría hasta la muerte.

«Si las mentiras mataran a mi me habría caído un rayo fulminante y ahora mismo estaría en el quinto paraíso»

—Entonces será que te has quedado con hambre para pedir dos.

—Que va... solo es por si se les cae el primero —dije sin pensar y su estrepitosa risa me hizo maldecir por dentro.

—Entonces mejor pidamos cuatro —contestó controlando esa sonrisa divina—. Solo por si acaso.

«Por mi que traigan veinte, pero con cuatro me puedo conformar con tal de que tú te comas solo la mitad»

—Desde luego... los por si acaso son mi punto fuerte —sonreí buscando con la mirada al camarero.

Cuando aquel camarero trajo aquellos succulentos postres, no sabía si tenía mejor pinta el dulce, o el manjar de hombre que tenía frente a mi. En cuanto metí la cuchara en aquel vasito de cristal, el sonido de la mousse se convertía en un deleite, pero cuando la llevé a mis labios creo que morí extasiada... si, extasiada y completamente absorta de este mundo.

—¡Oh dios bendito! —exclamé con los ojos cerrados dejándome arrastrar por aquel sabor succulento—. Esto es casi orgásmico.

«Dime que no lo he dicho en voz alta... ¡Dime que no lo he dicho!»

En aquel momento abrí los ojos y observé esa mirada oscura que juraría que había pasado de castaña oscura a negra total y resultaba tan atrayente que no sabía con qué deleitarme más; quizá aquella succulenta mezcla perfecta era el éxtasis puro.

—¿Estás segura de que prefieres las fresas? —preguntó y noté que su mirada se centraba en mis labios.

«Me va a dar un filichi en tres... dos... uno.... ¿Si digo que no me besaré aquí delante de todo el mundo?»

—E... e... e....esto... si.

¿Por qué cojones dices que si, María? La ley de Murphy se puede aplicar a mi cerebro, no sé ni para qué me lo pregunto a mi misma.

—Qué lástima... —Fue toda su respuesta y yo definitivamente dejé de respirar.

«Lástima la de mis pobres bragas que no dan más de sí»

Antes de darme cuenta ya había pagado la cuenta mientras yo me deleitaba con la segunda mousse de kínder, pero me entraba más por los ojos que por el estómago después de todo lo que había zampado en aquel almuerzo.

—Vamos, te llevaré de nuevo a la oficina —dijo mientras salíamos del restaurante y caminábamos en dirección al coche.

—Gracias por el almuerzo, la verdad es que estaba todo buenísimo y...

—Y nada —Atajó dando la vuelta al coche—. Mejor sube y te llevo o te secuestraré por el resto de la tarde.

—¿Secuestrarme?, ¿Es que quiere que me despidan señor Devoir? Porque le recuerdo que ya voy a llegar bastante tarde... una hora para ser exactos.

—¿No te cansa controlar la hora? —preguntó colocando las manos sobre el techo del coche de forma que solo podía verle la cara.

—Pues no, supongo que es la costumbre.

—Entonces tendré que malcriarte un poco para que se te quite esa costumbre.

¿Malcriar?, ¿Ha dicho malcriar? No. Definitivamente no me limpié bien los oídos anoche.

—¿En que te vas a convertir?, ¿Una especie de tutor o algo así?

—Desde luego que no —contestó echándose a reír y vi como se alejaba para entrar en el coche, así que le imité—. Solo me extralimitaré en el hecho de ser tu jefe.

¿Que cojones significa extralimitarse y jefe en la misma frase y junto a esa cara de monumento parlante?

Por mi cara debió entender que estaba más liada que un daltónico con el cubo de rubik.

—A partir de ahora, cumplirás explícitamente mis órdenes.

—¿Y qué pasa si no quiero cumplirlas? —contesté por inercia, aunque si los tiros iban por donde mi mente calenturienta no dejaba de irse, casi estaba dispuesta a suplicar porque diera la primera de esas órdenes.

—Teniendo en cuenta que tengo tu agenda negra y que tu puesto en la empresa puede depender íntegramente de lo que decida... diría que no hace falta mencionar lo que ocurriría, ¿no?

«Cerdo prepotente... ¡Un niño de papá tenía que ser!»

—Te puedes ir al cuerno si crees que vas a chantajearme de nuevo. No soy tu asistente personal, ni tu criada y mucho menos alguien que te hará favores de dudosa reputación por tu cara bonita... mejor te buscas a otra.

Iba a bajarme del coche. ¡A la mierda la agenda si hacía falta! Aunque en ella tuviera todas mis citas programadas del resto del año porque era una negada para tenerlas informatizadas y me partiría los cuernos averiguando ciertos números y gastos porque solo tenía ahí los tickets, incluso perdería

bastante información relevante para mi, aunque solo fuera personal. Pero ¡Ni muerta me rebajaba a ser el putón de nadie!

Por más que intentase abrir aquella maldita puerta no se abría. ¡Maldito chisme de las narices!, ¡Te quieres abrir de una puñetera vez!

—No se abrirá —dijo aquella voz bastante seria y a pesar de no querer mirar esa cara de adonis griego con la que me derretía, hice tripas corazón y le reté con los ojos—. Creo que has entendido lo suficientemente mal mi propuesta como para que estés así de enfadada.

—Creo que la entendí perfectamente —contesté airada.

—Jamás obligaría o coaccionaría a una mujer para que se metiera en mi cama y menos aún, por algo a cambio.

—¿Ah no?, ¿Y entonces a qué iban a referirse esas órdenes? —exclamé para que se explicara.

—A que vas a trabajar directamente para mi —soltó así de sopetón y se quedo tan pancho.

—¿Cómo? —De mis labios salió una voz tan aguda que ni siquiera parecía que lo hubiera dicho yo misma.

—Te vas a venir a la sede central y vas a ser mi coordinadora de cuentas.

«No puede ser... definitivamente no puede ser. Si eso prácticamente es como un ascenso a escala por tres de donde yo estaba»

—¿Por qué? —Fue mi única respuesta completamente anonadada.

Y encima le he mandado al cuerno por creer que era un degenerado niño pijo de mamá.

—Porque voy a exprimir todo el potencial que hay en ti y de paso, no tendré que inventarme una excusa para invitarte a comer.

O este hombre es un demonio enmascarado o yo soy completamente imbécil por pensar mal de él.

«Piensa mal y acertarás María. Eso mismito te decía siempre tu abuela»

—No sé si debo aceptar teniendo en cuenta que no ha sido algo por méritos propios. No sería decente.

—La decencia me importa bien poco señorita Acosta. A mi solo me interesa su potencial y desde luego su exquisita presencia en mi oficina.

«Pues si me quedaba algún resquicio de duda, creo que se acaba de evaporar como la pólvora»

Capítulo 8

No supe nada más del adonis griego durante los tres días siguientes salvo por los billetes de avión que me habían llegado a mi despacho el jueves con fecha al día siguiente. ¿En qué momento me había olvidado de ese fin de semana en Escocia? Lo sabía... desde que el mismísimo diablo llamado “Ramírez” me había inundado con informes del año copetín divino y su nación mi despacho para hacerme perder el tiempo, ¡Y ni siquiera sé que demonios voy a ponerme en la dichosa boda!, ¿Cómo son las bodas en Escocia? Igual va todo cristo con faldas de cuadros y gaitas y ahora me planto yo con un super-mega vestido ajustado del que se me marcan hasta las costillas.

—Mejor me voy de compras... —susurré para tomar nota mental que iba a sustituir el tiempo de gimnasio por fundir la tarjeta de crédito.

«Más le vale subirme el sueldo en el nuevo puesto de trabajo para compensar sus chantajes extra señor Devoir» pensé figuradamente.

—María —dijo justo en ese momento Andrea que acababa de entrar—. Han llamado de recursos humanos para decir que bajes de inmediato, ¿Ocurre algo?, ¿Van a despedirte?

El tono de Andrea era de preocupación y en ese momento fruncí el ceño. ¿Para qué demonios querría citarme recursos humanos? Hasta que recordé la oferta de trabajo de cierto rostro apuesto...

—Más bien espero que ascender —contesté sonriente mientras me levantaba y me dirigía hacia el ascensor.

Efectivamente sobre aquella mesa estaba mi nuevo contrato que entraba en vigor el próximo lunes.

—Firme aquí señorita Acosta, también aquí y aquí —mencionó la mujer de nariz angosta y gafas de pasta negra que estaba sentada al otro lado de la mesa.

No podía creer mi bendita buena suerte, ¿Tal vez firmar antes de ir este fin de semana significaba que ese adonis griego esperaba sexo salvaje en la habitación de hotel?

«¡Oh dios mío!, ¡Tengo que comprar ropa interior sexy!» susurré en mis

adentros mientras salía de aquel despacho con sonrisa de bobalicona.

Pero, ¿Era una buena idea acostarme con ese adonis griego sabiendo que le iba a ver la cara todos los días en la oficina? Siempre había sido de las que mezclar asuntos de cama con trabajo no era una buena idea, aunque ¿Qué cuernos?, ¡Mis bragas y lo que no eran mis bragas se derretían vivas por ese bombón succulento!

Después de dos horas recorriendo todas las boutique a las que solía acudir cuando necesitaba ir de etiqueta, opté por la opción más acertada. Vestido azul noche con semi-trasparencias en brazos y espalda, entallado hasta la cintura y lo suficientemente sobrio para parecer elegante.

Hice la maleta justo antes de acostarme y por alguna razón me extrañaba no haber tenido noticias de Devoir durante el resto de la semana, ¿Tal vez había estado ocupado? Era extraño no recibir ningún mensaje suyo, aunque solo fuera para constatar que realmente acudiría con él de acompañante.

Mi semana en la oficina había sido un completo infierno y lo cierto era que gran culpa había sido por no tener mi maldita agenda. ¡Dios!, ¡Cómo la echaba de menos! Lo mío no era ir poniendo posits por toda la mesa o el bolso para ir recordando las cosas que debía ir haciendo. No. ¡Necesitaba mi agenda negra ya!, ¡De inmediato! Por suerte esperaba recuperarla el lunes, ese mismo lunes en que comenzaría el nuevo trabajo en la sucursal central.

En ese preciso instante escuché el teléfono me di cuenta de que aún no lo había puesto en silencio, lo cogí en seguida y comprobé que tenía un mensaje y que era del adonis griego.

«Estoy por cambiarle el nombre en la agenda de teléfono» musité para mi misma mientras lo abría.

Damián.

*«Le recuerdo que mañana debe coger un vuelo a las 17.00h
¿Necesita que le envíe un coche a recogerla señorita Acosta?»*

María.

«Allí estaré señor Devoir, le recuerdo que querré ver mi agenda sobre mi nueva mesa de despacho el lunes a primera hora.

Damián.

«Eso ya lo veremos señorita Acosta. Deberá ganarse a pulso este fin de semana que le devuelva su preciada agenda negra...»

¿Qué?, ¿De qué demonios hablaba?

«Y luego pretenderá que no piense mal de él»

María.

«Empiezo a sospechar que es usted un manipulador innato, ¿Qué se supone que debo hacer?, ¿No debía únicamente acompañarle?»

Damián.

«Lo sabrá a su debido momento. Ahora acuéstese señorita Acosta, es tarde y mañana será un día largo».

¡Mierda! Si no me lo dice es porque sabe que me podría negar, ¿Qué demonios hago?, ¿Dejarle tirado era una opción? En el fondo mi lado masoquista necesitaba saber qué quería de aquel fin de semana y la parte más irracional deseaba que fuese un pecado capital aquello que pretendía.

«Definitivamente necesito un buen polvo» suspiré justo antes de cerrar los ojos y tratar de conciliar el sueño aquella noche.

Mi último día en aquella oficina no fue mucho mejor que el resto, en realidad, ¿Por qué demonios me mataba con aquellos informes si en el fondo era consciente que otro los acabaría por mí?

—¡A tomar viento! —exclamé soltando el bolígrafo y las gafas que usaba para ver de cerca cuando mi vista estaba cansada y cogí el bolso para salir del despacho.

—¿Dónde vas? —preguntó Andrea anonadada. No solía ser una persona que se tomaba demasiados descansos, de hecho, creo que no me había tomado ni uno en toda la semana y era ella precisamente la que me traía el café a la oficina para que yo no perdiera el tiempo.

—A tomar un café —dije así como si nada y noté más de una mirada ciñéndose sobre mí.

¿Tan raro era que me escapase un momento de la oficina solo a por un café?

—¿Seguro que no quieres que te lo lleve a tu despacho? —Inquirió Andrea con evidente signo de preocupación.

—No, es más ¿Quieres venir conmigo? Te invito a uno —contesté alzando una ceja y en ese momento estaba segura de que si a mi becaria le

pinchaba con una aguja, no sangraba.

No era de las que se mezclaban con empleados de bajo rango en la empresa para no fomentar el supuesto favoritismo, pero teniendo en cuenta que era mi último día allí, ¿A quien le importaba?

—E...esto... si, claro que si —contestó dejando los papeles que llevaba sobre la mesa y dirigiéndonos hacia la cafetería que había en el edificio en lugar del cuartucho donde había una máquina de café.

Andrea parecía una chica maja pese a ser demasiado joven, no dudaba que lograra crecer dentro de la empresa e incluso alcanzar algún puesto relativamente importante. A pesar de sus nervios por la situación pasé un rato agradable mientras me contaba que era la cuarta hija de un matrimonio de granjeros y que siempre había sabido salir sola adelante. Había sido una buena ayudante y estaba bastante satisfecha con su trabajo, era una pena tener que dejarla atrás después de haberme acostumbrado a ella. ¿Podría llevármela a mi nuevo trabajo como ayudante? Sopesé la idea y no me desagradó, quizá pudiera lograrlo más adelante.

En cuanto pisé el aeropuerto comprobé en el teléfono que llevaba tiempo de sobra para pasar los controles al no facturar equipaje, así que cuando estaba en la zona de embarque cuarenta y cinco minutos antes, le vi. Damián Devoir y toda su aura de masculinidad se hicieron presentes.

Aquella sonrisa de adonis griego me embriagó consiguiendo que sonriera al mismo tiempo.

—Reconozco que por un momento pensé que huiría señorita Acosta —dijo con ese matiz sensual que comenzaba a pensar que le caracterizaba.

—La cobardía no es una de mis virtudes, señor Devoir —contesté mordiéndome el labio.

—Me alegro —confirmó y se giró para inspeccionar el lugar como si tratase de buscar a alguien.

—¿Ocurre algo, ¿Esperamos a alguien? —pregunté confusa.

—No —negó volviendo a mirarme con una sonrisa—. Aunque asistirán algunas personas de la ciudad a la ceremonia y podría darse la casualidad de que coincidiéramos en el mismo vuelo.

Creí completamente en sus palabras así que afirmé no sabiendo qué responder.

—¿En calidad de que tipo de acompañante iré? —pregunté entonces sopesando que jamás le había preguntado como me presentaría, ¿Una amiga?,

¿Compañera de trabajo?, ¿Prima? No tenía la menor idea.

—Me ha llegado tu contrato, me alegra que no demorases en firmar.

—Las prestaciones eran muy buenas y... ¿Estás cambiado de tema para evitar responderme? —gemí en ese momento dándome cuenta de que lo había desviado completamente.

—¿Yo? Para nada —sonrió—. Creo que va a comenzar el embarque, supongo que odiarás volar porque para ti supondrá una pérdida de tiempo.

—Lo supones muy bien —contesté sin evitarlo. Eso de perder casi dos horas solo por coger un avión me parecía aberrante porque la mayoría de veces ese tiempo no lo recuperaba o no podía ser rentable.

—Precisamente por eso elegí un vuelo comercial... —contestó riéndose.

—¿Qué? —exclamé tan alto que más de una persona se dio la vuelta solo para verme.

¿Es que el jodido Devoir tenía avión privado?

—La empresa cuenta con varios aviones privados... —susurró—, pero me parecía más divertida esta opción.

—Desde luego no tratas de impresionarme, sino de fomentar mi odio contra ti.

«Mierda» dije llevándome una mano a la boca porque mis palabras hubieran salido tan naturales.

Su carcajada solo hizo que me pusiera completamente roja y afortunadamente para mi nos tocaba entregar la documentación pertinente para pasar el último control.

—No creo que seas una mujer que se deje impresionar fácilmente —contestó una vez que habíamos pasado—. Es más, creo que eso es lo que más me gusta de ti.

¿Gustarle de mi?, ¿Es que había más cosas que le gustaban? Ese hombre definitivamente necesitaba gafas.

—Debes querer que haga algo lo suficientemente grave o peliagudo para comerme tanto la oreja con elogios —comenté en cuanto nos sentamos en los asientos del avión.

—Eso no tiene nada que ver —admitió y maldije mi olfato que olía siempre la chamusquina. Si es que ya sabía yo que éste debía querer algo de todo esto.

—Así que admites que quieres algo de todo esto, ¿Qué es?, ¿Qué se supone que debo hacer? Cómo me sueltes que tengo que hacerle un striptease

al novio o algo similar me cojo el primer avión de vuelta.

Para mi sorpresa el muy petardo comenzó a reírse en mi cara echa un poema y en ese momento me dieron ganas de estrangularlo.

—No. Aunque no sería mala idea, solo que en lugar del novio, me lo podrías hacer a mi... —dijo cuando se calmó y abrí los ojos expectantes.

¿Qué demonios?

—Es broma, en realidad solo te voy a pedir algo fácil —dijo con calma—. Al menos eso creo —añadió un poco nervioso.

Mi mente pensaba lo peor... y de todas las opciones posibles no me imaginaba que demonios quería de mi ese hombre.

—¿De qué se trata? —pregunté no pudiendo contener más el deseo de saciar mi curiosidad.

—No se trata de un evento familiar —comenzó a decir con calma y en voz baja—, ni tampoco es referente a la empresa... —añadió para que quedara constancia—. Es la boda de mi expareja.

«Arreando que es gerundio» Si me dan con un martillo en la cabeza en ese momento, ni me entero.

¿Exnovia?, ¿Quién va a las bodas de los exnovios? Yo desde luego no lo hago ni harta vino.

—¿Tu exnovia? —pregunté patidifusa.

—Si —suspiró—. Digamos que ella me dejó... por mi mejor amigo —añadió recostándose en el asiento.

«¡Madre mía! Si hasta mi corazón hizo clac y me entró una pena mortal»

—La madre que la parió... —susurré sin poder evitarlo y en ese momento me llevé una mano a la boca porque no sabía hasta qué punto a él le caía bien o se podría llevar bien con ellos. Estaba asistiendo a esa boda, ¿no? Tal vez lo había perdonado todo.

—Tranquila, por mi le puedes adjudicar todos los adjetivos que creas oportunos —añadió con una sonrisa pícara.

—¿Para qué demonios vas a esa boda? —pregunté sin entender porqué se martirizaba de esa forma.

—Porque él ha sido siempre mi mejor amigo —contestó con calma—. Y se lo debo.

—Bueno, yo no soy quien para meterme donde no me llaman —contesté no queriendo juzgar la situación.

—Pues vas a hacerlo, porque les dije que iría con mi prometida.

«¡No! No, no, no, no.... Definitivamente yo había debido confundir lo que mi cerebro creía haber escuchado por los ruidos del motor del avión»

¿Su prometida?, ¿En serio?

—No... —susurré—. Dime que es una broma de mal gusto —admití negando con la cabeza tratando de sopesar que simplemente me debía estar tomando el pelo.

¿En qué puñetero mundo iba a pasar yo por ser la prometida de ese adonis griego? Si era lo más opuesto a una rubia despampanante que existía en el universo.

—Si fuera una broma señorita Acosta no estaría ni en este vuelo, ni rumbo a Escocia a mi lado.

—Es decir —dije analizando la situación—, que todo este paripé de la agendita y leches en pepitorias estaba ya premeditado. Seguro que hasta ese increíble *ascenso* era una artimaña más para que accediera a esto y no me negase.

—Reconozco que es un aliciente para que interprete mejor su papel, aunque no me desagrada tenerla en la oficina como mi jefa de cuentas todos los días y confío plenamente en su capacidad de desarrollar bien el trabajo. He comprobado que es una persona comprometida con la empresa.

—Eso no da pie a que me ha tratado de estúpida desde el principio cuando me lo podría haber dicho y tratar de llegar a un acuerdo.

—Supuse que si se lo decía se negaría en rotundo como ya habían hecho dos personas anteriormente —admitió Damián con un suspiro y yo abrí la boca incrédula.

—¡Así que soy su tercera opción! —exclamé propinándole un golpe en el brazo y escuché el siseo de una de las azafatas recriminándome.

«Genial, ahora encima me reprendían como a una niña pequeña por formar escándalo»

—Admito que no fuiste mi primera opción —dijo en un susurro—. Pero en mi defensa debo decir que tampoco te había conocido.

«Bueno, eso podría ser verdad»

—¿Y en qué momento se te ha ocurrido pensar que sea una buena idea si es evidente que apenas nos conocemos? Ni siquiera sé cuál es tú color favorito y mucho menos cuál es tu comida favorita o tu talla de zapatos... ¿Cómo crees que va a colar que sea tu prometida? —gemí con una presión en el pecho que comenzaba a incrementarse por momentos y no era precisamente

a la presión de la cabina del avión que empezaba a alzar el vuelo.

—La gente suele creer lo que tú quieres que crean —contestó sin más y cogió una de las revistas que había en el bolsillo del asiento delantero comenzando a ojearla.

—Yo estoy al borde de un colapso y eso que la cosa no va conmigo mientras tú estás tan pancho... —solté llevándome una mano a la frente para ver si así se calmaban mis nervios.

—Es gente que no conoces, ¿Qué más te da lo que opinen o dejen de opinar?

—Se supone que pensarán que aparecerás con una rubia despampanante. Una modelo rusa de medidas insufribles sin un gramo de celulitis que hasta duerme con tacones de aguja y jamás ha sabido lo que es hacerse una coleta porque no le ha dado tiempo de lavarse el pelo. ¿De verdad quieres que me importe un comino lo que piensen? Seguro que creen que me has sacado del basurero...

Para mi estupefacción va el tío y comienza a reírse a carcajada limpia en mitad del silencio del avión.

«Genial, encima se ríe en mi cara»

—Nunca creí que alguien como tu pudiera tener tan mal concepto de sí misma —advirtió ahora con algo de seriedad—. Creo que ser tan controladora ha hecho que te olvides de como eres realmente.

—Por eso mismo lo digo, soy realista —contesté mirándole fijamente.

—Pues si fueras realista, podrías ver que eres absolutamente preciosa, señorita Acosta.

En aquel momento toda aquella tensión se fue al garete y solo podía notar el pulso acelerarse repentinamente.

—Yo no... no...

—No será muy difícil. Si no te gusto, solo finge que lo haces... afortunadamente no tendremos que pasar demasiado tiempo con ellos.

¿Fingir que me gustaba? Mira adonis griego que para eso no me hace falta fingir, me sacó hasta un máster y todo si es necesario.

—Está bien —dije al final porque realmente no sabía ni qué decir en ese momento que no fuera; con lo bueno que estás tu le gustas hasta a una lesbiana.

—Menos mal. No sabes el peso que me quitas de encima ahora que lo sabes.

En ese momento sopesé si toda aquella actuación era debida únicamente

a que deseaba que accediera, que sencillamente se comportaba así para satisfacer su necesidad y que después me dejaría más tirada que una colilla e incluso sin ese ascenso que me había prometido. ¿Estaba haciendo una bola de algo simple?, ¿O verdaderamente sería esa la razón de su comportamiento? No iba a tener respuestas hasta el lunes, sencillamente no sabría si todo lo que me había dicho hasta ahora, todas sus acciones y dedicaciones hacia mi persona se basaban en un único fin; acceder a aquel paripé actuando como su prometida.

Me maldije por analizarlo todo como siempre, por no dejarme simplemente llevar por una vez en mi vida y dejar que las cosas fluyesen y pasaran sin más. ¿Qué mas me daba si era así? Podría disfrutar de la misma forma, ¿no?

Al cuerno con todo... como si esa noche me acostaba con él y todo formaba parte de aquel complot. Yo también quería mi parte del pastel, aunque solo me quisiera para aquello y me estuviera utilizando, puesto que yo también le utilizaría a él si ese fuera el caso.

Capítulo 9

Bajamos del avión y nos dirigimos directamente hacia la salida para lo que supuse sería coger un taxi, aunque para mi sorpresa nos dirigimos hacia una de las ventanillas de alquiler de coches.

—¿Has alquilado un coche? —pregunté para interrumpir ese incómodo silencio que nos había sobrecogido a ambos sin saber qué decir.

—Sí. Era impensable para llegar a la ceremonia ya que se celebra en un lugar apartado de la ciudad.

—¡Ah claro! —exclamé sin ser muy consciente de porque lo afirmaba—. ¿Exactamente donde es la boda? —pregunté ahora intrigada.

—Se celebra en un palacio antiguo convertido ahora en hotel. Es una villa bastante bonita con vistas al mar y muy cerca de los acantilados.

—¿Y alguno de los dos es escocés?, ¿O para qué demonios vienen a casarse aquí? —pregunté mirando a mi alrededor y estudiando a la gente que pasaba que iba vestida de lo más pintoresco.

—La familia del novio es de origen escocés, de hecho, tiene parentesco con la nobleza escocesa.

«¡Ay amigo! Que ya se porqué te cambió la chusma esa».

—¿Nobleza? —pregunté en un tono de voz más alto de lo normal—. ¿Es un príncipe o algo así? —No estaba yo muy puesta de nobleza escocesa, pero igual es que no eran muy famosos.

—A su debido momento, Michael heredará una especie de marquesado.

¡La leche!, ¡Un Marqués!, ¡La muy perra le ha dejado por un Marqués!
«Eso hunde la autoestima de cualquiera»

—¿Y se puede saber como eres el mejor amigo de un Marqués? —ironicé con una sonrisa. Ni loca pensaba mencionar nada de ella que a todo esto no sabía cuál era su nombre, pero “rubia zarrapastrosa” le venía perfecto, porque en mi imaginación ella era rubia sí o sí.

—Estudiamos en el mismo colegio y después fuimos juntos a la misma universidad. Le conozco desde hace demasiados años, es casi un hermano para mi.

—Pues menudo hermano que se casa con tu exnovia. —Solté sin poder evitarlo y vi su intento de sonrisa a medias.

—Nunca culpé a Michael de lo sucedido, de lo contrario no estaría aquí ahora dispuesto a pasar todo el fin de semana en su boda —contestó algo serio y en ese momento nos tocó el turno para que nos atendieran así que guardé silencio mientras le escuchaba hablar en un perfecto inglés.

Cuando llegamos a la zona de vehículos deportivos, debí imaginarme que no había alquilado un simple cochecito de tres al cuarto que si se embarraba o le pasaba algo te daba menos remordimiento de conciencia. No. Ahí estaba un pedazo de porche rojo impresionante que hasta me daba miedo subirme por si se estropeaba.

—Tu objetivo es no pasar desapercibido, ¿verdad? —pregunté observándole aún de pie agarrada al manillar de mi maleta.

—¿Tan obvio es? —contestó con esa sonrisa pícaro y me encantó que volviera a sonreír de esa manera.

Lo cierto es que algo dentro de mi conciencia me incitaba a dar lo mejor de mi misma ese fin de semana y que aquella trola de ser su supuesta prometida fuera tan creíble que hasta yo misma me lo tragara. Por alguna razón sentía empatía por ese hombre a pesar de que me pudiera haber llevado allí coaccionada, porque reconozcámoslo; que tu pareja te deje por tu mejor amigo o amiga tiene que ser un palo enorme y que encima te inviten a la boda, aún peor. No me extrañaba que se hubiera inventado una prometida, es más, yo me habría inventado hasta que salgo con un cantante de rock.

En ese momento me acerqué hasta el maletero donde Damián se encontraba metiendo su maleta y le presté la mía.

—Si vamos a hacer esto, hagámoslo bien —dije con las manos un tanto sudorosas.

—¿A qué te refieres? —preguntó confuso alzando la mirada y mirándome directamente a los ojos.

«Madre mía que mirada tiene ese hombre de puro infarto, si hasta se me ha olvidado lo que iba a decir. ¡María!, ¡Regresa a la tierra!»

—Digo... quiero decir que... *esto* —dije señalándonos a ambos—. Tiene que ser creíble.

—¿Y qué sugieres? —preguntó cerrando la puerta del maletero y dejándose caer en este mientras esa sonrisa seductora a mi me ponía más nerviosa que a una adolescente en su primera cita.

—Pues que nos comportemos como una pareja en plan... —Mierda, no sabía ni como ponerle palabras a lo que pensaba mi mente para no sonar mal.

—¿Enamorada?, ¿Acaramelada?, ¿Apasionada? —Comenzó a preguntar él.

—Si, todo eso —afirmé mirando hacia el suelo para evitar ese contacto con su mirada que tan nerviosa me dejaba.

—¿Todo eso? —exclamó sonriente y en ese momento le vi sacarse algo del bolsillo y jugar con él en las manos hasta que contemplé que era un chicle y como se lo llevaba de forma sugerente a la boca.

«Quien fuera chicle en estos momentos»

—¿Y cómo pretendes que lo hagamos si ni tan siquiera te he tocado? —preguntó acercándose peligrosamente.

—Bueno... los dos somos adultos, no creo que sea tan complicado, ni haremos nada que no hayamos hecho antes con... con... —¡Joder!, ¡Como me siga mirando así me voy a desmayar aquí mismo!

—Si hay algo que tengo claro es que no te pareces en nada a ninguna mujer que haya conocido y eso no solo me gusta, sino que infinitamente me encanta.

En ese momento el olor a fresa de aquel chicle inundó mi sentido olfativo provocando que un estremecimiento me recorriera por dentro. ¿Pasaba algo si me lanzaba a sus labios? Tenía la excusa perfecta como síntoma de ensayo y en ese momento recordé sus palabras.

«El día que pruebe tus labios sabrán a fresas»

¡Al cuerno!, ¡El chicle de fresa también me valía como sabor!

—Quizá podamos ensayar antes de actuar... —susurré tan cerca de esos labios que hasta los párpados se me cerraban sin poder evitarlo.

—¿Y estropear el factor sorpresa? —escuché al mismo tiempo que sentí como esos labios pecadores rozaban la comisura de mis labios y lentamente se alejaban perdiendo ese olor a fresa de aquel chicle que masticaba—. No, prefiero la espontaneidad y justo en ese instante percibí un leve manotazo en mi culo que me hizo avanzar hacia él y notar lo duro y firme que estaba en todo su esplendor.

¡Jooooooooodeeeeeeeeeeeer! En ese momento abrí los ojos sorprendidamente y observé esa sonrisa de dientes blancos tan sumamente perfecta.

«A ti, adonis griego te queda hasta corto, eres el puñetero Zeus en

persona»

Después de conducir por un paraje de pastos verdes, montañas rocosas, el mar a la izquierda, un tiempo aceptable y un pedazo de coche rojo descapotable... no sabía si estaba de verdad en Escocia o metida en una película donde la protagonista se enamora perdidamente porque habría que ser muy estúpidos para no enamorarse de ese estilo de vida.

—Hemos llegado —aseguró Damián aminorando la marcha del vehículo y supuse que aquel pedazo de enorme castillo que divisaba a la derecha era el lugar de la ceremonia.

«Pues si que debe estar forrado el tal Michael».

—¡Wow! —exclamé en cuanto el vehículo comenzó a entrar de forma más pausada por el lecho de grava que había en el recorrido de la entrada.

No solo era un lugar imponente que dataría del siglo XV o XVI al menos, aunque evidentemente muy bien restaurado, sino que la belleza del lugar acompañado por esos estanques, fuentes y plantas por todas partes, hacía que gritara las palabras *lujo, riqueza, estatus social y poderío* por los cuatro costados.

«Virgen santa cuando me veré yo en otra igual»

Nada más bajar había un aparcacoches y otro miembro del personal nos ayudó con las maletas a pesar de ser equipaje de mano y bastante ligero. Me sentía una princesa tan sumamente atendida.

—¿Son invitados a la ceremonia? —preguntó aquel botones en un inglés que me costó algo de trabajo entender.

—Si. Tenemos una reserva a nombre de Devoir —confirmó Damián mientras dio un paso al frente y justo en ese momento sentí su mano recorrer mi cintura hasta instalarse en ella y finalmente asentarse allí incitándome a que caminara junto a él.

Un calor infinito me recorrió desde la punta de los pies hasta el último de mis cabellos y traté de no parecer nerviosa ante lo que aparentábamos ser frente a cualquiera que nos viera.

—Esta noche se servirá una cena de gala para todos los invitados que ya han llegado y una pequeña recepción de homenaje a los futuros novios. El desayuno se servirá en sus habitaciones a las nueve en punto. Dispondrán en su habitación la programación de toda la ceremonia y si existe algún inconveniente pueden comunicarlo inmediatamente a recepción —dijo amablemente la recepcionista tras darnos las respectivas llaves de habitación

a cada uno.

—¿Tenemos habitaciones contiguas? —pregunté mientras entrabamos al ascensor y miraba el número de habitación en mi tarjeta.

—Tenemos la misma habitación, *cariño* —contestó de forma sugerente y abrí los ojos sorprendida.

¿Qué carajos?, ¿De verdad iba a dormir en la misma cama que ese adonis griego? ¡Ay no!, ¡Ay no!, ¡Yo con tanta tentación no puedo!, ¡Mi carne es muy débil!

—La misma... ¿de la misma? —reiteré en un sin sentido.

—¿No te gusta compartir? —exclamó en un tono que no supe si era ironía o si definitivamente me estaba tomando el pelo.

—Depende de lo que haya que compartir —contesté mirándole fijamente.

—La cama, por supuesto —dijo retándome con esa mirada posesiva.

—¿Esto forma parte del plan o estás tratando de jugar a seducirme de verdad? —exclamé ya harta de no saber de qué pie cojeaba ese hombre.

No respondió rápidamente, sino que el ascensor llegó a la planta indicada y abrió sus puertas, pero ninguno de los dos hacía ademán por salir, sino que allí estábamos de pie observándonos el uno al otro hasta que noté que se acercaba sigilosamente.

—Eso preciosa... es algo que tendrás que descubrir —dijo en voz baja cerca de mi oído hasta el mismísimo punto que notaba como su nariz acariciaba mi cuello rozándome la nuca.

«¡La madre que lo parió!, ¡Que a gusto debió quedarse la mujer!» Grité en mi interior.

—¡Damián!, ¡Has venido! —exclamó una voz masculina en un inglés acentuado.

Los dos nos giramos en ese momento y descubrí la figura de un chico rubio bastante pálido y algo pecoso, con increíbles ojos azules.

—¡John!, ¡Cuánto tiempo! —contestó Damián con la misma efusividad y salió del ascensor para darle un semi-abrazo.

Me iba a costar trabajo captar al detalle ese marcado acento, pero al menos lograba entender lo que decían. Salí y me posicioné al lado de ellos sintiéndome un poco intrusa, pero no me iba a quedar allí en el ascensor esperando.

—Cuando Michael me dijo que vendrías dudé de su palabra pensando que tenía demasiada fe en ti para que vinieras a su propia boda después de...

—En ese momento aquel chico llamado John pareció percatarse de mi presencia—. ¿Viene contigo? Es guapísima —preguntó directamente a Damián señalándome.

—Si —afirmó Damián de forma sonriente atrayéndome hacia él y rodeándome por la cintura fuertemente—. Es mi prometida, María.

«Ale... comienza la parodia en tres, dos uno, ¡Acción!»

—¡Michael no me dijo nada de que te casabas tú también! —exclamó algo sorprendido—. ¡Enhorabuena! —exclamó dándole un golpe en el hombro—. Y encantado de conocerte, María.

Me causó especial gracia como decía mi nombre en aquel acento marcado, por lo que no pude evitar sonreír y acepté aquellos dos besos que se acercó a darme.

—Gracias —contesté sonriente—. Me alegra conocer al fin a los amigos de universidad de *mi* prometido —añadí mordidéndome el labio.

—Bueno no os entretengo porque tendremos mucho tiempo para hablar, me están esperando en el bar del hotel, han venido todos. ¿Así que porque no os cambiáis y bajáis a tomar algo antes de la cena? —preguntó rodeándonos para llamar al ascensor.

—Si, no hay problema. Nos vemos luego entonces —confirmó Damián antes de iniciar el camino hacia nuestra habitación.

Tengo que reconocer que no me esperaba aquella pedazo de suite que tenía hasta jacuzzi, vistas impresionantes y una cama tamaño extra grande —cosa que detesté porque cuanto más pequeña fuera, más oportunidad tendría de tropezar con ese cuerpo fabricado para pecar—, pero debía reconocer que aquello eran como unas mini-vacaciones de lujo.

—¿Te gusta? —preguntó corriendo las cortinas y abriendo las ventanas para que entrase toda la luz.

—¿Qué si me gusta? —exclamé—. Podría quedarme a vivir aquí el resto de mi vida... —dije mirando hacia el techo abovedado con vigas de madera—. Este sitio es espectacular.

—Si. Siempre me gustó venir aquí —admitió.

—¿No es la primera vez que vienes? —exclamé sintiéndome algo tonta con la pregunta.

—No. Lo cierto es que este lugar perteneció en el pasado a la familia de Michael, lo vendieron y ahora es un hotel, pero tienen muy buena relación con los propietarios así que me he hospedado aquí en más de una ocasión cuando

venía a visitarle con... —Su silencio me hizo pensar que se refería a la pelandrusca esa, quiero decir; la novia.

—Bueno, para mi es la primera vez, así que déjame degustar la experiencia —solté mientras me quité los zapatos y corrí hacia la cama para tirarme sobre ella—. ¡Dios!, ¡Encima es comodísima! —grité.

Escuché sus risas cuando fui consciente de ello, pero no me importó, aunque segundos después noté que el colchón se hundía a mi lado y observé que también estaba tumbado de espaldas.

—¿No estás molesta por tener que compartir la cama conmigo? —preguntó girándose de medio lado y apoyando su cabeza sobre una mano.

—¿Tengo motivos para estar molesta? Después de que me has robado, coaccionado, chantajeado y mentido no sé si molesta sería la palabra oportuna para definirlo —dije con un tono un tanto irónico, pero con matiz sonriente.

Damián se tumbó sobre la cama y comenzó a reír a carcajadas.

—Dicho así, pinta muy mal. No sé como no has salido huyendo...

—Fácil —contesté levantándome de prisa—. Aún tienes mi maldita agenda negra.

—Cierto. Aún está en mi poder y si te lo preguntas, no la he traído por si decidías dejarme en la estacada para salir huyendo con ella.

—¡Traidor! —bufé con una gran sonrisa y segundos después cogí la maleta y me encerré en el baño para refrescarme.

Nerea me había convencido para meter dos vestidos de noche por si había algún evento importante y a pesar de mi reticencia porque creí que no haría absolutamente nada, los metí por tal de no escucharla. En ese momento estaba infinitamente agradecida, pero jamás lo reconocería. Saqué un vestido rojo largo hasta los pies con escote en forma de corazón. Me tendría que poner los mismos zapatos que usaría para la boda, pero dudaba que alguien se percatara con aquel escote. Me duché rápidamente y para no tardar demasiado y únicamente me hice un delineado algo más marcado con bastante máscara de pestañas acompañado de un labial rojo que pegase con el tono del vestido. Gracias a la humedad de la cercanía del mar mi pelo parecía bastante más voluminoso; cosa que agradecí, así que para no ocupar más tiempo el baño, salí de la habitación y escuché que Damián parecía hablar por teléfono, por lo que no le observé y me dediqué a buscar la pequeña cajita donde había metido toda la bisutería que me pondría para completar el conjunto.

—Creo que tendré que tener especial cuidado esta noche —escuché a mi

lado y alcé la mirada para verificar si de verdad me estaba hablando a mi o seguía hablando por teléfono.

—¿Te refieres a mi? —pregunté algo contrariada.

—Desde luego —ratificó haciendo un repaso de mi atuendo desde arriba hasta abajo y volviendo a empezar.

Aquello me hizo sentir algo sonrojada. No me acostumbraría a que ese monumento andante me mirase con deseo jamás. Al menos con lo que yo quería creer que era deseo en esa mirada.

Abrí la caja con las cuatro cosas que me había traído para colocarme; dos anillos, una pulsera, un par de pendientes y un colgante, pero antes de poder cogerlo visualicé su mano impidiéndomelo.

—Esta noche solo vas a lucir una joya —pronunció con una voz profunda que me dio escalofríos y no precisamente de miedo.

Le miré sin llegar a comprender a qué se refería exactamente y contemplé como se metía una mano en el bolsillo sacando una pequeña cajita de terciopelo azul.

«¡A-y m-i m-a-d-r-e!, ¿Eso es lo que yo creo que es?» grité en mi cerebro.

Expectante me quedé observando el siguiente movimiento y cuando abrió aquella pequeña cajita contemplé el anillo más bonito que había visto en mi vida.

—Eso tiene que costar una fortuna. —Fue lo único que se me ocurrió decir.

Capítulo 10

Su gran sonrisa hizo que el matiz serio que había cargado el ambiente se disipara.

—Si lo que te preocupa es que te corten el dedo, no te preocupes porque no pienso separarme de tu lado —argumentó mientras contemplaba como sacaba el anillo de su cajita y cogía mi mano izquierda para deslizarlo por el dedo anular.

—Me preocupa más encariñarme demasiado y no devolvértelo —solté observando como la piedra brillaba con la luz de sol.

«Eso era un peñusco y lo demás es tontería» pensé mientras imaginaba si algún día existiría un hombre que me quisiera lo suficiente para regalarme un anillo similar.

—En ese caso, haz bien tu papel y quizá puedas quedártelo.

Sus palabras hicieron que le mirase inmediatamente. ¿Estaba loco? Aquel anillo debía costar mi sueldo de todo un año. Tal vez su familia sea inmensamente rica y que más da unos cuantos de miles de euros menos...

—¿Me esta sobornando señor Devoir? —exclamé sonriente.

—Más bien diría que la estoy incitando a dar lo mejor de sí misma, señorita Acosta —contestó antes de entrar en el baño y cerrar la puerta.

Apenas tardó diez minutos en salir de allí aseado y perfectamente vestido salvo por la chaqueta de su traje. Desde luego el azul le sentaba a ese hombre como un guante y probablemente nunca había estado tan atractivo como en ese momento.

«Eso es solo porque te ha regalado un anillo de no se cuantos quilates, maja» dijo una vocecilla de mi interior que reprimí al instante.

Si de por sí me parecía guapo antes, ahora estaba absolutamente irresistible.

—¿Vamos? —preguntó ante mi absoluto desconcierto porque me había quedado embobada observándole mientras se ajustaba la corbata, se colocaba los gemelos en los puños de la camisa y finalmente se ponía la chaqueta que le quedaba absolutamente perfecta.

—Si, vamos... me apetece demasiado esa copa —admití en voz alta porque desde luego necesitaba alcohol para rebajar mis hormonas.

«Y pensar que voy a dormir en esa cama con él esta noche... y la siguiente noche, ¡Ay por dios, necesito tres copas, una no me bastará!»

En el ascensor coincidimos con más personas que bajaban y guardamos silencio, aunque podía sentir cierta sensación de observación durante todo el tiempo, no me atreví a mirarle, supongo que los nervios me delatarían. Estaba demasiado expectante por lo que sucedería puesto que, si me trataba como a su prometida, es decir, su futura esposa, ¿Me besaría delante de todos? Por más ganas que tuviera, realmente no me apeteecía que el primer beso con ese adonis griego perfecto fuera teatrero.

En cuanto las puertas se abrieron, avancé un paso y noté su mano agarrar la mía, entrelazándose poco a poco sus dedos entre los míos. Me detuve y le miré, pero solo obtuve una ligera sonrisa por respuesta y supuse que lo hacía para aparentar mejor ese papel, al fin y al cabo, las parejas se dan la mano, ¿no? Lo raro hubiera sido lo contrario.

Varios de los amigos o conocidos de Damián, porque no sabía exactamente quien era quien estaban entre la barra y unos asientos que había colocados cerca de ella. Fue presentándomelos de uno en uno, en total eran seis y solo dos de ellos tenían o habían traído a sus parejas.

—¡Así que tú también te casas! —exclamó uno de ellos con cierta entonación alegre.

—Pues sí —admitió Damián—. Creo que era hora de que sucumbiera al yugo del matrimonio —añadió riéndose y todos comenzaron a reír con él, incluida yo.

—Cariño, ya tenemos viaje el año que viene. Imagino que os casaréis en España, ¿no? —preguntó el mismo chico que al lado tenía a su pareja.

—Aún no hemos fijado la fecha, pero seguro que será allí —contestó Damián y parecía tan seguro con sus palabras que hasta a mi me hizo creer que era verdad.

«O a este tío se le da muy bien mentir, o es que es un comercial nato que te vende hasta el humo de una chimenea apagada»

Nos avisaron de que la cena comenzaría en breve, así que comenzamos a dirigirnos hacia el salón donde se realizaba. La decoración de aquel lugar era increíble, llena de flores naranjas y rosadas por todas partes, aunque para mi gusto hubiera sido mejor si fueran rosas blancas y todo estaba colocado hasta

el más mínimo detalle. La vajilla era blanca en tonos dorados y las copas estaban serigrafiadas con el nombre de los novios.

«Madre bendito, sin duda alguna aquí todos deben estar forrados menos yo» decreté compadeciéndome de mi misma.

Al parecer a la cena no asistirían realmente todos los invitados de la boda, sino solamente los que se alojaban en el hotel. Mientras nos íbamos sentando fui escuchando algunas pequeñas bromas de lo que suponía debían ser esos años de universidad y me parecía especialmente divertido estar en aquella situación, teniendo presente que no sabía absolutamente nada sobre la vida privada del adonis griego, salvo que su ex le había dejado por su mejor amigo. Más allá de eso, aquel hombre sexy era todo un misterio por descubrir.

—¿Y dime?, ¿Dónde os conocisteis? —La voz de una de las chicas que ya ni recordaba de quién era pareja me atrajo apartando la mirada de Damián.

—¡Oh!, Pues de la forma más absurda posible —contesté sonriendo—. Tropecé con él al salir del ascensor.

Después de todo era verdad, solo que añadir que era mi jefe y que me coaccionó a venir no entraba a formar parte del plan.

—¡Qué romántico! —exclamó llevándose una mano al pecho—. Sin duda alguna es el destino —añadió sonriente.

«¿Destino? Pues menuda vergüenza me hizo pasar el puñetero destino de las narices» pensé recordando que por culpa de aquello aquel hombre había descubierto que me masturbaba esa noche. «Mejor piensa en otra cosa María, piensa en otra cosa que esta noche duermes con el adonis griego y todo sea que tu subconsciente intente meterle mano sin querer, pero queriendo»

—Si, definitivamente es el destino —dije en un tono de voz melancólico.

—Me alegro tanto por él. Todos decían que después de lo de Rebecca jamás se repondría, pero parece tan enamorado, ¡Y mira qué anillo! —exclamó y yo quise partirle la cara en dos por algún motivo, pero me tragué mi instinto. Tal vez la chica no lo había dicho con mala intención después de todo.

—Si soy sincera, el anillo es lo que menos me importa, tendríais que haber oído su declaración cuando me pidió que nos casáramos —dije llevándome una mano al pecho—. Damián me ha demostrado en cada gesto cuánto me ama y que yo soy la única con la que desea pasar el resto de su vida.

«¡Yes!, ¡Punto extra para María!» Igual valgo para esto de ser actriz...

—¡Oh!, ¡Qué bonito!, ¿Cómo te lo pidió?, ¿Qué te dijo? —preguntó

insistente, pero justo en ese instante los novios hicieron acto de presencia y me vi salvada por la campana.

Cuando divisé a la exnovia de Damián, a esa lacra con patas, deseé no haber tenido razón por una vez en la vida. Allí estaba la perfecta Barbie de aproximadamente noventa, sesenta, noventa, con su pelo rubio absolutamente precioso, unos ojos que desde esa distancia no adivinaba a ver, pero casi seguro que eran azules, sobrepasando el metro sesenta de estatura y probablemente con un culo firme sin matarse de hacer sentadillas en el gimnasio.

«La vida no es injusta, directamente es una jodida mierda» me dije sintiendo que de alguna forma estaba compitiendo con esa odiosa mujer. «Dios, al menos apiádate de mi y que sea estúpida de nacimiento» supliqué.

Después visualicé al susodicho novio en cuestión. Era guapo, eso había que admitirlo; bastante corpulento en el buen sentido, castaño, ojos claros probablemente, algo pálido y pecoso para mi gusto, pero pasable en todo su conjunto. ¿Si era mejor que Damián? Ni después de veinte chupitos de vodka podría serlo.

—Imagino porque tú y tu amigo estabais ciegos por esa rubia despampanante —susurré al oído de Damián que estaba tan tenso que si le empujaba seguro que caía recto como una estatua sin moverse.

—Mejor no me lo recuerdes —susurró—. A veces me pregunto como pude estar tan ciego...

—Quizá sea verdad el dicho; no es mas ciego el que no ve, sino el que no quiere ver —contesté tan cerca de su oído que le rocé la oreja con la nariz sin querer, lo que provocó que se girase lentamente hasta mirarme directamente a los ojos.

—Pues ahora veo perfectamente —decretó—. Y me gusta bastante lo que veo.

«Soy yo, ¿O aquí hace repentinamente mucho calor?»

—A mi también me gusta lo que veo —contesté perdiéndome en esos ojos.

—¡Damián!, ¡Amigo mío! —Cuando la voz de aquel chico nos hizo romper la mirada, vi que se trataba del novio. El famoso marqués llamado Michael y junto a él estaba la jirafa esa, porque parecía que se había tragado el palo de la fregona para estar así de soberbia.

—¡Michael!, ¡Me alegro de verte! —contestó abrazándole fuertemente—.

Rebecca —saludó con menos efusividad y solo con un gesto afirmativo de cabeza cuando volvió a su lugar.

—Me alegro de que finalmente tuvieras tiempo para venir, querido. A Michael y a mi nos habría disgustado mucho que no estuvieras presente teniendo en cuenta que gracias a ti nos conocimos. —Soltó la jirafa de turno.

«Eso, tú mete más el dedo en la llaga y ahonda profundamente en las heridas» pensé mientras me decía a mi misma que esa voz de arrogancia encajaban perfectamente en el perfil de aquella trepadora social.

—No podía faltar a la boda de mi mejor amigo —contestó y en ese momento noté su mano arrastrándome hacia él mientras se encadenaba a mi cintura—. Os presento a María, mi prometida.

—¡Al fin te conocemos! —exclamó Michael y no pude evitar sonreír mientras vi esa sonrisa falsa que ponía aquella arrogante mujer. ¿Pero qué bicho le ha picado a ésta?, ¿Se ha tragado un gato muerto o qué? Era evidente que no le hacía ni pizca de gracia, igual se le tenía demasiado subido a la cabeza que le había roto el corazón al adonis griego y jamás encontraría a otra como ella, pues bien... te vas a arrepentir hasta el último de tus días, pedazo de cabrona.

—Yo también tenía muchísimas ganas de conoceros —contesté en mi perfecto inglés de haberme dejado tres riñones y medio en academias de idiomas—. Damián me ha hablado tanto de vosotros —añadí mientras coloqué la mano en la que llevaba el enorme anillo en el pecho del adonis griego dejando a la vista el pedrusco que no pasaría inadvertido.

—Pero, no lleváis demasiado tiempo juntos para casaros tan repentinamente, ¿O me equivoco? —Su voz evidenciaba que tras ver el anillo tenía más claro que lo nuestro debía ir en serio.

—¿Qué es el tiempo cuando descubres el verdadero amor? —preguntó retóricamente Damián mientras me observaba a mi, que no había dejado de mirarle para aparentar devoción y tras aquellas palabras que acababa de soltar, creo que hasta mi alma se cayó al suelo ante tal declaración.

—¡Vaya! —exclamó Michael—. Creo que jamás te he visto tan seguro de algo.

—Jamás lo había estado —corroboró Damián mirándome fijamente.

En ese momento fui consciente que en lugar de ser los novios el centro de atención de aquella velada, por alguna razón lo éramos nosotros.

Afortunadamente alguien apareció para indicar a los novios que debían

sentarse en la mesa para que diera comienzo la cena, por lo que agradecí infinitamente esos protocolos exigentes para dejar de ser ese centro de miradas inquietas.

«Algo me decía que allí pasaba algo más que no lograba entender» pensé mientras todos comenzaban a tomar asiento y al fin dejé de sentirme tan observada. Quizá solo eran suposiciones mías, después de todo era lógico que nos mirasen teniendo en cuenta que Damián había estado saliendo durante... ¿meses?, ¿años? Realmente no sabía cuanto, pero probablemente allí no hubiera nadie que no supiera que era el exnovio y mejor amigo de la parejita feliz.

—¿Estás bien? —pregunté en cuanto comenzaron a servir la cena y aproveché la situación para acercarme al oído de Damián y susurrarle de forma que nadie me oyera. Aunque no sabía quienes de allí conocían lo suficiente nuestra lengua para entendernos.

—¿Porqué debería no estarlo? —contestó con media sonrisa girando su rostro.

—¡Oh, lo siento! —exclamé aturdida—. Pensé que...

—Cssh —siseó colocando su mano en mi mejilla y paseando el pulgar por mis labios de una forma tan delicada que me fue inevitable entreabrirlos con solo sentir aquel roce. Se acercó lentamente, por un segundo creí que me besaría, que finalmente me besaría allí delante de todo el mundo, pero su rostro giró levemente y sentí como rozaba con su nariz mi mejilla—. Tengo mejores cosas en qué pensar, señorita Acosta —susurró con voz ronca—. Y una de ellas es lo arrebatadoramente seductora que luce esta noche, eso me recuerda que tendré que compartir su cama y no estoy seguro de poder evitar la tentación que me supone...

«Aire... ¡Pulmones respirad!» grité a mi subconsciente porque definitivamente el cerebro no enviaba la orden. ¡Virgen santísima!, ¿Eso era lo que creo que era?

«Hay que ser muy tontos para pensar en otra cosa, María» Y puede que yo muy lista no fuera, pero hasta el momento las indirectas tan directas creo que solía pillarlas a la primera.

—¿Y si deseo que sucumba a la tentación? —exclamé justo en el momento en que ese adonis griego se apartaba.

—¿Quiere jugar con fuego, señorita Acosta? —preguntó mirándome fijamente y casi podría jurar que sus ojos lucían aún más oscuros de lo normal.

—Nunca he tenido miedo de arder en el infierno, señor Devoir — contesté mordiéndome el labio y retándole con la mirada.

Iba a responder, sus labios hicieron el gesto, pero para mi infortunio el camarero se colocó a nuestro lado para servir los platos y aquella conversación que no había terminado, pareció zanjarse con un solo golpe.

¿Qué iba a decir?, ¿Qué se suponía que contestaría? Ahora mis nervios eran aún mas elevados si es que eso tenía cabida en mi interior, porque con el simple hecho de estar a su lado ya sentía ese mariposeo intenso en el estómago ante lo inesperado.

—María —Alguien pronunció mi nombre y busqué con la mirada a la persona que parecía estar requiriendo mi atención—. No nos has contado a qué te dedicas —preguntó uno de los amigos de Damián.

Noté como el adonis griego guardaba silencio mientras llevaba la copa a los labios, algo me decía que estaba prestando especial atención a lo que respondería.

—Soy contable en una empresa de...

—¡Vamos cariño! —exclamó interrumpiéndome con esa sonrisa pecaminosa que me hacía mojar las bragas desde aquí hasta el infinito y más allá—. No quites méritos a tu trabajo convirtiéndolo en algo soso y aburrido —añadió girando el rostro hasta su amigo—. Es la jefa de cuentas de la sucursal financiera más relevante en la capital.

«Dicho así, hasta me sentía importante y todo» pensé mirándole detenidamente. Aunque esa función no iba a ostentarla hasta el próximo lunes, pero ¿Eso a quién le importa?

—¿Estás segura de que no se casa contigo para ficharte en su empresa? —preguntó el amigo de Damián con cierta sonrisa cómplice.

Ante aquello comencé a reír y me llevé una copa a los labios saboreando el vino, era la primera vez que lo hacía y lo cierto es que tenía un sabor excelente. Miré a Damián que parecía sonreír ante el comentario de su amigo y finalmente dirigí la mirada hacia este.

—Teniendo en cuenta que ya trabajo para su empresa, lo dudo —añadí mordiéndome el labio instintivamente.

—¡Granuja! Eso explica muchas cosas... ¡Te casas con ella para evitar que se marche a otra empresa! —exclamó con cierto tono de diversión que nos hizo reír a todos.

—¡Me has pillado! —contestó alzando las manos Damián y en ese

momento abrí la boca en una perfecta “o” de aturdimiento. Sin pretenderlo le di un manotazo en el brazo e inconscientemente me llevé una mano al pecho como si el comentario me hubiera parecido ofensivo.

¿En qué momento me había metido tanto en el papel de su novia “barra” prometida para actuar así? Las risas del grupo que nos rodeaba nos contagiaron y supimos que todos estaban siendo testigos de aquello. Por suerte el resto de la velada fue más tranquila, sobre todo porque comenzaron a contar ciertas peripecias y batallitas de sus años universitarios.

Mientras estaban sirviendo el postre, uno de los amigos del novio dirigió algunas palabras hacia la pareja, aunque más explícitas hacia el novio y mencionó algo que le habían preparado entre todos. Al parecer se trataba de una proyección de lo que supuse sería un video. Todos los presentes volvieron las miradas y las sillas hacia el lugar de la mesa donde comenzaba el visionado y la música que lo acompañaba sonaba desde algún lugar interrumpiendo cualquier otro sonido de los presentes. Coloqué la mano en el brazo de Damián solo para apoyarme y noté su sobresalto, como si estuviera tenso por lo que en aquel video pudiera aparecer. No dije nada, no quería hacerle sentir mal como antes porque en el fondo sabía que no lo debía estar pasando bien por más que hubiera superado aquel drama. ¿Quién lo estaría en su lugar? Solo estaba allí porque era una buena persona, un buen amigo y bastante tenía con soportar las miradas de los presentes para añadir encima imágenes de su pasado donde con toda probabilidad saldría él.

Después de varias imágenes donde aparecían un niño y una niña por separado, —me imaginé que serían los novios de pequeños—, la primera imagen siendo adultos era como no... del tal Michael, la jirafa con uñas postizas y en medio de los dos... Damián.

Sentí como su brazo se endurecía y noté que tenía los puños fuertemente apretados. ¿A qué idiota se le había ocurrido hacer un video donde en la mitad de las fotos aparecía Damián? Podrían haber obviado esa parte, así de sencillo...

—¿Sabes una cosa? —exclamé cerca de su oído. No podía evitarlo, tenía que hacer algo para que dejase de mirar ese video de mierda que si a mi me hacía sentir mal, definitivamente para él debía ser horrible. Noté que giraba lentamente el rostro, pero no llegó a mirarme—. Sin duda eres mucho más atractivo ahora —susurré llevando una mano hasta su nuca, justo donde comenzaba su cabello y lo acaricié levemente.

Observé que parecía mantener la mirada fija en algo y cuando llevé mi vista hacia ese punto, vi un pequeño trozo de tarta, que más bien parecía una mousse blanca con una cobertura de color rojo y como guinda tenía una fresa. Todo el mundo parecía estar atento al dichoso video menos nosotros. Sus dedos cogieron la fresa y como si todo fuera a cámara lenta, no se la llevó a sus labios, sino que la posó levemente sobre los míos. Abrí la boca sin dejar de mirarle y mordí suavemente la fruta que estaba ligeramente caramelizada. Mi respiración era pausada, justo cuando entreabrí los labios dispuesta a relamer el jugo que en estos había quedado, sentí la presión de los suyos unida a los míos con ese sabor dulce, prohibido, excitante y a la vez apasionado que me hizo estar en el mismísimo paraíso.

No importaron los aplausos que se oían de lejos, ni los vítores que alguien exclamaba, en aquel momento solo me interesaba seguir deleitándome de ese néctar que el adonis griego me proporcionaba.

El deseo durante todo el tiempo desde que le había conocido pareció resurgir en un instante y antes de ser consciente mi propio impulso me había llevado a responder sin duda alguna sus labios, deleitándome con cada uno de sus movimientos y jugueteando en una fusión creciente que probablemente nos hizo ausentarnos del mundo real a ambos. Su lengua se había adentrado en mi boca para encontrarse con la mía y respondí fervientemente, con tanto ímpetu que incluso un leve gemido casi llegó a escaparse de mi garganta sin pretenderlo. Noté como la intensidad de aquellos labios aminoraba, como el clamor que ambos habíamos sentido se alejaba poco a poco hasta ser conscientes del lugar en el que nos encontrábamos y cuando su boca se separó de la mía lo hizo de una forma elegante, pausada e incluso con dulzura.

—Definitivamente las fresas también se han convertido en mi sabor predilecto a partir de ahora —jadeó justo antes de volver a rozar mis labios con delicadeza y apartarse ahora sí, colocándose de nuevo recto en su silla y tomar el resto del postre tranquilamente.

Había besado a unos cuantos chicos en mi vida, —la mayoría ranas en lugar de príncipes si era sincera conmigo misma—, pero él; ese adonis griego con cuerpo de pecado y sonrisa de ángel divino, ese hombre que resultaba casi impensable creer que fuera de carne y hueso me había hecho sentir en una burbuja de la que inconscientemente no deseaba salir en toda mi puñetera existencia.

Capítulo 11

Tras terminar la cena, todos los amigos de Damián —incluyéndonos a nosotros—, nos fuimos de nuevo al bar del hotel donde habilitaron una zona especial reservada para los amigos y familiares de los novios. Éramos conscientes de que al día siguiente sería la celebración, pero quizá a más de uno aquello no le importaba teniendo en cuenta como corrían las copas, los cócteles y el alcohol en general por aquella mesa, sobre todo para el novio.

En cierto momento vi como de alguna forma se lo llevaban casi en volandas de allí ante la atenta mirada de la jirafa rubia estirada que no dejaba de mirarlos con cierta petulancia y entre varias risas entendí que al parecer iban a hacerle alguna fechoría típica de una despedida de solteros o similar.

—¡No te preocupes Rebecca, que mañana lo tendrás esperándote en el altar! —gritó uno de ellos.

—¿Tu también vas? —pregunté en un hilo de voz mirando a Damián que hasta ahora había estado a mi lado.

—Será mejor que vaya para asegurarme de que no ocurre una desgracia debido al estado en que están la gran mayoría —contestó acercándose suavemente—. Toma, la llave de la habitación —añadió depositando un cálido beso en la comisura de mis labios—. Espérame despierta... —susurró antes de alejarse y mirarme fijamente a los ojos como si esas palabras denotaran una promesa demasiado reveladora para mis frágiles oídos.

«¿Era eso lo que yo creo que era?» pensé mientras le veía marcharse.

«¡Pues claro que lo es pedazo de mentecata!» me corroboré a mi misma.

—No se irán a los acantilados, ¿verdad? —exclamó una de las chicas, puesto que nos habíamos quedado solas tras marcharse todos los chicos juntos.

—¡Claro que no! —soltó otra—. Seguro que no salen del recinto, simplemente irán a hacerle alguna de las suyas. Yo me conformo con que no vuelva con algún miembro partido...

Por la tranquilidad o intranquilidad que denotaban la mayoría, me aventuré a pensar que aquello debía ser algo normal y dejé de preocuparme. Además, Damián me había advertido que le esperase despierta por lo que

significaba que no pensaba tardar demasiado.

—Por cierto, María, ¿Es verdad que trabajas en la empresa de Damián? —preguntó la jirafa estirada mientras veía como se llevaba una copa a sus labios.

—Si —contesté afirmativamente sin querer entrar en detalles.

—¿Y qué eres?, ¿Algo así como la secretaria personal que le hace ciertos... *favores*? —añadió en un tono que evidenciaba a lo que trataba de referirse.

Noté que más de una apartaba la mirada y su sonrisa algo lasciva me asqueó. Definitivamente la rubia pedante era una cretina de mucho cuidado.

—Lo cierto es que si le hago unos cuantos *favores*, solo que prefiero reservarlos para la intimidad de nuestra casa —contesté con una sonrisa fingida que incluso pensé que de un momento a otro se me desencajaría la mandíbula—. Mis funciones en la empresa no son de su competencia, ya que me encargo de supervisar las cuentas más importantes.

—¿Es que vivís juntos? —Fue toda su respuesta y por su expresión vi que parecía aturdida.

—Desde luego —afirmé como si fuese lo más obvio del mundo—. Nos fuimos a vivir juntos al poco tiempo de empezar a salir. Lo cierto es que lo tuvimos tan claro desde el principio que siempre he creído que lo nuestro fue un flechazo.

—Desde luego tuvo que serlo para conoceros como os conocisteis —contestó la chica que me lo había preguntado cuando estábamos en la mesa y que seguía la conversación muy atenta—. Deberías estar feliz Rebecca, al parecer Damián ya hace tiempo que te olvidó —dijo mordaz—. No quisiera ofender, pero más de uno creíamos incluida Rebecca que no superaría la ruptura y hoy hemos podido comprobar de que es evidente que hace tiempo que lo ha superado, solo hay que ver como te mira para comprobarlo.

—Es mejor no importunar con el pasado a la prometida de Damián, Angélica —contestó la Barbie jirafa con un sutil comentario—. Quizá se pueda sentir ofendida, aunque esa no sea nuestra intención o quizá no conozca lo ocurrido...

Sabía cuando un comentario podía ser mordaz, ¿Qué se creía esa lacra?, ¿Qué Damián no me habría contado que era su ex?, ¿Qué le había dejado por casarse con su mejor amigo?, ¿Tan idiota se creía que podía llegar a ser? De verdad que esa mujer llegaba a ser putrefacta... pobre del tal Michael la que

le va a caer, pero en el fondo casi me alegraba porque de lo contrario el desafortunado habría sido mi adonis griego.

¿Mi?, ¿He dicho mi?, ¿Desde cuando le consideraba mío?

«Desde el mismo momento en que me había besado de esa forma sumamente embriagadora» razoné cautelosamente.

—No me siento ofendida, en realidad conozco todo sobre Damián, él mismo me lo ha contado. No existen secretos entre nosotros —contesté sonriente e inmediatamente después me llevé la copa a los labios—. Será mejor que me retire a descansar, el viaje a sido largo y estoy cansada.

—¡Desde luego!, ¡Yo también me iré a descansar, mañana tengo que estar despejada! —soltó la tal Rebecca levantándose a mi paso e intuí que pretendía ir a mi lado y no esperar a que me marchara.

«Fijo que me quiere soltar alguno de sus comentarios malintencionados sin que nadie más lo escuche» pensé mientras me despedía del resto de chicas que se retirarían tras tomar la última copa y me encaminé hacia el ascensor junto a la pedante cretina de la famosa Rebecca.

«¡Dios!, ¡Que mal me cae esta mujer!» medité pensando que a fin de cuentas algunas primeras impresiones sí eran acertadas porque desde el instante que la vi, había sido una completa imbécil.

—Bonito anillo —dijo nada más entrar al ascensor.

—Gracias —contesté a secas solo por ser educada.

—Se parece bastante al que me regaló cuando me pidió que nos casáramos. Evidentemente yo se lo devolví... no podía quedármelo. ¿Sabes si es el mismo? —exclamó mirando hacia otro lado como si de esa forma creyera que su comentario no fuera malintencionado.

«Hay que ser muy hija de su madre para decir algo así... ¡Capulla de mierda!» De ser realmente la prometida de Damián la hubiera estrangulado allí mismo, por el contrario me contuve y sonreí, probablemente con la sonrisa más macabra y mediocre que había tratado de fingir en toda mi puñetera vida.

—Si sientes curiosidad, puedo preguntárselo cuando regrese —contesté en un tono tan neutral y sonriente que solo me vanagloriaba de que la mosca muerta no consiguiera su objetivo de enfadarme—. Le dije que no quería anillo, que no necesitaba tener nada para saber cuánto me ama. Yo le quiero a él y no lo que represente su dinero o su apellido.

«A ver si tu puedes decir lo mismo, jirafa de pacotilla»

—Desde luego... —contestó con condescendencia—. Solo lo mencioné

por el simple parecido, espero que no te haya molestado. Me alegro enormemente de que finalmente Damián haya encontrado a alguien que se merece, me preocupaba que jamás superase lo nuestro, hace tan solo unas semanas me llamó casi desesperado... —Su voz se apagó de pronto y se llevó una mano a la boca, como si fuera consciente de que estaba diciendo algo que no debiera—. Perdón, creo que el alcohol me hizo hablar más de la cuenta. Olvida lo que te mencioné —añadió con una sonrisa de prepotencia que ganas me daban de quitársela a golpes contra el puñetero ascensor.

«Ya podías caerte por el hueco del ascensor y hacerle un favor al mundo» pensé retorcidamente.

Mira que tiene que tener veneno en las venas en vez de sangre para quedarse tan pancha después de decir aquello. ¿Qué le pasaba a esta tía?, ¿Le molestaba que Damián hubiera rehecho su vida?, ¿Era la típica de ni como, ni dejo comer? Si le había dejado por su mejor amigo, ¿Qué demonios le importaba que el chico rehiciera su vida? Era obvio que a la prepotente esta le fastidiaba que el adonis griego la hubiera olvidado...

—Tranquila, no me molesta —contesté sonriente—. Sé perfectamente la relación que existe entre Damián y yo... entre nosotros no hay secretos —añadí saliendo del ascensor. Me importaba un cuerno si esa era mi planta o no, solo quería alejarme de ese veneno con patas—. Que descanses, mañana debes estar radiante —añadí mordiéndome el labio por no decir que por muy guapa que fuese por fuera, estaba realmente podrida por dentro.

Tenia bastante claro que esa mujer solo estaba con el tal Michael por el dinero y por ser de la “aristocracia” escocesa. Pues bien... menuda vida de mierda le esperaba estando casada con alguien a quien desde luego no amaba. Pasé la llave por la habitación y entré dejándome caer en la puerta mientras lo hacía. En el fondo me alegraba que el adonis griego se hubiera librado de semejante víbora. ¿Es que los hombres no se daban cuenta de como era realmente? Tal vez su belleza eclipsaba demasiado, porque resultaba demasiado evidente lo que pretendía incluso a kilómetros de distancia.

Recordé entonces la promesa en las palabras de Damián y con ese pensamiento me metí en la ducha para refrescarme. Me coloqué un camisón con el borde de encaje y debajo un conjunto a juego de dicho camisón. Puse la televisión para que el ruido evitara que me durmiese y estuve revisando mensajes y correos en el móvil mientras hacía hora, pero finalmente mis párpados se cerraron sin poder evitarlo y la última vez que fui consciente de

la hora eran las dos de la madrugada.

Los golpes en la puerta me despertaron y cuando abrí los ojos comprobé que era de día. La luz entraba por la ventana, aunque la cortina estaba parcialmente echada. De nuevo los golpes insistentes me hicieron incorporarme y noté el peso que tenía en la cintura, ¿Qué mierda? En cuanto me giré comprobé que era el brazo del adonis griego y que permanecía tumbado boca abajo, semi desnudo y con los brazos completamente abiertos siendo uno de ellos el que sujetaba. El sonido insistente volvió a sonar y me levanté rápidamente para abrir la puerta.

—Disculpen las molestias, se les avisó de que les serviríamos el desayuno a las nueve de la mañana en punto.

—Si. Lo siento —Me disculpé mientras el chico dejaba el carrito en la entrada y me ofrecía la bandeja de desayuno.

Cuando volví de nuevo a la habitación me encontré con el rostro medio dormido del adonis griego y reconozco que verle de esa guisa era impactante, ¡Que demonios impactante!, ¡Era demasiado guapo para mi débil corazón! Aquello era superior a mi.

—Buenos días —susurré dejando la bandeja sobre la cama en el hueco donde había estado minutos antes y me dirigí hacia la ventana para abrir las cortinas.

—Buenos días bella durmiente —escuché a mi espalda y su voz rasposa era incluso más sexy. ¡Joder, joder, joder!, ¿Quién se resiste a semejante espécimen?

—Que conste que traté de esperarte despierta, ¿A qué hora volviste? Ni siquiera te escuché entrar.

—Bastante tarde, la cosa se alargó hasta las cinco de la mañana y traté de no despertarte cuando regresé a la habitación.

—Podrías haberme despertado —susurré.

—¿Querías que lo hiciera? —preguntó mientras se metía más de medio croissant en la boca de un bocado.

—Eso es algo que jamás sabrás, porque no lo hiciste —dije cogiendo el otro croissant que había en el plato y llevándomelo a la boca.

—Touché —dijo con la boca medio llena y traté de no reírme para no atragantarme.

—¿Lo pasaste bien anoche? —pregunté sentándome en la cama.

—Si. Estuvo bien volver a estar todos juntos de nuevo.

—Me alegro, imagino que por eso terminasteis tan tarde —admití sirviendo el café con leche en las tazas.

—Reconozco que una parte de mi deseaba regresar pronto... —susurró mientras parecía observar mis movimientos—. Había algo que me apetecía hacer incluso más que estar allí con ellos.

Tragué saliva fuertemente, suponía a qué se refería y saberlo solo hacía que mis bragas fueran más notoriamente inservibles que antes. ¡A mi no me podía decir semejante cosa sin más prenda que unos bóxer que por las sábanas enredadas a su cintura no podía determinar lo sumamente bien que le quedaban, el mero hecho de verle sin camisa ya me desquiciaba... imaginaba que con algo donde se le marcaba perfectamente el paquete sencillamente moriría.

—La próxima vez, si es que hay una próxima vez... regresa pronto y veremos qué sucede —contesté haciendo amago de levantarme y noté como me sujetaba el brazo de forma que no pude hacerlo.

—Lo tendré muy presente —mencionó con una voz ronca que casi podría jurar que evocaba el deseo escrito en sus ojos oscurecidos y noté que se acercaba lentamente.

«Ni de coña iba a dejar que me besara con mi aliento mañanero que podría ser capaz de espantarlo»

—Creo que... —Comencé a decir, pero antes siquiera de terminar la frase sus labios ya estaban sobre los míos y el calor de su cuerpo me invadía sobre la fina tela del camisón que aún llevaba puesto.

«¡A la mierda el aliento mañanero y el mundo entero!»

«Pero qué jodidamente bien besa este adonis griego. La madre que le parió que a gustico se quedó...»

Noté como se abalanzaba sobre mi cuerpo y sentir todo su *esplendor* —por llamarlo de alguna forma sutil—, sobre mi carne débil me hizo enloquecer.

¡Ay dios!, ¡Ay dios!, ¡Toquetea!, ¡Reacciona!, ¡Haz algo con tu mísera vida María, pero no te quedes estática!

«Si es que eso era un señor paquete como bien mandan las leyes de Newton» pensó mi cerebro que no dejaba de estar colapsado ante la evidente prominencia que ese hombre tenía entre las piernas.

En el momento en que mis manos al fin reaccionaron y enredé las piernas en esas firmes nalgas, alguien tocó la puerta de entrada para mi desgracia.

¿Quién demonios era?, ¡No le parta un rayo al mentecato que le haya

dado por llamar antes de las diez de la mañana! Ambos le hicimos el mismo caso que sentir llover y pronto noté como esa boca de diablo descendía desde mis labios hacia el cuello dejando un rastro de besos endemoniados que daban más calor que en el mismísimo infierno.

«Más golpes en la puerta»

—¡Arg! —bramó Damián apartándose para mi eterna desgracia y se levantó así tal cual iba en esos bóxer negros que le sentaban demasiado bien y con su apreciable bulto entre ellos.

¿A quien se le ocurre abrir la puerta empalmado? Definitivamente solo a Damián Devoir.

—Siento molestar, pero necesitaba hablar contigo sobre algo... —La voz de Michael recorrió el pasillo y cuando le vi aparecer en la habitación enrojecí y me tapé instintivamente con la sábana.

—¡Perdón!, ¡Lo siento! No sabía que... —exclamó dándose media vuelta.

Miré a Damián que se encogió de hombros y me señaló con la cabeza el baño.

—Creo que iré a ducharme —dije levantándome rápidamente y desapareciendo tras la puerta antes de escuchar otra disculpa.

Me di una ducha larga, lo suficiente para esperar dos cosas; que hubieran terminado de hablar o que el adonis griego decidiera hacerme compañía en ella. La segunda no había tenido lugar, así que esperaba no tener que salir medio desnuda en toalla si el tal Michael aún seguía en nuestra habitación, por lo que cuando abrí la puerta y escuché un sepulcral silencio entendí que ya debía haberse marchado.

—¿Qué quería? —pregunté en cuanto divisé la figura de Damián sentado tecleando en el teléfono.

—Me ha pedido que sea su padrino.

«Su padrino»

Para matarle y no dejarle ni los higadillos. ¡Será cabrón! Aunque suponía que para el tal Michael debía ser importante, era su mejor amigo... pero ¡Joder!, ¡Que le había robado a la novia básicamente!

—¿Y tú que le has dicho? —pregunté como si el mero hecho de dicha mención no tuviera significado alguno. Tal vez si le restaba importancia, prácticamente no la tendría, ¿verdad?

—¿Acaso podía negarme? —ironizó—. Me ha vendido el papel de que no me lo pediría si no hubiera visto lo profundamente enamorado que estoy de

otra mujer y que lo de Rebecca forma parte de mi pasado. Incluso se atrevió a decir que espera ser el padrino en nuestra boda...

—¿Profundamente enamorado señor Devoir? —contesté sonriente mientras me acercaba hasta donde se encontraba.

—Al parecer nos van a dar un Óscar a la mejor interpretación de este año.

Parecía algo serio, de hecho por más que había intentado sonar cómico no lo había conseguido, más bien podía atreverme a decir que estaba abatido y aquello me conmovió. Me arrodillé a pesar de estar vestida únicamente con una toalla y el cabello me caía completamente mojado por los hombros. Le cogí las manos provocando que soltara por inercia el teléfono y así me mirase.

—No está bien que yo diga esto, pero la verdad es que me da lástima que tu amigo se case con esa arpía en cuyas venas solo corre veneno en lugar de sangre, pero puedo entender que aún la quieras y que todo esto sea difícil de asimilar para ti.

—¿Quererla? —ironizó—. Más de una vez he llegado a pensar que jamás sentí lo que se conoce como amor precisamente por ella.

—¿Entonces porqué estás así? —Me atreví a preguntar sin rodeos.

—¡Porque me fastidia que él no se de cuenta de que solo le quiere por su estúpido título nobiliario! —admitió con cierta aprensión.

—Y yo que pensaba que no parecía tan obvio... —susurré.

—Todos lo saben. Todos menos él, que parece estar cegado por ella.

—Sin ofender, pero no creo que seas el más oportuno para juzgarle por estar tan ciego, probablemente tú también lo estabas cuando le propusiste matrimonio.

—Mejor no me lo menciones, que me indigno cada vez que lo recuerdo —terció levantándose rápidamente y al menos entendí que en muy alta estima no debía tener a la Barbie jirafa.

—¿Por casualidad hablaste con ella recientemente? —pregunté recordando la conversación que había mantenido con ella en el ascensor.

—¿Con Rebecca? —preguntó como si su nombre le asqueara—. Desde luego que no.

Ni tan siquiera esperó a que le contestara, sino que se metió en el baño y supuse que se daría una ducha de agua hirviendo para que así se le pasara la mala leche que parecía irradiar por todos los poros de su piel.

«Ni me podía imaginar estar en su pellejo» Pensé mientras comenzaba a

maquillarme en el minúsculo espejo que tenía en una de las polveras — bastante pordiosero, para ser precisos—, pero a falta de pan, buenas son tortas.

La pena de todo aquello es que esa calentura que parecía haberse creado hacía apenas una hora, ahora parecía un témpano de hielo. ¡Maldita boda y maldita la Rebecca de las narices! A ver si se acababa la dichosa ceremonia de una puñetera vez y dejaban al mundo vivir en paz.

Algo me decía que la mosquita muerta esa no iba a quedarse tan fresca como una lechuguita ni casada con el Marqués de repostin por más rico que éste fuera. Esa era una lagarta que probablemente no estaba conforme ni con el aire que respiraba y metería cizaña hasta el fin de sus días. Probablemente le llegaría su turno cuando el tal Michael se diera cuenta de la clase de víbora pedante con la que se había casado, aunque seguramente y por desgracia no tuviese el gusto de verlo, porque en cuanto regresáramos de nuevo a la realidad, aquella pantomima se habría acabado para siempre.

—Debemos estar abajo en media hora —dijo nada más salir del baño y el perfume varonil que inundó la habitación tras hacerlo hizo que me diera una especie de calambre entre las piernas inconfundible.

«Madre bendito del amor hermoso, ¿Qué tiene este hombre para provocarme estos espasmos?» Bueno... aparte de esos abdominales más marcados que las propias tabletas de chocolate y esa sensualidad que probablemente ni el mismo era consciente de tener, —o sí, para que nos vamos a engañar, el tío sabía muy bien que era atractivo—, tenía un magnetismo inconfundible, como si fuera una cerilla prendida y yo una polilla que corría hacia la luz completamente segura de abrazarme.

—Di que sí, tu metiendo prisa al personal —dije entrando al baño para tratar de hacer algo con mis pelos.

Por suerte escuche su leve risa de fondo y eso me agradó. Al menos esa seriedad que había tenido desde la visita de Michael parecía esfumarse.

En exactamente treinta minutos, —porque controlaba la hora cada dos minutos que para algo era una experta—, estaba perfectamente maquillada, peinada con un moño bajo, con el vestido azul noche y sobrio que había elegido para la boda a la par que elegante y los zapatos de tacón alto que había llevado la noche anterior.

—Justo a tiempo —mencioné mirando la hora.

—Te falta algo. —Escuché su voz acercándose a mi y me miré desde esa

altura diez centímetros más alta que de costumbre tratando de analizar qué demonios se me había olvidado.

—¿Qué? —exclamé tocándome el cuello y sintiendo mi piel desnuda, puesto que no me había puesto ningún abalorio.

—Esto —dijo acercándose con tanto secretismo que incluso me puso nerviosa. Observé que llevaba algo en las manos, no era otro estuche que pareciese una joya, aunque cuando comenzó a desenrollarlo y vi que era de terciopelo me temí que sí lo era y efectivamente, allí había un colgante de brillantes con esmeraldas engarzadas.

¡Virgen santa!, ¡Era absolutamente precioso!

—Eso... no... —comencé a balbucear.

—Sólo es un préstamo. Se trata de una joya familiar y te agradecería muchísimo que la lucieses esta noche.

¿Joya familiar?, ¿Me estaba diciendo que me pusiera una reliquia de sus ancestros?, ¿Yo?, ¿Y si la perdía?, ¡Ni hablar!

—No, no, no, no —comencé a negarme—. No puedo hacerlo... ¿Y si la pierdo?, ¿Y si...

—Tranquila. No pasará nada, no pienso dejarte sola ni un solo instante. —Eso me tranquilizó, pero aún así esa joya definitivamente debía ser cara, ¡Muy cara!

—¿Son diamantes? —pregunté sabiendo de antemano la respuesta.

—Sí. Lo son.

—¡Mierda! —exclamé sin poder evitarlo y vi sus dientes blancos como si mi respuesta le hubiera causado gracia.

—Eres la primera mujer a la que oigo rechazar llevar una joya de incalculable valor.

—¿Incalculable valor?, ¿Estás seguro de que no me meteré en un lío si se rompe o le ocurre algo? Algo así como que tu madre me rebane el pescuezo...

—Si te tranquiliza saberlo, la joya me pertenece.

—¿En serio? No te veo yo luciendo algo así, pero igual te queda bien...

Su risa me hizo perder el nerviosismo y Damián se posicionó detrás de mi para colocarla.

—Es un regalo de mi abuela, para la futura señora Devoir, solo mi madre y mi futura esposa podrán lucir esta joya.

«¡La ostia p...

Ahora lo entendía. Y seguro que la dichosa Rebecca lo sabía, ni falta me

hacía preguntar.

—Vale —dije tragando saliva mientras notaba sus dedos en mi nuca cerrando el cierre de la joya. Era algo pesada, sobre todo acostumbrada a no llevar nunca nada. En mi familia nunca había existido ese tipo de tradiciones, pero probablemente el coste de aquella joya no se acercaba siquiera al capital que podría haber ganado mi padre a lo largo de toda su vida. Sencillamente la familia Devoir parecía ser más importante de lo que en un principio había pensado.

¿Y la idiota esa le cambia por un marqués escocés? Ya hay que ser retrasada mental...

—Combina perfectamente con tus ojos —susurró rozándome la mejilla—. Estás absolutamente preciosa.

El escalofrío que sentí recorrer mi columna vertebral fue más que obvio. No estaba acostumbrada a semejante galantería y menos aún por parte de alguien tan guapo. Los hombres me tachaban de bicho raro o zumbada al poco tiempo de conocerme y salían corriendo por patas. Que un hombre que conociera mis más oscuros secretos me dijera algo así, me turbaba.

—¿Es eso un piropo, señor Devoir? —contesté sonriente tratando de romper la tensión.

—Más bien es una realidad —contestó rodeándome la cintura y abriendo la puerta para salir de la habitación.

Mientras caminábamos hacia el ascensor, no me soltó la cintura en ningún momento. Yo en cambio estaba más pendiente de que aquella joya se mantuviera en su sitio que de sentir como sus dedos apretaban mi carne y me acercaban a él más de lo normal.

Michael ya estaba situado cerca del altar, pero se apresuró a venir junto a nosotros en cuanto nos vio aparecer.

—Estoy nervioso, ¿Es normal que esté tan nervioso? —dijo frotándose las manos al llegar y noté los músculos tensos en Damián.

—Vas a casarte con la mujer que estará a tu lado el resto de tu vida, imagino que yo también estaré nervioso el día de mi boda —contestó tratando de tranquilizarle.

—Iré a sentarme —dije observándoles a ambos y en ese momento Michael pareció reparar en mi y evidenció una sonrisa de complicidad. No entendí muy bien el gesto pero cuando hice ademán de marcharme, Damián me detuvo y posó sus labios delicadamente sobre los míos en un beso cálido que

incluso podría haber mencionado cargado de amor si es que este hubiera existido entre ambos.

«Definitivamente le darán el Óscar al mejor actor»

—No pienso perderte de vista, señorita Acosta.

—Más le vale, señor Devoir.

Cuando sentí su mano posarse sobre mi nalga izquierda hice un gesto de sorpresa y él simplemente me guiñó un ojo por respuesta, así que me fui a buscar un asiento libre que estuviera lo suficientemente alejado para pasar desapercibida.

La ceremonia no fue demasiado larga, de hecho apenas duró una hora. La jirafa pechugona hizo acto de presencia con un precioso vestido que marcaba precisamente eso, sus pechugas siliconadas y aunque me habría gustado decir que estaba fea, lo cierto es que era demasiado guapa para decir semejante absurdez.

«Por suerte está podrida por dentro o mi martirio sería aún mayor» pensé mientras se daban el sí quiero frente al hombre que oficiaba la ceremonia y contemplaba la cara de circunstancia de Damián justo al lado de Michael, a unos pasos de distancia.

En el momento que dictaminó el típico; les declaro marido y mujer, observé como el adonis griego me buscaba con la mirada y cuando me encontró volvió a guiñarme el ojo seguido de una sonrisa cómplice. Por algún motivo sonreí, tal vez porque solo él y yo conocíamos la verdad de todo aquello, porque yo estaba allí solo y únicamente para que nadie creyera que realmente no había pasado página, no había rehecho su vida y que aún seguía roto por dentro, aunque algo sí que había entre nosotros, no era lo que tratábamos de fingir y desde luego distaba mucho de ser amor... pero existía una inaudita atracción del uno por el otro que tarde o temprano explotaría.

En cuanto la gente comenzó a aplaudir, me levanté y traté de apartarme del grupo que se acercaba a la pareja para felicitarles. En ese momento sentí como alguien me agarraba del brazo y estiraba para arrastrarme hacia el pasillo, al principio no reaccioné, pero después comprobé que era él, que se trataba de Damián.

—¿Qué ocurre? —pregunté algo confusa porque no dejaba de caminar en dirección hacia la salida mientras me llevaba casi a rastras sin decir nada.

Pulsó el botón del ascensor y este se abrió enseguida así que sin soltarme entró marcando la planta en la que nos encontrábamos y entré seguidamente

sorprendiéndome de no haber tropezado aún.

—¿Se puede saber qué demonios estás haciendo? —exclamé aturdida. Su silencio me estaba causando preocupación y no sabía que había pasado para que actuase así.

—¿No es obvio? —exclamó encarcelándome contra una de las paredes del ascensor y acercándose lo suficiente para notar el calor de su cuerpo junto al mío—. Voy a terminar de una jodida vez con esta sensación que tengo desde que te conocí.

—¿Qué?, ¿De qué hablas? —pregunté ahora absorta.

—He tratado de resistirme todo lo que he podido, pero ya no aguanto más y menos cuando veo como luces ese colgante que... ¡Dios! Solo puedo imaginarme como sería verte desnuda solamente con esa joya como prenda y... —jadeó antes de apresar mi boca con tanta fuerza que pensé que me caería al suelo si no llega a ser por lo bien sujeta que me mantenía.

No entendía un carajo, ¿Qué leches? No entendía ná de ná, pero fuera lo que fuese ese fulgor que le había entrado, ¡Por dios bendito que no se esfumase ahora!

En cuanto las puertas volvieron a abrirse sentí de nuevo su mano cogiendo la mía en lugar del brazo y estiró de mí corriendo hacia lo que supuse sería nuestra habitación.

¿Iba a pasar?, ¿De verdad iba a acostarme con él?, ¿Realmente quería?

«No seas idiota, es evidente que lo estás deseando» me dije mientras me reía de la situación.

En cuanto abrió la puerta y entré no di ni dos pasos antes de que me aprisionara contra la pared y me alzase de forma que mi vestido quedó completamente arrugado en la cintura.

—¿Y si viene alguien? —pregunté tratando de ser coherente.

—Me importa un cuerno quien venga, solo me interesa lo que ocurra aquí y ahora —sentenció antes de fundir su boca con la mía y mandé toda la coherencia a freír puñetas.

«Definitivamente esos besos eran como una droga» medité mientras me consumía cuando su lengua se abría paso entre mis labios devorándome, consumiéndome, provocándome suaves jadeos incontrolados.

Su chaqueta terminó en el suelo importándome muy poco si se arrugaba y mientras me peleaba con los botones de su camisa sin dejar de besarle frenéticamente, notaba sus dedos ascender por mis piernas hasta llegar a mis

nalgas donde me apretaron fuertemente contra él y pude notar su notable miembro abultado lo suficiente prominente para que gimiera de placer.

Deslicé mis dedos entonces en la búsqueda incipiente de esa protuberancia hasta que metí una mano bajo su pantalón y pude rozarla.

—Te necesito —susurró apartándose levemente y rozando su frente contra la mía—. Te necesito con urgencia.

«Y lo entendí. De alguna forma necesitaba aquello, no solo por mi, ni por él, sino por todo lo que estaba sufriendo y de algún modo se debía desahogar» Comprendí su impaciencia, pero a esas alturas le dejaba la paciencia a las monjas porque lo cierto es que yo tampoco la tenía, ni la quería en aquel instante.

—Lo sé —susurré cerca de su oído antes de succionar el lóbulo de su oreja y entonces sentí como sus dedos me penetraban sin piedad.

—¡Dios! —grité antes de clavar mis uñas en su espalda y agradecí que aún llevara la camisa o probablemente con la fuerza que lo hice incluso le habría provocado algún desgarro.

Vi como de alguna parte se sacó lo que debía ser un condón y se lo llevó a la boca rasgándolo con los dientes para abrir el envoltorio, antes siquiera de ser consciente acerqué mis labios a los suyos buscando su compañía mientras le ayudaba a deshacerse del pantalón y colocárselo.

Cuando sus dedos salieron de mi interior y en su lugar comencé a notar la presión de su miembro adentrándose gemí en sus labios. En el momento que se hundió por completo ambos jadeamos a la vez y quizá era la primera vez en toda mi patética vida sexual que me sentí llena de verdad.

«Valga la redundancia»

Con cada uno de sus movimientos notaba como se hundía aún más si eso era posible rozando un trozo de paraíso con cada embestida, creyendo que era imposible, insuperable, pero por consiguiente; lo hacía.

«Voy a morir. Definitivamente me iba a morir de puro placer» Pensé en el momento que sentí como apretaba mis nalgas fuertemente mientras me empalaba literalmente contra la pared y definitivamente sentí como explotaba en mil pedazos igual que esas piñatas de los cumpleaños.

«Eso era sexo y lo demás puro cuento de princesitas» pensé cuando volví a ser consciente.

Capítulo 12

Nunca creí que fuera a suceder de aquella forma y menos aún tan primitiva, con tanta imperiosa necesidad el uno del otro, porque eso señores y señoras, era; puro sexo sin contemplaciones.

—Parece que sí lo necesitabas con urgencia. Si señor —jadeé mientras mi respiración volvía a ser serena y emitía una sonrisa de satisfacción al mismo tiempo.

El sonido de su risa me contagió y cuando apartó levemente el rostro que hasta ahora permanecía escondido en algún lugar cercano a mi cuello contemple esa cara juvenil y al mismo tiempo descarada que tanto me encantaba admirar.

—Debes pensar que soy un maleducado, ¿verdad? —gimió con cierta ironía.

—Desde luego... —admití en el mismo tono y poniendo cara de circunstancia.

—Primero te robo la agenda, después te hago chantaje para recorrer miles de kilómetros hasta otro país engañándote, te convengo para ser cómplice de mis mentiras y encima me aprovecho de ti arrastrándote hasta la habitación de hotel para tener sexo rápido contigo en lugar de esperar pacientemente a que llegase la noche. —Siguió hablando en ese tono de circunstancia comedida.

—Desde luego señor Devoir, ha hecho una descripción bastante elocuente de los hechos y le declaramos culpable. Tendrá que hacer muchos méritos para compensar todo el mal que ha ejercido con esta pobre inocente —dije tratando de no reírme.

—¿Cuál será mi penitencia? —preguntó sonriente mientras sus manos se paseaban por mi cintura bordeando el tejido de la tela del vestido que permanecía arremolinado en mi cintura.

—Su penitencia será sorprenderme esta noche gratamente.

—¿Sorprenderte?, ¿Qué clase de sorpresa? —exclamó ahora confuso.

—Eso lo dejaré a su elección —dije sonriendo de tal forma que estaba

segura de que se verían absolutamente todos mis dientes y le empujé para volver a tocar el suelo con mis pies y así colocarme de nuevo el vestido en su sitio.

—Entonces tendré que hacer algo lo suficientemente bueno para que perdones todos mis pecados.

Por alguna razón cuando salimos de la habitación rumbo hacia la zona donde debían estar los invitados supe que algo especial se había creado entre nosotros, ya fuera una especie de complicidad o un acuerdo silenciado, pero lo cierto es que nunca había tenido tanto afin con una persona sin conocerla como lo tenía con Damián Devoir y eso me gustaba. Además, el modo en que me aferraba la mano entrelazando sus dedos con los míos de una forma segura, fuerte y decidida; lo corroboraba.

«Mal niña. Muy mal. Te estás metiendo tú y tu coranzocito donde no te llaman» razonó la parte de mi cerebro que aún estaba cuerda y en aquel momento la mandé a ese lugar donde pican los pollos, es decir; a la mierda.

Por suerte la jirafa tetona y el cara de chorlito —porque definitivamente había que ser un pringado para casarse con semejante mujer hipócrita—, se habían fugado a una sesión de fotos probablemente de lo más cool que saldría en todas las revistas de la socialité escocesa —ya que no olvidemos que el tío era un futuro marqués—, así que respiré con normalidad antes de tener que felicitarles por puro compromiso —y también para no parecer que era una antisocial—, aunque poco me importaba parecerlo en aquellos momentos teniendo en cuenta el drama de la situación.

—¡Ey!, ¿Dónde os habíais metido? —preguntó alguien y pronto descubrí el rostro del tal John ya que era uno de los pocos que aún recordaba su nombre.

—Es que... bueno... teníamos algo que hacer... y... —comenzó a decir Damián y me miró como si en su cara estuviera escrita la palabra “socorro”.

—Había un asunto urgente que atender en la empresa —solté lo primero que se vine a la mente. Dicen que la excusa del trabajo siempre sirve, ¿no?

—Ya. La empresa. —Por su tono de voz se notaba a leguas que no colaba ni con pegamento del bueno.

—Es lo que ella ha dicho —contestó riéndose Damián y yo le di un manotazo con la mano que tenía libre.

Las risas atrajeron al resto de los amigos y al final terminamos haciendo un pequeño círculo mientras comenzaban a servir los cócteles del aperitivo a

pesar de que apenas fueran las doce de la mañana. Al mismo tiempo, servían una especie de segundo desayuno, pero en lugar de dulce era salado.

A medida que transcurría el tiempo comenzaba a sentirme más a gusto, hasta el punto de casi olvidar la razón de porqué estábamos allí e incluso olvidarme de los novios hasta que hicieron acto de presencia.

—Supongo que habrá que felicitarles ya que antes parecía que huíamos. —Me susurró esa voz casi poética al oído y cualquiera que nos hubiera visto pensaría que me estaba confesando su amor por la forma en la que lo hacía.

—Te recuerdo que el que huía eras tú, aunque no me quejaré de las razones por las que lo hacía, señor Devoir —dije tratando de darle un punto de humor a la situación.

—Empieza a caerme demasiado bien, señorita Acosta, a este paso me encariñaré demasiado de usted y no podré prescindir de sus servicios.

—Trabajo para usted, señor Devoir. Le recuerdo que ahora menos que nunca puede prescindir de mis servicios ya que soy su nueva jefa de cuentas.

Me miró de una forma directa y despiadada, como si aquello que le había mencionado le excitara. Tampoco había sido para tanto, ¿no? Además, era una verdad como un templo.

—Muy cierto —susurró—. Aunque me refería a otra clase de servicios.

En ese momento me quedé sin palabras, ¿Estaba entendiendo entre líneas? No quería ser mal pensada, pero en aquel juego extraño acababa de asumir que planteaba la posibilidad de que surgiera algo de todo aquello más allá de aquel fin de semana.

«Vale. Que no cunda el pánico. Respira. Inspira. Ahora exhala. Uno, dos, tres. Bien... estás viva» me dije al mismo tiempo que mis pensamientos iban a mil por hora imaginando todas las posibles variables en las que aquella no-relación fracasaría como todas las demás.

Ante mi expectante silencio Damián aprovechó para rodearme la cintura con su brazo y darme la vuelta de forma que quedamos frente a los novios que terminaban de saludar a algunos familiares.

—¡Enhorabuena! —solté en un pequeño grito de emoción fingida que incluso me pareció ñoño e infantil hasta para mí.

Solo percibí respuesta por parte del cara chorlito de Michael, porque la jirafa tetona parecía tener la vista clavada en mi cuello. ¿Es que me quiere estrangular?, ¿A santo de qué?

—Muchas gracias —contestó Michael acercándose para saludarme—.

Espero que pronto pueda decir lo mismo de vosotros en cuanto fijéis una fecha.

—¡Desde luego! —gritó ahora la Barbie pechugona—. Tal vez nos digan algo cuando les visitemos dentro de dos semanas en Madrid. A Michael y a mi nos encantaría saludar a tu familia Damián, hace tiempo que no les vemos y nos gustaría invitarles a cenar ya que pasaremos unos días en la ciudad a la vuelta de nuestra luna de miel.

«Maldita perra» gemí mientras notaba como Damián me apretaba de la cintura con fuerza.

—¡Por supuesto! —exclamé con furor—. ¡Eso sería estupendo!, ¿Verdad cariño? —Y miré a Damián con cierta complicidad.

—Desde luego. —Fue toda su respuesta y emitió una sonrisa, solo que esa sonrisa no era todo lo sincera como lo había sido otras veces, como lo había sido hacía tan solo unos minutos conmigo.

Me llevé una mano al cuello y recordé que llevaba el collar que me había prestado Damián. Volví a ver como la vista de la susodicha se cernía de nuevo en esa parte de mi anatomía y reí de que ella debía saber lo que significaba aquel collar. Sus ojos casi en desorbita me hacían suponer que no había tenido el gusto de llevarlo jamás.

—Me gusta tu collar —dije mirándola directamente y refiriéndome a su discreto collar de perlas.

«Y ahora vas y lo cascás, zorra»

—Gracias... —susurró y fingió una sonrisa, puesto que se notaba a leguas que era fingida, pero en ningún momento hizo referencia al collar que yo llevaba y eso que era lo suficientemente vistoso para llamar la atención tal como había hecho referencia alguna que otra de las chicas del grupo de amigos de Damián.

En el momento en que se alejaron para seguir saludando a la gente, noté que el adonis griego me apartaba hacia una de las esquinas buscando privacidad y en cuanto parecía que nos habíamos quedado lo suficientemente alejados se acercó como si tratara de besar mi cuello, pero en realidad solo pretendía hablar.

—¿Cómo se te ocurre aceptar una cena con mi familia?, ¿Estás loca? —gimió casi desesperado.

—¿Qué querías que hiciera?, ¿Negarnos? Ya encontrarás alguna excusa para que tu familia no asista.

Le escuché suspirar y parecía comenzar a relajarse...

—Si... supongo que tienes razón.

—¿Por qué no te haces un favor a ti mismo y tratas de disfrutar el tiempo que estamos aquí? —pregunté de forma retórica y llevé mis manos a su cuello para que me mirase directamente—. Porque a mi me apetece divertirme.

En ese momento su sonrisa apareció y me tranquilizó que fuera sincera de nuevo...

—Bendita fuese la hora en la que se te cayó esa agenda —dijo antes de acortar la distancia y rozar sus labios con los míos fugazmente.

Lo cierto es que el resto de la velada fue grandiosa. Los amigos de Damián eran demasiado graciosos y pasamos un buen rato durante el almuerzo, el café e incluso todo el tiempo que estuvimos en la barra libre mientras la gente bailaba hasta casi perder la consciencia. Dieron una cena demasiado consistente teniendo en cuenta toda la comida que de por sí habían servido desde que comenzó la ceremonia y mi estómago no podía soportar más o reventaría.

En un momento determinado vi que Damián desapareció con la excusa de que iría un momento al baño y me quedé algo ausente valorando la posibilidad de escaparme a la habitación y darme una ducha para refrescarme porque estaba destrozada de tanto bailar y estar en movimiento.

—¿Te han dejado sola? —Su voz de pito me hizo darme la vuelta. Mis pies me habían llevado hasta los ventanales que daban al jardín y me había embelesado contemplando los colores que emitían las fuentes de agua.

—No creo que Damián tarde en volver —contesté a esa pedante jirafa pechugona. ¿Es que no tenía más invitados a los que incordiar?

—Supongo que no le dirías nada a Damián sobre lo que te comenté ayer, ¿verdad? No me gustaría meterme donde no me llaman y crear algún malentendido entre vosotros.

¿Pero de qué iba esta tía?, ¿Es que ni casada era capaz de ponerse un punto en la boca?

—Creo que deberías preocuparte de disfrutar el día de tu boda en lugar de nosotros. Te puedo asegurar que entre Damián y yo todo es absolutamente perfecto, como no podría ser de otro modo... —Admití llevándome una mano al cuello y toqueteando la joya.

—Me alegro. Lo que me extraña es que Elisabeth no te mencionara ni una sola vez cuando hablé con ella y menos aún que su hijo te había dado la joya

familiar más valiosa de su colección.

«¡Mierda!, mierda, mierda, mierda» gemí esperando que mi rostro no me delatase. Casi agradecí que por esa parte del salón la luz no fuera tan nítida.

—Tal vez se deba a que mi madre es lo suficientemente discreta para no revelar esas cuestiones a nadie que no sea de la familia. —La voz de Damián me hizo suspirar y la respiración que hasta el momento había contenido comenzó a ser relajada.

«Salvada por la campana»

—No sabía que hablabas con mi madre. No me consta que me haya mencionado nada —insistió Damián.

—Sabes que siempre me llevé muy bien con ella —contestó la insufrible de Rebecca—. Así que aún mantenemos el contacto.

A tomar viento. Eso solo significaba una cosa; por narices Damián iba a tener que hablarle de mi a sus padres si no quería que aquella farsa fuese descubierta antes de tiempo.

—Si. Lo sé de sobra —contestó Damián rodando los ojos y la sonrisa de autosuficiencia que puso esa petarda de turno me dieron ganas de soltarle un sopapo en la cabeza.

«Porque eres la novia, que sino... te pondría los dientes como colgante en lugar de las perlas»

—Sigo diciendo que me compadezco de tu amigo —dije en cuanto la Barbie pechugona se marchó a otra parte.

Para mi absoluto desconcierto él comenzó a reírse. Tal vez no era el mejor momento para mencionar que nuestro plan de esquivar a sus padres se acababa de ir al infierno.

—Ven aquí —susurró acercándome hasta él y casi gemí cuando noté el calor de su cuerpo rozándose con el mío.

—¿Dónde vamos? —pregunté mientras me alzaba en volandas llevándome como cuando el novio se supone que debe coger a la novia antes de entrar en la habitación en la que consumarán su enlace—. ¡Estás loco! —grité.

—Si no recuerdo mal, debía sorprendente... señorita Acosta.

—¿Y de qué trata su sorpresa, señor Devoir? —contesté completamente expectante. Mi cansancio se había ido con viento fresco allá donde estuvieran los osos polares.

—Pronto lo descubrirás, preciosa.

Cuando entramos al ascensor y pulsó con el dedo meñique el último botón del edificio mi rostro se contrajo como sinónimo de confusión. Esa no era la planta de nuestra habitación, ¿Dónde diantres iríamos?

—Supongo que no me vas a decir absolutamente nada —afirmé porque no me hacía falta ni preguntarlo para saber cuál sería la respuesta.

—No. Dijiste que querías que te sorprendiera así que no saldrá nada de mis labios. —Corroboró mientras las puertas se abrían y salíamos a una planta de características similares al resto solo que no había puertas de habitaciones, sino que el pasillo era majestuosamente blanco y al parecer no había ni un alma por esos lares.

—¿Has comprado el hotel para que no haya nadie por aquí? —gemí mirando hacia delante y atrás constantemente esperando a que alguien apareciera como por arte de magia.

—Podría, pero mentiría. Lo cierto es que me ha costado bastante convencer al hotel de dejarme acceder a esta parte teniendo en cuenta que está completamente cerrada para los huéspedes.

—No se si esas palabras me producen placer o escalofríos —admití hasta que leí la palabra “Spa” en una puerta de cristal tintada—. ¿En serio?, ¿Todo el spa para nosotros? —gemí entusiasmada hasta el punto de que hasta quise bajarme de aquellos brazos para dar saltitos de emoción.

—Tanto no he podido conseguir sin que hubiera miembros del personal presentes, así que solo nos han dejado una zona, eso sí; la mejor de todas bajo mi punto de vista.

Le miré anonadada, ¿La mejor zona? Y en cuanto llegamos a ella descubrí a lo que se refería; una enorme piscina termal desde donde se podía ver el vapor del agua caliente evaporarse en contacto con el aire. Tenía vistas al océano aunque en aquel momento solo se alumbrase un enorme cielo estrellado.

—¡Esto es increíble! —grité viendo ese espectacular cielo estrellado sobre la cristalinidad del agua del océano.

Estaba muda, sin palabras... desde luego sí que me había sorprendido gratamente a pesar de que jamás habría imaginado que se le ocurriese hacer algo similar.

—Esta parte está completamente resguardada de cualquier posible observador.

—¿Eso quiere decir que estamos completa y absolutamente solos? —El

sonido de mi voz casi parecía un gemido que una pregunta en sí.

—Totalmente.

«¡Válgame el cielo porque voy derechita a pecar al infierno!» gemí antes de quitarme los zapatos ayudándome con los pies y acercando mi boca peligrosamente a su oreja para morderla suavemente.

—Entonces habrá que hacer uso de ello...

Su respuesta fue torcer el gesto para buscar mi boca con la que saciarse y me dejó lentamente en el suelo mientras yo comenzaba a desabotonar su camisa impacientemente.

La ropa se fue perdiendo conforme pasaban los segundos hasta que nos quedamos literalmente desnudos y sin siquiera preguntar o decir algo, sentí como me cogía de nuevo alzándome en brazos e instantes después el agua caliente bañaba mi cuerpo por completo.

—Pero... ¡Serás cretino! —grité cuando salí del agua con la visión algo empañada seguramente por todo el maquillaje de ojos corrido—. Ahora voy a parecer un mapache por tu culpa —gemí pasándome los dedos por las ojeras.

—Serás un mapache muy guapo —contestó acercándose y noté sus dedos en mi cintura. Hacía pie, de hecho, aquella piscina no debía ser más alta de un metro cuarenta o similar, porque el agua me llegaba a los hombros y a Damián casi al pecho.

—Te vas a enterar... —advertí antes de abalanzarme contra él y tratar de ahogarlo, solo que por más que insistiera era técnicamente imposible debido a su estatura.

En algún momento el juego de poder se convirtió en puro anhelo y ansiedad el uno por el otro y antes de darme cuenta sus labios se posaban sobre mi cuello mordiéndolo suavemente mientras sus manos recorrían mi cintura bajando hasta mi trasero para acercarme aún más hacia él.

Percibía el aroma de su perfume tan embriagador que solo de olerlo sería capaz de correrme cien veces si pudiera. ¡Dioses! Eran tan puramente varonil que me deleitaba paseando mi nariz por su cuello. Entrelacé mis dedos en su pelo mojado masajeándolo suavemente hasta que su boca bajó lentamente succionándome uno de los pezones perfectamente erguidos debido al frío de la noche a pesar de que la temperatura dentro del agua fuera completamente caldeada.

—¡Joder! —gemí de placer al sentir como sus dientes acariciaban suavemente la zona provocando que me contorsionara de tal forma que

seguramente terminase con una hernia discal con tal de que continuase otorgándome el mismo placer eternamente.

Instintivamente bajé las manos acariciando sus brazos hasta que me colé debajo del agua para acariciar su vientre y bajé hasta rozar su entrepierna. La sensación bajo el agua era bien diferente, pero indudablemente estaba erecta.

«No si ahora la que no va a poder aguantar seré yo» medité mientras me mordía el labio para resistir la tentación, pero en el momento en que comencé a acariciar su entrepierna sentí como era sacada del agua y el frío me consumió por completo.

«¿Qué demonios?» grité en mi interior antes de ver como aquel adonis griego hundía su cabeza entre mis piernas y entonces grité. Por supuesto que grité, solo que de infinito éxtasis por el roce de su barba ahí abajo.

—La madre que me parió... —gemí echándome hacia atrás y masajeando con una mano su cabello para que su boca siguiera haciendo aquello exactamente de la misma forma. Su lengua masajeaba mi clítoris de forma sin igual. En mi puñetera vida ningún tío había hecho algo igual, ¿Es que había obtenido un máster en una universidad clandestina? Fuera cual fuera la respuesta yo solo quería que no parara, que no se detuviera, que nunca cesara.

Cuando succionó al mismo tiempo que uno de sus dedos se hundía dentro perforándome sigilosamente, simplemente exploté. Vi las estrellas y no precisamente porque abriera los ojos, sino porque literalmente algo estalló ahí abajo dando lugar a un hecho sin precedentes.

¿Es que cada encuentro con ese hombre iba a ser mejor que el anterior? Algo me decía que la respuesta era afirmativa...

«María, corres el riesgo de hacerte adicta» jadeé ahora abriendo los ojos y viendo como se colocaba un preservativo fuera del agua provocando que la sola idea de tenerle dentro fuera una necesidad imperiosa.

Sentí de nuevo el agua caldeada cuando volvió a meterme dentro de ella a la vez que sentía como se abría paso en mi interior. La sensación de frío y calor era absolutamente agonizante, tanto que mi garganta emitió un graznido a modo de gemido inconfundible.

—Definitivamente me vuelves loco —jadeó acercándose a mi oreja y noté como raspaba sus dientes tratando de morderme, pero conteniéndose para no hacer daño.

Sus dedos se clavaban en mis muslos con cada movimiento acompasado en el agua y para ser la primera vez que tenía sexo en el agua desde luego

sería inolvidable. Le miré fijamente y aquellos ojos ahora casi negros me miraban con tanta intensidad que simplemente me rendí ante aquella pantera que definitivamente había cazado y comido a su presa. ¡Dios! Ese hombre era el tío mas jodidamente guapo que había conocido en mi vida, pero ahora... ahora sencillamente era sublime, así que sin poder evitarlo acorté la distancia para devorar esos labios de nuevo, para demostrarle la pura agonía y necesidad que tenía de él y de todo su cuerpo. Pareció entender la indirecta porque su respuesta fue con el mismo ímpetu y deseo que el mío propio. Su lengua se adentró en mi boca uniéndose a la mía en un baile acompasado por cada movimiento con el que de nuevo se hundía más y más profundamente colmándome, excitándome, llenándome de nuevo y haciéndome suya por completo.

En el momento que volví a tocar el paraíso o el infierno porque aquello era pecar con gusto y de la forma más placentera posible, supe que no podía prescindir de aquel sexo, que así me atiborrara a Kínder bueno esa sensación no se esfumaría ni por todo el azúcar, chocolate y crema de avellana que existiera en el mundo entero. No. Me declaraba oficialmente adicta al sexo con ese adonis griego.

—¿He cumplido las expectativas? —Escuché cuando aún me estaba recuperando todavía sin éxito.

¿Qué si había cumplido? Yo creo que esto no lo supera ni el mejor actor porno de la historia.

—No ha estado mal. —Mi voz de pito me delataba, ¡Mierda! Si es que yo era más mala que un rayo para mentir...

—¿No ha estado mal? —exclamó riéndose—. Empiezo a creer que usted es muy exigente, señorita Acosta.

—Soy contable, lo mío es la perfección extrema —dije con cierto tono de diversión.

—Supongo que la próxima vez tendré que superarme...

Espera, espera, espera, ¿Próxima vez?, ¿Realmente ha dicho una próxima vez? Mi cerebro ya estaba analizando lo que aquello significaba y todas las posibles variantes con respuestas. Resultado final; sexo garantizado en la siguiente cita.

—Eso espero, señor Devoir —afirmé con cierta sonrisa.

¿Quién era yo para rechazar a semejante adonis griego más bueno que las tortitas con nata para desayunar?

Por suerte a la mañana siguiente de la boda los novios ya se habían largado a su luna de miel y no tuve que soportar a la pechugona de turno y el amigo de Damián, aunque después de esa noche tan intensa, ni todo el veneno del mundo podría eclipsar esa sensación de estar en una nube que ahora tenía.

El regreso a casa se me hizo demasiado corto, quizá porque no quería que acabara y tener que perder de vista a ese adonis griego. Lo había pasado bien, de hecho lo había pasado genial y aunque la idea de verle todos los días en la oficina la tenía demasiado presente, sabía que no sería lo mismo que ese fin de semana donde yo era —literalmente— su prometida. Tenía una especie de sensación de pérdida al respecto, como si esa magia que nos envolvía de complicidad terminase en cuanto pisara un pie en Madrid y lo cierto es que así fue mientras el taxi conducía primero hasta mi casa para después dirigirse a la de Damián.

—Bueno, hemos llegado. Supongo que te veré mañana en la oficina — dije hablando por primera vez en referencia al trabajo, porque hasta el momento solo nos habíamos limitado a hablar sobre trivialidades sin fundamento.

—Si, claro —afirmó sin mucho entusiasmo—. Nos vemos mañana — añadió acercándose y dándome un beso en la comisura de los labios rozándome ligeramente y no se hasta qué punto de forma intencionada, como si esperase que torciera el gesto y finalmente le besara, solo que no lo hice. Por alguna razón ilógica que escapaba a mi capacidad mental, fui tan idiota de no hacerlo y eso me martirizaría el resto de la noche.

Para no variar, Nerea no estaba... así que tras darme una ducha larga y deshacer la maleta metiendo algunas prendas en la lavadora y otras en remojo por ser algo más delicadas, opté por tumbarme en el sofá y tratar de dormirme viendo algún documental. Esperaba que por alguna razón la pantalla de mi móvil se iluminase, recibir algún mensaje de buenas noches o un; lo que sea que fuere, para no indicarme que aquello no había quedado en una simple experiencia de fin de semana inolvidable, pero cuando abrí los ojos ya era de día y por la hora que marcaba en la pantalla de mi móvil, llegaría tarde.

—¡Me cago en todo el universo enterooooo! —grité a los cuatro vientos mientras saltaba de la cama literal y maldecía con todo mi ser no tener mi puñetera agenda.

¡Por algo yo tenía una agenda!, ¡Porque de lo contrario era un puto desastre! A pesar de que Nerea llegó algo preocupada a mi habitación y no le

hice ni puñetero caso tratando de arrancar de cuajo la etiqueta de una camisa que estrenar el primer día de trabajo en la oficina nueva, salí pitando de casa sin desayunar, sin tomar un triste café y definitivamente sin retocarme el pelo y con cero maquillaje.

«A freír puñetas el ir presentable»

Cada vez que pensaba que él iba a verme así me maldecía aún más. La verdad es que no se si era preferible llegar veinte minutos tarde de esa guisa o una hora, pero completamente impecable.

«Al menos la vestimenta era decente»

Conseguí ponerme algo de máscara de pestañas en el ascensor y retocarme el pelo con los dedos antes de que abriera las puertas y entrara en la que se suponía sería mi planta en el edificio que iba a trabajar a partir de ahora.

—¿Señorita Acosta? —La voz femenina me hizo darme la vuelta sobre mi misma y contemplar a una chica bastante joven, aproximadamente de mi estatura con cabello rubio y gafas de pasta que me observaba con una sonrisa.

—¿Si? —pregunté tratando de buscar alguna plaquita con su nombre, algo que por cierto no llevaba ni por equivocación.

—Mi nombre es Ingrid, seré su secretaria. Sígame y le enseñaré su despacho para que pueda instalarse, después le podré presentar a toda la plantilla.

¡Ah!, ¡Eso era genial! Nadie iba a regañarme por llegar tarde, aunque en ese momento pensé que yo era la jefa, ¿Quién demonios iba a regañarme por llegar tarde? Bueno... el adonis griego podría hacerlo perfectamente ahora que lo pensaba.

—Espero que sea de su agrado —dijo la chica nada más entrar.

El despacho era mucho más grande que el anterior que tenía y desde luego lo incomparable era que tenía unas vistas espectaculares y muchísima más luz natural.

—Es perfecto. Gracias —contesté acercándome a la mesa para dejar mi bolso y el maletín lleno de folios blancos que llevaba, porque a fin de cuentas era solo para aparentar seriedad—. ¿Qué es esto? —dije divisando un paquete rojo envuelto en un lazo también rojo que había sobre la mesa.

—El señor Devoir lo dejó para usted.

—¿Está en su despacho? —pregunté acercándome a la mesa para coger la caja.

—No. Tuvo que marcharse inmediatamente, dijo que estaría ausente durante todo el día.

«Bueno... al menos no me verá con pelos de loca y cara de fantasma» pensé para mis adentros.

—Gracias. ¿Podría traerme un café bien cargado? —exclamé cuando sentí como mi estómago rugía.

—Por supuesto, enseguida se lo traigo —contestó cerrando la puerta conforme salía del despacho.

Me preguntaba que sería lo que habría en aquella caja, ¿Otra joya? Lo dudaba. Le había devuelto tanto el collar como el anillo a pesar de que había insistido en que este último me lo quedara, pero ¿Qué demonios hacía yo con un anillo de compromiso?, ¿Espantar a todos los tíos? Bueno... a lo mejor para los feos palurdos como el tal Steven que por suerte parecía haberse esfumado al fin quizá no me vendría mal..

Cuando visualicé mi agenda negra casi se me sale el corazón del pecho, ¡Oh dios mío!, ¡Volvía a mi! En cuanto la abrí contemplé una nota en la primera página escrita a mano.

«Lamento no poder devolverla en persona, pero tal y como prometí, regresa a tus manos de forma íntegra y sin sufrir desperfectos. Ha sido todo un placer negociar con usted, señorita Acosta.

Pd: Me he tomado la libertad de reservar parte de su tiempo, espero que no le moleste».

—¿Reservar parte de mi tiempo? —gemí antes de abrirla y abalanzarme sobre cada página de las próximas semanas para averiguar qué demonios había escrito ese adonis griego en mi agenda negra.

Capítulo 13

Tras descubrir que había apuntado su nombre junto al concierto que tendría lugar ese jueves recordé que efectivamente se había auto-invitado a venir tras aquella desastrosa cena con Steven en la que él intervino. Eso me recordó de alguna forma cuando mencionó visitar Italia, pero a pesar de buscar todos y cada uno de los fines de semana que restaban en lo que quedaba de año, el país de la pizza no aparecía por ninguna parte.

«Porca miseria» gemí en mi interior porque ese viaje implicaría más jacuzzis, piscinas termales o lo que quiera que fuese que significara tener el cuerpo del adonis griego bajo el agua.

Para mi consternación había fijado dentro de dos semanas con un posit en rosa —Y bien fosforito—, como si quisiera que no me pasara desapercibido que esa semana probablemente tendría que acudir a una cena con la jirafa pechugona y su amigo Michael si decidían pasar por la ciudad.

Eso desde luego tendría que haberlo puesto anoche o como mucho a primera hora de la mañana y la sola idea de imaginarme a Damián Devoir haciéndolo me provocaba carcajadas. Con lo varonil que era ese hombre... con la sensualidad que emitía, visualizándolo mientras cogía un posit rosa fucsia para marcarlo en mi discreta agenda que ocultaba todos mis oscuros secretos era sumamente divertido.

Ojeé páginas atrasadas percibiendo que todo aquello había sido analizado concienzudamente por ese hombre y a pesar de saberlo, de ser consciente, no podía evitar contraer los músculos pensando como era posible que no me hubiera marcado con una cruz como a una apestada y enviarme lejos de la ciudad, del país y probablemente de la tierra entera.

El día pasó bastante más rápido de lo que imaginaba porque entre presentaciones y documentación para tratar de ponerme al día con las cuentas que llevaba en curso la empresa iba a necesitar horas, semanas e incluso hasta meses para estudiar detenidamente a nuestros potenciales clientes y conocer al dedillo el tipo de inversiones a las que estaban habituados. Yo era muy meticulosa en lo que a trabajo se refería, así que antes de salir de la oficina

puntualmente a las cinco, había dejado media pared plagada de notas de colores y la agenda de los próximos tres días completamente llena.

—Orden —susurré respirando tranquilamente—. Por fin vuelves a mi vida —añadí respirando profundamente con una sonrisa elocuente mientras metía mi agenda en el maletín y salía de la oficina en dirección a los ascensores.

Era una pena no haber coincidido con Damián el primer día, pero ya me había organizado y estaba segura de que a partir de ahora no regresaría a esa empresa si no lucía de forma impecable.

En cuanto llegué a casa comencé a organizarme y a rellenar los huecos de las próximas dos semanas en los que descubrí que el adonis griego había reservado un almuerzo para un martes, ¿Tan apretada tenía su agenda que no podía ser un viernes y así echar la tarde? Desde luego no iba a discutir al respecto, si él había colocado esas citas debía ser que no tendría otro almuerzo disponible a pesar de que al principio me había dado la sensación de que era un hombre bastante desocupado.

—¡Vaya!, ¡Bella durmiente!, ¿No estás en el gimnasio? —preguntó Nerea nada más entrar en casa y verme en el salón con mi lista de bolígrafos de colores rellenando huecos—. Así que la agenda negra ha regresado a las manos de maléfica...

—¡Oye no te pases! Que desee un poco de control y organización en mi vida no me convierte en la mala de la película...

—Yo solo mencionaré que estos días en los que no tenías tu dichosita agenda, parecías mucho más... *divertida* que de costumbre.

—Tonterías —susurré mientras apuntaba que debía colocar la alarma todas las noches antes de acostarme porque si ponía la alarma para que me despertase todos los días a la misma hora por alguna razón inexplicable mi móvil a veces decidía no sonar, así que terminaba por comprar despertadores aparte que me duraban dos días tras el porrazo que les daba al sonar.

«Igual tendría que cambiar de móvil para solucionar ese problema», pero apuntándolo en la agenda todo iría bien.

—Bueno, cuéntame... ¿Qué tal ese estupendo fin de semana?, ¿Hubo algo entre ese jefe tuyo y tú?

—Qué cotilla andas tú, ¿no? —exclamé cerrando de golpe la agenda y mordiéndome el labio.

—Deduzco que si —contestó Nerea mientras se fue directa hacia el

frigorífico probablemente para picotear algo y la sola idea me dio hambre, más aún teniendo en cuenta que había comido una triste ensalada al medio día.

—Vale. Si —admití—. No voy a negar que me acosté con él.

El grito que dio Nerea casi rompió los tímpanos de mis oídos y rodé los ojos...

«Ni que fuera para tanto» gemí a pesar de saber que sí lo era.

—¿Y en qué habéis quedado?, ¿Estáis saliendo o algo así?

—¡Que va!, Es bastante más complejo que todo eso, pero mejor lo hablamos en otro momento porque tengo bastantes cosas pendientes por hacer. Además, este fin de semana creo que iré al pueblo antes de que mi madre me tache de hija renegada, ¿Tú vas a venir? —pregunté cambiando oficialmente de tema y la verdad es que dudaba que viniera mientras saliera con ese tal Matthews que le tenía absorbido el cerebro.

—No puedo. Este fin de semana tengo planes con Matthews.

—¿De verdad?, ¿Qué fue del primo cara de memo?, ¿Se volvió a su país?

—De verdad María, a veces eres de lo más perversa. Al parecer ha conocido a alguien en su trabajo, así que tenemos vía libre.

—Me compadezco de la pobre amargada que tenga que soportarle... — dije presuponiendo que la chica tendría que ser un elemento, o mejor dicho; una santa.

—Yo sigo diciendo que no es mal chico.

—Tú eres capaz de decir que Steven puede ser modelo con tal de agradar a tu Mathews, esa es la verdad. Mira que yo no tengo ningún problema en que salgas con ese chico Nerea, pero igual te vendría bien tener objetividad propia. —No esperé a que me contestara sino que me fui directamente a mi habitación y entonces me percaté del hambre que tenía. No importaba; pediría algo de comida a domicilio para no tener que cocinar, además, después del ejercicio de ese fin de semana bien me lo merecía, ¿no?

El resto de la semana siguió siendo igual de ajetreada, estresante y sumamente absorbente como el primer día. Ni tan siquiera hice una pausa para tomar café sino que le pedía a mi secretaria que me lo trajese directamente. El jueves decidí acudir con el vestido más sobrio, pero al mismo tiempo elegante que tenía en mi armario. Un sinuoso y ajustado vestido color camel con dos franjas laterales en marrón chocolate que carecía de escote y llegaba hasta las rodillas —he ahí la sobriedad—, pero era tan sumamente ajustado ciñéndose a cada curva que resultaba embriagador —y he ahí la sinuosidad—. Con el

cabello suelto y un maquillaje algo más intenso que lo que solía llevar, dejé el maletín al lado de la mesa como hacía casi siempre esperando tener noticias de Damián a lo largo del día, más aún teniendo en cuenta que se suponía que sería mi acompañante esa noche para el concierto que comenzaba a las ocho y de alguna forma esperaba que saliéramos juntos de la oficina o que al menos nos encontrásemos antes para no ir cada uno por su cuenta.

—Buenos días señorita Acosta, que elegante viene hoy —dijo mi secretaria sonriente con mi café en la mano.

Debo reconocer que la chica parecía aprender rápido, de hecho, casi no echaba de menos a mi becaria, aunque mentiría si lo hiciera porque lo cierto es que si la extrañaba un poquito... Ingrid había cogido el punto a mi gusto del café, había captado como trabajaba y se había adaptado como un camaleón ante el peligro.

—Gracias Ingrid. ¿Tienes ya los informes que te pedí ayer? —pregunté recordándole la información que le había pedido sobre la cuenta de un cliente.

—Estoy en ello, dentro de una hora se los traigo. ¿Necesita algo más?

—No, salvo que me traigas otro de estos a media mañana o dudo que aguante el resto del día despierta —admití dando otro sorbo.

—Creo que para eso no será necesario que se lo traiga, yo mismo me encargaré de invitar a la señorita Acosta si es que puede permitirse hacer una pausa para tomar un café. —Esa voz, ¡Esa maldita voz!

Giré mi vista de Ingrid hacia la puerta y allí estaba, vestido con un majestuoso traje gris que le sentaba como un guante, yo diría que incluso mejor que a esos modelos de las pasarelas donde supuestamente los vendían a las grandes masas y observé esa sonrisa de notable superioridad.

«Nada... ni pensaré en eso... el tío tiene razones de sobra para hacerlo y creerse un ser superior»

—¿Nos dejas a solas Ingrid? —pregunté sonriendo a mi secretaria que hizo un gesto afirmativo y salió dejando la puerta abierta—. Creo que no tengo hueco en mi agenda para usted a la hora del café señor Devoir —admití con cierta ironía.

—¿En serio? —exclamó acercándose hasta colocarse frente a mi mesa y dejar caer las manos en ella sin dejar de mirarme—. Yo estoy casi convencido de que si, es más... ¿Por qué no lo compruebas?

Siguiendo su juego abrí la agenda por el día que era y en ella estaban marcados varios temas de trabajo que tenía pendientes englobando el tiempo

que sopesaba que me llevaría cada una de ellas.

—Por lo que veo no aparece su nombre... —susurré divertida.

—Aquí está —dijo señalando el papel donde evidentemente no decía nada—. Creo que ahí dice claramente que estás en horario de trabajo y hasta donde usted y yo sabemos, soy su jefe.

—¿Eso quiere decir que no puedo negarme, *je-fe*? —Advertí acentuando concienzudamente la palabra.

—Exactamente. Además, tenemos varios términos que discutir —contestó enseñándome sus dientes y no pude evitar reírme ante su ocurrencia.

¿Qué términos había que discutir?, ¿A que demonios se refería?

—¿Usted y yo tenemos algo sobre lo que discutir, señor Devoir? —pregunté mirando esos labios ávida por desear besarlos.

—Desde luego que sí... —admitió sin revelar qué era.

—¿Y a qué hora se supone que debo estar en la cafetería? —pregunté entonces como si la simple idea de saber que había algo entre él y yo no me estremeciera con su sola mención.

—No te preocupes, yo pasaré a recogerte... —contestó mientras se erguía de nuevo y se daba la vuelta para salir de mi despacho—. Por cierto, estás increíblemente hermosa, quizá deba advertir a mi personal que eres mi prometida antes de que alguno intente extralimitarse y pedirte una cita. —Y tras soltar aquello cerró la puerta dejándome con la boca abierta.

«Qué, ¿qué?» gemí interiormente.

No. No podía ser, ¿Su prometida?, ¿A la gente de la empresa? Probablemente solo se tratase de una simple broma absurda debido al fin de semana. Si. Tenía que ser eso, pero lo cierto es que la sola mención de aquello no dejó de ronronear mi cerebro durante las siguientes tres horas hasta que a las once y cuarto alguien llamó a la puerta y seguidamente volví a contemplar aquellos ojos de color castaño oscuro mirándome fijamente.

—Por un momento creí que te habías olvidado de mi —dije sonriendo mientras me levantaba y cogía mi bolso para salir del despacho.

—¿Olvidarme? —gimió observándome y recorriendo cada curva de mi cuerpo—. Desde luego eso sería lo último que haría.

Aquella respuesta provocó que me mordiese el labio y que instintivamente me llevara una mano al pelo para colocármelo detrás de la oreja, como si el mero hecho de tener un gesto que hacer mantuviera ocupada mi mente en lugar de estar pensando las mil y una formas de desnudarle para

contemplantelo fijamente. Al pasar por su lado noté de nuevo esa fragancia masculina que había evocado durante toda la semana y supe que la había echado en falta... ¡Por dios!, ¡Sí que estaba jodidamente mal! ¿Cómo demonios podía haber sucumbido tanto en solo un fin de semana?

La cafetería estaba medio vacía, síntoma y señal de que la mayoría de empleados tomaban café en las distintas plantas del edificio en lugar de acudir al punto neutral. Lo normal es que aquel sitio se utilizase para potenciales clientes o reuniones informales y como en este caso, citas clandestinas camufladas con; hablar de trabajo.

—¿Qué tal ha ido la semana? He estado bastante ajetreado por algunos imprevistos de última hora de los que he debido hacerme responsable y apenas he pisado la oficina.

—Tranquilo, todo ha ido bien, ¿Ha pasado algo grave? —pregunté dándole un sorbo al café que para mi gusto estaba demasiado caliente.

—Nada de lo que preocuparse —admitió restándole importancia y me tranquilicé—, el concierto era esta noche a las ocho, ¿Quieres que pase a recogerte? —preguntó mirando hacia la mesa como si estuviera estudiando una estrategia que plantear.

—Lo cierto es que no me hace falta pasar por casa y habría que estar al menos una hora antes, así que tenía la intención de ir directamente al salir del trabajo.

—Genial, entonces te vienes conmigo que tengo que dejar unos documentos en mi casa y después vamos directamente, ¿Te parece bien?

—¿Por qué tengo la sensación de que estás siendo de lo más amable para que después no discuta por algo que me vas a pedir? —exclamé siendo directa porque tenía demasiado olfato para esas cosas.

—A ti no se te puede engañar, ¿no? —gimió sonriente.

—Probablemente si, pero al parecer tú no eres muy bueno.

—Quizá... solo quizá, deba pedirte un pequeño favor. Uno muy pequeñito, casi inexistente —admitió mirándome fijamente con esos ojos arrebatadores a los que probablemente no podría negarles nada.

—Ya. Pequeño... —contesté sopesando que probablemente debía ser enorme, gigantesco y casi monumental.

—Al parecer, mi madre creyó conveniente llamar el lunes a Michael para desearle la enhorabuena por su enlace tras enterarse que acudí al matrimonio en Escocia... —Comenzó a decir Damián y evidentemente yo hice aspavientos

con las manos porque supe lo que vendría a continuación—. Cómo ya te dije la amistad viene desde hace años y casi ha sido como un hermano para mí, por lo tanto, mi madre le guarda especial cariño a pesar del evidente distanciamiento que hubo entre ambos cuando se supo que Rebecca salía con él y por esa razón decidió no acudir al enlace. Llegados a este punto debo decir que es probable que mi madre esté más resentida que yo en ese aspecto. La cuestión es que obviamente Michael hizo mención de mi prometida, es más, sus palabras textuales según mi madre fueron; ella es un absoluto encanto, me alegro muchísimo de que Damián haya encontrado la olma de su zapato.

—Menuda metedura de pata... —gemí llevándome una mano al pecho—. ¿Y qué dijo Michael cuando descubrió que no hay ninguna prometida? —pregunté expectante y maldiciendo que aquella pechugona oxigenada se saliera con la suya.

—El caso es que mi madre le siguió la corriente y terminó creyendo que era real.

—¡No! —grité y entonces me di cuenta de que estaba en un sitio público y las pocas personas que había parecían haberse percatado de nuestra presencia.

—Estaba tan ilusionada que no podía decirle la verdad...

—¿Cómo se te ocurre? —exclamé tratando de ser sigilosa, pero lo cierto es que yo para pasar desapercibida no servía un carajo.

—Solo tienes que hacerte pasar por mi prometida unas semanas y ya está. Este fin de semana lo hiciste muy bien, no creo que sea muy complicado —dijo con tanta naturalidad que hasta yo misma me lo creí.

—¡Que es tu madre!, ¿No se supone que eso está mal? —pregunté sopesando qué tipo de madre sería la de Damián.

Normalmente mis relaciones nunca llegaban al nivel de conocer a la suegra, pero igual mejor, porque si eran como las pintaban la mayoría de mis amigas, más me valía salir corriendo.

—Después de lo de Rebecca créeme; es a prueba de bombas —contestó con una sonrisa macabra que me hizo pensar en lo peor, ¿Tendría en demasiada alta estima a la dichosa jirafa pechugona?

«Pues como espere una nuera similar a una Barbie, más vale que vaya pronto a una juguetería, porque no creo que me encuentre parecido ni en las uñas pintadas de color rosa»

Durante el resto de la tarde no podía dejar de pensar en aquella

pantomima. ¡Yo!, ¡La prometida oficial de míster musculitos jefazo! Porque todos en la oficina iban a enterarse, ¡Carajo si iban a enterarse!, ¡Era una empresa familiar! Mi inexistencia se iba a esfumar por peteneras y de paso; mi conciencia... porque iba a engañar a toda una familia entera y lo peor; a mi supuesta suegra que parecía encantada con la idea.

Dejé el bolígrafo sobre la mesa tirándolo con desgana porque total; no iba a lograr concentrarme en nada y repasé mi lista en la agenda en la que acababa de tachar todas las tareas que había terminado. Por eso me gustaba la agenda, por ese atesorado momento en el que tachaba con sumo gusto algo que había cumplido. Un objetivo marcado, una tarea completada... tal vez mi sentimiento de no querer perder el tiempo, de controlarlo todo y no dejar nada al azar simplemente venía fundada porque desde pequeña he tenido el afán de superación conmigo misma, una lucha constante por querer destacar y ser la mejor en todo. Tal vez el hecho de ser una sabelotodo en clase no ayudara, mi mejor amiga de pequeña eran las matemáticas hasta que crecí lo suficiente para que me salieran tetas y entonces llamaba la atención de los chicos a pesar de mis granos en la cara. Lo cierto es que nunca sufrí acoso escolar como tal, era una niña normal, un poco asocial que brillaba por sus sobresalientes en clase, pero no lograba llegar a encajar en ningún grupo del todo, quizá porque siempre he sido un poco rara al ser tan cuadrículada.

Con el paso del tiempo la cosa mejoró. Conocí a Nerea y siempre habíamos encajado bien cada una a su estilo, hice amigas en la universidad aunque no cree lazos muy fuertes y a pesar de que creía que en el trabajo eso cambiaría, salvo una de las contables que lamentablemente tuvo que irse por riesgo de aborto durante el embarazo y nunca regresó, no conseguí trabar una amistad más allá de las paredes de la oficina con nadie. Tal vez era yo la rara que no daba pie a que la gente confiara lo suficiente en mi para perder ese estatus laboral y que se fomentara una amistad. A mi favor debo reconocer que casi siempre había estado entre entornos masculinos más que femeninos y conforme fui ascendiendo la figura de poder me convirtió en alguien a la que no se acercaban lo suficiente por miedo.

La cuestión es que de todas las mujeres posibles con las que Damián se casaría de verdad, yo no era una de ellas. Ni tenía don de gentes, ni resultaba una modelo perfecta, mis cualidades podían reducirse a; curriculum brillante y alguien elocuente. Quizá se podría añadir graciosa algunas veces a ese curriculum, pero poco más.

—Señorita Acosta. —La voz de Ingrid me sacó de mis cavilaciones temporeras.

—¿Sí, Ingrid? —exclamé algo atontada.

—Me voy una hora antes como le comenté esta mañana ¿Necesita algo? De lo contrario no la veré hasta mañana.

—No tranquila, puedes marcharte sin ningún problema —dije despreocupada—, ¡Bueno sí!, ¿Te puedo preguntar algo un poco fuera de lo normal? —Ingrid era joven, eso era evidente y no sabía cuanto tiempo llevaba allí, pero solo con aquel cabello rubio siempre liso y bien peinado y aquellas gafas que la hacían parecer mucho más inteligente, seguro que hasta era mejor perfil de nuera para la señora Devoir que yo.

—Por supuesto —contestó rápidamente—. Si puedo ayudarla en algo, puede contar conmigo.

Su devoción me sorprendió, igual terminábamos siendo buenas amigas y todo...

—¿Alguna vez has visto a la señora Devoir por aquí? Me refiero a la madre de Damián Devoir. —Estudiaba el rostro de Ingrid para averiguar si debido a sus gestos podría concluir algo.

—Solo la he visto dos veces, parece una señora muy correcta y elegante, pero no he tenido ningún trato con ella personalmente puesto que solo viene si debe acudir a alguna junta directiva ya que es socio capitalista.

«Genial... eso no me sirve de mucho»

—Bueno... tenía que intentarlo —susurré—. Muchas gracias por la información, Ingrid.

—¿Quiere que investigue sobre ella? —preguntó justo cuando iba a darse la vuelta.

—¿Cómo? —exclamé sin poder evitarlo.

—Si me ha preguntado sobre la señora Devoir es porque desea referencias, puedo investigar sobre ella; que le gusta, que lugares suele frecuentar, cuáles son sus platos favoritos, si participa en algunas organizaciones benéficas y ese tipo de cosas que suelen realizar ese perfil de mujeres adineradas.

Reconozco que la idea de conocer en qué mundo se movía esa mujer para así caerle mejor no era del todo descabellada, así que mi propio impulso habló por mi.

—Si soy sincera te lo agradecería muchísimo Ingrid —admití casi

relajada.

—Supongo que se trata de algo estrictamente personal y confidencial, ¿no es así?

Me pregunté si con el poco tiempo que hacía que conocía a Ingrid —exactamente cuatro días—, podría depositar la confianza suficiente para que nadie más en la empresa se enterase de mi interés personal en saber los detalles escabrosos de la madre de Damián. No tenía nada que perder, a fin de cuentas la empresa entera se enteraría del lío en el que él mismo me había metido.

—Es algo personal, si —admití—. Digamos que el señor Devoir y yo tenemos una... una...

—No hace falta que me dé los detalles señorita Acosta. Me consta y he podido comprobar el interés que el señor Devoir manifiesta en usted. Me imagino porque me preguntó si conocía a la madre del señor Devoir así que no debe preocuparse porque nadie se entere de este hecho.

No sabía si pensar que tanta profesionalidad era buena o mala, pero quizá ahora que era jefa de cuentas, jugaba en otras ligas y ganarse mi confianza para ser recomendada probablemente era la intención que llevaba esa chica.

—Anda vete, no vaya a ser que te entretenga más de la cuenta y llegues tarde a tu cita médica —contesté con una vaga sonrisa y contemplé los ojos abiertos algo sorprendidos en la joven secretaria que asintiendo salió de aquel despacho.

Si, definitivamente me gustaba mi nueva secretaria a pesar de que pensaba que echaría de menos a mi becaria. Una hora exacta después, Damián estaba colocado en la puerta de mi despacho dejándose caer sobre el marco con una pose sumamente seductora mientras observaba detenidamente cada rincón como si le llamase la atención más que yo misma que estaba tras la mesa.

—¿No vas a cambiar nada de la decoración? —preguntó decidido a avanzar un paso.

—¿Para qué? No sé cuanto tiempo me quedaré en este despacho —contesté encogiéndome de hombros. Lo cierto es que normalmente no solía fijarme tanto en esos detalles, quizá era más pragmática en ese sentido.

—No conozco a ni una sola mujer que no redecore su despacho cuando llega. Pone flores por todos lados, marcos de fotos de sus hijos si es que los tiene o de sus gatos y hasta los cuadros. En cambio tú, ni siquiera tienes una

foto mía...

—¿Eres un gato? —pregunté mordiéndome la lengua para no reírme sin llegar a mirarle porque de lo contrario estaba segura de que mi mirada me delataría completamente.

—Aquí la gata eres tu, aún tengo marcas de tus uñas en mi espalda... — jadeó acercándose a la mesa.

«¡Ay! No... ¡Aquí no!» gemí cerrando las piernas repentinamente como si eso hiciera que mis bragas no fueran a mojarse.

¿Para qué mentir? Ya estaban mojadas desde que se dejó caer en el marco de la puerta antes de entornarla.

—Seguro que fue porque no se portó como debiera, señor Devoir —dije acusadoramente para defenderme.

—Quizá deba comportarme más a menudo indebidamente para que vuelva a marcar sus uñas en mi piel, señorita Acosta.

Su cuerpo estaba tan cerca... su olor tan rico que casi me estaba dando hambre de solo deleitarme con él y cuando jadeé terriblemente porque vi esos labios pidiendo a gritos que me besaran, sintiendo casi el roce de sus labios, se apartó ligeramente tosiendo de forma que parecía querer recuperar la compostura.

—Creo que mejor salimos de este edificio rápidamente... —terció irguiéndose en toda su estatura y se podía apreciar perfectamente lo terriblemente bien que le quedaba aquel traje.

—¿A tu casa? —pregunté con evidentemente claras dobles intenciones, aunque ese era el plan según mencionó en la cafetería.

—A mi casa —ratificó con aquella mirada oscura.

Conduje mi coche detrás de el suyo para seguirle hasta la que sería su casa. No tenía ni idea de qué tipo de lugar sería en el que viviría ese hombre, pero me imaginaba una enorme casa a las afueras de la ciudad. Una de esas típicas de los ricos que salen en las revistas de decoración y con muebles de lujo importados de Turkistan si es que eso existe. Solo que no salimos de la ciudad, sino que condujimos hasta el mismísimo centro y cuando divisé la zona más cara, pensé como no había podido ser esa mi primera opción. Efectivamente, el niño pijo rico tenía que vivir en una zona exclusiva para ricos.

Ni en mis más oscuros y perversos sueños pensé que me podría llegar a acostar con alguien que pudiera permitirse el lujo de vivir en plena calle

Serrano de Madrid. Probablemente esa era la primera y última vez que accediera a un edificio así, pero no solo contaba con dos plazas de aparcamiento en una zona donde quizá el metro cuadrado construido rozaba mi sueldo de un año entero, sino que tenía un pedazo de piso en la última planta con vistas a toda la ciudad más impresionante que la vez que recordaba haberme montado en una noria de pequeña.

«Si la intención de traerme a su casa era impresionarme, desde luego lo había superado con creces»

—¿Te gusta? —Mencionó tras un silencio prolongado en el que yo devoraba cada parte de la panorámica que tenía delante en su salón. Todo el piso estaba decorado con sumo gusto y por los colores marrones, neutros e incluso algunos negros se apreciaba que la decoradora tuvo esos toques de masculinidad para que no pareciese un piso demasiado femenino. Nada más entrar se divisaba la cocina que era abierta. Con una enorme isla central y una campana extractora metálica que colgaba del techo. Con la misma armonía de colores se sincronizaba en el salón separado por una enorme librería central que daba a ambos lados metálica. Era espectacular ver como se habían sincronizado ambos ambientes en una misma sala. Justo detrás de la librería en la sección del salón había un enorme sofá para al menos siete personas frente a una pequeña mesa de recepción y en la pared una pequeña chimenea bajo la televisión de plasma.

Si. Desde luego era un piso de catálogo de revista. Probablemente hasta habría salido en uno con esa decoración y esas vistas.

—Es alucinante —admití volviendo a apreciar las vistas al horizonte con la luz del atardecer por delante.

—Genial. Así cuando te mudes por lo menos te agradecerá el lugar.

«¿He oído bien?, ¿Ha dicho mudarme? No. No. No. No...»

Capítulo 14

—¿Cómo que mudarme? —exclamé quizá en un tono de voz más alto del que probablemente quería hacer. Incluso sonaba chillona y todo como cuando mi madre solía reprenderme de pequeña, sobre todo en el momento que me pillaba con la boca llena de pastel de chocolate y negaba tajantemente haber sido yo la que no se hubiera resistido a probarlo.

«Al final terminó haciendo bizcochos de manzana y pasas para que así ni los probara»

—¿No te lo dije? —preguntó con tanta calma como quien dice salgo un momento a comprar el pan. En serio que este hombre me enloquecía y enfurecía al mismo tiempo, ¿Cómo se le ocurre tratar un tema así con tanta frivolidad? —. Obviamente si queremos que esto funcione para no levantar sospechas, lo más lógico es que estemos viviendo juntos o de lo contrario parecerá muy extraño que nos vayamos a casar si ni siquiera lo hacemos.

—Pues no tendría porqué ser tan extraño. Imagina por un momento que fuera una chica de esas religiosas hasta la médula que desea llegar virgen al matrimonio —respondí nerviosa.

«Si me meto a vivir allí es mi perdición más absoluta» jadeé en mis pensamientos.

—Tú —contestó mirándome entonces directamente a los ojos y torciendo una sonrisa—. Ni aunque te vistieras de monja como intentaste hacerlo en aquella cena, lo conseguirías. El fuego que hay en tus ojos te delata..., por no decir de como se estremece tu cuerpo cada vez que me acerco a ti —susurró a la vez que seguía con esa media sonrisa que le daba tanta calidez a su rostro que casi me estaba derritiendo de forma literal—. No. Definitivamente esa opción es inválida después de que vinieras conmigo todo el fin de semana a Escocia.

«Mierda. Eso era verdad»

—¡Pero como voy a venirme a vivir aquí, así como así! —exclamé entonces analizando la situación como si realmente me lo plantease de verdad.

—Solo será momentáneo. En un par de semanas todo esto habrá

terminado y fingiremos que hemos discutido, creo que nos entendemos muy bien e incluso hay cierta química entre nosotros... no creo que suponga ningún problema para ambos y estoy seguro de que seremos muy buenos amigos — respondió guiñándome un ojo.

Ya estaba perdida. ¿Qué demonios contesto yo a eso?

«No perdona, pero una tiene su pequeño corazoncito y no desea que se lo aplasten y pisoteen como a una hormiga».

Lo cierto es que mi cabecita ya estaba creando listas mentales sobre lo que debía echar o no a la maleta desde ese preciso instante y eso solo significaba una cosa; aceptaría.

—¿Y cuándo se supone que debo venirme? —pregunté resignándome porque al final quisiera o no, ¿Quién era la guapa que se atrevía a negarse ante ese adonis griego todas las noches? Desde luego yo no... así tuviera que recoger los despojos de lo que quedase de mi persona cuando terminara todo aquello.

Observé que parecía meditar una respuesta como si dudase o no de decírmelo y me crucé de brazos impaciente.

—¿Qué tal mañana? —soltó así tal cual—. Digamos que mi madre se ha auto- invitado a cenar y...

—¿Mañana?, ¿Cómo que mañana? —grité porque sentía que todo aquello era una trampa, un complot en el que había caído de lleno como una mosca en una telaraña—. ¡Serás maldito! —bufé dándome cuenta de que todo era intencionado.

—Vale. Lo admito —susurró juntando las manos como si tratase de pedir perdón—. Pensé que si te lo decía todo de golpe me enviarías al diablo y con razón, así que supuse que era mejor decirlo poco a poco...

—De hecho, aún lo estoy pensando —contesté mordiéndome el labio y para mi sorpresa sus risas consiguieron que el vestigio de enfado que pululaba a mi alrededor se esfumase. En el fondo no podía enfadarme con esa pobre criaturita tan bien formada, es más, quizá hasta le diera la enhorabuena a la madre por fabricar algo tan bien hecho, pero la cuestión no era el que me importase o no hacerle aquel enorme favor, sino como terminaría yo de escaldada con todo aquello.

Tenía que ser sincera y dejarme de titubeos; Damián Devoir me gustaba. Me atraía de forma sin igual, sin precedentes y definitivamente era un dios en la cama, así que no había que ser muy lúcida para saber que cuánto más

tiempo pasara a su lado, más implicados estarían mis sentimientos hacia el adonis griego. Si a eso le añadía que era muy probable seguir encontrándomelo por la oficina para dejarme claro lo que *nunca* tendría, mal íbamos... muy pero que muy mal.

Por otro lado, bien podría pensar en lo que disfrutaría de ese cuerpo serrano hasta que llegara ese momento. Podría sumergirme en una vorágine de orgasmos cada noche de los cuáles luego tendría un placentero recuerdo aunque se volviera amargo con el tiempo y pese a que todo terminase bien y de mutuo acuerdo quizá pudiéramos mantener el contacto para alguno que otro encuentro, ¿no?

«Vale, eso posiblemente era mínimamente probable, pero de los sueños se vive»

—Pues no me mates cuando te diga que mencioné que eras una excelente cocinera —confesó tapándose la cara con una mano como si temiera que le propinase un guantazo.

—¿Excelente cocinera?, ¡Si a mi lo único que me sale bueno es la comida precocinada! —grité agrandando los ojos como si éstos fueran a desencajarse de las órbitas—Es más probable que los cerdos vuelen a que a mi me salga rico un postre —bufé atónita.

—Vale. Tranquila... —alzó las manos en su defensa—. Pediremos comida casera y fingiremos que la hiciste tu.

—Ya... que te crees tu que eso cuele con una madre, como el anuncio ese de las croquetas caseras que son como las de tu abuela aunque estén congeladas tropecientos meses, ¡Y un cuerno! —contesté caminando hacia la cocina—. ¿Tienes un martillo? Creo que si nos cargamos el horno y la vitro probablemente lo solucionemos...

En aquel momento alcé la pierna como para intentar darle un golpe y sentí como unos brazos me atrapaban y me alzaban en el aire.

—Quieta —susurró entre risas—. Contrataré a un chef para que venga a cocinar a casa y se vaya antes de que mi madre llegue, ¿Te parece buena solución? —dijo rozándome con la nariz el oído y me estremecí hasta el punto de que se me olvidó incluso lo que acababa de decir.

—Claro... —susurré dándole la razón como a los tontos, porque yo solo podía pensar en esas manos aferradas fuertemente a mi cintura que de alguna forma parecían moverse lentamente y de manera ascendente.

—Estupendo. Entonces ya está todo aclarado —gimió tan cerca de mi

cuello que sentí como posaba allí los labios y terminé jadeando si poder evitarlo. Rápidamente sus manos giraron mi cuerpo, provocando que le mirase directamente y viera aquellos ojos ennegrecidos por el deseo, además de esa fuerza que emitía cada rasgo de su rostro tan masculino como su propia esencia—. Si te beso ahora mismo, no estoy seguro de que lleguemos a tiempo a ese concierto, trataré por todos mis medios de arrastrarte hasta mi cama y hacer que no salgas de ella hasta mañana, así que tu eliges; ¿Quieres que te bese?

«Adiós bragas, bye bye y hasta nunca»

Su tono no evidenciaba que se tratase de ninguna broma, es más, casi podía ver ese fuego traspasar los poros de su piel y calentar mi cuerpo con su proximidad. Tampoco yo estaba segura de controlar esos impulsos, menos aún de remediar mi absoluta perdición en cuanto a ese hombre se refería.

«Ni todo el chocolate del mundo eran capaces de lidiar lo que con él sentía». Admití con suma derrota.

Probablemente podría mandar al cuerno hasta mi grupo favorito de música y por el que debía pasar un infierno para conseguir esas entradas soportando al pesado de Steven, pero lo cierto es que la idea de que él consiguiera hacer que todo lo demás no importara me aterró.

Me había colado por muchos chicos, de hecho, me había implicado hasta niveles que incluso superaban mis propias expectativas, pero nunca, jamás de los jamases, había renunciado absolutamente a nada por ninguno.

—Te prohíbo que beses —dije cerrando los ojos antes siquiera de pensar lo que verdaderamente acababa de decir en voz alta.

No deseaba admitirlo, quizá si lo hacía era verdaderamente escalofriante teniendo en cuenta el final que aquello tendría incluso anunciado por el propio Damián allí presente. Yo no era su novia, ni su prometida, ni nada absolutamente de él más que una empleada de cierto rango que trabajaba en su empresa y ese era el fin del cuento de la historia. Bien era cierto que podría existir química y quizá incluso pudiéramos pasarlo francamente bien en la cama, pero había que ser realista; yo no era la mujer que solía encajar con un tipo como él. Yo era la loca de las listas, la fanática de las cuentas y la tía rara de la agenda negra que necesita controlarlo todo.

En cuanto abrí los ojos me encontré sorprendentemente con una dulce sonrisa de sus labios a pesar de que creí que lo más probable era que estuviera extrañado o incluso cabreado por romper todo el morbo de la

situación, en cambio el adonis griego parecía tomarse muy bien cada una de mis salidas y me preguntaba si en el fondo no lo hacía porque me necesitaba. Fuera como fuese no pude más que enfocar la mirada en esos labios que pedían a gritos ser besados y me consumí lentamente al saber que no volvería a probarlos.

¿En serio le acababa de prohibir que me besara?, Mierda quiero rectificar... quiero rectificar... quiero rectificar a la voz de ¡Ya! Al cuerno con todo, ¡Si me muerdo porque me bese! Ni yo misma era capaz de entenderme.

Salimos en un mismo coche —el suyo—, hacia el sitio donde tendría lugar el concierto y a pesar de que me estuvo preguntando que tal había ido mi semana de adaptación al trabajo por lo que aquello era un tema neutral de conversación, no conseguía relajarme después de lo que había pasado en el apartamento.

¿Realmente no volvería a besarme nunca? Lo cierto es que no sabía si quería conocer o no dicha respuesta.

Debía reconocer que a pesar de haber soñado cientos de veces en como sería un concierto de aquellos cuatro hombres con voces angelicales además de magistrales, jamás pensé que sentiría tanta tensión y solo porque a mi lado tenía a cierto hombre que me ponía nerviosa, inquieta y excitada al mismo tiempo. Incluso en aquel teatro donde la música resonaba de tal forma que resultaba todo mucho más emocionante, era incapaz de relajarme porque no dejaba de pensar en lo que podría suceder aquella noche o la siguiente, o probablemente la siguiente de la siguiente. Iba a mudarme a la casa de ese hombre sacado de la revista men's, era como es el sueño de toda mujer hecho realidad; Guapo, rico y con una sonrisa de anuncio además de simpático y más duro que los turrónes caducados.

—Has estado muy callada para lo poco que te conozco —dijo nada más entrar de nuevo en el coche—. Por un momento pensé que serías de las que se pondría a gritar como una adolescente, incluso me había preparado mentalmente para ello.

—¡Oh por favor! —bufé como si aquello fuera lo último que hiciera en el mundo, pero dentro de mi sabía que de no estar él presente lo habría hecho como más de la mitad de las presentes en aquel teatro—. Porque sean cuatro hombres lo suficientemente guapos y atractivos con unas voces angelicales no significa que vaya a...

Mi discurso se quedó a medias cuando escuché su sonora carcajada, ¿Soy yo o este hombre se ríe mucho a mi costa? Pensé mientras le observaba al mismo tiempo que se ajustaba el cinturón y yo le imitaba.

—¿Qué se supone que es tan gracioso? —exclamé medio cabreada.

—Que intentes no admitir que te morías por gritar en ese concierto y te delates tu misma al hacerlo. Dime algo, ¿Yo también te resulto guapo y atractivo como esos tipos? —preguntó al principio con ironía y después con cierto tono de seriedad como si deseara saber la respuesta.

—¿Quieres la verdad o una vil mentira? —contesté con otra pregunta para hacerme la interesante.

—La vil mentira —escogió mirándome fijamente a pesar de la oscuridad que había dentro del vehículo puesto que aún no había arrancado el coche.

—Eres más feo que un pie —dije apartando la mirada y mordiéndome el labio para controlar mi risa, algo que desde luego él no pareció hacer.

¿Por qué me comportaba así con ese hombre? Normalmente siempre aparentaba ser bastante fría, distante e incluso formal en todas las citas que mantenía, pero ese adonis griego conseguía que me desinhibiera como nadie había hecho, como si algo dentro de mí fluyera y revelara mi verdadera naturaleza.

—Eso significa que te parezco guapo, ¿no? —contestó entre risas mientras —ahora sí— encendía el motor del coche y salíamos del aparcamiento en dirección a su casa o eso suponía.

La sola mención en mi cabeza de que volvíamos a su apartamento puesto que allí estaba aparcado mi coche, hacía que se encendieran dos sirenas de color ámbar en mis pensamientos indicando si la ropa interior que había elegido era la adecuada y sí; por supuestísimo que lo era.

—Ya he admitido que feo no eras, no tienes a la suerte... —medité sin decirle lo que realmente opinaba de él.

Damián Devoir me parecía un hombre un tanto vanidoso, ¡Joder!, ¡Cómo para no serlo con tremendo cuerpazo y esa cara de ángel endiosado! Lo reconozco; si yo fuera él, también tendría un ego que llegaba a Saturno de ida y vuelta. Ni entendía como esa descerebrada de la jirafa pechugona llamada Rebecca podía haberle dejado plantado.

«Probablemente tenía cataratas a temprana edad» medité sin comprender la respuesta porque yo no cambiaba esa tableta de chocolate, esa mirada posesiva a la vez que seductora y sin lugar a duda esa sonrisa matadora, ni por

todo el oro del planeta.

—Está bien, está bien —contestó con ese deje de sonrisa. En realidad Damián podría ser vanidoso, pero lo cierto es que resultaba un chico bastante simpático y elocuente, nada que ver con esos tipos que eran grandes ejecutivos y siempre parecían mantener una fría máscara hacia todo el mundo como si tuvieran un cartel en la frente que dice; soy intocable. Muy al contrario, Devoir parecía más cercano, humano... casi desde el primer minuto nunca tuve la sensación de que el tipo fuera un cretino y eso era aún peor para mi frágil corazoncito—. ¿Qué te parece si te acompaño directamente a tu casa y mañana te llevo al trabajo? No me parece oportuno que conduzcas a estas horas y de todos modos a mi no me cuesta trabajo hacerlo.

¿Recogerme?, ¿En mi casa? Si yo tenía manos y pies para ir solita.

—Mejor que no, tengo el maletín con la agenda en el coche y me gustaría...

—No creo que debas repasar ningún informe esta noche. Además, te prohíbo que trabajes fuera de tu horario laboral y soy tu jefe, así que puedo hacerlo —contestó interrumpiendo mi discurso. ¡Necesitaba mi agenda!, ¡Yo no sabía vivir sin mi agenda!

—De verdad que te lo agradezco, pero prefiero ir por mi cuenta o todos pensarán que...

—Que piensen lo que quieran —volvió a interrumpirme—. Además, tarde o temprano correrá el rumor por la oficina de que eres mi prometida y eso me recuerda que a partir de ahora volverás a llevar quieras o no el anillo de compromiso, así que abre la guantera —afirmó como si fuera una orden la cuál no podía rechazar.

Abrí con suma delicadeza la guantera del coche y vi la cajita de terciopelo, ¿No lo había devuelto? Evidentemente no lo hizo cuando allí estaba de nuevo aquel precioso anillo.

—Sabes que esto no está bien, ¿verdad? —dije mientras volvía a deslizar el anillo por mi dedo y trataba de que mis palabras también se hicieran eco en mis pensamientos—. Estamos engañando a todo el mundo y me siento fatal por ello... —gemí porque era consciente de que estaba implicando mis sentimientos cada vez con más fulgor a cada paso que daba.

—Te propongo una cosa —mencionó mientras notaba que reducía la velocidad del vehículo hasta detenerse a la derecha en una calle apenas transitada. Intuí que si detenía el coche era porque debía ser importante

aquello que iba a contarme.

—¿El qué? —pregunté inquieta ante su silencio.

—Finjamos que es verdad, que verdaderamente todo esto es real —contestó como si verdaderamente lo estuviera planteando—. Imagina que ninguno de los dos por las circunstancias que sean nunca conozca a otra persona con la que decida casarse, irse a vivir juntos o formar una familia —añadió a su argumento—. Imagina que esto que estamos fingiendo nunca nos suceda realmente, que jamás podamos vivirlo o experimentarlo, que nunca exista para nosotros... —admitió como si realmente pensara que sería lo que iba a sucederle—. ¿Por qué no podemos suponer que es real?

—¿Por qué no es real? —exclamé completamente anonadada.

—¿Quién dice que no lo sea? —preguntó acercándose lo suficiente para poder apreciar su aliento de cerca—. ¿No crees posible que pueda estar perdidamente enamorado de ti?, ¿O que me vuelvas tan loco para desear pasar el resto de mi vida a tu lado? Podrías ser perfectamente esa mujer... —susurró con esa voz ronca y aterciopelada que tanto me estremecía en todos los sentidos.

—¿Si ni siquiera me conoces! —exclamé tratando de ser cuerda y no dejarme arrastrar por esas palabras. Necesitaba dosis de realidad y no ensoñación adornada de romance.

—Te conozco perfectamente y se que tu problema es que no eres capaz de abandonarte a la aventura por una vez en la vida y dejarte llevar. Demuéstrame que no eres ninguna cobarde y eres capaz de aceptar lo que te propongo.

¿De qué demonios iba todo aquello?, ¿Fingir que de verdad era mi prometido?, ¿Decirles a todos que nos íbamos a casar y suponer que todo aquel paripé era real?, ¿Eso era engañarse a uno mismo y a todo el mundo! Si aquel supuesto juego tenía un sentido yo sinceramente no le encontraba ni pies ni cabeza, pero en una cosa si tenía razón, ¿Y si nunca en mi vida encontraba a la persona adecuada con la que vivir aquello?

—No soy ninguna cobarde —alegué estudiando su movimiento.

—Entonces acepta vivir estas dos semanas como si verdaderamente todo fuera real hasta la última de las consecuencias —dijo tan serio y convencido que incluso yo misma sentí el temblor de mis piernas porque supe que lo decía de verdad.

¿Qué podía ocurrir? Probablemente nada de lo que ya previamente no supusiera, pero negarme era como aceptar que era cierto que siempre hacía las

cosas de forma prudente, que nunca me lanzaba a la aventura, de hecho, vivía en una especie de fortaleza de la que apenas salía y me excusaba en que no lo hacía porque nadie me sacaba de esa zona de confort que yo misma había creado. Desde que conocía a Damián Devoir mi zona de confort se había estado tambaleando y lo cierto es que había vivido más intensamente en ese breve tiempo que probablemente en todos mis años de vida. Si. De algún modo el adonis griego me daba vida y desde luego no iba a ser yo quien se negase a dicha propuesta.

—Seré enteramente suya durante dos semanas señor Devoir —admití devolviéndole esa inquietante mirada—. Acepto su propuesta.

—Entonces debo recordarte que como mi futura esposa, jamás volverás a prohibirme besarte —contestó rozándome los labios y gemí inconscientemente—, pero eso será a partir de mañana, cuando hagamos un comunicado oficial en la empresa de que próximamente te convertirás en parte de la familia Devoir.

Ay que me va a dar algo, ¡Que me da un chungoooo! ¿Comunicado?, ¿Eso iba en serio? Desde luego que cuando dijo real, se refería a bastante real...

«Dios mío de mi vida donde me he ido a meter, pero sabía que ya no había vuelta atrás»

Capítulo 15

Para mi triste agonía, no me besó. Damián sencillamente se apartó de mi lado y me llevó tal como había mencionado a mi apartamento sin pasar primero por el suyo. Supe que discutir sobre aquel asunto era como darse porrazos contra un muro, ese hombre siempre se salía con la suya de un modo u otro, incluso empezaba a sentir que era una simple marioneta entre sus manos y me preguntaba si no era mejor salir corriendo antes que meterme aún más en la boca del lobo.

—Te recogeré mañana a las ocho menos cuarto. ¿Quieres que te despierte? —preguntó en cuanto llegamos y vi la puerta de mi edificio. No había luz en las ventanas así que supuse que Nerea estaría acostada o sencillamente habría salido con su novio.

—¿Despertarme?, ¿Qué? —exclamé sin entender nada.

—Siempre solías poner en tu agenda encender la alarma antes de acostarte y dijiste que la dejaste en el coche.

¿Hasta cuánto sabía ese hombre de mi vida?, ¡Mierda! Seguro que sabía hasta que días me depilaba o la ropa interior que llevaba.

—¡Ah! Eso... no te molestes, no es necesario.

Nota mental María; ¡Ni se te ocurra olvidar poner la puñetera alarma como siempre que no lo tachas de la agenda!

—No es ninguna molestia, tampoco me supone un esfuerzo —susurró—. Me encantará oír tu voz al despertar.

¡Bésame!, «¡Quiero que me bese!» Gemí en lo más profundo de mi ser viendo esos sensuales labios moverse y acercarse al mismo tiempo.

—Pues... esto... en ese caso... puedes... tu... —, ¿Soy idiota? No sé ni para qué me lo pregunto, obvio que soy idiota.

—La llamaré mañana señorita Acosta y ahora será mejor que vaya a descansar, a partir de mañana será oficialmente mi prometida.

¡Ay joder que bien suena eso! Gemí al mismo tiempo que abría lentamente la puerta y trataba de bajar del coche sin que se notara el temblor de mis piernas. También esperaba que de un modo u otro me detuviera para

darle ese beso de buenas noches, pero no lo hizo y supe que al menos esa vez no iba a besarme.

—Hasta mañana señor Devoir —contesté mordiéndome el labio.

Observé que no se marchó hasta que no accedí al portal de mi edificio y solo entonces me llevé una mano a la cabeza pensando en toda la locura que significaba aquello y en la que me había visto envuelta.

Para mi sorpresa cuando entré en casa, mi compañera de piso si estaba, solo que tenía todo el salón a oscuras mientras veía una película que echaban por la televisión.

—¡Hola! —exclamé dejando el bolso sobre una de las banquetas de la cocina y acercándome al sofá.

Mientras me quité los zapatos dejándolos en el suelo y visualizaba mejor la escena, vi que Nerea estaba comiendo helado y eso era raro, de hecho, el simple hecho de que estuviera allí sentada completamente a oscuras era extraño.

—Hola —contestó seria y la vi meterse una cucharada de helado en la boca, aquello solo podía significar una cosa; mal de hombres, porque detrás de un corazón roto siempre estaba un hombre.

—A ver cuéntame, ¿Qué ha pasado? —dije sentándome en el sofá al lado de ella y cubriéndome con la misma mantita que tenía sobre las piernas.

—He discutido con Matthews —mencionó como si tuviera que sacarle toda la información a cuentagotas. Sabía que estaba deseando contarle, sacarse todo lo que le oprimía en su interior y por suerte o desgracia para ella, yo era la única con quien desfogarse en aquella casa.

—Hombres... ¿no? —Comenté sin darle importancia.

—Es que es lógico que deseé que esta relación avance, ¿no? Porque ya estoy cansada de que nunca estemos solos o que siempre quiera quedar con sus amigos o con el pesado de su primo Steven.

—¡Anda!, ¿Ahora es un pesado?, ¿No era un amor de persona? —contesté de forma irónica.

—¡Si le detestas desde el primer minuto que le conociste! —exclamó mientras le robaba el helado y metía el dedo para coger un poco recordando que apenas había cenado de los nervios por ver a los cantantes de Il divo esa noche.

—Pero, ¿Habéis roto o algo así? —pregunté un poco confusa.

—No, solo hemos discutido y me he venido a casa —admitió volviendo a

coger la cuchara para metérsela en la boca.

—No sé, ¿Cuál es tu queja? Según parecía, Matthews era el hombre perfecto tal como lo describías...

—Si —admitió—. El hombre perfecto salvo porque no estamos nunca a solas y empiezo a cansarme de que todo el tiempo que paso con él sea también con más compañía. Antes por lo menos cuando íbamos a su casa estaba solo, ¡Ahora ni eso! —gritó como si aquello fuera la verdadera causa del problema, que probablemente no podrían ni tener sexo tranquilamente.

—¿Y qué piensa él? —pregunté volviendo a meter el dedo en el bote de helado de vainilla con nueces de macadamia que estaba tan bueno que terminé levantándome a por una cuchara.

—¿Él? —gimió—, que no puede hacer nada porque es su primo y que no pretenderá que lo eche de casa...

—Quizá solo debas armarte de paciencia hasta que el tal Steven se marche, ¿No dijiste que estaba saliendo con alguien? —pregunté tratando de equilibrar la balanza.

—Di más bien que se había creído él que salía con alguien porque la chica se esfumó por arte de magia.

—Porqué será que no me extraña —gemí volviendo a sentarme en el sofá—. Si tu queja solo es porque no pasas tiempo a solas con él, tal vez puedas traerle a casa —dije pensando en mi amiga, después de todo apreciaba a Nerea y quería lo mejor para ella, aunque ese *mejor* fuera Matthews al cual yo veía un tanto estirado.

—Hasta lo he pensado, pero... ¿Estando tu en la habitación de enfrente? No gracias. No quiero hacer que te sientas incómoda o peor aún, que tengas que buscarte planes fuera, para eso me voy a un hotel.

—Mañana me iré del apartamento un par de semanas, era algo que tenía que contarte —confesé intentando no darle demasiada importancia, como si aquello fuera lo más normal del mundo cuando era una auténtica locura.

—¿Te vas?, ¿Por trabajo? —preguntó sorprendida.

—Es un poco largo de contar, pero no, de hecho me quedo en la ciudad o más bien en un lujoso ático propiedad del señor Devoir.

—¿Qué? —gritó dejándome medio sorda—, ¡Ahora mismo me estás contando absolutamente todo! —dijo apartando el helado para que no pudiera probar otra cucharada.

—Vale te lo cuento, pero trae para acá ese maldito helado que está tan

jodidamente bueno ¡Y no vuelvas a comprarlo! —contesté a regañadientes mientras comenzaba a contarle el absurdo plan del adonis griego.

—No me lo puedo creer —repetía Nerea una y otra vez y observaba el pedazo de anillo que llevaba en el dedo cada treinta segundos para terminar de creerse que era verdad—, ¿Cómo es posible que tú hayas aceptado algo así? Precisamente tu, que no eres capaz ni de ir al pueblo si no lo tienes previamente planificado con antelación al menos seis meses antes.

—Tampoco te pases —gemí mirando hacia el techo, pero tenía razón, demasiada razón de hecho. Ni yo misma sabía porqué había aceptado o al menos no quería pensar en porqué lo había hecho—. Tenías que ver a la bruja esa de su ex, se cree que él aún anda suspirando por ella y solo por restregarle que ya no es suyo merece la pena.

—María, ¿Tú te estas escuchando? —preguntó mientras se removía en el sofá para posicionarse frente a mí—. Tienes unos celos que ni te soportas a ti misma.

—¿Celos yo?, ¡Anda ya! —bufé levantándome del sofá—, Damián Devoir no es nada mío por mucho que finja durante dos semanas que lo es. No puedo tener celos de algo que ni existe.

—Cuéntale ese cuento a otro, pero a mi no. Tú estás jodidamente pillada por ese tío y ni siquiera te has dado cuenta de lo mucho que te gusta.

¿Pillada?, ¿Gustarme? ¡Joder y tanto! Si está más bueno que las galletas de jengibre por navidad, pero de ahí a tener celos de la jirafa pechugona había un largo camino por recorrer.

—Solo voy a ayudarle —admití— y de paso puede que me divierta un poco, ¿Es eso un delito? —fingí como si aquello realmente no me afectase, pero era muy consciente de como mi cuerpo se volvía débil junto a ese succulento hombre.

—Desde luego que no —contestó observándome—, siempre y cuando tengas presente donde te estás metiendo y hasta qué punto vas a implicarte. Siempre te he dicho que debías salir más, vivir más... por una vez parece que lo estás haciendo desde que conociste a ese hombre, así que me alegro por ti.

—Bueno, será mejor que haga algunas maletas con lo esencial para estas dos semanas antes de acostarme —dije dando por finalizada la conversación y dirigiéndome hacia mi habitación.

Al menos las dos íbamos a sacar algo bueno de todo eso; orgasmos celestiales —o por lo menos yo lo esperaba—, medité mientras entraba en mi

cuarto y desempolvaba la maleta grande que había bajo la cama.

Hice una selección de ropa formal, elegante y básica, probablemente metí mucho más de lo que utilizaría en las próximas dos semanas, pero como no tenía nada claro lo que haría o dejaría de hacer, preferí ser precavida. Por último, lancé toda la lencería fina que tenía en los cajones y que llevaba sin usar años y descarté mis pijamas destantalados u horribles por muy cómodos que fueran. Si iba a pasar dos semanas durmiendo con un semental hijo de los dioses, lo que menos pensaba usar era un pijama de dibujos animados.

Cuando me metí en la cama y cerré los ojos solo pensaba que de algún modo me estaba ahogando yo solita, sabía que a partir del día siguiente toda mi vida cambiaría, empezando por fingir que Damián era realmente mi novio, mi prometido, mi futuro marido a pesar de que conscientemente todo se trataba de una ilusión, pero iba a interpretar el mejor papel de mi vida e iba a vivirlo tan intensamente que si después me quedaban secuelas de por vida; lo asumiría.

Abrí los ojos escuchando el lejano sonido de mi móvil mientras sonaba y a tientas porque aún no conseguía ver con lucidez encontré la luz del endiablado chisme hasta que le di a un botón y apagué el sonido. Para mi desgracia volvió a sonar y entendí que no era la alarma, sino una llamada así que deslicé el dedo y me lo llevé a la oreja.

—¿Sí? —gemí aún dormida.

—Buenos días mi preciosa y bella prometida. Es hora de levantarse. — El sonido de aquella suave voz perforó mis tímpanos provocando que mi corazón se acelerase.

—¿Damián? —exclamé abriendo los ojos y apartándome el teléfono para comprobar que efectivamente era su voz y el único responsable de aquellas dulces palabras.

—El mismo, preciosa. Pasaré a recogerte en una hora —contestó e inmediatamente colgó.

En ese instante recordé absolutamente todo lo sucedido la noche anterior y comprendí que efectivamente aquello iba muy en serio, tanto, que incluso ya empezaba a enloquecerme con el simple hecho de que me llamara preciosa.

«¡Dios!, ¡Haz que no me enamore perdidamente de ese hombre!». Supliqué antes de meterme en la ducha.

Puede decirse que una hora para Damián Devoir no es realmente una hora, porque desde el mismo momento en que colgué la llamada y vi que eran

exactamente las siete y cuarenta y nueve minutos exactos, a las ocho y cuarenta y dos minutos mi teléfono sonaba de nuevo. Quizá siete minutos a unos le parezcan pocos, pero para mi era la diferencia entre ir con un ojo perfectamente delineado y maquillado mientras que el otro no, era la diferencia entre llevar perfume u oler a mono chimpancé al final de la jornada, era la diferencia entre cepillarse a fondo los dientes o comerte un chicle para no espantar al que tuvieras delante cuando hablaras. Definitivamente siete minutos eran la diferencia entre mi dignidad o la más absoluta vergüenza de mi misma.

—Buenos días preciosa, estoy abajo —dijo nada más descolgar.

¿En serio? No hacía falta que lo dijeras, podía deducirlo yo solita...

—Dijiste una hora y todavía faltan siete minutos para que sea una hora completa —contesté sin decir ni un simple y mísero; buenos días, mientras me delineaba el otro ojo tratando de que me salieran iguales, algo que con la practica había conseguido, solo que ese hombre metiéndome prisa por saber que estaba esperándome abajo no ayudaba en absoluto.

—Vine antes para ayudarte a bajar las maletas, ¿Puedo subir? —preguntó como si no le molestara que le hubiera reprendido por llegar antes.

Rodeé la vista hacia mi habitación y vi la cama desecha, ropa desordenada... en definitiva; un desastre.

—¡No hace falta! —grité pensando en qué momento había descontrolado tanto mi habitación.

«Probablemente fue en el instante que decidiste sacar todo tu armario para ver qué era lo que te llevabas y qué no, pero estabas tan cansada que se te olvidó guardar las cosas»

—Está bien preciosa, te espero abajo —respondió antes de colgar.

Me lavé los dientes a conciencia, pensando durante aquellos dos minutos exactos en los que cepillaba si ahora que supuestamente era su prometida de verdad me besaría, así que con esa idea insistí aún más. Fui hasta la habitación y cogí el perfume para rociar el cuello, escote y las puntas del pelo como solía hacer siempre, solo que esta vez insistí más en el escote por alguna razón ilógica y lo metí en el bolso antes de empujar las maletas hacia el pasillo.

—¡Nerea me voy! —grité por el pasillo y ella salió medio adormilada de su habitación—. ¿Es que hoy no trabajas? —pregunté extrañada.

—No, pedí el día libre porque tenía que hacer varios recados y de paso

algunos controles médicos rutinarios—. ¿No te veré hasta dentro de dos semanas? —preguntó abriendo los brazos mientras se acercaba con pelos de loca.

La situación era absurda porque realmente ni me iba de viaje, ni me largaba de la ciudad y ni siquiera me estaba mudando, así que tampoco lo sentía como una despedida.

—Quizá venga alguna tarde a por algo de ropa que necesite o porque quiera alejarme de mi *prometido* —contesté con una sonrisa, pero te llamaré si lo hago, ¿vale? Así podrás aprovechar estas dos semanas para estar a solas con Matthews.

—Gracias María —susurró apretujándome entre sus brazos y ambas escuchamos un claxon sonando.

—Será mejor que me vaya o colapsará media ciudad —dije antes de separarme y empuje las dos maletas; grande y pequeña, hacia el ascensor del edificio.

En cuanto salí por la puerta vi a ese adonis griego apoyado en la carrocería de su flamante coche, como si no tuviera prisa alguna, como si pudiera pasarse toda la vida esperando y comprendí que el sonido del claxon no debió ser por él, puesto que estaba bien aparcado.

—¿Te vas a quedar ahí mirándome todo el día en lugar de ayudarme? —exclamé empujando las dos maletas, con el bolso que pesaba un quintal y medio de haber metido todo lo que encontraba a mi paso, la mochila del gimnasio y las gafas de sol que llevaba en la cabeza a punto de que se cayeran.

—Perdón —contestó acercándose hasta llegar a mí—. Solo estaba admirando lo increíblemente preciosa que es mi futura esposa —soltó así tan fresco y a mi se me cayó el alma al suelo.

¡Dios bendito!, ¿Qué se supone que se contesta a eso? A ver María, tu respira, cuenta hasta tres y piensa que harías si fuera tu novio de verdad.

«Mente en blanco» ¡Ya podéis iros a la tomar viento neuronas de mierda! Para una vez que necesito una respuesta decente...

—¿Tan increíblemente hermosa que la ves cargada como una burra y ni te inmutas? —contesté irónicamente.

—Fíjate hasta que punto consigues nublar mi juicio, preciosa —dijo tan elocuente que hasta yo misma me quedé sin saber qué decir y alcé la vista para contemplar esos ojos castaño oscuro que revelaban las mil y una noches de ardiente deseo.

En aquel momento sentí como además de aliviar mi carga en los hombros, puesto que me había quitado tanto la mochila del gimnasio como el bolso, noté que su brazo se cernía a mi cintura acercándose hacia él y su rostro cada vez se acercaba más... y más... y más... hasta que aquellos labios rozaron delicadamente los míos y sin quererlo mis párpados se cerraron ante aquella sensación sumamente placentera.

—Vamos a llegar tarde —susurré en cuanto separó los labios levemente de los míos.

—Me da igual todo siempre que esté contigo —susurró antes de volver a acercar sus labios y esta vez noté como su lengua se abría paso hasta encontrar la mía fusionándose con tanto ímpetu que sentí como me pegaba a él de forma inconsciente.

—¡Iros a un hotel! —El grito de Nerea hizo que me separase bruscamente y mirase hacia arriba, donde me encontré a mi amiga —a la cuál probablemente deseaba matar en aquellos momentos y preguntarme porqué demonios le facilitaba las cosas para que tuviera sexo con su novio dejándole la casa vacía—, asomada a la ventana sonriente mientras saludaba.

—Será mejor que nos vayamos antes de que nos denuncien por exhibición pública —susurró acariciándome el cuello con la nariz, pero cuando se alejó noté la sonrisa cómplice en sus labios y le vi dar la vuelta con todos mis bártulos cargados.

—¡Yo podría decirte lo mismo, *amiga!* —grité para que Nerea pudiera escucharme solo que sentí su risa a pesar de estar en una segunda planta y cerró la ventana para esconderse.

—¿Es tu vecina? —preguntó cuando me acerqué.

—Más bien mi compañera de piso y amiga —respondí abriendo la puerta y entrando en el vehículo.

—Entonces debo conocerla, tal vez podamos organizar una cena cualquier día de estos —contestó una vez que se sentó en su asiento y arrancaba el coche uniéndose al tráfico de la ciudad.

Era la primera vez que no conducía para ir a trabajar y aquello era raro, me sentía ociosa, como si no estuviera aprovechando el tiempo y entonces recordé que mi agenda estaba en mi maldito coche y no la tendría.

—¿Lo has hecho a posta, ¿verdad? —pregunté mientras él parecía buscar alguna sintonía en la radio que tuviera buena música.

—¿El qué cariño? —contestó tan normal que hasta pensé que llevaba

media vida llamándome con ese apodo cariñoso.

—Evitar que cogiera mi agenda —contesté sin más—, para que no pudiera tenerla en todo el día.

—No sé de qué me hablas —dijo en un tono demasiado raro, tan extraño que supe que mentía.

—Damián Devoir, ¡Sabes perfectamente de lo que te hablo! —exclamé con el dedo índice hacia arriba.

—¡Vale! —contestó de la misma forma alzando las manos—. Lo admito. Te quiero solo para mi y sé que si tienes esa agenda cerca, no me dejarás.

¿Qué significaba aquello? No entendía un carajo.

—¿Qué se supone que significa eso? —pregunté un tanto anonadada.

—Significa que te quiero solo para mi —recalcó mientras sentí como cogía mi mano y se llevaba el dorso hasta los labios para depositar un cálido beso—. ¿Tan difícil es de comprender?

En aquel momento tuve que mirar hacia otro lado, porque de lo contrario era probable que me derritiera por completo. No quería sumergirme en ese papel de lleno, no quería entregarme al completo o sabía lo que sucedería; que me enamoraría perdidamente y no lo superaría ni en cien años de vida, pero era tan difícil no hacerlo teniendo en cuenta como actuaba él, era tan sumamente tentador dejarse llevar y vivir el momento...

—Entiendo que me quieras solo para ti —contesté sintiendo como entrelazaba mis dedos—, pero no sé que tiene que ver mi agenda en todo esto.

—Creo que lo sabes perfectamente —dijo entrando en el parking del edificio de la empresa. Evidentemente él tenía acceso al aparcamiento privado subterráneo y no se quedaba en el exterior como todos los demás—, no te dejas llevar cuando la tienes cerca.

Supe que discutir aquel asunto era como hablar con una piedra; inútil y desquiciante, pero quizá porque en el fondo a su manera sabía que tenía razón, solo que para mi era simple y llanamente; control. Nunca me había gustado perder el tiempo, creía que eso era de insensatos e ineptos, solo que debía reconocer que me había perdido infinitas cosas por culpa de ese afán de control que me había consumido. Es cierto que en las últimas semanas me había sentido algo perdida, agobiada a veces y aún así no decidí hacer listas como siempre hacía, sino que me había dejado llevar por la situación y había disfrutado enormemente, por lo menos de la compañía. Quizá tuviera razón, pero no pensaba renunciar tan fácilmente a mi excesivo control.

—¿A qué hora vendrá tu madre a cenar? —pregunté cambiando de conversación mientras subíamos en el ascensor y tenía su mano aferrada a mi cintura, como si temiera que fuera a escaparme de él.

—Sobre las nueve —contestó sin darle mucha importancia—. Al parecer también vendrá mi padre, por extraño que parezca está en la ciudad y decidió auto-invitarse.

¿El padre de Damián?, ¿El dueño de todo aquello?, ¡Virgen santa! Ya podía la chef esa ser endiabladamente buena o le pondría chinchas en la cama.

—Bueno, entonces supongo que no te veré hasta la hora de salida —dije cuando comprobé que el ascensor iba por una planta inferior a la mía.

—Ni sueñes que te vas a deshacer tan pronto de mi, preciosa —susurró e inmediatamente las puertas se abrieron solo que empujándome hacia él salió conmigo del ascensor manteniendo esa firme mano aferrada a mi cintura. Visualicé la esbelta figura de mi secretaria dirigirse hacia nosotros y noté su expresión algo turbada al ver como él me mantenía firmemente sujeta.

—Buenos días señor Devoir, señorita Acosta —saludó formalmente.

—Buenos días Ingrid —sonreí aparentando que allí no pasaba nada.

—Ingrid —anunció Damián—. Quiero que llame a mi secretaria para que sincronice mi agenda con la de mi prometida aquí presente las próximas dos semanas.

—Esto... claro señor Devoir —dijo la pobre Ingrid completamente conmocionada—. Y déjeme felicitarles por su compromiso —añadió mirándonos a ambos y yo sonreí sin saber donde demonios meterme en ese momento.

—Gracias Ingrid. Además, quiero te asegures de recordarle que la esperaré en la cafetería a las once, puesto que por mi culpa no tiene su agenda —aseguró Damián y casi me dio un patatus porque dijera aquello a mi secretaria como si yo no tuviera memoria para recordarlo, aunque lo cierto es que si me conocía lo suficiente sabría que terminaría entreteniéndome demasiado en algo y se me olvidaría si no lo tenía apuntado.

—Por supuesto que lo haré —contestó la chica sonriente.

Para mi absoluto desconcierto Damián torció el gesto allí, delante de todos los presentes incluida en primer plano mi secretaria, me rodeó con su mano libre el cuello acercándose a él lentamente mientras se inclinaba hasta colocarse a mi altura y me dio uno de esos besos románticos de película que hasta pude escuchar el suspiro que se le escapó a mi empleada.

—Ni se te ocurra quitarte ese anillo, preciosa —susurró cerca de mi oído —, quiero que tengas muy presente que algún día te vas a casar conmigo.

Y sin que pudiera contestar, sin que pudiera responder porque era muy probable que me hubiera dado un paro cardíaco y ni era consciente de ello, se marchó dejándome allí mientras aquellas palabras no cesaban una y otra vez de repetirse en mi mente.

Capítulo 16

En cuanto me senté en aquel asiento de despacho mientras observaba la pantalla negra del ordenador porque ni siquiera había sido capaz de encenderlo debido al repiqueteo de esas palabras una y otra vez en mi mente, me decía a mi misma que todo era una ilusión, que no era real, que él solo estaba fingiendo que lo era, pero no debía perder en ningún momento el sentido que todo aquello solo era ficción.

Escuché los golpes en la puerta y me sobresalté del asiento volviendo de nuevo a la realidad.

—Trabajo, María —susurré—. Estás en el trabajo y si no quieres que te echen a la calle de una patada en cuanto pasen estas dos semanas, más te vale mover el culo y darle a tope a ese cerebritito que parece haberse quedado en shock traumático.

Le di al botón de arranque del ordenador y esparcí unos papeles sobre la mesa para parecer que estaba completamente concentrada en algo.

—¡Adelante! —exclamé cuando creí estar lo suficientemente preparada para recibir a quien quiera que fuese.

—Disculpa María, es que acaban de llegar para ti —dijo la voz de Ingrid antes de que se diera la vuelta y viera aquel enorme ramo de flores plagado de violetas.

—¿De quien son? —exclamé anonadada. Probablemente era la primera vez que alguien me regalaba flores en toda mi jodida existencia.

«Así de triste era mi curriculum de exnovios, si»

—Me imagino que de su prometido ¿no? —contestó algo desorientada mi secretaria y supe que era idiota...

«María. Céntrate. Créetelo por una vez, porque al menos durante lo que durase aquello él lo haría»

—No me dijo nada... —contesté y traté de sonreír como si el gesto me encantara, así que me levanté acercándome hasta ella y cogí el ramo de flores con una mano mientras que aspiraba su olor y me percaté de la pequeña tarjeta en el mismo tono de las flores.

A pesar de que Ingrid estaba allí como si de alguna forma esperase enterarse de quien eran, abrí la tarjeta y leí primero el contenido tratando de digerir aquellas palabras.

—¿Son del señor Devoir? —preguntó Ingrid un tanto esperanzada porque le respondiera.

—Si —afirmé—. Son de él —añadí alzando la mirada y sonriendo.

—Ahora entiendo perfectamente porqué me pidió ese informe sobre su madre, me imagino que desea caerle bien. En un par de horas lo tendrá sobre la mesa, le daré prioridad sobre el resto de tareas —contestó guiñándome un ojo y saliendo de la oficina.

«Al menos no me odia por casarme con un bombón andante» pensé fríamente como probablemente si me odiaría más de medio edificio por las mujeres que allí trabajaban y que obviamente tenían ojos en la cara.

Damián era guapo, rico y el dueño —o más bien uno de ellos—, de aquella empresa en la que trabajábamos, por lo que más me valía comprarme chismes de esos para el mal de ojo, porque estaba segura que, en cuanto aquello fuera oficial; me lloverían las malas vibraciones por doquier.

Volví de nuevo hasta la mesa y dejé las flores sobre un vaso que utilizaba de lapicero. Más tarde le pediría a Ingrid que me trajera agua para mantenerlas frescas más tiempo. Cogí de nuevo la nota y no pude evitar releerla, sorprendentemente estaba escrita a mano pese a que no sabía si era la letra del adonis griego o tan solo un encargo, pero devoré de nuevo el contenido de aquella pequeña nota.

Aún desconozco muchas cosas de ti y tus flores preferidas son una de ellas, así que te regalaré cada día un ramo hasta averiguar cuáles son tus predilectas.

Impaciente por volver a verte, tu prometido.

Damián Devoir.

Desde luego que ese hombre sabía como conquistar a una mujer si se lo proponía. No entendía a cuento de qué hacía todo aquello, pero no lo iba a negar; me gustaba o mejor dicho, me encantaba. La idea de que fuera precisamente tan detallista, tan sumamente atento me llevaba a la conclusión de preguntarme como era posible que estuviera soltero, ¿En qué mundo un hombre así iba a estar en libre disposición? Había que ser muy ciega o

lesbiana para no caer rendida a sus pies, eso me llevaba a una única conclusión; tenía que seguir muy pillado por la jirafa pechugona de Rebecca.

—¡Maldita bruja! —gemí dando una patada sin querer a la torre del ordenador que tenía bajo la mesa y esperé que nadie me hubiera escuchado desde fuera.

Preferí hacer a un lado todas aquellas dudas, pensamientos y, en definitiva; todo lo referente a Damián Devoir por el momento. Ya tendría tiempo de volverme histérica cuando faltaran diez minutos para esa dichosa cena en la que conocería a sus padres.

Tal como le prometió Ingrid a mi supuesto prometido, a las once menos diez entró a mi despacho a avisarme de que me estaría esperando en la cafetería y para mi propia vergüenza yo estaba tan sumida en un informe que ni me di cuenta que se habían pasado volando aquellas tres horas desde que entré a la oficina. En cuanto atravesé las puertas de la cafetería me encontré con que el adonis griego no estaba solo, sino que junto a él había unos cuantos ejecutivos a juzgar por sus impecables trajes y el modo relajado en el que hablaban.

Dudé un instante si acercarme o no, pero en el momento que pensé darme la vuelta y largarme, alzó la voz para llamarme y no tuve más remedio que ir hacia ese grupo lleno de testosterona y sonrisas socarronas.

—¿Pensabas huir de mi? —gimió adelantándose un par de pasos del grupo para que nadie más le escuchara.

—Pensé que estabas ocupado —susurré algo aturdida y sin mentir, puesto que creí que tal vez no había eludido al grupo.

—Están aquí porque quieren conocerte... —contestó rodeándome por la cintura para que así quedase frente al grupo—. Les presento a mi prometida, María Acosta. Ella es la nueva jefa de cuentas.

Para mi asombro no parecían sorprendidos, por un momento pensé que podrían caras de estupefacción, como si yo no encajase con lo que se suponía que tendría que ser la futura mujer de un Devoir; rubia, alta y pechugona, en resumen; jirafa pechugona. Al contrario de lo que había asumido solo escuché algún alarido y suficientes felicitaciones por parte de todos los presentes con cierto entusiasmo.

¿Podría encajar de verdad siendo la prometida de Damián? Había asumido tanto que nadie se tragaría ese cuento que hasta me resultaba ilógico que alguien no me mirase por encima del hombro haciéndome sentir lo poca

cosa que era al lado de ese hombre de revista.

Tan solo una hora antes de la jornada laboral de ese viernes, Ingrid me dejó sobre la mesa un informe en una carpeta oscura para no revelar su contenido con bastante secretismo. Supuse lo que era y solo hice un gesto afirmativo sin mostrar un profundo interés al respecto, solo que cuando salió por aquella puerta lo devoré con ansia, como si aquello fuera un mapa del tesoro. Tenía que caerle bien a esa mujer —ni yo misma sabía porqué—, pero quería caerle bien por principios. Si de algún modo me había visto envuelta en esa situación sin comerlo ni beberlo, al menos lo haría lo mejor que podía hacerlo.

Aquel informe recogía bastantes datos. No tenía ni idea que Ingrid pudiera ser tan buena en eso, pero citaba las organizaciones benéficas a las que apoyaba y donaba dinero para la causa, era amante de las carreras de caballos, no se perdía ni un solo espectáculo de relevancia y era una apasionada de los musicales, pero su mayor afición eran las obras de arte. Hablaba tres idiomas y su familia era de origen griego.

—¡Joder!, ¡Con razón es un adonis griego! —gemí mientras retomé de nuevo aquel informe.

Al parecer tenía tres hijos; Miranda, Amelia y Damián, siendo éste último el único chico y el más pequeño de ellos. Se había casado en dos ocasiones, pero en su primer matrimonio quedó viuda muy joven tras perder a su marido en un accidente aéreo, todos sus hijos eran de su segundo matrimonio con el señor Devoir.

Su comida favorita era obviamente la griega, siendo su plato estrella la mousaka, algo parecido a la lasaña italiana. Adora los tulipanes y siente una gran fascinación por los gatos persas. Gran aficionada a la moda y una gran fan de la firma Prada, tiene varias inversiones en bolsa, acciones en empresas de consultoría, marketing y al parecer era la propietaria de varias empresas de menor relevancia; un bufete de abogados, una escuela de ballet y una compañía de teatro.

¿Una escuela de ballet? Pensé mientras releía de nuevo aquello porque me parecía de lo más extraño. Para ser franca el bufete también, pero quizá era para tener su propio estudio legal y lo de la compañía de teatro tal vez fuera casi un gesto de caridad teniendo en cuenta su pasión por los musicales, pero aún así era como si aquello no cuadrara.

El resto del informe hablaba sobre su familia de procedencia que siempre

había mantenido un estatus alto y que se licenció en historia del arte. Supuse que de ahí su gran pasión por las obras de arte a pesar de no mencionar si era más apasionada de la pintura o escultura.

Decidí guardar ese informe en el único cajón que tenía bajo llave porque con la suerte que tenía fijo que Damián lo descubriría y mi maletín aún seguía en mi coche. Justo en el momento que cerraba el susodicho cajón, mi puerta se abría para dejar paso precisamente a la persona que había conseguido acaparar todos mis pensamientos, ese adonis griego que ahora sabía que por sus venas corría sangre griega y que aquel bronceado probablemente también fuera fruto de sus ancestros.

—¿Estás lista preciosa? —preguntó cerrando la puerta y caminando tranquilamente hacia mi mesa—. Puedo esperar todo lo que quieras.

—¿Esperarías una eternidad? —pregunté solo para provocarle, me impacientaba saber esa respuesta.

—Si la recompensa es tenerte; por supuesto que esperaré —dijo tan convencido que incluso yo misma dudé un momento de que no estaba siendo sincero, de que aquello no formaba parte de esa fantasía simulada.

«Si él puede hacerlo, tú puedes hacerlo» me dije pensando en responder algo con esa pasión e ímpetu del que se supone que alguien está enamorado.

—Entonces no esperes —dije levantándome sin dejar de mirarle—. Ya me tienes... —añadí dejando la frase entre mis labios mientras le observaba incesante, esperando que hiciera algún gesto o movimiento que me indicara que podía lanzarme a sus brazos.

Su rapidez fue tal, que ni fui consciente de como en apenas un segundo me había apresado entre sus brazos y su boca devoraba con ansiedad la mía mientras mis manos se aferraron a su cuello para que no me soltara. No pretendía separarme de él, menos aún que se alejara, probablemente estaba más excitada en ese momento de lo que lo había estado en toda mi vida.

Un despacho, un jefe buenorro y la incertidumbre de que alguien pueda abrir la puerta en cualquier momento; ¿Quién no ha tenido ese sueño erótico? Quien diga que no; miente descabelladamente.

«María... tíratelo en la oficina antes de que se pase el efecto “novio perfecto” o te arrepentirás toda tu vida» suplicó mi conciencia y en aquel momento deseaba enormemente hacerle caso a mis deseos.

Sentí sus manos recorrer mi cintura hasta bajar a mis nalgas donde me apretaron hacia él de forma que fui consciente de la dureza de su entrepierna.

Me senté sobre la mesa mientras me abría ligeramente de piernas y le atraje hacia mi estirando de aquella corbata gris que llevaba puesta para que no cesara de besarme.

—Deberíamos irnos... ¿No tienes hambre? —preguntó en el momento que mis labios se apartaban de los suyos para succionar la piel de su cuello y posteriormente dirigirme hacia el lóbulo de su oreja.

—Tengo otro tipo de hambre en estos momentos —susurré antes de morderle y escuchar como gemía ante aquella confesión.

—¿Estás segura?, ¿Aquí? —gimió como si no creyera que fuera capaz de hacerlo.

—Aquí y ahora —afirmé estirando de su camisa con tanta fuerza que provoqué que casi todos los botones saltaran de las costuras por muy buena que fuera y aquel pecho fornido quedara a mi plena vista.

Mordí sus pectorales mientras mis manos viajaban suavemente hacia su vientre y llegué a la cinturilla del pantalón donde solté la hebilla y desabotoné el botón al tiempo que una de mis manos se colaba rozando aquella cálida erección.

—Joder... —gimió mientras le apartaba y daba un paso hacia atrás para colocarme de rodillas frente a él y ante su estupefacción bajé lo indispensable sus pantalones y ropa interior para que aquella enorme erección quedase a mi plena vista.

Acaricié lentamente su miembro mientras me lo introducía poco a poco en la boca bajo su atenta mirada y probablemente el hecho de que no dejara de observarme con deseo era lo que más me incitaba. Comencé con un ritmo suave hasta que aceleré el movimiento con la mano mientras escuchaba como él gemía de placer y yo degustaba su carne con pleitesía.

Estaba excitada, completamente entregada como jamás lo había estado y probablemente se debía a que en cualquier momento alguien podría abrir esa puerta y podríamos ser pillados completamente in-fraganti.

—¡Ven aquí! —exclamó agarrándome del pelo y alzándome para que me colocara de pie, me empujó hasta la mesa de forma que caí sobre esta y le observé arrodillarse ahora a él mientras me subía el vestido hasta la cintura y por suerte para él, llevaba medias con ligeros, de forma que no tuvo que romperla siquiera, sino que deslizó las braguitas de encaje que llevaba puestas y noté la cercanía de su aliento, solo con el calor que emanaba ya me estremecí, pero cuando hundió su boca en aquella parte de mi anatomía

sencillamente caí rendida hacia atrás importándome un comino clavarme el teclado del ordenador, los bolígrafos e incluso la grapadora en la espalda... aquella sensación superaba todos mis límites y más aún cuando noté como sus dedos se hundían profundamente provocando que gritase—. ¡Cssh!, ¡No grites! —exclamó en voz baja mientras notaba como jugaba con su lengua en mi clítoris y yo me mordí el puño para no gritar de puro placer.

—¡No aguanto más! —jadeé sabiendo que estaba a punto de rozar el clímax, sintiendo que de un momento a otro me iría derechita al paraíso y entonces sentí que se alejaba, cuando alcé la vista noté que en un solo gesto y con un solo movimiento se hundió tan profundamente que chillé al sentirme completamente llena por él—. ¡Joder no pares! —gemí mientras notaba como salía para volver a hundirse, como sus embestidas iban *in crescendo*, hasta que al final no lo pude soportar más y grité, grité condenadamente como si me diera igual que me escuchase el edificio entero. ¡Era el jodido orgasmo más revelador del universo!

En el mismo instante que fui consciente, recordé que se me había pasado la parte donde se suponía que debía haberse colocado un condón y entonces toda mi fantasía sexual se fue a la mismísima mierda.

«María... regresa a presente» dijo mi subconsciente donde aún tenía aquellos labios pegados a los míos de forma ferviente y la camisa del adonis griego aún estaba impolutamente cosida, aunque eso sí, quizá un poco arrugada debido a lo estrepitosamente fuerte que me aferraba a él.

—Deberíamos irnos... ¿Tienes hambre?

«Joder, joder, joder, joder, ¿Era eso un dejavú de esos o algo así?» pensé mientras me apartaba sigilosamente y le observaba.

Quizá la María de fantasías sexuales era mucho más atrevida que la real, porque la sola idea de que Ingrid aún siguiera pululando por allí y pudiera entrar en mi despacho me aterraba, eso, o alguna limpiadora que pudiera descubrirnos de forma furtiva.

—Mucha hambre —contesté y no pensando precisamente en comida.

Damián estiró de mi mano para que cayera entre sus brazos y sonrió ante aquel gesto. Me sentía segura cuando me acogía de aquel modo, casi tanto que incluso me daba pavor pensar cuando ya no le tuviera de esa forma tan cercana.

—Me pido ser el postre —susurró dándome un pequeño beso en la nariz antes de rodearme por la cintura y apremiarme a que saliera junto a él de mi

despacho.

De camino a casa llamó a un restaurante italiano para que nos sirvieran comida a domicilio. No teníamos tiempo de pararnos a comer en un restaurante, yo debía colocar toda la ropa debidamente en los armarios, familiarizarme con la casa y prestar la suficiente atención a la chef que vendría un par de horas más tarde para preparar la cena de esa noche.

Decir que estaba nerviosa por conocer a mis suegros era quedarse infinitamente corto, muy corto, ¡Exageradamente corto diría yo! Así que traté de no pensar en ello como si de verdad quisiera caerles bien porque fuera su futura nuera, sino más bien una amiga especial de su hijo, ¿no?

No había memorizado todas las aficiones y gustos de la madre de Damián, pero sabía cuatro cosas fundamentales; tulipanes, comida griega, musicales y obras de arte. No tenía ni pajolera idea de ninguna de ellas, pero quizá solo había que mencionar algo al respecto para que la buena mujer se enrollase hablando y yo era muy buena prestando el oído para que la gente se desahogase, sobre todo porque era de las que nunca le pasan cosas que poder contar a los demás.

—Tranquilízate, estoy seguro de que le vas a caer muy bien a mi madre —mencionó Damián mientras devoraba una mini-calzone rellena de jamón y queso tratando de calmar así mi ansiedad.

—Claro... ¡Es tu madre!, ¡Tú que vas a decir! —ironicé—. Me apuesto lo que quieras a que si es al revés no estarías tan tranquilo. Solo quiero que salga bien y que no se de cuenta de que... que... bueno, ¡Tu me entiendes!

—No se dará cuenta de nada, porque no hay nada de lo que se deba dar cuenta —contestó tan fresco como una lechuga y yo le miré alzando una ceja como si estuviera evaluando hasta que punto decía en serio aquellas palabras—. Esto es real, absolutamente real, ¿De acuerdo?

Comprendí que se refería a ese trato durante dos semanas en el que nos dejaríamos llevar y respiré tranquilamente. No sabía como demonios él podía hacerlo tan bien y a mi me costaba tantísimo trabajo meterme de lleno en el papel. Bueno, sí que lo sabía... era consciente de que si entregaba todo de mi quizá no querría volver atrás y no tendría comodín de regreso a la salida.

—Vale —afirmé cogiendo un trozo de pizza—. Todo es real —insistí mientras me dejaba caer en la silla y observé que él se levantaba y se colocaba detrás de mi.

—Esa es la chica con la que voy a casarme —aseguró antes de inclinarse

y darme un beso de nuevo en la nariz—. Tengo que hacer un par de llamadas de trabajo y una conferencia—. Estaré en mi despacho, pero te he dejado hueco libre en el armario y la cómoda para que te vayas instalando. Puedes meter las maletas en el armario del pasillo y si llaman al timbre, será la chef Amelie que viene a preparar la cena, ábrele sin problemas.

Dicho y hecho, tras decir aquello se perdió por el pasillo y perdí de vista ese perfecto culo de adonis griego.

Colocar toda mi ropa no me llevó más de dos horas. ¡Y menos mal que no cogía nada más en aquellas dos maletas! Porque tenía un cansancio mortal cuando me tiré sobre la cama tratando de que mi espalda volviera a ser recta.

La habitación de Damián era enorme, sumamente grande y con una cama gigantesca que desde luego era infinitamente más agradable que la mía. Pensar que dormiría allí las próximas catorce noches me parecía casi un sueño, algo que probablemente solo pasaba en las películas de ficción, pero aquello era tan real que precisamente allí estaba, viviendo mi propia película y administrando yo misma el guion que procedía.

El timbre sonó y metí corriendo las maletas en el armario que había del pasillo tal y como Damián me había mencionado y corrí al telefonillo donde una chica joven apareció en la pantalla.

—¿Si? —exclamé por cortesía en lugar de abrir directamente.

—¿Señor Devoir?, Soy Amelie —respondió en un acento que desde luego muy español no parecía ser, más bien me atrevía a asegurar que era francés.

Abrí y esperé pacientemente hasta que la puerta del ascensor se abriera y entonces observé que arrastraba un carrito donde suponía que llevaba toda la comida que prepararía.

A petición de Damián había solicitado un menú poco elaborado que no delatara el arte culinario de un magnífico chef, por tanto la degustación sería; tabla de quesos, paté y rollitos de verdura como entrantes, pollo relleno a las finas hierbas rodeado de patatas en salsa de pimienta como plato principal y bizcocho de naranja en sopa de chocolate para el postre. La pinta que tenía dicho por ella era de diez, solo esperaba que el pollo no se chamuscara o la naranja no estuviera agria si es que aquella mujer esperaba que yo la ayudara.

Al final solo me limité a pelar las patatas, observar los tiempos y sobre todo a emplatar para que pareciera que realmente lo había hecho yo. Cuando la chef Amelie se fue de casa dejando el bizcocho terminado y el pollo dentro

del horno apagado para mantener la temperatura, pensé que tenía que quedarme con su teléfono para que me diera clases exprés de cocina para impresionar. ¡Esa mujer era brutal! En solo una hora y media había hecho absolutamente todo... Mas le valía a Damián pagarle su peso en oro.

—¿Todo listo?, ¡Qué bien huele! —exclamó tratando de ver de qué era ese olor.

—Ese bizcocho de naranja tiene que estar espectacular... —gemí mientras la boca se me hacía agua solo de pensar que aún faltaba demasiado tiempo para comerlo. Los padres de Damián llegarían en media hora y aún debía ducharme y arreglarme para estar lista.

—Tú si que estás espectacular —aseguró acercándose hasta mi y robándome un leve beso de los labios—. Por suerte esta noche, te tendré sola para mi en esa cama...

—¿Tiene algún plan siniestro, señor Devoir? —exclamé buscando esa mirada de ojos profundamente pasionales.

—Quizá tenga por ahí algunas esposas... —susurró acercándose mientras yo daba pasos hacia atrás sin saber exactamente si chocaría o no con algún mueble de la casa—, aunque mis planes lejos de ser siniestros se inclinan más por ser muy agradables —añadió con una vaga sonrisa y me derretí—. Es muy tarde, así que me ducharé yo primero, porque aunque me encantaría arrastrarte a la ducha conmigo, preciosa... probablemente ninguno de los dos estaría listo a tiempo.

Esa última frase solo me dejaba clara una cosa; tarde o temprano compartiría esa ducha con el adonis griego.

Capítulo 17

Preparé meticulosamente la mesa con toda la vajilla fina que encontré por los muebles de la cocina, debía reconocer que era elegante y bonita con esos bordes grisáceos. No me consideraba una gran experta en esos menesteres, pero sí que había ojeado alguna que otra revista y al final, quedó una mesa preciosa con sus velitas y todo. Esa era la única satisfacción verdaderamente mía de la noche, porque en referencia a la comida, mi único mérito es el de pelar las patatas que acompañaban al pollo.

Tras una ducha más corta que larga para mi absoluta desgracia y con la fortuna de que había preparado lo que iba a ponerme para esa noche mientras Damián se duchaba; algo sobrio y elegante pero sin parecer que quería impresionar, me coloqué ropa interior mona, medias y el vestido azul que había elegido para algo entallado que llegaba por la rodilla. Me calcé los stiletos de color piel que había traído justamente para ese acontecimiento por ser los más cómodos que tenía en mi guardarropa y retocando un poco el maquillaje de todo el día salí al salón donde ya había escuchado previamente voces.

En ese momento recordé que no me había echado ni perfume, ni desodorante, ni leches en pepitorias... ¡Mierda!, ¡A la porra la buena impresión!

«Si es que soy un desastre».

—¡No me habías dicho que era tan guapa! —Fue lo primero que escuché cuando ni siquiera había alzado la vista, sino que me estaba concienciando a mi misma para no hiperventilar y, por ende; no sudar, aunque probablemente mi cuerpo hiciera reacción contraria solo para joderme viva.

No tenía experiencia en eso de conocer suegros, pero no tenía experiencia hablando literalmente, o sea; cero, nula, ninguna, jamás, inexistente y menos mil. Estaba más perdida que una gamba en el desierto.

Era más factible que yo hiciera de nuevo aquel bizcocho de naranja y que me saliera bien a que le cayera bien a una suegra con la fama que tienen de acaparar a los hijos.

«Solo vas a ser nuera dos semanas, María... así que tu apechuga con todo»

—Hola —dije no sabiendo que se suponía que debía decir. Tampoco es que fuera a decir un; buenas noches y que pareciera que los enviaba de nuevo a su casa.

—Ven preciosa —dijo entonces mi salvador que estaba guapísimo con aquella camisa azul cielo de rayas blancas y observé que me extendía la mano para que me acercase a ellos, algo que hice inmediatamente y él me rodeó de la cintura—. Ella es mi madre Elisabeth y éste de aquí es mi padre Ismael.

—Encantada —dije ofreciéndole la mano a la madre de Damián—. Yo soy...

—¡María! —exclamó esta acercándose para darme dos besos entusiasmada.

¿A que al final lo de las suegras era un mito y resulta que son señoras amorosas y encantadoras?

—Perdona a mi mujer, esta demasiado encantada con que nuestro hijo vaya a casarse. Encantado de conocerte, María. He oído hablar muy bien de ti en la empresa, tu currículum es impresionante —dijo el padre de Damián y a mi se me subieron todos los colores a las mejillas.

—¿Ya la has investigado papá? Que poco tiempo te ha faltado, pensé que al menos esperarías a que pasara la noche... —contestó con cierta ironía.

—Tranquilo hijo, solo me pareció curioso que trabajara en la empresa y pregunté. Creo que es algo normal teniendo en cuenta que será parte de la familia, ¿no? Disculpa si te he ofendido, últimamente parece que no hago nada bien.

—No se preocupe, por supuesto que no me ofende —contesté sonriendo porque aquellas pequeñas pullas familiares me parecían de lo más tiernas y adorables.

Mis padres nunca discutían, es más, ni tan siquiera me reprendían. Probablemente siempre fui una niña tan correcta que jamás osé hacer algo fuera de lo normal para que pudieran castigarme por ello.

—Traeré los entrantes, pero vayan tomando asiento —mencioné sintiéndome sin pretenderlo como la anfitriona de aquella casa, cuando no llevaba allí más que cuatro horas mal contadas.

—Y dime... ¿Cuánto tiempo hace que vivís juntos? Porque la última vez que estuve aquí aún no se había mudado, ¿no? —Como la pregunta parecía

dirigirse hacia Damián me limité a guardar silencio.

—Muy poco mamá, algo más de una semana. Cuando logré convencerla de abandonar su piso y que se mudara a vivir conmigo —alegó descorchando la botella y comenzando a servir el vino.

—Mira que no decirle nada a tu madre, ¿Cuándo pensabas hacerlo?, ¿Dos días antes de la boda?, ¡Cría hijos para esto! —exclamó la mujer tomando la copa para llevársela a los labios.

—Ya te dije que quería daros la noticia cuando la conocierais, no antes. Lamento que al final se me fastidiaran los planes y os tuvierais que enterar por Michael —contestó Damián y pensé que desde luego debían darle una medalla al mejor mentiroso de la historia por fingir tan espléndidamente hasta el punto de conmocionarme.

Durante la cena me enteré de que Miranda era la hermana mayor de Damián y al parecer era abogada con su propio bufete. Siempre estaba ocupada con el trabajo y apenas tenía tiempo para respirar. La mediana de los hermanos que se llamaba Amelia era bailarina de una compañía de ballet y al parecer viajaba por todo el mundo. En aquel momento asocié esas dos empresas que aparecían en el informe a nombre de la madre del adonis griego; bufete de abogados y compañía teatral... sin duda alguna ella era la benefactora de sus hijas, probablemente las ayudaba a forjar su futuro, aunque me extrañaba que no trabajasen en la empresa, sobre todo la abogada. A pesar de ser empresas financieras suponía que tendrían su propio departamento de abogados.

—Debemos organizar una comida cuando Amelia esté de regreso por la ciudad, creo que vuelve el mes que viene, así conocerán a María —mencionó Elisabeth entusiasmada—. Seguro que te caerán muy bien, son chicas muy trabajadoras.

—Si. Se desviven mucho por su trabajo... —corroboró el padre de Damián con un tono un tanto irónico.

—¡Oh calla! —exclamó Elisabeth dándole un golpe en el brazo—. Ellas solo quieren vivir su vida, algo que desde luego admiro y comparto.

Con esas palabras entendí que no querían saber nada de la empresa familiar y que por tanto, todo el peso recaía en Damián, su padre y el grupo de socios inversores.

—Estaré encantada de conocerlas —sonreí como una niña buena y miré a Damián de soslayo que aprovechó para acercar su mano hasta mi mejilla y

realizar una caricia un tanto íntima sin dejar de mirarme.

—Todo está buenísimo, cielo —dijo entonces y yo agrandé los ojos sorprendidamente puesto que él sabía perfectamente que no había cocinado aquellos platos, pero de sus labios obtuve una sonrisa cómplice.

—¡Oh sí!, ¡Está riquísimo! Creo que voy a raptarte y llevarte a mi casa solo para que cocines tan exquisito. Además, hay un aroma dulce que envuelve toda la casa como a...

—¡Bizcocho de naranja! —grité levantándome de repente porque si me preguntaba algún ingrediente del pollo me lanzaba literalmente del balcón y eso que era un ático.

Cuando los padres de Damián salieron por la puerta solo pude soltar todo el aire contenido y pensar; misión cumplida. Al parecer no se habían dado cuenta o si lo habían hecho parecía que sabían fingir sumamente bien.

—¿Te han caído bien? —preguntó Damián ayudándome a recoger los platos.

—Sí. Me parecen fantásticos y tu madre es encantadora —afirmé de forma sincera mientras abrí el grifo y comencé a fregar a mano aquella vajilla fina con delicadeza.

—Nunca he visto a mi madre tan entusiasmada como esta noche contigo —contestó dejando las copas a mi lado y situándose a mi espalda. Su cercanía seguía poniéndome nerviosa, era muy probable que jamás me acostumbrara a su presencia, a ese aroma que desprendía tan sumamente embriagador y a esa sencilla masculinidad que emanaba todo su cuerpo—. Probablemente ha caído bajo el embrujo de tu hechizo como lo he hecho yo... —susurró depositando un cálido beso en mi cuello y gemí ahogadamente por la sensación que me produjo aquel gesto.

¡Por todos los Dioses!, ¿Tenía que decirme aquello? Sabía que todo formaba parte de un plan como si aquello fuera real, pero ¡joder!, ¡Que soy humana!, ¡Que tengo sentimientos!

«A la mierda todo» gemí dejando los platos y el grifo abierto para darme la vuelta y con el jabón incluido atrapé su cuello para acortar la distancia hasta sus labios y devorarlos con ansiedad, con tanta plenitud que incluso me sorprendí a mi misma por hacerlo.

—Demuéstrame entonces —sugerí apartándome levemente de su boca—. Enséñame hasta qué punto te he embrujado.

Se apartó lentamente de mi hacia atrás y vi como cerraba aquel grifo para

después volver la vista hacia mi con suma intensidad. Supe lo que iba a ocurrir instantes antes de que sucediera, sabía que aquella noche iba a pasar a la posterioridad de mis recuerdos como probablemente todas y cada una de las noches que pasaría junto a él. Sin preguntar, sin decir absolutamente nada; me acogió en sus brazos y me llevó entre ellos hasta aquella habitación donde me depositó sobre aquella inmensa cama.

Sus labios apresaron los míos al mismo tiempo que desabotonaba su camisa y él perdía sus manos en mi espalda para estirar de aquella cremallera del vestido hasta bajarla por completo.

La ropa se fue disipando de nuestros cuerpos a la vez que sus dedos acariciaban mi piel con esmero y antes de darme cuenta puesto que todos mis sentidos estaban colapsados al mismo tiempo, noté como sus manos se entrelazaban con las mías apresándolas con fuerza y un jadeo por su parte como si estuviera reprimiéndose rebotó en mis oídos. Fui consciente del deseo que emanaba de su cuerpo y de su ansiedad por controlarlo. Le vi coger uno de los preservativos que había sobre la mesita de noche y en un acto de posesividad como pocos había tenido a lo largo de mi vida le empujé sobre la cama y se lo arrebaté de las manos para colocárselo yo misma, ante su atenta mirada y deslizando aquella goma a lo largo de su entrepierna erecta.

No me consideraba una gran amante o lo suficientemente buena en la cama como para hacer aquello, pero él emitía una fuerza de sensualidad sobre mi misma que jamás había tenido hasta el momento, así que me situé sobre él y sentí como se introducía en mi cuerpo al mismo tiempo que él me ayudaba guiándome con las manos para hacerlo.

Me sentía llena, complaciente, satisfecha y así comencé a balancearme sobre él entre besos y jadeos hasta que finalmente encontré mi propio y auténtico placer cuando aquel orgasmo atravesó todo mi cuerpo.

—¿De verdad necesitas que te demuestre que estoy embrujado? Lo extraño sería que no lo estuviera, preciosa —afirmó estando tumbado sobre la cama y yo aún permanecía a horcajadas sobre su cuerpo desnudo.

Una débil sonrisa se dibujó en mi rostro y como un acto nervioso comencé a dibujar un pequeño círculo en su pecho con el dedo índice, como si aquel momento íntimo fuera único y sincero. Lo deseaba; verdaderamente deseaba que aquello fuera real.

Ni me molesté en colocarme el pijama, Damián tampoco lo hizo, por lo que de aquella guisa; tal y como Dios nos trajo al mundo, nos quedamos

dormidos sobre aquella mullida cama y el último recuerdo que tuve antes de conciliar el sueño fue el brazo de Damián sobre mi vientre atrayéndome hacia él para rozar mi cuerpo.

«Eso era el paraíso y podría acostumbrarme rápidamente a ello»

Nada más abrir los ojos sentí algo rozar mi nariz. En cuanto aprecié aquel enorme ramo de rosas en el que había al menos dos docenas de un precioso color rojo intenso, no supe como reaccionar.

—¿Qué es esto? —exclamé extrañada.

—Rosas rojas —terció—, ¿Son tus favoritas? —preguntó acercándose hasta mi y dejándolo caer sobre la cama.

—No —sonreí.

—Vaya. Las rosas quedan descartadas, ¿Violetas tampoco? —exclamó y supuse que lo hizo porque no me lo preguntó el día anterior.

—Tampoco —contesté con la misma sonrisa.

—Entonces habrá que seguir intentándolo hasta saber cuáles son tus flores favoritas —susurró dándome un fugaz beso y levantándose de la cama.

—¿No sería más sencillo que me lo preguntaras? —contesté pensando que, en lugar de derrochar tanto dinero en flores, solo tenía que realizar una simple pregunta.

—Quiero degustarte lentamente, saborearte, sentirte... que te abras a mi como una flor en primavera y si me lo cuentas todo no tendrá ningún misterio descubrirte.

«En toda mi jodida vida me han dicho algo tan bonito» medité mientras le observaba perderse tras la puerta del baño y acto seguido escuchaba el caño de la ducha abrirse.

«María... ¡Al agua patos!»

Reuniendo todo el valor que probablemente nunca había tenido en mi vida, no tuve ni que desnudarme, sino que sencillamente me metí en aquel baño y deslicé la puerta corredera para entrar en aquel vapor caliente mientras recorría gustosamente aquella ancha espalda bien definida y esas nalgas de portada de revista con los ojos.

—¿Eres de las que le gustan ahorrar en agua? —preguntó y yo me estremecí por ser pillada in-fraganti.

—Puede... —gemí no entendiendo la pregunta.

—Porque si es así, me ducharé todos los días gustosamente contigo. Eso de enjabonarnos mutuamente puede ser muy divertido —constató dándose la

vuelta y vi como le caía todo el champú por el pecho...

«Si fuera nata me pondría a lamerla ahora mismo» Jadeé verificando que tenía un hambre que mataba caballos.

—¿Entonces debo comenzar yo? —Me atreví a decir cogiendo la pastilla de jabón y frotándola entre las manos para después dejarla sobre la repisa y acercar mis manos a su pecho.

A pesar de la tensión sexual que se creó en aquella ducha, lo cierto es que ninguno de los dos se extralimitó en aquel toqueteo, tal vez porque éramos conscientes de que los preservativos se habían quedado muy lejos o quizá porque no era el sitio más cómodo para practicar sexo o porque la noche anterior nos había dejado exhaustos y necesitábamos comer para reparar fuerzas, pero lo cierto es que aquella ducha con el adonis griego fue de lo más divertida y alocada, sobre todo porque había sido la primera vez que alguien me había enjabonado siendo adulta.

—Quédate un rato más, yo prepararé el desayuno y después saldremos, así que ponte ropa cómoda.

—¿Ropa cómoda?, ¿Dónde vamos? —pregunté mientras le vi salir y comencé a enjabonarme el pelo.

—A dar un paseo —dijo sin darle mucha importancia y tampoco se la di. Quizá solo era dar una vuelta, almorzar fuera de casa y quizá hacer algo entretenido durante la tarde.

Me vestí con unos vaqueros oscuros algo estrechos que resultaban elegantes, y una blusa de gasa bastante cómoda y ligera. Decidí optar por unas zapatillas con pequeños brillantes que no eran de efecto tan casual y cogí la chaqueta de cuero como toque final por si hacía algo de fresco. Me había secado el pelo y maquillado de forma muy ligera para tener completo el atuendo.

—¡Que bien huele! —exclamé entrando en el salón mientras me acercaba a la cocina.

—En honor a ti he estrenado la gofrera que me regaló mi hermana la navidad pasada.

—¿Gofres?, ¡Oh por Dios!, ¡Que buena pinta tienen! —jadeé no pudiendo evitar llevarme uno a la boca a pesar de no tener aún sirope alguno por encima.

—¿Qué quieres? Tengo caramelo, fresa, chocolate...

—¿Si pido el de fresa me vas a dar un beso? —recordé entonces y sonreí

arrancando un pedacito de gofre y llevándomelo a la boca.

—Aunque pidas cualquier otro de igual forma te besaría —contestó mirándome fijamente y se me hizo un nudo en la garganta al notar la seriedad de sus palabras.

Había llegado un punto en el que no sabía qué era realidad y qué era fantasía. No sabía si eso era bueno o malo porque estaba comenzando a perder la percepción de todo aquello y definitivamente estaba dejando de parecerme un simple juego.

—Chocolate —susurré sin dejar de mirarle y vi que apartó la mirada para suponía verter el sirope en el gofre y después ofrecérmelo en aquel plato.

Lo cogí para darle un bocado bajo su atenta mirada y cuando tragué aquel mordisco sentí como sus labios atraparon los míos saciando aquella demoledora sensación de vacío. Efectivamente lo había cumplido, me había besado y qué beso señoras y señores... como me dé muchos más así es probable que termine hospitalizada en un psiquiátrico.

Veinte minutos más tarde salíamos por la puerta del apartamento y vi que Damián se había calzado unas deportivas, por lo que supuse que íbamos a caminar bastante, solo que no sabía exactamente por donde. Nos dirigimos al aparcamiento subterráneo de su edificio y me imaginé que fuera cual fuera el destino, habría que ir en coche. Me parecía una aventura, así que no pregunté puesto que era mucho más emocionante averiguarlo más tarde.

—¿Llevas tu carnet de conducir? —preguntó algo misterioso.

—Claro —dije como si fuera evidente—. Llevo toda mi documentación encima siempre —verifiqué como si eso fuera lo más normal del mundo—. ¿Por qué lo preguntas?

—No nada. Solo era por si acaso...

Cuando divisé el aeropuerto tuve una sensación de subidón in extremis, pero vi que, aunque parecía que iba a entrar, finalmente pasamos de largo y entonces me relajé.

«¿Cómo demonios se te ocurre pensar que íbamos a salir del país?». Desde luego esas cosas solo suceden en las pelis románticas, María...

Pero si antes digo eso, antes leí el cartel de aeródromo privado y se me encendieron todas las alarmas.

—¿Dónde estamos? —exclamé y supe que mi tono de voz era más agudo de lo normal.

—En un aeropuerto privado —afirmó tan campante.

—¿No dijiste que íbamos a pasear? —pregunté irónicamente, porque supuse que aquello tenía que ser algún tipo de actividad en la que vuelas durante una hora en avioneta o algo así.

—Sí. Vamos a pasear, pero en Italia; concretamente en Roma —soltó sin más.

¿Hola?, ¿Italia?, ¿Roma?, ¿La Roma de los romanos?, ¿La del coliseo, el panteón y la fontana de Trevi? No. Eso debía ser una broma, ¡Si ni siquiera llevaba el móvil cargado para hacer fotos!

Pero no era una broma. No. Era completa y verdaderamente cierto. El avión de la empresa nos estaba esperando y en cuanto subimos partió rumbo a Roma, donde para mi sorpresa íbamos a pasar la noche y yo no tenía ni una triste braguita de recambio.

—¿Se puede saber por qué no me has dicho nada? Ni siquiera tenemos ropa de cambio, ¡Ni siquiera tengo el cargador del móvil! —grité descompuesta.

—A veces hacer algo de manera impulsiva se disfruta mucho más que cuando todo está planificado y premeditado. Relájate, disfruta... vamos a pasar treinta y seis horas en Roma y las vamos a vivir intensamente sin nada más que tú, yo y las vivencias que nos aporte la ciudad.

Definitivamente este hombre sabe qué decir y cuándo decirlo en el momento preciso para que a una se le queden las bragas colgando.

Tuve que reconocer que Roma era preciosa, mágica a pesar de su caos o su estrepitoso tráfico. Calles empedradas, turistas por todas partes, fragancias mezcladas y un aroma peculiar a historia que abordaba cada una de sus esquinas. Cenamos en un pequeño restaurante italiano, degustando una sabrosa pasta carbonara tradicional como jamás había probado y sumamente exquisita, de camino al hotel íbamos paseando de la mano como prácticamente llevábamos casi todo el día mientras Damián me explicaba infinitas cosas que conocía sobre esa ciudad, finalmente terminamos en la plaza donde estaba la fontana de Trevi iluminada.

—Ten. Pide un deseo —dijo ofreciéndome una moneda y yo le miré dudosa. No creía en esas cosas, incluso me daba cierto reparo hacerlo—. Vamos... sitúate de espalda a la fuente, pide un deseo y lanza la moneda con los ojos cerrados.

—Pero eso es una tontería —refunfuñé—. No es más que...

—Estás aquí ahora, no sabremos donde estaremos mañana. No hagas que

un día recuerdes este momento y te preguntes que habría pasado si hubieras pedido ese deseo...

En aquel momento sonreí, en realidad tenía poder de convicción. Tanto así que no me extrañaba que me hubiera convencido para todo a lo que finalmente había accedido, así que apreté la moneda con fuerza y pensé que era lo que más deseaba en aquel instante, cuál era de verdad mi más profundo deseo.

Tenía trabajo; uno que por cierto me encantaba. Tenía salud; no podía quejarme de eso. No tenía grandes amistades, pero tampoco las ambicionaba. Amor... eso era otra historia, algo que siempre había deseado que llegara a mi vida y perdurase, pero que jamás lo hacía. Con ese pensamiento cerré los ojos y me aferré solo a una cosa.

«Que lo que tenemos ahora perdure para siempre» Deseé justo antes de lanzar aquella moneda y que se hundiera en las aguas de aquella preciosa fuente.

Capítulo 18

Cuando volvimos el domingo por la tarde de Roma, podía decir que estaba enamorada de la ciudad —y probablemente también de Damián—. El chico era perfecto en toda su definición y no solo físicamente, sino porque verdaderamente parecía todo un príncipe azul sacado del cuento de hadas de Blancanieves. Solo me faltaban los siete enanitos y la bruja piruja para completar el cuento, bueno... eso y cantar bien, pero de mi garganta en lugar de salir voz angelical salía voz de pato atragantao.

Era extraño que, tras volver de nuevo a la ciudad, en lugar de ir a mi apartamento en el que llevaba años viviendo, lo hiciera al lujoso ático del adonis griego. ¿Qué se supone que haríamos ahora?, ¿Qué hacían las parejas normalmente cuando volvían de viaje? En mi breve experiencia con mis ex, lo normal era que cada uno se fuera a su casa y hasta la próxima ocasión, pero teniendo en cuenta que íbamos a vivir juntos dos semanas no me terminaba de quedar claro. Además, yo solía usar los domingos por la noche para preparar y revisar la agenda de toda la semana al milímetro, eso me recordaba que aún seguía en mi coche abandonada.

—Tendría que pasar por mi coche para coger el maletín donde está mi agenda —mencioné mientras íbamos en el suyo de regreso.

—Claro —contestó sin apartar la vista de la carretera y cuando aparcó en el garaje, me acerqué hasta mi coche para sacar el maletín antes de ir a casa.

«Casa» Nombrar con esa definición a la vivienda de Damián era raro. No podía llamar casa al lugar donde me alojaba por un tiempo determinado, pero en aquel momento sí que lo consideraba como mi hogar a pesar de querer alejar esos sentimientos entrañables de mi mente.

—¿Qué sueles hacer los domingos? —pregunté solo para romper el hielo mientras caminábamos hacia el ascensor. No teníamos maleta alguna, solo las dos bolsas que llevaba de haber comprado algunos souvenir y camisetas aparte del bolso.

—Normalmente quedo con unos cuantos amigos para comer y pasar la tarde si estoy en la ciudad. Evidentemente hoy no he ido porque estaba fuera

—añadió con esa sonrisa de cine que siempre ponía y me dejaba como un flan —, aunque es probable que el próximo domingo tengas que acompañarme.

—¿A conocer a tus amigos? —pregunté pensando que sus amigos eran los que había conocido en la boda de Michael y la jirafa de silicona, pero ahora que lo pensaba debería tener amigos en la ciudad y no a cientos de kilómetros de distancia.

El hecho de que Damián tuviera una vida social activa y tiempo para conservarla era admirable teniendo en cuenta que la empresa debería absorber una parte importante de su tiempo debido a su cargo como uno de los dueños a pesar de que el padre era el presidente de la compañía.

—Por supuesto —contestó con absoluta tranquilidad—, es lógico que quieran conocer a mi prometida.

En ese momento tragué saliva para tratar de digerir la información. ¿Hasta donde estaba el límite de aquel juego?, ¿Hasta qué punto debíamos llegar sobre ese asunto?

Comprendí que a Damián parecía no importarle las consecuencias, que iba a vivir aquellas dos semanas con absoluta certeza de que éramos una pareja de enamorados que íbamos a casarnos próximamente y se había metido tanto en el papel que probablemente hasta se lo creía. Solo que en dos semanas algo haría “clip” en su cabeza y entonces todo se iría a la mismísima mierda.

—Por supuesto —contesté haciendo que el aire llegara a mis pulmones —. Y obviamente tendrás que venir al pueblo a conocer a mi familia —dije siguiéndole el rollo.

—Claro que sí. Cuando quieras... —soltó tan fresco como el enjuague bucal de *listerine*, ese que te lo metes en la boca y cuando escupes parece que hayas ido al polo norte.

¿Cuándo quiera?, ¿Cuándo yo quiera? Pues sería el primer novio que llevaría a casa y quieras o no, mi madre se quedaría tranquila pensando que no soy lesbiana.

«No hay mal que por bien no venga».

—Seguro que mi madre estará encantada de conocerte. Quizá el próximo fin de semana...

—Mejor vayamos al siguiente —decretó sin mirarme—. Es su cumpleaños y seguro que estará esperando que asistas.

¿Su cumpleaños?, ¿Cómo demonios Damián sabía que era el cumpleaños

de mi madre? Lo cierto es que no era una fecha que ella celebrase por todo lo alto, si coincidía en fin de semana solía ir, pero si no era así, buscaba una fecha próxima y lo cierto es que ahora mismo no tenía ni idea de en qué fecha había programado viajar, había pensado acudir justamente ese fin de semana y Damián me había trastocado los planes, pero con la certeza de que todo lo tenía debidamente apuntado en mi agenda no retenía nada en la memoria. Agenda... ¡Pues claro!, ¡Por eso sabía que era el cumpleaños de mi madre!

«Manda narices que tu no-novio recuerde la fecha de cumpleaños de tu madre y tú no, María. ¡Manda narices!»

—¿Recuerdas de memoria la fecha del cumpleaños de mi madre? —gemí con asombro.

«Eres una mala hija María. ¡Mala hija!» me reproché a pesar de que probablemente ahí tendría apuntado que una semana antes debía encargarme de enviarle un ramo de flores para que le llegase a tiempo y comprarle algún detalle para tenerlo listo en el momento en que fuese a bajar, que me sonaba que sería a finales de mes y obviamente debía coincidir más o menos con dicha fecha.

—Lo tenías marcado en rojo, así que me llamó la atención y lo recordé.

De verdad que este hombre sería el yerno perfecto...

—Entonces es un hecho —afirmé pensando en lo contenta que probablemente se pondría mi madre de que fuera al pueblo con alguien que no fuese Nerea que ya de por sí era de allí, sino que al fin llevase un chico a casa. Solo debía hacerme a la idea de todas las preguntas que en tiempos venideros fueran a venir y esquivarlas—. Iremos dentro de dos semanas —añadí con cierta sonrisa de diversión.

«A ver que tal te desenvuelves en casa de mis padres, señor adonis perfecto»

Nada más entrar en casa Damián dejó que fuera yo la primera en ducharme y ponerse ropa cómoda para estar por casa, que no era otra que el camisón de dormir. Cogí mi agenda y comencé a tachar algunas cosas de días pasados que evidentemente no había hecho y comencé a apuntarlas en próximos días tratando de hacerlas. Cuando me sumergía en hacer aquellas listas perdía completamente la noción del tiempo y del lugar, así que en el momento que sentí como la silla se elevaba del suelo grité de pánico por no saber lo que estaba pasando.

—¡Qué haces!, ¡Bájame! —grité entre la risa y el miedo al mismo tiempo

por no tener la estabilidad que se suponía que debía tener.

—Llevas una maldita hora apuntando cosas en ese chisme, ¿Me vas a prestar atención? —preguntó sosteniéndome aún en el aire.

«Hay que ver lo jodidamente cachas que está este hombre»

—Si, si, si, si —afirmé dándole la razón como a los tontos con tal de que me bajara de allí. Ya me podría haber pedido lo que quisiera que seguramente se lo hubiera concedido.

—Perfecto —dijo soltándose en el suelo algo apartada de la mesa—. Y esto —añadió cogiendo la agenda y alejándose de mí—. Te lo guardo en un sitio al que no tendrás acceso fácilmente.

Tras decir aquello y quedarme como una idiota observándole, vi que caminaba lentamente hasta dirigirse a la habitación. Tardé como un minuto en reaccionar hasta levantarme y seguirle. En el momento que entré a la habitación que compartíamos le vi cerrando una puerta y pude ver claramente que era una caja fuerte.

¿Qué demonios?, ¿Qué santos jodidos demonios acababa de hacer?

—¿Has metido *mi* agenda en una caja fuerte? —grité especificando el calificativo de posesión lo suficientemente claro para decir que no tenía derecho alguno de hacerlo.

—Tendrás *tu* agenda para trabajar. Ni antes, ni después del trabajo —contestó tan firme que hasta incluso pensé que tenía derecho a ordenarlo así porque sí.

—¿Y en base a qué?, ¿Por qué razón se supone que no puedo tener algo que es mío, conmigo? —exclamé tratando de respirar tranquilamente y no montar una escena de aquello.

Damián se acercó lentamente hasta donde me encontraba y vi peligrar mi propia existencia y de paso; mis propias convicciones.

—Porque durante las próximas dos semanas te voy a enseñar a vivir de verdad y no a través de las listas que hay en esa agenda. No habrá planes específicos, ni horarios establecidos y menos aún; tiempos programados. El tiempo que pases aquí, todo resultará impredecible.

«Impredecible»

¿Cuánto hacía que esa palabra no se sincronizaba con mi vida? Mucho. Demasiado. Más bien diría que infinito.

Yo no era alguien impredecible, al contrario; era súper, mega, ultra predecible porque todo lo debía tener previsto, controlado y planificado.

—No creo que sea una buena idea el hecho de que...

—Me da igual si te parece una buena idea o no —Soltó dejando mi frase a medias—. Como futuro marido tuyo que soy, me veo en la obligación de velar por mi prometida —añadió con esa sonrisa de picardía a la cual probablemente era incapaz de negarle nada—, y no dejar absolutamente nada a la improvisación o azar resulta deprimente.

Si algo debía reconocer es que las palabras “futuro marido” y “prometida” sonaban sumamente bien dichas por esos labios carnosos y esa voz grave que me derretía completamente.

—Deprimente lo será para ti, para mi es más que satisfactorio —contradije a pesar de que era sumamente bueno vendiendo un producto, solo tenía que mirar esos ojos, ese cuerpo, esa pose... y ya podía ser el diablo queriendo comprar mi alma que estaba dispuesta a dársela incluso gratis.

—¿Me vas a decir que no lo has pasado bien este fin de semana en Roma?, ¿De verdad vas a negarlo? —Insistió acercándose peligrosamente hasta mi de forma que fui incapaz de dar un paso hacia atrás como si tratara de huir de su cuerpo, sobre todo, porque era consciente de que en cuanto pusiera una de sus manos sobre mi piel, estaría completa y absolutamente perdida.

—No —negué. Era consciente de que no podía negarlo, había sido quizá el mejor fin de semana que había tenido en mucho tiempo, quizá solo era relegado por el que habíamos pasado en Escocia y ese también había sido junto a él—. No voy a negarlo —añadí observando esos ojos castaños que evaluaban mi rostro como si fuera una presa a la cual cazar.

—Entonces está todo dicho —confirmó acercándose ahora suavemente rozando con su nariz mi mejilla, consiguiendo que mi respiración no fuera pausada y acorde, sino completamente descontrolada e inusual. Él me aturullaba los sentidos, me producía cortocircuito en mis pensamientos y obnubilaba por completo mi buen juicio. Definitivamente Damián Devoir era el primer hombre en conseguir aquello—. Vas a descubrir que tras experimentarlo, no querrás volver a esa vida insulsa y controlada que llevabas —susurró antes de morder suavemente el lóbulo de mi oreja consiguiendo que escapase un gemido de mi garganta por el puro placer de sentirlo.

No era consciente de analizar sus palabras, mi cerebro era incapaz de darle forma y coherencia, por mi podía acabar de firmar mi sentencia de muerte que la aceptaría encantada con tal de que volviera a hacerme suya una vez más, de que me llevara de nuevo al cielo y viera las estrellas del

firmamento entre sus brazos.

Mis manos tocaron su firme pecho endurecido y ascendieron hasta entrelazar su nuca, fue justo ese el momento en que sentí como sus manos se ajustaban a mi cintura apretándome contra él y sus labios buscaron los míos para fundirse cálidamente en un beso devastador.

Los dedos de Damián bajaban suavemente por mis nalgas hasta que sentí el contacto con mi piel como si me abrasara a su paso. Jadeé de puro placer en su boca cuando noté como sus manos se aferraban a mis nalgas apretándome con fuerza y sintiendo su entrepierna completamente endurecida.

¡Dios!, ¡Ese hombre era pura dinamita! Aunque lo cierto es que de algún modo me sentía completamente devastada cada vez que me tocaba porque el poder de seducción que el adonis griego ejercía sobre mí traspasaba cualquier límite de mi entendimiento.

Nunca me había sentido tan sumamente entregada a un hombre como lo hacía con Damián. Ansiándolo con tanto fervor y tanto ímpetu que era capaz de mandar al diablo todas mis propias normas, convicciones o razonamientos.

Hasta ahora siempre había determinado incluso con antelación cuando tendría sexo y con quién. No solía dejar al azar ni siquiera ese tipo de cosas por lo que siempre controlaba mis propios impulsos o más bien los reconducía, pero con él todo era diferente. Bastaba que se acercase a mi cuerpo para que mi mente solo pensara en cuando sería la próxima ocasión en la que me haría disfrutar entre sus brazos o cuándo me teletransportaría al éxtasis con otro apabullante orgasmo.

Mordí de forma nada delicada su hombro en respuesta a ese apretón de nalgas que me estaba dando y escuché un aullido. No era dolor, más bien intuí que era sorpresa y sentí como me alzaba saliendo de la habitación.

—¿Dónde vamos? —pregunté anonadada por alejarnos de aquella cama en la que estaba más que dispuesta a que me tirase para después llevarme a la luna con sus caricias.

—A la terraza —respondió sin más.

¿Qué?, ¿Por qué?

Antes de poder decir palabra alguna, observé expectante como me llevaba en brazos a pesar de estar enroscada con mis piernas en su cintura y sin dejar acariciar con la lengua su cuello, noté el frescor que emanaba del exterior en cuanto accedimos a la terraza.

—¿Me vas a tirar al vacío y fingir que ha sido accidental? —susurré con

cierto tono de diversión mordiendo suavemente su cuello.

—Tengo planes más satisfactorios y menos macabros que ese en cuanto a ti se refiere... —jadeó antes de apresar mi boca con fuerza y morderme el labio inferior al punto que no pude evitar pegarme más a él dada la necesidad de afecto que corría mis entrañas en cuanto a él se refería.

—¿Y cuáles son esos planes satisfactorios? —pregunté encarecidamente mientras apoyaba de nuevo mis pies en el suelo porque me había dejado y lentamente me dio la vuelta para que viera como la ciudad estaba iluminada a nuestros pies. Debía reconocer que las vistas eran preciosas... aunque en ese momento estaba tan cegada por la pasión que era incapaz de apreciar todo el encanto que tenían.

—Convencerte de que no encontrarás mayor placer en otro lugar que aquí —susurró mientras notaba como estiraba desde la cintura de mi camisón hacia arriba hasta frotar su entrepierna en mi trasero de forma poco disimulada. De hecho, lo hacía con tanto descaro que era incapaz de pensar en lo que me decía —. Conmigo.

—Joder... no lo soporto más —susurré tratando de darme la vuelta pero él me lo impedía. Su mano se coló entonces por la fina tela de encaje de la prenda interior que llevaba puesta y cuando noté como sus dedos acariciaban mi clítoris me estremecí.

—Abre bien los ojos, grita cuanto quieras, pero no los cierres... —susurró con esa voz ronca mientras notaba como se apartaba ligeramente e intuía que debía ser para bajarse el pantalón.

—¿Por qué? —jadeé de forma algo incoherente porque estaba más pendiente de sus movimientos y del momento en el que se hundiera dentro de mi ser que por todas las vistas que tenía frente a mi por más hermosas que fueran.

—Porque siempre miras, pero nunca ves... —jadeó justo antes de notar como se abría paso entre mis muslos y sentía como se adentraba hasta colmarme de placer.

Sus movimientos se volvieron incesantes y lo cierto es que había acumulado tanta necesidad de tenerle de nuevo que en cuanto jadeó mi nombre al oído, sentí como aquel orgasmo me avasallaba partiéndome en dos y provocando que todo mi cuerpo temblara.

No había cerrado los ojos y no era porque me lo hubiera pedido o porque apreciara la espléndida vista que tenía frente a mi, sino porque sentía que con

aquella frase acababa de decirme algo importante solo que no sabía exactamente descifrar el qué.

No me atreví a preguntar nada después de aquel explosivo encuentro, no sabía exactamente porqué, pero casi me daba pavor preguntar por conocer la respuesta. Tenía miedo... siempre había vivido con miedo y por eso sentía la necesidad de tenerlo todo bajo control, para que nada se escapara al azar en mi mundo estrictamente controlado y no tuviera que sufrir las consecuencias de ello, solo que Damián estaba siendo ese tornado que arrasa por completo todo mi mundo y yo misma era consciente de que al terminar la tragedia debería recoger los despojos que se quedasen para reconstruir de nuevo mi vida.

Cenamos algo ligero que preparamos juntos en la cocina. Lo cierto es que noté cierta calidez en sus ojos cada vez que me miraba como si quisiera saber que era lo que trataba de esconderle o tal vez así era como yo lo interpretaba. Por un lado no quería que él descubriera los sentimientos que sin pretenderlo se estaban escapando a mi control y convirtiéndose en mucho más que afecto hacia su persona, en resumen; no quería que descubriera que me estaba enamorando de él, pero por otro lado había acordado vivir aquella experiencia con absoluta intensidad, dejando atrás cualquier sentimiento, razón o culpa por lo que ocurriera, actuando como si aquello fuera real y no lo estaba haciendo, no del todo porque era incapaz de abandonarme al más absoluto caos que aquello representaba para mi, solo que las consecuencias iban a ser igual de desastrosas, así que más me valía apostar todo sin reservas o después me arrepentiría durante el resto de mi existencia.

—¿Deberíamos elegir la fecha de la boda, no crees? —pregunté así de pronto, como si una bombillita se hubiera iluminado en mi cabeza y mi cerebro no dejaba de decirme que su respuesta sencillamente sería; tan lejos no llega el juego, querida.

—Desde luego, porque habrá que organizar la boda con bastante antelación y dar la fecha a los invitados. Había pensado en primavera, ¿Te parece bien?

¿De verdad íbamos a organizar una boda?, ¿Una boda real?, ¿Por qué mi cerebro no dejaba de repetirme una y otra vez que aquello estaba mal, desastrosa y absolutamente mal?

«María... ¡Envía tu juicio al diablo!»

Si el adonis griego quería organizar una boda, ¡Adelante el bodorrio!

—Sería perfecto en mayo, el primer sábado de Mayo... —susurré porque esa siempre había sido mi idea desde pequeña. Además de una catedral con enormes frescos en sus cúpulas y grandes vidrieras que iluminaran todo el lugar. Un vestido blanco de cola kilométrica y un príncipe azul a mi lado que me amase tanto como en los cuentos de hadas.

«Exacto. C-u-e-n-t-o d-e h-a-d-a-s María. No deja de ser un puñetero cuento de hadas, ¡Que te quede bien claro! No eres Blancanieves por más que él sí parezca un príncipe azul».

—Pues será el primer sábado de mayo entonces... —susurró antes de colocar sus labios sobre los míos en un gesto tan dulce que hizo que me derritiera por completo y cerré los ojos pensando o más bien suplicando que fuera verdad, que aquello se convirtiera por obra divina en realidad.

Capítulo 19

Sonó la alarma y la apagué adormilada, tarde varios minutos en acostumbrarme a la estancia y darme cuenta que aquella no era mi casa sino la de Damián.

Hablando del adonis griego, ¿Dónde estaba? No había rastro de él en la cama y entonces sentí el olor a café inundando mis fosas nasales.

—Cafeína, ¡Bienvenida seas a mi vida! —dije levantándome para ir hacia la cocina.

La visión de cierto adonis sin camisa, con el pantalón del pijama lo suficientemente bajo para apreciar sus abdominales, ese cabello despeinado y revuelto... ¡Joder!, ¡Este hombre emana sensualidad y masculinidad por los cuatro costaos!

«Quien fuera taza para probar esos labios» Gemí interiormente viendo como se llevaba el café a los labios y degustaba un sorbo.

¿Quién fuera taza?, ¡Se supone que eres su prometida mentecata!, ¡Plántale un buen beso en los morros si te apetece!

—¡Buenos días preciosa! —exclamó en cuanto se percató de mi presencia porque parecía bastante absorto con algo que leía en su móvil.

—Buenos días... —susurré acercándome importándome muy poco mi aspecto, así fuera la bruja del cuento con ojeras, demacrada y pelos de loca él me había llamado preciosa, ¿no?

Sin darme tregua a pensar lo que mis pies y mis manos de por sí hacían, llegué hasta él y me incliné de puntillas para alcanzar su boca que lejos de alejarse, pareció percatarse de mis intenciones y sentí como aplastaba sus labios contra los míos con intensidad.

—¿Has dormido bien? —preguntó en cuanto me separé momentáneamente de su boca y una vez saciado mi deseo de probar esos labios, mi cuerpo ansiaba otra cosa, ¡Café!

—Perfectamente —dije quitándole el café que llevaba en la mano y volviéndome hacia la habitación con mi trofeo en las manos—. ¡Gracias por prepararme el café! —exclamé sin volverme para que no notase la perfecta

sonrisa que tenía en la cara.

—Traidora... —gimió y después escuché su risa antes de perderme tras la puerta del baño.

Era tan extraño ir a la oficina acompañada por Damián y que todos nos evaluaran al entrar. Se había corrido el rumor de que éramos pareja o, mejor dicho; prometidos. Sentía como nos miraban con cierta curiosidad, imaginaba que más de uno pensaba que pintaba alguien como él —un dios forrado y guapísimo—, con alguien como yo, que tenía un aspecto más que normalito.

—¿Te veré a la hora de comer? —pregunté justo cuando entrábamos al ascensor.

—Hoy es imposible. Tengo una cita importante para almorzar con un cliente, pero pasaré a recogerte para volver a casa.

—Claro. Sin problema —contesté pensando que lo más probable sería que pidiera algo para comer en mi despacho con tal de no bajar sola al comedor.

En el momento en que las puertas del ascensor se abrieron en mi planta iba a salir despidiéndome con un simple hasta luego cuando Damián me retuvo por el brazo y me hizo volverme sobre mi misma para verle de frente.

—Esto es tuyo —dijo entregándome la agenda y no supe que decir, porque siendo franca, ni tan siquiera me había percatado de que la iba a necesitar—. Me la darás en cuanto te recoja al salir del trabajo —decretó como si se tratara de una orden.

—Eso ya lo veremos —dije mordiéndome el labio y observando esos ojos castaños llenos de profundo deseo.

—Lo harás... a menos que decidieras dejarla en tu despacho, solo que ningún lugar es más seguro para guardar tus secretos que mi caja fuerte.

Eso era verdad, arriesgarme a dejarla en el despacho podría ser una opción, pero ni cerrando el cajón con llave estaría tranquila.

—Yo te entregaré la agenda cuando salga de trabajar si a cambio vienes conmigo al gimnasio —contesté tratando de evitar la risa, porque era consciente que en esas dos semanas iba a ser incapaz de ir a sabiendas que la alternativa podría ser estar gozando en el quinto cielo junto a él.

—Trato hecho —contestó rápidamente dándome un palmetazo en las nalgas provocando que diera un leve saltito, cosa que me inclinó aún más hacia él—. Aunque lo que menos querré será correr sobre la cinta cuando mis ojos vean ese trasero enfundado en unas mallas ajustadas.

«Pues anda que yo lo tengo listo con tu perfecto cuerpo sudoroso y enfundado en una camiseta ajustada»

¡Mierda María!, ¿Solo se te ocurren ideas que fomenten aún más tu admiración por ese hombre?

«A lo hecho, pecho»

Iba a contestar, a decir que pensaba ponerme unos pantalones anchos por más mentira que eso fuera porque no tenía ningún chándal no apretado para hacer deporte —así de moderna era, o mejor dicho, Nerea me hizo tirarlos todos a la basura o rajarlos para trapos de polvo—, pero escuché un carraspeo y bye bye mi beso de despedida y mi respuesta poco convincente.

—Buenos días Ingrid —mencionó Damián sin apartar esa mano de mi trasero, como si le pareciera lo más normal del mundo.

Traté de empujarle, pero no había forma, el tío se mantenía ahí firme acaparando mi culo y de paso; el ascensor.

«Como se nota quien es el mandamás en esta empresa»

—Buenos días señor Devoir. Buenos días señorita Acosta —contestó Ingrid como si estuviera esperando órdenes.

—Nos vemos luego Damián —dije formalmente tratando de despedirme para salir del ascensor y transformarme en la ejecutiva agresiva y adicta al trabajo que solía ser cuando entraba en mi despacho.

—Te recogeré a las seis en tu despacho —susurró acercándose hasta mi y rozando sus labios con los míos—. Ni un minuto más, ya es suficiente las ocho horas que estaré separado de ti para permitirte un solo segundo extra.

Mi cuerpo tembló con esa mención, solo que lo hizo aún con mayor fervor cuando noté como entrelazaba esos pecadores labios con los míos y sentía como me teletransportaba a un mundo muy lejano del que me encontraba; al universo de Damián, donde sus caricias, sus besos y todo lo que él englobaba me hacían perder el sentido de todo y de todos.

—Que tengas un buen día, preciosa —comentó en voz baja, pero lo suficientemente alto para que Ingrid lo escuchara. Probablemente mi secretaria tendría cara de no saber donde meterse ante el espectáculo que acabábamos de darle, pero su trabajo era asistirme y probablemente estaba allí de pie porque tenía información importante que revelarme—. Ingrid —añadió captando la atención de la joven—. Procura que no trabaje más de lo necesario, la quiero en plenas facultades cuando llegue a casa —mencionó mirándome a mi en lugar de a ella como si tuviera una promesa escrita en los ojos al decir en voz

alta aquellas palabras.

¿Era algo en clave?, ¿Podría sospechar con esa frase que me esperaba sexo frenético esa noche?

«¡Oh por dios que sea que sí!» musité saliendo del ascensor y antes de ser consciente las puertas se cerraban tras de mí.

Ocho horas. Solo eran ocho horas sin ver a Damián, pero lo cierto es que ya empezaba a ser un mundo teniendo en cuenta el fin de semana que habíamos pasado tan intenso.

—Dime eso tan importante que se supone que tienes que contarme —dije caminando hacia mi despacho seguida por Ingrid.

—Uno de nuestros mayores clientes acaba de comunicarnos que va a sufrir una auditoría —soltó Ingrid tratando de mantener la calma.

—Genial. Digna forma de comenzar un lunes —grazné sabiendo lo que conllevaba eso... revisar todas las cuentas al milímetro, para eso nos pagaban.

—Pásame el informe detallado de la auditoría y el cliente, le echaré un vistazo en cuanto me sienta en mi despacho.

—La cuestión es que el asesor de la auditoría está aquí, como tardabas le hice pasar a tu despacho.

—¿Ya está aquí?, ¿Cómo? —exclamé atropelladamente.

Lo normal es que llevara un proceso paulatino, no aparecería hasta al menos una o dos semanas después y eso nos daba margen de evaluar todas las cuentas para subsanar posibles errores.

—Se trata de un cliente inglés y allí parece que las cosas funcionan de un modo distinto —decretó Ingrid como si eso lo justificara todo.

«Los ingleses y sus manías, como si creyeran que ellos son los únicos capaces de hacer todo perfectamente bien. Ya me estaba imaginando al cretino de turno con mocasines, corbata, chaqueta de cuadros y repeinado de gomina hasta las orejas esperando en mi despacho»

—Tráeme un café triple, mejor cuádruple —susurré justo antes de girarme hacia mi despacho y hacer una entrada triunfal como si no me sorprendiera en absoluto que un tontainas inglés viniera a irrumpir mi perfecto mundo.

—Señor Spooner, le presento a la señorita Acosta. Ella es la encargada de la cuenta global de Enterprise, S.L

En cuanto el hombre de estatura mediana y complexión delgada se dio la vuelta pensé que debía ser una broma, ¿Dónde estaba la cámara oculta? No...

definitivamente el karma me odiaba si me hacía tener que trabajar con ese panoli de turno.

—¡María!, ¡Que sorpresa! —exclamó con ese acento tan británico.

—Hola Steven —susurré con mucho menos ímpetu mientras el efusivo mindundi me apretaba la mano con fervor y se acercaba para darme dos besos.

—Vaya... al parecer se conocen. Le traeré entonces su café señorita Acosta —apuntó Ingrid haciendo ademán de marcharse.

—¡Que sea quintuple Ingrid! —grité con cara de espanto.

—El destino se empeña en unirnos. Sin duda esto debe ser una señal —mencionó en cuanto Ingrid salió por la puerta para traerme ese café bien cargado.

¿Destino?» ironicé. Di más bien crueldad.

«Algo malo debí hacer en otra vida si me lo pagaba de aquella forma. Si es que tanto sexo —y del bueno— con ese adonis griego te iba a salir caro María». Y bastante caro a juzgar por el espécimen que tenía allí delante tratando de apretujarme con la excusa de la efusividad por volver a verme

—Mira Steven... —comencé a decir mientras apartaba esas manos lo suficientemente lejos de mi y avanzar hasta mi asiento donde de algún modo esperaba que fuera consciente de que allí solo debía reinar la profesionalidad —. Sé que el último encuentro fue algo desastroso —mencioné recordando que le tiré la copa de vino y que Nerea me dijo que no deseaba volver a verme —, pero será mejor que nos centremos en el trabajo y dejemos a un lado el hecho de que nos conocemos, ¿Te parece bien? —pregunté con la mejor de mis sonrisas esperando que todo fuera mera cordialidad.

¿Por qué de todos los hombres inútiles que hay en este planeta has tenido que poner a este tío en mi vida? Probablemente nunca tendría la respuesta a esa pregunta, salvo creer en las casualidades o que el tal Steven era un perturbado que me perseguía.

«Mejor piensa en lo primero o tendrás pesadillas para no dormir, chata»

—Podemos hacer de este proceso algo tedioso y sumamente largo, o por el contrario algo placentero y del que tu empresa salga completamente indemne. Tu decides, María Acosta...

¿Qué?, ¿Hola?, ¿El tontainas acaba de soltarme una amenaza?, Todavía le tiro por la ventana y finjo que se ha caído él solito, total... le estaría haciendo un favor al mundo.

—¿Perdón? —exclamé como si fingiera que no había comprendido nada

en absoluto.

—Vamos María. Sé perfectamente que el numerito ese del novio que era tu jefe solo lo hiciste para darme celos. Admito que causo efecto, pero te perdono por ello.

«Denle el premio al mayor idiota de la historia» susurré en mis adentros.

—Tu en cuanto a mujeres se trata estás más perdido que Pinocho en un Ikea, ¿verdad? —solté cruzándome de brazos y en ese momento agradecí a Dios que mi secretaria entrara de nuevo con ese café y para mi sorpresa también llevaba un enorme ramo de gardenias.

—De parte de su prometido, señorita Acosta —terció Ingrid entregándome el ramo y dejando el café sobre la mesa.

«Anda listillo... ahora vas y lo cascás» medité sin mirar el rostro de Steven sino que cerré los ojos para aspirar la dulce fragancia.

—¡Que bien huelen! —exclamé sonriente mientras cogía la nota que llevaba en el centro del ramo y leerla vorazmente.

«¿Son estas tus favoritas mi preciosa prometida? Porque si es así, te regalaré un ramo de ellas cada día.

Atentamente. Damián Devoir».

Este hombre es perfecto. Jodidamente perfecto.

¿Sería así de detallista con sus parejas? Porque no me imaginaba como demonios la ingrata de Rebecca había podido cambiarlo por uno de gama más baja.

—¿Decías? —exclamé entonces mirando a Steven—. Por si no lo sabías estoy prometida —añadí haciendo énfasis en la palabra prometida y enseñando el enorme pedrusco que llevaba en el dedo.

—Vamos... los dos sabemos que es una farsa —concluyó mirándome fijamente y maldecí los siete infiernos.

¡Como Nerea le haya dicho algo, la mato!, ¡Juro que la mato! Aunque igual se lo había mencionado al tal Mathews y éste a el imbécil que tenía allí delante.

—Tan falso que por eso me caso el primer fin de semana de mayo —dije convencida, casi tanto que hasta yo misma me lo creí—, y por si lo dudabas... solo le hacía un favor a Nerea cuando acepté cenar contigo.

—Supongo que entonces trataremos esto por la opción larga y tediosa —

decretó levantándose con cara de enfado y supuse que no le había sentado nada bien mis palabras.

«Pues dos trabajos tienes chico; inspira y expira porque solo quería una cosa de Steven, ver su culo saliendo de mi despacho.

Aunque comprendí que cuanto más cabreado le tuviera, mas amargo sería todo aquel proceso y me haría perder el tiempo, algo que no me importaría si no fuera porque nos retrasaría en las cuentas del resto de clientes. Una auditoría poder ser muy, pero que muy tediosa.

—¿Qué es lo que quieres para que la auditoría sea breve? —exclamé pensando que si se trataba de una comida, cena o simplemente una cita hasta podría pensármelo solo por mi paz mental.

—Que te acuestes conmigo —soltó tan fresco que en ese momento sentí un cosquilleo por todo el cuerpo y no fue precisamente por deseo, sino asquerosidad. ¿De verdad había tenido la osadía de decir aquello?, ¿La santa cara dura de chantajearme con sexo? —. Tampoco te supondría un esfuerzo, sé que me deseas... lo supe desde la primera noche que nos conocimos y por más que digas que aceptaste esa cita por hacerle un favor a Nerea, en el fondo se que te gusto, que te mueres de ganas por meterte en mi cama y que todo ese rollo con tu jefe solo es una excusa para hacerte de rogar.

—Mira Steven, conmigo tienes menos futuro que un vampiro mellao y de paso eres más soso que un yogur de agua. Te digo eso porque lo siguiente es mandarte a la mismísima mierda, y no me extraña que ninguna mujer quiera acercarse a ti porque la espantas; primero con tu físico y luego con esa forma de ser prepotente que asusta, pero a tu favor diré que tienes más autoestima que todas las modelos de Victoria Secret juntas. Ahora si no te importa, fuera de mi despacho y tomate todo el tiempo que te de la gana para hacer la auditoría que yo te estaré demandando por extorsión y acoso.

Supe por su cara lívida y pálida que no se esperaba aquel final, pero más le valía que alguien le pusiera los puntos sobre las íes a ese imbécil por excelencia.

En cuanto salió de mi despacho solté todo el aire que había contenido y tarde varios segundos en darme cuenta de que el teléfono de mi despacho estaba sonando hasta que lo descolgué.

—Despacho de María Acosta —dije en un tono serio y formal.

—Vaya... que profesional, no me esperaba una respuesta tan formal.

—¿Damián? —pregunté sorprendida de que fuera él. Lo normal era que

acudiera a mi despacho o me llamase al móvil.

—Te llamé al móvil, pero imagino que lo tendrás en silencio cuando no contestaste a mis mensajes.

—Si. Bueno, no sé. He estado ocupada con un responsable de auditoría que estaba en mi despacho —mencioné sin darle muchos detalles.

—Cierto. Me informaron de que ha sido una sorpresa. Trata bien esa cuenta, es demasiado importante para la empresa, así que dale todos los informes que te pida y procura que esté contento.

¿En serio? Pues ya iba tarde, por suerte mi cara de contrariedad no podría verla.

—¡Por supuesto! —contesté cerrando los ojos con voz fingida y esperando que mi amenaza final hiciera recapacitar a ese mentecato misógino feo y estirado, de lo contrario me vería obligada a demandarle de verdad.

—Esa es mi chica —contestó con cierta alegría en su tono y suspiré esperando no fallar en aquello, después de todo no había nada que temer, ¿verdad? Todo estaba en orden y los números cuadrarían perfectamente—. ¿Recibiste las flores? —preguntó entonces cambiando de tema.

—Si. Son preciosas —contesté mirando el ramo detenidamente y volviendo a olerlas.

—Pero no son tus favoritas... —susurró ahora resignado.

—No. No lo son —contesté con cierto atisbo de sonrisa y conteniéndome para decirle cuáles eran mis favoritas.

—Lástima, creí que con esas acertaría —mencionó ahora con más entusiasmo y aproveché para darle un sorbo al café—, te llamaba porque mi madre ha concertado varios sitios para la celebración del banquete y deberíamos ir esta semana. Ya vamos algo tarde teniendo en cuenta que se suelen reservar con un año de antelación y solo faltan ocho meses.

En ese momento comencé a toser como una condenada porque por no escupir el café me lo había tragado y casi atragantado dicho sea de paso.

—¿Vamos a reservarlo ya? —exclamé casi sin aire.

—Pues claro. Si queremos hacer las invitaciones con margen suficiente tendremos que saber donde vamos a celebrarlo. La iglesia no es problema, mi familia tiene un palacete privado y todos los Devoir se han casado ahí, pero la celebración debemos confirmarla —contestó tan normal—, tienes el número de mi madre por si acaso, te pasará algunas fotos de lugares donde ella suele tener ciertos contactos y por eso ha podido concertar la cita con tan poco

margen de antelación.

«Esto va muy rápido, no puedo digerirlo y al mismo tiempo pensar que no sucederá»

—Damián, ¿No crees que estamos extralimitan...

—Eres mi prometida —advirtió no dejando que acabara la frase—. No lo olvides María, vas a casarte conmigo.

Guardé silencio. ¿Qué se supone que contesto a eso? Me había quedado sin argumentos y sobre todo quise creer que sí, que era así de verdad.

—Dile a tu madre que le daré una respuesta a lo largo del día —decreté porque sabía que estaba esperando mi contestación.

—Te veré a las seis y recuerda... ni un minuto más —contestó antes de colgar.

Ni siquiera me había dado tiempo a sacar el móvil cuando Ingrid tocó a la puerta para llamar mi atención.

—¡Ah por favor!, ¡Dime que no son más malas noticias! —exclamé por la cara que traía.

—El señor Snooper ha exigido que le demos un despacho inmediatamente y ha solicitado todos los informes detallados y extensos de la cuenta Enterprise de los últimos tres años. ¡Tres años! —gritó con cara de no dar crédito a lo que había sucedido.

«Al final era cierto lo de hacer aquello largo y tedioso; pues prepárate para la que te espera, pedazo de chorlito»

—Asigne el almacén más pequeño y sin ventana que tengamos y dale una mesa plegable y una silla incómoda —decreté mirándome las uñas—. Ah y asegúrate de que nadie trabaje en Enterprise mientras él esté aquí, no pienso facilitarle las cosas si su única intención es fastidiarnos, eso sí, asegúrate de que reciba todos los informes que pida exclusivamente de esa cuenta.

—¿No le cae bien el señor Snooper? —preguntó algo extrañada.

—¿Tanto se nota? —ironicé—. Digamos que prefiero que me arranquen la piel a tiras con tal de tenerle alejado de mi presencia —contesté sin darle demasiada importancia—, hace solo cinco minutos me amenazó con hacer de este proceso un infierno si no me acostaba con él.

—¡No! —negó Ingrid estupefacta—. ¡Será cerdo!, ¿Quieres que llame a seguridad y le eche a patadas? —preguntó y lo vi como una posible opción.

—No estaría mal si no fuera porque no podemos permitirnos perder esa cuenta. No obstante, te agradecería que no le comentaras nada de esto a

Damián, prefiero no involucrarle.

—Como usted prefiera señorita Acosta, aunque creo que debería informarle, después de todo es quien dirige la empresa y además su prometido.

En eso tenía razón, tanto por un lado como por otro debería decírselo, pero creía poder manejar yo sola aquella situación y salir más que indemne de aquello.

—Lo pensaré —mencioné para que mi secretaria se quedase tranquila y por suerte pasé el resto de la mañana lo suficientemente tranquila y sin ningún percance.

Aproveché la hora de la comida para ver cada uno de los lugares que la madre de Damián había seleccionado para que visitáramos y debía reconocer que uno era más precioso que le otro, pero sin duda me enamoré de un invernadero, esas enormes vidrieras que dejaban pasar la luz eran perfectas para una noche estrellada. Además, las fotos de como decoraban el lugar para celebrar un matrimonio eran espectaculares y supe que ya podrían enseñarme todos los lugares del mundo que no habría ninguno como ese.

Aún así no quise decantarme de primeras solo por uno porque era consciente que decidir el lugar suponía un cambio drástico entre la ficción y la realidad. Si tenía un sitio aquello tomaría forma y color, ya no sería anunciar solo una ruptura sino también cancelar una boda y no sabía si era capaz de enfrentarme a eso. Acepté visitar todos los lugares que ella había propuesto en esa semana, dejaría pasar esas dos semanas sin dar una respuesta definitiva y así todo quedaría en un simple recuerdo, una anécdota de visitar lugares preciosos para una boda de ensueño que jamás tendría lugar.

A las seis en punto, ni un minuto antes, pero tampoco después, Damián Devoir estaba en la puerta de mi despacho, con la corbata algo estirada y la chaqueta abierta, dejándose caer en el marco de la puerta observándome y con ese cabello cuyos mechones comenzaban a desprenderse hacia su rostro.

Destilaba belleza, emanaba sensualidad, traslucía masculinidad... sin duda un adonis griego de pies a cabeza.

—¿Preparada? —preguntó en cuanto alcé la vista y me levanté inmediatamente de la silla.

—Cuando quieras —contesté con una vaga sonrisa cogiendo la agenda y caminando hacia la puerta donde él se encontraba.

Sentí la calidez de su mano que dulcemente se ajustaba a mi cintura, esa sensación de estremecimiento a la que jamás creía que me acostumbraría y

saber que pasaríamos juntos el resto de la tarde y la noche solo hacía que mis ansias se incrementaran.

—¿Todo bien? —preguntó acercándose hasta mi y depositando un suave beso sobre mis labios, tan dulce que hasta me hizo suspirar ansiando más.

—Perfectamente —contesté mirándole a los ojos como si en ellos tratara de ver algo, como si quisiera descubrir qué pensaba de todo aquello y si para él debía ser tan difícil como para mi el hecho de fingir esa relación que manteníamos cuando deseaba no hacerlo.

«Probablemente para él solo es un juego, un pasatiempo». Decreté autoconvenciéndome de ello.

—Me alegra saber que no estás cansada para el duro entrenamiento al que voy a someterte —susurró cerca de mi oído mientras las puertas del ascensor se cerraban y tal vez fuera mal pensada, pero lo que menos me imaginé en ese momento es que hablase precisamente de deporte.

Capítulo 20

Damián tendría defectos que yo aún desconocía, pero exagerar desde luego no era uno de ellos.

¡Jodido adonis griego!, ¡Con razón tenía esos músculos!, ¡Si es que era inagotable!

—Otros quince —dijo en cuanto la máquina se detuvo.

Llevábamos al menos dos horas en ese gimnasio, no tenía demasiada maquinaria, pero la necesaria para mantenerse en forma. Un par de cintas de correr, bicicletas estáticas, una máquina de pesas, un par de elípticas y la que estaba siendo mi tortura personal, una de esas máquinas que simulaba subir escaleras.

—Ya no puedo más —admití agotada.

Hasta ahora había tratado de aguantar para no parecer que era una enclenque que no soportaba ni una hora de entrenamiento, pero ¡Joder! Si es que este hombre parecía que quería acabar conmigo más que entrenarme.

—¿Tan poco aguante tienes? —exclamó con esa sonrisa perfecta, aunque en esos momentos no tenía tantas ganas de tirarme a sus brazos precisamente, más bien solo quería tirarme al suelo.

—¿Poco aguante? —pregunté de forma irónica—. ¡Si llevo más de una hora en esta máquina del diablo! —grité señalando a la susodicha.

—¿Una hora? —gimió como si no fuera consciente de ello—. Imagino que he perdido la noción del tiempo mientras te observaba.

—¿Llevas una hora mirándome el culo? —dije ahora sin saber si reírme por la situación o recrearme en mi misma por tener la certeza de que se había quedado ensimismado observando mis nalgas.

«Por lo menos era una máquina para tener bien arriba el pompis» me dije.

—Ni yo mismo sé como he aguantado tanto... —admitió parando la cinta de correr en la que estaba montado y en un movimiento saltó de ella para colocarse frente a mi y alzarme en brazos—. Puedo asegurarte que me encanta tu trasero, aunque esa no es la mejor parte de tu cuerpo —añadió mirándome

fijamente.

—¿No? —pregunté recordando la cantidad de sentadillas que yo había hecho en el gimnasio precisamente para que se mantuviera en su sitio a lo largo de mi vida.

—En absoluto —insistió con esa voz grave que me erizaba la piel y me hacía sentir en la octava maravilla—. Tienes un cuerpo hermoso, infinitamente dulce y embriagador, pero son tus ojos los que me fascinan, ese color singular e inigualable en el que deseo perderme cada vez que te miro.

No hizo falta más parlotearía para que cayera presa de todo lo que quisiera hacerme, en ese momento me saca unas esposas con látigo y hasta dejo que me azote si quiere de lo completamente fascinada que éste hombre me tenía.

«María razona. María piensa. María no te enchoches más de lo que estás porque la ostia que se avecina es bien gorda»

Pero llegados a ese punto ya me daba igual hacerme puré, total... sé que mi corazoncito se va a resquebrajar en cuanto esos puñeteros quince días terminen y vuelva a la jodida realidad.

Para mi suerte —o desgracia de otras según se mire—, Damián no es hombre de látigos, ni esposas, ni rollos baratos de sado-no se cuántos que la gente se inventa para desfogar sus traumas. Él me lleva al paraíso al más puro estilo hombre de las cavernas y del que desde luego puedo decir que me hace gritar de extremo placer.

«No sé que voy a hacer con mi vida cuando se termine ese sexo divino, igual me toca hacer voto de castidad o pegarme un tiro».

¿Estaría Damián dispuesto a tener encuentros casuales después de todo lo vivido juntos en estos días? Tal vez para él aquello fuera mucho más fácil, más simple, sencillamente activaría un botón ficticio y pasaría página en un abrir y cerrar de ojos. Definitivamente para mí iba a ser imposible... más aún con las vistas de ese trasero moldeado por dioses que tenía delante de mí mientras degustaba aquel café de la mañana recién hecho por él mismo. Estaba distraído, mirando el móvil y con el ceño fruncido. Probablemente leía el correo del trabajo, esos emails que le mandaba su asistenta a primera hora de la mañana para organizarle el día.

—¿No me dijiste en una ocasión que tenías un árbol en medio de tu salón? —pregunté recordando de pronto aquella cita en el restaurante italiano cuando me invitó a almorzar.

—¿Yo dije eso? —exclamó con una vaga sonrisa y haciéndose el ingenuo.

—Así que eres un mentiroso nato... —dije con cierto ademán de diversión.

—No me culpes por ansiar llevarte a mi cama para devorarte —contestó encogiéndose de hombros—. Supones toda una tentación de la que no puedo evitar querer embriagarme...—añadió cogiéndome de la cintura para acercarse hasta mi cuello y depositar allí un cálido beso—. Por cierto, casi se me olvidaba. ¿Qué tal el tipo de la auditoría?, ¿Está satisfecho con los informes? —preguntó dejando el teléfono sobre la mesa y reprimí mi lengua para no soltar una burrada.

—Pues... imagino que si cuando no ha dicho nada —contesté llevándome la taza de café a los labios para evitar decir algo inoportuno respecto al mentecato, porque mente-brillante desde luego no era un calificativo para Steven.

—Me alegro. Es una cuenta importante, pero mejor no hablemos en casa de temas de trabajo, hoy visitaremos uno de los lugares que mi madre eligió para la boda, que no se te olvide.

«Para hacerlo» Pensé mientras notaba ese calor que emanaba su cuerpo y me hacía perder cualquier razón que mi pobre cerebro tuviera en esos momentos.

No iba a decir; estamos llevando esto muy lejos, o; me siento fatal por engañar de esta forma a tu madre, o; ¿No te parece que nos estamos pasando tres pueblos con este acuerdo? No. En lugar de eso me limité a decir un sí casi susurrante porque a la mente solo me venían los recuerdos de esa noche de pasión que ambos habíamos tenido y que había durado hasta altas horas de la madrugada como así lo atestiguaban mis ojeras y mi pelo revuelto.

En cuanto entré en el despacho un enorme ramo de lirios me esperaba sobre un jarrón de cristal con agua. No hacía falta preguntar de quien eran a mi secretaria, sabía perfectamente la persona que las enviaba y aún no podría creer que fuera a regalarme un ramo de flores distintas cada día hasta adivinar mis favoritas.

Ingrid salió del despacho dejándome la programación del día y no pude evitar coger el sobre para ver qué había escrito esta vez, probablemente volvería a hacer referencia a la pregunta de si éstas eran o no mis favoritas, pero en lugar de eso, esta vez había algo más personal, más íntimo... más real.

«Gracias por esa noche llena de placer»

¿Eran imaginaciones mías o Damián podría llegar a implicarse también con esto?

Tendría que tener una coraza de hierro macizo para olvidar de un plumazo todo lo que estaba ocurriendo. Quizá no se enamorase de mi, eso era obvio, ni tampoco que me considerase la mujer de su vida, algo que también era más que obvio, pero cierto cariño, deseo o atracción sí que debía estar sintiendo después de las noches frenéticas que estábamos teniendo.

«¿Podría alguien como Damián enamorarse de alguien como yo?». Me pregunté volviendo a observar esas flores.

Al menos lo estábamos disfrutando. Desde luego no podía decir que aquella situación fuera una tortura para ninguno de los dos a juzgar por las noches que pasábamos y en general; todo el tiempo que estábamos juntos aunque solo fuera un paripé.

Para mi absoluto desconcierto, pasé todo el día sin tener la menor noticia de Steven, que parecía inmerso en su diminuto despacho y llegados a ese punto incluso me compadecí del pobre y horripilante ser desgraciado que había tenido la poca decencia de hacerme aquella proposición indecente.

¿Debía apiadarme de él?, ¿O más bien hablaba esa conciencia que me decía que aquella auditoría debía salir bien? Lo cierto es que iba a estar jodida como no fuera así, pero antes de tomar una decisión al respecto, Damián apareció como siempre dejándose caer en el marco de la puerta y observándome con esa sonrisa perfecta para marcharnos juntos de la empresa.

En cuanto entramos al lugar —que por cierto era precioso—, Elisabeth abrió los brazos para darme un abrazo sonriente.

«Genial. Esto me hace sentir más culpable todavía» pensé mientras recibía el abrazo de la madre de Damián y él con toda probabilidad nos observaba.

—¿Qué os parece? —mencionó Elisabeth en cuanto le dio un cálido beso en la mejilla a su hijo y fue bastante menos efusiva que conmigo, cosa sorprendente.

Damián me rodeó con su brazo por la cintura y guardó silencio observándome.

—¿Qué pasa? —exclamé cuando contemplé tres miradas sobre mi rostro; la del adonis griego, su madre y probablemente la de la persona encargada de aquel lugar.

El lugar era bonito, precioso... casi de revista de decoración, pero sin duda a título personal le faltaba ese encanto que lo hace más acogedor.

—Eres tú quien decide, preciosa.

«¿Qué yo decido?, Si yo decidiese la boda era mañana y me daba igual ir desnuda» pensé mordiéndome la lengua para no revelar lo que de verdad opinaba.

—Es bonito... —Me limité a contestar alzando la vista para divisar los techos con lámparas de araña que había en el centro de aquella sala.

—¿Cuántos invitados serán aproximadamente? —preguntó la encargada.

—Cálculo que unos cuatrocientos y algo, sin contar con la parte de María —contestó rápidamente Elisabeth—, así que mas o menos quinientas personas.

¿Quinientas?, ¿Estamos locos? Eso no es una boda... ¡Es casi mi pueblo entero!

—Hay muchos compromisos por parte de la empresa —susurró Damián como si se hubiera dado cuenta de mi cara pálida al mencionar la cifra.

«¿Por qué me daba explicaciones? Si esa boda no tendría lugar, no sería real, no se realizaría jamás».

Me giré para verle y él me observaba detenidamente, como si no le importara en absoluto el sitio, más bien parecía estar pendiente de mi reacción o de lo que tuviera que decir.

—Claro... si... por supuesto.

«Definitivamente mi cerebro se ha frito».

Tal vez solo esté pendiente por si meto la pata, por si en algún momento me salgo del guion y se me escapa que nada de aquello tendrá lugar en ese “algún día” o más bien fecha que habíamos elegido o mejor dicho que yo había elegido.

Visitamos el salón y los jardines exteriores. Ni siquiera habló de precios, supuse que cuando acudías a ese tipo de sitios, sabías a qué precios debías atenerte tratándose de un lugar tan lujoso.

—Has estado muy callada durante toda la visita. ¿Te ocurre algo? —Me preguntó en cuanto salí de la ducha y me tumbé en el sofá junto a él. Nos habíamos detenido en un restaurante al salir para cenar algo junto a Elisabeth ya que el padre de Damián estaba fuera de negocios y no nos podía acompañar.

—No, ¿Qué tendría que ocurrirme? —pregunté negando la verdad.

¿Es que acaso no era evidente lo mal que me hacía sentir aquello?

Aunque creo que no poder decirlo era aún peor.

—Bueno, si no te gusta el sitio puedes decirlo con tranquilidad, mañana visitaremos otros dos más, pero no quiero que te cohíbas, me gusta saber que es lo que te encantaría para un día tan especial.

¿Hasta en eso tiene que ser perfecto?, ¡Demonios de hombre!, ¿Porqué no puede ser real? Quizá si lo fuera no sería tan sumamente atento y principesco.

—Tu tampoco has estado muy hablador al respecto —contesté tratando de ver si era capaz de mencionar algo del tema.

—Estaba demasiado ocupado pendiente de tu reacción. —Se limitó a decir.

¿Pendiente de mi reacción?, ¿Tanto le interesaba? O tal vez fuera miedo a que estropeará todo.

—¿Por qué? —pregunté con cautela.

—Porque quiero que todo sea como tú quieres...

¿Hola?, ¿Planeta tierra llamando a María Acosta?, ¿Hay alguien ahí?

«No contestan»

—¿Cómo yo quiera? —reaccioné pasados como cinco minutos, igual había sido menos, pero a mi me parecieron incluso más—. ¿Acaso pretendes hacer realidad mis deseos?

¿Estaba en esa fina línea que podría interpretarse como lo que no era? Porque desde luego yo estaba pensando en mucho más allá que ese concepto de fingir que todo es real.

—Todos y cada uno de ellos —admitió alzándome para que amoldara mis piernas sobre las suyas y así pudiera atraerme hacia él otorgándome un suave beso en la comisura de los labios—. ¿Te gustaron los lirios? —preguntó dándome otro beso más cerca del cuello.

—Me encantaron, pero no son mis favoritos —respondí sintiendo como sus labios humedecían mi cuello y jadeé tras decir aquello.

—Una lástima, creí que esas serían las idóneas —contestó con una medio sonrisa y mordió suavemente mi garganta mientras deslizaba una de sus manos entre mis piernas.

—Te has acercado, pero no lo suficiente —susurré en su oído dejándome avasallar por el calor que emitía su mano abriéndose hueco entre los pliegues de mi sexo.

—Hagamos un trato —jadeó bajando sus labios por el escote de mi camisón, que por suerte era bastante generoso.

—Me das miedo cuando dices eso... —susurré abriéndome de piernas para él como si esa fuera una respuesta evidente a que pensaba aceptar con casi toda probabilidad ese trato.

—Si acierto qué tipo de flores son tus favoritas antes de que terminen los quince días, me concederás un deseo, sea cuál sea éste el que te pida.

¿Concederle cualquier cosa que pidiera?

—¡Admítelo, estás pensando en pedirme que asesine a Rebecca! — exclamé irónicamente y para mi fortuna se echó a reír, porque solo a mi se me puede ocurrir pensar en algo macabro en esos momentos.

—Te prometo que no trata de algo que implique a terceros. Solo a ti y a mi —dijo con esa mirada oscurecida cuando volvió en sí.

Aquello prometía lujuria, pasión, frenesí, éxtasis y placer a mansalva.

—Entonces acepto —dije acortando la poca distancia que separaba su boca de la mía y sellando aquel trato con un beso nada casto.

No tenía ni idea de cuáles eran sus pretensiones con aquel gesto, pero siempre que la consecuencia fuera estar bajo el mismo techo que aquel adonis griego, podría decirse que estaba prácticamente encantada de hacerlo.

El resto de la semana fue bastante tranquila teniendo en cuenta que estábamos sufriendo una auditoría. Steven parecía inexistente, de hecho, no había pedido ni un solo informe más desde los que solicitó a Ingrid y no sabía si estaba esperando alguna reacción por mi parte o definitivamente le había dado un chungo, se había muerto y estaba criando malvas en ese cuartucho oscuro.

Para mi pobre y nefasta conciencia decidí comprobar yo misma que seguía vivo, no por interés o culpa, más bien por lo que me podría perjudicar no hacerlo y porque en el fondo a pesar de que el tipo me caía peor que mal, era humana.

—Buenos días, Steven —dije llamando a su puerta que estaba ligeramente entornada.

—Hasta que tienes la decencia de venir a verme. ¿Ya te has arrepentido de rechazarme? No creí que tardaras tanto en hacerlo.

¿Qué?, ¿Dónde está la marihuana que se fuma este tío? Seguro que la tiene escondida en alguna parte...

—Ni he cambiado de parecer, ni pienso aceptar tu propuesta así me costase un despido, ¡Espero que disfrutes de las vistas! —aclaré irónicamente para que tuviera en cuenta que no tenía ventanas.

—Pienso encontrar errores en estos informes María y cuando lo haga, me suplicarás porque te meta en mi cama... si es que no lo haces antes.

«Antes me tiro de un décimo piso» ¿En serio este hombre puede decir esas cosas con tanta impunidad y quedarse tan pancho?

—No sé ni para qué me molesto en ser educada, si ya está claro que eres un cerdo sin modales. No te saco de aquí a patadas porque no te ha contratado la empresa, pero ganas no me faltan.

—¿Por qué no dejas de fingir y admites que me deseas de una vez? Te lo veo en los ojos cada vez que me miras.

¿Qué me lo ve en los ojos?, ¿El qué?, ¿La repulsión?

—Todo el numerito ese del otro día ya sé que es para hacerte la interesante, para que no parezca que eres una mujer fácil, me ha quedado claro —insistió.

—Creo que has jugado a demasiados videojuegos de pequeño y te han quemado el cerebro, porque confundes realidad con ficción si crees que ves deseo en mis ojos en lugar de repulsión.

—¿Ah sí?, ¿Y porqué vienes a mi despacho tu sola?, ¿Dónde está ese supuesto novio tuyo con el que te vas a casar?

En ese momento vi que se levantó y se acercó hasta donde me encontraba. ¡Por dios!, ¿Qué tipo de colonia es esa? No sé si es que los feos utilizan colonias pestilentes o es que por más buen perfume que se eche para mi seguirá siendo horrible.

—Quería saber cuánto tiempo más tendré que soportar tu presencia — dije dando un paso hacia atrás y entonces sentí que me agarraba la mano y me estiraba hacia él.

No lo esperaba, de haberlo hecho me habría agarrado al marco de la puerta para que no lo hiciera.

El tipo parecía un pulpo porque sus manos comenzaron a toquetearme la cintura mientras trataba de abalanzarse sobre mi y le empujaba sin que surtiera efecto. En ese momento le clavé el tacón en el pie mientras que esperaba que el rodillazo para coger impulso le hubiera dado en todas sus partes nobles y gritara de dolor.

De uno u otro modo conseguí lo esperado, el tipo gritó y me soltó, de hecho, lo hizo tan bruscamente que casi tambaleé y cuando pude reaccionar vi que alzaba la mano para propinarme una bofetada. Me había preparado para el golpe, ni siquiera tuve la reacción de alzar el brazo, solo cerré los ojos, pero

en lugar de escuchar esa palma dándome un guantazo en toda la cara, solo escuché un lamento.

Al abrir los ojos contemple la escena que no sabía si era ficción o realidad, pero el adonis griego tenía cogido de la mano al mentecato de Steven que estaba arrodillado en el suelo quejándose de dolor. Yo no sé si eso era una llave de kun-fu o qué, pero debía doler un huevo y parte del otro cuando el tío estaba al borde del llanto.

—Largo de aquí —pronunció Damián con una calma inaudita—. No sé quien eres ni me importa, pero como vuelva a verte en esta empresa me aseguraré de que no te reconozca ni tu madre.

No sabía si eso era una amenaza en toda regla, porque lo mismo después de una paliza resultaba más guapo de lo que de por sí no era, igual analizándolo fríamente hasta le venía bien al subnormal de Steven.

¿Cuándo demonios se había convertido aquella disputa en algo tan personal? Jamás pensé que las cosas se fueran a extralimitarse tanto con ese tipo, pensé que solo sería un grano en el culo que soportar una temporada, pero que después se largaría y me dejaría en paz. Estaba claro que no iba a poder manejarlo yo sola hasta el final y por lo que acababa de pasar las cosas podrían haberse puesto mucho peor. Jamás había pensado que Steven era alguien que pudiera levantarle la mano a una mujer. Pensé que era de esos tipos; por la boca muere el pez. Un petulante, prepotente, creído de sí mismo sin razones y probablemente demasiado mimado para creer que siempre puede conseguir lo que quiere, pero a la vista resaltaba que necesitaba que alguien le pusiera en su sitio y para mi desgracia, esa no había sido yo.

En cuanto Damián le soltó el tipo no se quedó callado.

—Es ella quien venía buscándome, no yo...

—¡Largo he dicho! —gritó Damián con tanta furia que para mi fortuna Steven se levantó y se largó esperando que no lo volviera a ver en el resto de mi puñetera vida.

En cuanto Steven se fue, Damián cerró la puerta y nos quedamos a solas en ese minúsculo cuarto pequeño a la luz de una bombilla.

—¿Qué hacía ese tipo del restaurante aquí? —preguntó entonces mirándome como si necesitara evaluar mi respuesta.

—Es el encargado de hacer la auditoría —admití llevándome una mano a la cabeza como si estuviera resignada—. Pensé que yo sola podría pararle los pies, creí que no cruzaría cierta línea y que...

No podía continuar, me daba literalmente vergüenza ajena saber que ese tipo pensaba ponerme una mano encima y que yo no iba a reaccionar en contra.

—¿Estás bien? —preguntó entonces acercándose hasta mi y acogiendo mi rostro entre sus manos para que le mirase.

—No... —gemí—. Se supone que era un cliente importante y ahora seguramente...

—Me importa una mierda la cuenta, ¿Te hizo algo?, ¿Estás bien?

—No me hizo nada —admití abriendo los ojos—. Tu llegaste a tiempo.

—Y le hubiera matado si no lo hago. ¡Hay que tener poca hombría para levantarle la mano a una mujer porque te rechace! Me aseguraré de que ese tipo no vuelve a pisar un pie en esta empresa y no te preocupes por la cuenta, se enterarán a qué clase de hombre enviaron y si prefieren defenderle es su problema.

—Pero es una cuenta importante Damián —insistí.

—Te he dicho que no me importa. En estos momentos solo me interesa saber como estás tu.

¿Cómo estaba yo? Ni siquiera tenía respuesta para eso, en aquel momento solo quería abrazarme a él y darle las gracias a Dios porque lo hubiera puesto en mi vida aquel día en el que salía del ascensor.

Me importaba un carajo la agenda, los planes, las listas, las planificaciones, la empresa, mi trabajo y el mundo entero. Solo tenía una cosa clara; que me había enamorado de ese hombre.

Me abracé a Damián con tanta fuerza que solo esperaba que no se quejara al respecto porque necesitaba sentir que al menos él era real, que lo que acababa de decir no era producto de ningún fingimiento, sino que lo había dicho porque era claramente lo que sentía en aquel momento. Sentir como correspondía a mi abrazo me reconfortó, y más aún cuando noté sus labios en mi cabeza como si quisiera darme a entender que estuviera tranquila, que él estaría ahí para siempre, cuidándome, protegiéndome, estando a mi lado para toda la eternidad.

«No quiero que se acabe. No puede acabar» me dije en el momento que me separaba lentamente y él me daba un dulce y suave beso en los labios que me hizo sonreír.

—Mi madre nos está esperando, pero podemos aplazarlo si prefieres ir a casa —mencionó en cuanto abrió la puerta y salimos de aquel cuarto infernal.

—No —negué—. Casi prefiero distraerme y no pensar en este incidente.

—Está bien, como quieras, pero no tienes de qué preocuparte. Me aseguraré de que no vuelvas a ver a ese tipo.

No tenía ni idea de como lo haría, pero no dudaba en que lo conseguiría. Igual era capaz de hacer que le enviaran a trabajar a Australia, Canadá o la Conchinchina maldita donde no volviera a verle ni en pintura.

En cuanto entré a ese lugar me enamoré. Si era bonito en fotos, definitivamente era indescriptible en persona. Era un palacio de cristal.

—Este lugar es... es... —Ni tan siquiera las palabras podían salir de mi boca ante tanta maravilla junta.

Era abovedado, inmenso, enorme y definitivamente perfecto. Probablemente casarse allí era como casarse en un lugar celestial y asequible a unos pocos mortales dada la inmensidad de aquel enorme salón.

Me imaginaba la majestuosidad de aquel salón repleto de invitados, las mesas esparcidas a lo largo de la sala, todo adornado con magnolias de color blanco... ¡Dioses! Más me valía detener esos pensamientos o mi impulso no se detendría.

—Te encanta —dijo Damián con una vaga sonrisa en sus labios—. Admite que te has quedado maravillada.

—Lo admito —dije con todo mi pesar—. No creo que haya otro lugar que supere esto en toda la ciudad.

—¡Madre! —gritó entonces alzando la voz porque estábamos algo alejados de Elisabeth y la responsable del sitio en cuestión.

—¿Si, querido? —contestó con más dulzura que el ímpetu con el que él la había llamado.

—Nos lo quedamos. María quiere este lugar y yo quiero lo que ella desee.

¿De donde habían sacado a este adonis griego? Empezaba a creer que había sido fabricado por Disney.

—¡Eso es estupendo!, ¡Ya podremos hacer las invitaciones! —exclamó Elisabeth entusiasmada.

Ay dios... ¡Ay dios! Que esto se va a liar bien grande cuando todo se vaya a la mierda.

—Todavía falta mucho tiempo, tampoco hay tanta prisa, ¿no? —dije algo abrumada.

—Cuanto antes se hagan mejor, querida. Así la gente reserva ese día en su agenda y se planifica. Además, con una boda de tantos invitados vamos a

tardar mucho tiempo en entregar las invitaciones en mano —contestó argumentando las razones y fui incapaz de negarme o reclamar. En todo caso que lo hiciera su hijo, que era el que iba a quedar como el culo de mal, porque total... yo desaparecería de sus vidas.

En cualquier caso, Damián no dijo nada, sino que se limitó a dar los datos y efectuar un pago de reserva del lugar, como si dejase bien claro que todo era real. Hasta a mi me sorprendió cuando le vi entregar el cheque con una cifra de cuatro ceros como señal.

De mi boca solo se quería escapar la pregunta; ¿No crees que nos estamos extralimitando con este acuerdo? Mientras íbamos de regreso a casa, pero por alguna razón, era incapaz de decirlas, quizá por miedo a que todo se acabase o porque en el fondo deseaba no saber la respuesta.

—¿Te apetece que pidamos algo para cenar? —preguntó una vez que entramos y cerró la puerta.

—Lo cierto es que me encantaría, ahora mismo solo me apetece darme una ducha en lugar de cocinar —sonreí con complicidad.

—¿Sabes? —preguntó acercándose a mi lentamente y colocándose el cabello detrás de las orejas—. Podría acostumbrarme a esto fácilmente... ¿Tú no? —susurró antes de rozar mis labios suavemente y apartarse.

No sabía si se refería a pedir comida a domicilio o al hecho que conllevaba esa situación, pero fuera cual fuera de las dos, la respuesta era afirmativa.

—Si —admití dándome la vuelta para que no viera en mis ojos que me afectaba mucho más que a él—. Podría malacostumbrarme a esto...

Dejé que el agua arrastrara toda la tensión acumulada del día, habían sido demasiadas cosas en muy poco tiempo; Steven, el lugar de la boda, Damián. Igual cuando terminasen aquellos quince días iba a necesitar unas vacaciones, unas largas y aisladas vacaciones para poder superar tantas cosas en tan poco tiempo.

Capítulo 21

Los siguientes días fueron demasiado cortos para degustarlos, comenzaba a creer que el tiempo pasaba demasiado rápido y ahora entendía esa sensación de que cuando realmente disfrutabas de algo o de alguien, las horas volaban hasta esfumarse. Casi no podía creerme que hubiera pasado una semana, ¡Y solo quedaba otra más! Después todo se esfumaría como las hojas de los árboles en otoño.

—Buenos días, preciosa. —La voz de Damián en mi oído hizo que sonriera mecánicamente.

El hecho de que cada mañana me despertara de esa forma no ayudaba en nada, —pero en absolutamente nada—, a que no me enamorase perdidamente cada día más de ese hombre.

—Buenos días... —gemí algo somnolienta todavía y mi cuerpo desnudo bajo aquellas sábanas fue testigo del leve dolor de músculos que tenía y no precisamente por hacer deporte.

«No sé si voy a echar más en falta el sexo o al adonis griego» medité un instante mientras venían a mi mente las imágenes.

—¿Desayuno en la cama? —preguntó entonces mientras me daba la vuelta y veía la bandeja con el zumo de naranja, café y tostadas con mermelada de fresa, todo acompañado por un vasito del que colgaba una margarita.

—Ahora sé lo que sienten las princesas —contesté incorporándome con una sonrisa para sentarme en la cama.

—Eres una princesa —alegó acercándose hasta rozar con su nariz la mía—. Al menos para mí —susurró antes de rozar mis labios e inevitablemente llevé mis manos a su rostro para retenerlo allí unos segundos.

¿Era probable que Damián fuera el hombre más dulce que jamás hubiera conocido? Eso sin duda, por más que mi autodefensa quisiera decretar que solo fingía todo aquello, por otro lado, era inevitable dejarme llevar por todas esas sensaciones que me generaba.

—¿Qué es esto? —dije en cuanto me aparté de sus labios y vi los sobres

al lado del plato.

—Las muestras de las invitaciones. Elige la que mas te guste y el lunes las enviaremos a impresión.

Mi corazón comenzó a palpar demasiado rápido, ¿Por qué tanta prisa?, ¿Por qué no esperar? Tenía tantas preguntas que se atropellaban en mi garganta que me era imposible pronunciar siquiera una por si la respuesta no me gustaba.

Antes había creído que no debía decirlo porque era incapaz de hacerme a la idea de fingir verdaderamente aquello y me presionaba a mi misma para creerlo, pero ahora la pura realidad es que solo deseaba que lo fuera y no terminasen nunca aquellos quince días, deseaba que fuera eterno.

Cogí los sobres y vi que eran tres; uno en color crema, otro azul y el último de un morado intenso. Al abrir el de color crema comprobé que el interior era floreado y al sacar la tarjeta de muestra llevaba el mismo tipo de estampado floral con el texto de los nombres en relieve dorado y después una caligrafía más sencilla y pequeña en color negro para indicar el texto de la invitación. Me gustó, pero quizá me parecía demasiado floreada. Abrí la segunda invitación con el sobre de color azul y ésta era la típica invitación sobria y sencilla de color blanco roto, con caligrafía pulcra y como detalle moderno llevaba el nombre de los novios en un azul del mismo color del sobre. Por último, abrí el sobre morado y el interior era con un estampado lineal muy a mi estilo. La invitación era muy moderna, donde había un dibujo de los novios y algo representativo como una estación de tren que seguramente les recordara a como se conocieron. A diferencia de las otras no se abría, sino que era en una única página todo el texto.

—¿A ti cuál te gusta más? —pregunté no queriendo dar mi opinión hasta conocer la suya.

—Me valdría cualquiera de las tres, pero reconozco que ésta es la que menos me entusiasma —contestó señalando la primera opción con estampado floral.

—Si soy sincera me gusta esta —dije señalando la morada—. Solo que no sé que tendríamos tú y yo que nos representara para colocar como imagen que nos acompañara.

—Pues a mi se me ocurren varias cosas, pero sobre todo una muy concreta —admitió con esa mirada que me penetraba hasta el alma y ruborizaba toda mi cara—. Así que si el problema era ese, asunto resuelto. Le

diré a mi madre que ya nos hemos decidido.

—¿Ya?, ¿Cómo que ya? —exclamé no creyendo que aquello estuviera pasando. Igual solo estaba exagerando porque realmente no fuera a decirle nada a su madre finalmente. Si. Definitivamente debía ser eso... no le diría jamás que ya nos habíamos decidido y estaba segura de que esas invitaciones nunca se imprimirían con nuestros nombres.

—No te preocupes por nada, a ella le encanta encargarse de esto, de hecho le hace muchísima ilusión y entiende que eres una mujer ocupada con tu trabajo —contestó acercándose para darme un beso en los labios y acto seguido se perdió tras la puerta del baño donde escuché el sonido de la ducha instantes después.

Sabía que conocería a los amigos de Damián en unas horas, de hecho estaba algo nerviosa porque les diría a todos que íbamos a casarnos y no sabría como encajar aquello, pero llevaba concienciándome toda la semana con que después de aquellos quince días, las probabilidades de volver a verlos serían más que escasas; nulas. Así que ese sentimiento de culpa se evaporaba por arte de magia, pero igualmente no podía evitar sentir nervios; bien por desear aceptación por parte de ellos y caerles bien o porque mi subconsciente me decía que quizá si hablaban bien de mi a Damián una vez todo hubiera terminado de algún modo inexplicable volveríamos a estar juntos.

Quizá mi delirio por ese adonis griego estaba cobrando vida propia dentro de mi mente y mucho más allá en mi corazón, pero por más que me decía a mi misma que tratara de disfrutar del presente y la devoción que el fingía sentir por mi, mi cerebro cuadriculado y metódico predecía un final desastroso para mi pobre alma.

«No podría superar al adonis griego» decreté.

¿Cómo hacerlo si era perfecto en todos los sentidos?

No solo era inteligente, adinerado, guapo, atractivo y sin un solo defecto físico, sino que se había comportado como un completo príncipe azul atendiendo cada una de mis necesidades o demandas.

«Definitivamente de aquí me iré directa a un puente del que suicidarme». Sopesé cuando mi frágil corazón se viera fragmentado.

En ese punto la idea de revelar lo que estaba sintiendo resurgió con fuerza. ¿Qué ocurriría si se lo decía?, ¿Qué podría pasar si le confesaba lo que estaba sintiendo? La respuesta podría ser bien sencilla; que todo acabaría.

Damián había dejado bastante claro que todo terminaría en dos semanas. Que viviríamos aquello intensamente y creyendo que es real, únicamente por esos quince días. Todo tendría un principio y un final; incluido el posible amor que pudiéramos sentir mientras tanto.

No. Definitivamente no le confesaría nada o lo más probable es que me viera privada una semana más de su compañía, porque si de algo estaba segura es que Damián Devoir jamás se enamoraría de alguien como yo.

Por algún concepto erróneo, había asumido que los amigos de Damián dada su posición social, serían lo suficientemente superficiales para mirarme por encima del hombro —de ahí que eligiera el único vestido de firma que tenía en mi armario—, pero fue toda una sorpresa descubrir que eran tan cercanos y agradables como el propio Damián.

Pablo y Álvaro eran los únicos solteros, mientras que Germán, Alberto, Ricardo y Manuel estaban acompañados de sus novias o ya esposas porque se habían casado recientemente.

Me costó más de una hora aprenderme los nombres, y no porque les confundiera, sino porque mi cerebro era incapaz de retenerlos, pero finalmente entendí que Esther era la esposa de Germán y la única que estaba casada. Laura era la novia de Alberto y éste era el mejor amigo de Damián porque se conocían desde pequeños. Patricia era la novia de Ricardo y la más reciente en entrar al grupo de amigos porque solo llevaban saliendo un año y finalmente Lorena era la novia de Manuel y se casarían el próximo año.

—Bueno, cuéntanos —dijo Alberto cuando terminaron de reclamar su ausencia los últimos fines de semana y yo me llevé la culpa por ello, aunque por las risas entendí que estaba más que disculpado—. ¿Qué era eso tan importante que tenías que decirnos?

—Cariño, supongo que sería presentarnos a María, ya que ha sido toda una sorpresa que viniera acompañado —contestó Laura acariciándole el brazo.

—En realidad no era solo eso —dijo Damián cogiendo el botellín de cerveza que acababan de servirnos a todos. A pesar de saber de primera mano lo que iba a decir, no podía sino estar nerviosa por la reacción que tendrían. Allí había personas que conocían a Damián de verdad y no estaba segura si podrían intuir que todo se trataba de una vil mentira o si creerían que sucedía de verdad—. María y yo vamos a casarnos el próximo cuatro de mayo.

«No. No, no, no, no, no. ¡Ha dado hasta la fecha!» gritaba mi

subconsciente a grito pelao y mi reacción era de casi asombro.

—¿Qué? —exclamó Alberto que parecía el más conmocionado de todos ellos.

—Desde luego esto no lo esperábamos ninguno —confesó Esther con una sonrisa cómplice.

—Ha sido algo precipitado, pero tenemos claro que queremos pasar el resto de nuestra vida juntos, ¿Verdad? —preguntó ahora observándome a mi y no pude resistirme a esos ojos castaños algo oscurecidos de mi adonis griego.

—Completamente —respondí sin saber que otra cosa decir. De todos modos tenía que seguirle el juego hasta el final, ¿no? Y que mejor que hacerlo sintiendo de verdad cada una de mis palabras.

A partir de ese momento comenzaron a llover las felicitaciones y alegría por parte de su círculo de amigos más cercano y la sensación de sentirme integrada en ese entorno comenzó a gustarme, a gustarme peligrosamente porque sentía que formaba parte de algo.

A diferencia de sus amigos ingleses nadie habló de Rebecca o Michael para mi paz mental, supuse que a diferencia de los otros, éstos amigos de Damián si eran mucho más íntimos y personales en su vida diaria.

No tuve la oportunidad de hablar a solas con alguno de ellos, aunque por otro lado quizá hubiera sido mejor así, dado que me habrían preguntado cosas de las que no estaba segura qué o como responder. Sin embargo, cuando nos despedimos dio la sensación en todo momento que nos veríamos muy pronto e incluso llegué al convencimiento de que no sería la última vez que les fuera a ver.

—¿Qué te han parecido?, ¿Te caen bien? He visto que has hablado bastante con las chicas —preguntó Damián mientras regresábamos andando a casa y su mano se ceñía entrelazada fuertemente a la mía como si así me sostuviera.

—Lo cierto es que son muy simpáticos —admití sin añadir que me daba cierta lástima no volver a verlos una vez se acabara todo—. Creo que me llevaré muy bien con las chicas —advertí esperando su reacción.

—Estoy seguro de que os convertiréis en buenas amigas. Esther estuvo bastante tiempo siendo la única chica del grupo hasta que fueron llegando las demás.

—¿Conocieron a Rebecca? —pregunté por pura curiosidad.

—Lamentablemente si —admitió con un deje algo extraño —, aunque

nunca entablo buena amistad con alguna de ellas, es más, me distancié de ellos por un tiempo debido a que Rebecca tuvo una discusión con Esther y me pareció lo más correcto para no romper el grupo.

«Porqué será que no me sorprende» pensé imaginando la cara de la jirafa tetuda echando veneno a su paso. Definitivamente esa mujer destruye todo lo que toca incluido a Damián y ahora a Michael.

—Es una pena, pero me alegro de que pudieras recuperar tu amistad con ellos —admití con cierto tono de alegría.

—En los últimos días me he dado cuenta de que estuve demasiado tiempo obnubilado por algo que ni tan siquiera existía y lo peor de todo es que creo que lo sabía, solo que jamás quise verlo.

Su tono de voz daba a entender que había meditado aquellas palabras minuciosamente y en un momento dado quise creer que ese “últimos días” indicaba que se refería a mi, pero evidentemente solo eran mis ganas de desearlo y no la ferviente realidad de los hechos; el matrimonio entre la jirafa pedante y su mejor amigo.

—Para bien o para mal, las cosas sucedieron de ese modo. Tal vez te debas sentir agradecido de haberte dado cuenta antes del tipo de persona que era, de lo contrario el cuento de esa historia podría haber tenido otro final mucho más trágico —contesté pensando en esos matrimonios que tienen hijos y después terminan divorciándose para utilizarlos como moneda de cambio.

En ese momento sentí el repentino empuje de mi brazo y choqué con su cuerpo. Estábamos en mitad de la calle donde apenas pasaba un alma a esas horas de la noche. El silencio mezclado con la poca iluminación era idóneo para dos amantes nocturnos y la calidez de su cuerpo embriagaba el mío haciendo que no pudiera tener un ápice de frío a pesar del frescor del ambiente.

—¿Cómo deseas que acabe nuestra historia María? —Fue la única pregunta que formularon sus labios mientras me miraban de forma intensa.

Deseaba tantas cosas que era más que probable que mi lista se extendiera de aquí al infinito, pero todo se podría reducir en una;

—Quizá no deseé que se acabe —susurré sin poder evitarlo.

—¿No deseas tu agenda de regreso las veinticuatro horas del día? —ironizó y sentí que bromeaba, que probablemente habría estado bromeando desde la primera pregunta, así que intuí que no hablaba en serio y que como ya había predicho, para él todo esto solo formaba parte de un juego.

Habría preferido que me dijera que no tendría porqué acabar, que podíamos prolongarlo indefinidamente, pero era obvio que Damián Devoir tenía muy claro que nuestra relación tendría punto y final. Es más, envidaba ese temple con el que era capaz de fingir frente a todos, sabiendo que teníamos los días contados.

¿Qué explicación les daría cuando todo acabase? Realmente ese no era mi problema, y lo más seguro es que argumentara alguna discusión por la que ambos habíamos terminado teniendo diferencias de opiniones o algo similar.

«María, te importa un bledo las explicaciones que de sobre ti, solo deja tu orgullo intacto» gritó mi subconsciente.

—Por nada del mundo renunciaría a eso —dije con una sonrisa algo nerviosa porque lo cierto es que renunciaría una y mil veces si la recompensa era él.

Por suerte no pareció notar dicho nerviosismo, puesto que se limitó a sonreír y lentamente se acercó hasta la comisura de mis labios, solo que su boca no se detuvo allí, sino que siguió el camino acercándose hasta mi oreja, donde sentí su aliento cercano a la piel de ésta y todo mi vello se erizó por dicho contacto.

—No puedo resistirme a tu sonrisa, preciosa —jadeó antes de notar sus labios en mi cuello provocando que un leve gemido saliera de mi garganta y me aferrase a él.

Probablemente parecíamos dos amantes adolescentes a plena vista de todo el mundo, pero en ese momento lo que menos me importaba es que alguien pudiera llamarnos la atención, más bien solo podía pensar en el tiempo que faltaba para llegar a casa y perderme entre las sábanas de aquella cama que compartíamos.

En cuanto mi lengua se adentró en su boca buscando la suya, sentí el calor avasallando mi cuerpo, quemándolo por completo y deseando que se consumiera del más puro y delicioso placer del éxtasis.

Una gota cayó en mi mejilla y segundos después lo hizo otra. Fue en ese momento que nos dimos cuenta de que había comenzado a llover, por lo que sus labios se separaron de los míos y aferrándome a su mano estiró de mi para comenzar a correr.

En el momento que cruzamos el umbral de la puerta del apartamento de Damián, estábamos completamente empapados y aunque hacía frío y mis dientes castañeaban, era incapaz de sentirlo observando como aquella camisa

azul se ajustaba a esos abdominales marcados que me robaban el aliento y hasta el alma.

En cuanto se deshizo de ella y la tiró al suelo, observé todas las gotitas que resbalaban por su abdomen y las que caían nuevamente de su cabello.

«Quien fuera barco para surcar esos mares placenteros»

Se acercó hasta mi como un tigre que va a cazar a su presa y no me resistí, dejé que me alzase contra su cuerpo y nos guiase hasta donde fuera que se dirigiera que no era otro lugar que la ducha y volviera a empaparme de agua, solo que esta vez la temperatura era mucho más que comfortable.

Sus manos recorrieron suavemente mi cuerpo hasta deslizar la cremallera del vestido que llevaba puesto y deshacerse de la prenda, un gesto que imité del mismo modo tratando de desabotonar el pantalón vaquero que llevaba puesto. La intensidad de sus labios fundiéndose con los míos predecía la necesidad que ansiaban nuestros cuerpos. En el momento que su boca abandonó la mía para recorrer mi piel con su lengua mientras descendía por mi cuello hasta llegar a uno de mis pezones, me retorcí de placer ante tal deleite y sucumbí a la satisfacción dejándome arrastrar por las emociones que me provocaban sus labios.

Damián mordía suavemente mi carne para después apresar con sus labios y succionar de forma inaudita en repetidas ocasiones, provocando que diera pequeños gritos de placer al mismo tiempo que mis manos se apretaban fuertemente en su espalda indicando que no parase de hacer aquello, que definitivamente me volvía completamente loca.

—Eres tan succulentamente deliciosa —susurró en el momento que sus dedos se perdieron por el interior de mis braguitas y noté el azote repentino de gozo que ello suponía.

—No lo soporto más, Damián —Jadeé apretándome fuertemente a él—. Te necesito...

—Vuelve a decirlo —insistió.

—Te necesito... —susurré de nuevo.

—Mi nombre —contestó tan cerca de mis labios que sentí que casi había alcanzado un orgasmo.

—Te necesito, Damián —dije de nuevo y en ese momento noté como la prenda interior que llevaba puesta era apartada hacia un lado y se hundía por completo en lo más profundo de mi ser con un profundo jadeo.

«¡Dioses!, ¡Sí que le necesitaba de verdad!» gemí en mi interior cuando

noté aquella invasión profundamente placentera de la que me hacía sentir plenamente colmada.

No necesitaba sexo, sino a Damián Devoir para dármelo. Ningún otro iba a poder suplir aquella falta que tendría después de aquello.

El domingo, la madre de Damián creyó oportuno dar una comida familiar para que conociera a sus hijas aprovechando que la pequeña estaría de paso por la ciudad.

Cuando Damián le entregó a su madre la invitación que habíamos elegido vi que llevaba una especie de nota pegada a la tarjeta con algo escrito a mano, pero la guardó tan rápidamente en su bolso que no me dio tiempo a leer que demonios había debido escribir en ese maldito posits.

¿Qué se suponía que era?, ¿Sabría realmente Elisabeth que todo aquello no era real? Yo había creído que jamás le daría esa invitación y sin embargo allí estaba, se la había entregado delante de mis narices y con una sonrisa enorme en los labios de satisfacción.

«Este hombre me tenía cada vez más confundida»

Miranda que era la hermana mayor de Damián se limitó a hablar de su bufete de abogados y lo enormemente satisfecha que estaba de sus logros conseguidos. En cambio Amelia, ya fuera por su vena artística al ser bailarina o porque parecía tener un carácter mucho más extrovertido se interesó por saber como nos habíamos conocido y cuáles eran mis intereses. Aunque no tenía nada en contra por ninguna de las hermanas de Damián, lo cierto es que ya fuera por la similitud en edad o el tipo de carácter, congenié inmediatamente con la pequeña de los hermanos Devoir.

—Buen trabajo hermanito, me cae bien —mencionó Amelia cuando ya íbamos por el postre—. Por una vez has elegido con la mente en lugar de con otra parte de tu anatomía —añadió comenzando a reír y el resto la imitaron.

—Por cierto, se me olvidó preguntar... —mencionó Miranda—. ¿Qué tal fue la boda de Michael y Rebecca? Mamá me comentó que finalmente decidiste asistir.

—Si. María me acompañó —contestó Damián mucho más serio de lo normal.

—Lo cierto es que estuvo muy bien, el sitio era precioso —admití con una media sonrisa para no levantar sospecha alguna. No pensaba mencionar que la susodicha estuvo malmetiendo hasta después de casada.

—Eso me recuerda que este jueves he reservado en el restaurante

favorito de tu padre para cenar con ellos, imagino que no hay conveniente de que no se haga en casa, ¿verdad querido? —dijo Elisabeth mirando a Damián.

—Ningún inconveniente, creo que dadas las circunstancias es mejor así para que no se prolongue la velada —atajó Damián mientras noté como acariciaba mi mano sobre la mesa y después se la acercaba a los labios hasta que sentí el dulce y delicado beso en mi muñeca.

Para mi sorpresa no parecía incomodo con la situación de saber que tendría que volver a ver a su mejor amigo con su exnovia y esta vez; felices por volver de su luna de miel donde se supone que el apogeo de su amor está en pleno culmen. Al contrario, Damián reflejaba un aspecto descansado y apacible... quizá se pusiera tenso cuando llegara el momento como lo había estado durante la boda, después de todo era normal que aún pudiera tener ciertos sentimientos tanto por esa mujer que creía haber amado, como por su mejor amigo del que se vio privado.

—Todavía no entiendo que pudo ver Michael en esa mosquita muerta... —susurró Amelia en un tono bajo, pero que llegó perfectamente a mis oídos.

—Déjalo, el pobre será más desgraciado que un pájaro con vértigo. Tarde o temprano se dará cuenta de que se ha casado con una jirafa pechugona —contesté encogiéndome de hombros y dando por hecho que conocía de sobra el talante de la tal Rebecca.

La estridente risa de Amelia acaparó todas las miradas de la mesa que ajenas a nuestra peculiar conversación privada parecían desear descubrir porqué se reía la menor de los Devoir. Por suerte para mi, no reveló mis palabras.

Cuando regresamos a casa me quité los zapatos nada más entrar, iba de camino hacia el sofá para tumbarme puesto que todo había estado tan delicioso que no había dejado ni las migas de pan en el plato y que corría el riesgo de que mi vestido estrecho explotase. En el momento que me tumbé sobre el sofá y mi cuerpo pareció relajarse, percibí el olor, ese olor tan característico de la dalia...

Me incorporé repentinamente para buscar la fuente de aquel perfume y le encontré observándome fijamente, como si estuviera atento a mi reacción.

—Sabía que esta vez no podría equivocarme —dijo acercándose el ramo de flores y lo cogí para apreciar el suave y a la vez delicado aroma de las dalias.

—¿Cómo lo has sabido? —pregunté sabiendo que había otras muchas

flores más comunes y fáciles de regalar que aquellas.

—Tu perfume —susurró acercándose para precisamente aspirarme—. Es tan delicado como el olor que emanan estas flores, así que ahora... me concederás un deseo tal y como prometiste —aseguró con esa sonrisa de autosuficiencia que para colmo de mis males no podía decir que no me encantase.

—¿Y cuál es ese deseo, señor Devoir? —pregunté con cierta cara de bobalicona porque probablemente era imposible sentirse más enamorada de ese hombre.

—Me reservaré la opción de pedirlo a su debido momento, ahora tengo todo lo que quiero —mencionó mientras me atraía hacia sus brazos para deleitarme con sus labios.

Capítulo 22

Desde que Steven se había marchado de la oficina sentía una paz mental inaudita aunque en algún momento sintiera que llegaría la carta amenazante donde advertía que habríamos perdido a un potencial cliente, solo que en lugar de eso y para mi absoluto asombro, llegó otro auditor a realizar el trabajo que debería haber hecho ese maldito insolente acosador.

No había hablado con Nerea sobre el primo de Matthews, entre otras cosas porque no había tenido tiempo de pasar por casa y por añadido, no quería comprometer mi amistad con ella cuando su novio era el primo de ese idiota redomado. De algún modo confiaba en Damián y en que debía haber enviado bien lejos a ese espécimen de hombre que estaba lejos de llamarse *hombre a secas*.

De todos modos en unos días volvería a mi apartamento, a ese minúsculo y modesto piso que compartía con Nerea y a esa cama enana —si la comparaba con la enorme cama de Damián en la que dormíamos juntos— comenzaba a subrayar la depresión al borde del suicidio.

—María, ha llegado esto para ti —mencionó Ingrid dejándome un sobre en la mesa y me resultó extraño, puesto que no solía recibir correspondencia.

Tras abrirlo encontré un sobre morado y se dispararon todas mis alarmas. No puede ser... es imposible que estén tan rápido.

Mi conciencia no quería procesar la información, pero era evidente que sabía exactamente qué demonios era eso.

Cuando abrí la invitación de mi supuesta propia boda, me encontré el nombre de Damián Devoir y María Acosta bien grande y en relieve, para mi asombro había dos figurines que interpretaban realmente bien la apariencia de nuestros rasgos tratando de besarse y entre nuestras bocas había fresas... ¡Fresas!

Pero eso no era todo. La muñequita llevaba ¡Una maldita agenda negra! Que le colgaba del brazo y se aferraba a ella. Por encima de las cabezas de esos figurines había una frase; Hasta el final de la aventura.

Dos lágrimas surcaron mi rostro sin poder evitarlo.

«Joder. Era lo más bonito y romántico que había visto en toda mi jodida existencia»

¿Por qué no podía ser verdad?, ¿Por qué? Ni mi corazón ni mi cerebro estaban preparados para asimilar eso sabiendo que no sucedería y lo cierto es que no dejaba de preguntarme porqué demonios me había llegado la invitación a mi despacho, ¿Qué esperaba que hiciera?, ¿Cómo pensaba que iba a reaccionar?

Cuando tres horas más tarde Damián se apareció en mi puerta para ir a almorzar juntos me encontraba más callada de lo normal. Quizá aquella propuesta de fingir que todo era real había sobrepasado mis límites. Hasta el momento había podido soportarlo porque era peor estar lejos de él a saber que todo acabaría en unos días, pero en aquellos momentos no estaba tan segura, de hecho, no estaba nada segura.

—He recibido la invitación de la boda —dije mientras bajábamos en el ascensor.

—¿Te gustan? —preguntó con cierto entusiasmo.

—Son perfectas —admití mirando hacia otro lado. Por alguna razón era incapaz de mirarle a los ojos—. Me ha sorprendido que estuvieran en tan poco tiempo —admití.

—Mi madre insistió en que era mejor así y podríamos dársela a Michael y Rebecca esta noche en la cena.

Así que todo ese despliegue de rapidez era simplemente para que vieran que era verdad, que la lagarta de turno fuera consciente de que nuestra boda se iba a realizar.

¿No se jactaría después cuando rompiéramos y tal hecho no sucediera? Quizá a Damián eso le daba igual, conseguiría a otra mujer por la que reemplazarme en su vida y sería feliz casándose con una modelo escultural que le hiciera verdaderamente competencia a la jirafa pechugona y con la que tendría hijos idílicamente perfectos.

«Dios... me iré al Sahara a desterrarme para no verle en las revistas de prensa rosa» pensé porque estaba segura de que casaría con una modelo famosa.

Solo el hecho de pensar en Damián con otra mujer me producía un dolor emocional que hasta ahora jamás había experimentado, tan sumamente descomunal que mi respiración se agitaba.

—Solo espero que puedas ser feliz después de que ellos se marchen —

dije de soslayo, ya que tenía claro que solo había servido de puente para superar el dolor de la traición.

—Por supuesto que seré feliz... —susurró cogiéndome de la cintura y acercándose hasta él—. Tendré lo que siempre he querido —añadió antes de darme un rápido beso y salir del ascensor para dirigirse hacia el restaurante de la cafetería.

No volvimos a hablar del asunto, ya que nos encontramos con uno de los socios y compartimos mesa en el restaurante, por lo que dejamos el tema aparcado, aunque lo cierto es que tal vez era mejor así, no se si estaba preparada para escuchar que era eso que siempre habría querido, pero en aquel momento una negatividad me había inundado por completo. No sabía si era producto de que volvería a ver a la persona que había jugado con los sentimientos de Damián y que aún seguía tratando de manipularlo o que apenas quedaban tres días de la compañía de ese adonis griego y ya comenzaba a sentir como le perdía.

Esa noche quería verme realmente hermosa, de hecho había ido de tiendas para elegir algo sumamente elegante y que al mismo tiempo pareciera sexy. Necesitaba que Damián se sintiera atraído por mi y no se fijase en el cuerpo escultural de su exnovia. Sabía que era absurdo y no dejaba de recriminarme una y otra vez que después de lo que le había hecho, la detestaba, pero en aquellos momentos comenzaba a ser la mujer más insegura del mundo.

Enfundada en un vestido color verde jade ajustado hasta las rodillas, dejé mi cabello suelto al tener un escote en forma de corazón anudado al cuello. Las únicas joyas que lo acompañarían serían unos pendientes con forma de aro bastante grandes y la alianza que siempre lucía como símbolo de ser la prometida del adonis griego. No tenía idea de si me iba a pedir que le devolviera el anillo, desde luego que lo lógico era hacerlo, aunque cada vez que lo observaba solo pensaba en como echaría de menos la sensación de llevarlo y lo que eso implicaba.

—Definitivamente no habrá mujer más hermosa que tu esta noche, preciosa —escuché tras el espejo cuando estaba dando los últimos retoques a la máscara de pestañas.

—A veces olvido que solo tratas de hacerme sentir bien... —sonreí evitando mirarle porque sabía que debía estar condenadamente guapo con su traje azul y probablemente enviara todo al diablo incluida la cena con tal de

retenerle allí dentro.

—Si tratara de hacerte sentir bien te habría dicho que estas muy guapa, en cambio acabo de afirmar que serás sin lugar a duda la mujer más hermosa de esta noche, y si lo afirmo es porque estoy convencido de que es así.

Sus palabras sonaban tan firmes que por un momento olvidé que debíamos fingir.

—¿Qué pasará este domingo Damián?, ¿Qué ocurrirá después? — pregunté mirándole a los ojos buscando una respuesta.

—Lo que tú quieras que ocurra —susurró acariciando mi mejilla y deleitándose con una de esas sonrisas que tanto me cautivaban.

—¿Lo que yo quiera?, ¿Qué pasará si no deseo marcharme?, ¿Si decidiera quedarme?

—Lo que pasará es que tendré que darte una copia de las llaves — susurró tan cerca de mis labios que me morí por besarle—. Si no fuera porque quiero quitarme este maldito lastre de mi vida de una vez, te despojaría de ese vestido y te secuestraría en esa cama durante toda la noche, pero tendré que asimilar que tardaré en hacerlo dentro de unas horas...

«¡No puede ser!, ¿Una copia de las llaves?, ¿Esto está pasando de verdad?» Cuando noté sus dedos apretando mis nalgas supe que sí, que era real y estaba sucediendo de verdad.

No sabía exactamente en qué términos se suponía que me quedaría o que significaba darme una copia de las llaves de su casa, pero tenía muy claro que no sería el fin de Damián Devoir en mi vida, que quizá podría existir una posibilidad muy remota de que aquello continuara.

Pese a no querer desear tener unas expectativas demasiado altas, debía confesar que me sentía plétórica... lo suficiente para enfrentarme al elemento siliconado que apareció por la puerta del lujoso restaurante en el que probablemente te cobraban hasta por el aire que estábamos respirando.

—¡Oh querida!, ¡Como me alegra volver a verte! —exclamó la pechugona a la madre de Damián con una sonrisa de oreja a oreja.

En cambio, cuando le tocó saludarme a mi, su cara parecía lamida por una vaca con ese pelo liso y la cara de mustia que llevaba.

«Eres mas falsa que tus tetas postizas» pensé.

Paciencia María, que si le sueltas cuatro frescas a esta zorra con patas es probable que te pongan en la lista negra y ya sabes que es el restaurante favorito de tu *futuro suegro*.

—Tan elegante y atractivo como siempre, mi querido Damián —escuché que le susurró en voz baja mientras no solo se limitaba a darle dos besos, sino que se abrazó a mi adonis griego y digo “mi” porque era mío.

«Esta tía tiene más cara que espalda... ¡Será penca!»

Respiré tres veces antes de decidirme a hincar mis uñas recién limadas en su pulcra piel.

«Solo serán dos horas. Paciencia, solo tendrás que aguantarla dos horas y después Damián te llevará al paraíso de los orgasmos» recité como un mantra.

La cena transcurría medianamente apacible, salvo por las miradas que la tal Rebecca no dejaba de insinuar a Damián aprovechando que Michael hablaba del viaje de novios.

¿De verdad ese pobre ingenuo no se daba cuenta de la clase de mujer que tenía al lado? Hay que estar muy ciego para no ver como estaba más pendiente de su ex que del propio marido con el que se acababa de casar. ¿Qué le pasaba a esta tía?, ¿Se había dado cuenta de que había dejado escapar la mejor opción? O quizá una vez que había conseguido lo que quería, ese título nobiliario de pacotilla, ¿También ansiaba lo que había tenido que perder por consecuencia?

«Pues vas lista, gallina chueca... porque si Damián no te pega la patada para que salgas echando leches cual pollo volador, te la daré yo misma»

Noté la vibración del móvil en el bolso y no le hice caso, pero a la tercera ocasión, supe que debía ser algo urgente. No me apetecía abandonar la mesa para no darle la oportunidad a esa mentecata de hablar a solas con Damián, pero cuando vi que era Nerea y llevaba cuatro llamadas perdidas, pensé que debía ocurrir algo.

—Voy un momento al baño —dije excusándome mientras le daba al botón de llamada y me dirigía hacia los excusados.

—María... —jadeó Nerea y por su tono de voz supe que estaba llorando a lágrima tendida.

—¿Qué ocurre?, ¿Ha pasado algo?, ¿Estás bien? —En ese momento solo me imaginaba el piso ardiendo y todas mis pertenencias calcinadas.

«Con la suerte que tengo, ese sería el peor de mi males»

—¡Mathews me ha dejado! —chilló con la voz medio rota y la escuché sonarse la nariz—. Después de todo lo que yo le he dado, de lo que he hecho por él... ¡De lo que he tenido que aguantar!, ¿Por qué?, ¿Por qué!

¡Mierda! Si que estaba mal

—Mathews es un idiota si no sabe valorarte —dije alzando la vista al espejo para ver mi reflejo proyectado. Al hacerlo comprobé que el labial que llevaba puesto comenzaba a evaporarse y cogí algo de papel para terminar de eliminarlo—. Por no decir que su primo es un imbécil.

—¿Pero porqué ningún hombre me quiere? —preguntó entre lágrimas—. Yo le doy todo, me adapto, pruebo cosas nuevas y siempre me dejan, ¿Por qué?, ¿Qué tengo de malo?

Eso no se iba a arreglar con una conversación telefónica.

—Tu no tienes nada de malo, simplemente no has encontrado al hombre adecuado —concluí tajantemente porque era cierto, todos los hombres que había conocido y que habían pasado por la vida de Nerea; eran unos misóginos egoístas.

—No. El problema soy yo —contestó como si se estuviera recomponiendo—. Tendré que aceptar que voy a ser una solterona rodeada de gatos a la que nadie quiere. ¡Hasta tú te has ido! —gritó volviendo a llorar.

—Escúchame Nerea. No digas una perorata de estupideces, estaré ahí en media hora.

«Adiós noche de sexo desenfrenado»

En el momento que me dirigí hacia la puerta del baño, la estupidez en persona se cruzó en mi camino.

—¡Uy!, ¡Perdón! Es que eres tan poca cosa, que pasas desapercibida fácilmente —fingió con gran desinterés.

—Tal vez para ti, pero tranquila; el desinterés es mutuo en este caso —contesté sin molestarme en mirarla a la cara.

—Me pregunto que se siente al saber que te vas a casar con alguien que desea a otra persona. ¿No te molesta ser el segundo plato de Damián? —preguntó sacando el labial de su bolso y comenzó a retocarse tranquilamente en el espejo.

Sabía que sus palabras solo eran para dañar, para conspirar y dar lugar a una discusión, puede que incluso solo quisiera que me sintiera insegura y formase un espectáculo; fuera cual fuera su intención, no pensaba caer en su juego.

—El día que eso suceda te lo haré saber, por ahora soy plenamente consciente de que no soy el segundo plato de ningún hombre y menos aún de Damián —contesté altivamente y caminando hacia la puerta del baño sin dar lugar a que contestase.

Su risa macabra me erizó la piel, pero continué el paso sin frenarme y en el momento que abrí la puerta escuche su advertencia.

—Pronto descubrirás que Damián Devoir es incapaz de rechazarme. Jamás lo hizo y jamás lo hará. Él es mío.

Ni me molesté en contestar, salí de allí con el único convencimiento de que esta mujer además de interesada estaba completamente loca.

Cuando le expliqué la situación a Damián y el estado lamentable en el que se encontraba mi mejor amiga y compañera de piso, entendió la situación y me acompañó hasta mi apartamento en su coche.

—¿Volverás a casa esta noche? —preguntó antes de que me bajase del vehículo.

—No lo creo, probablemente vaya de aquí directamente al trabajo sin pasar por casa. Tal y como estaba, se que me darán las tantas de la madrugada —dije plenamente convencida de que Nerea estaría en un estado catatónico.

Noté como emitía un pequeño gruñido en su garganta y giraba el rostro hacia mi.

—Lástima... tenía demasiados planes absolutamente deliciosos para esta noche —admitió con una vaga sonrisa.

—Tal vez podamos dejarlo para mañana —suspiré deseosa de esa noche prometedora.

—Le recuerdo, señorita Acosta, que este fin de semana asistiríamos al cumpleaños de su madre.

¡Dios!, ¡Es verdad! Si es que con tanto sexo del bueno, hormonas revolucionadas y acoso laboral hasta el cumpleaños de mi madre se me había olvidado...

«Menos mal que tengo un príncipe azul que me lo recuerda o más bien un adonis griego succulento que es mi agenda»

—Entonces tendremos que practicar posturas en el coche como las parejas furtivas —susurré riéndome mientras salía del coche.

—Te veré mañana en la oficina, preciosa —contestó sonriente.

—Hasta mañana, adonis griego —dije sonriente y salí corriendo antes de que pudiera preguntarme a qué demonios venía aquel apodo que acababa de revelar en voz alta.

Aunque Nerea estaba a lágrima suelta y moco tendido. Cuando le conté lo sucedido con Steven y que ese par de dos seguramente estaban cortados por el mismo patrón, pareció recomponerse y auto convencerse de que quizá haber

terminado con Mathews había sido la mejor decisión pese a que no la hubiera tomado ella misma.

—¿Y no tendrá Damián Devoir un primo o hermano igual de guapo que él? —preguntó cuando ya había dejado de llorar.

—Pues hermanos te aseguro que no, pero amigos sí —dije mordiéndome el labio con una sonrisa y confesando que pese a no saber que ocurriría a partir del domingo, él me había ofrecido las llaves de su casa.

—María... si un hombre te ofrece las llaves de su casa es que quiere algo serio contigo, ¿Qué demonios haces aquí?, ¡Vamos!, ¡Ve corriendo y confíésale que estás enamorada de él!

—¿Tu crees que debo decírselo?, ¿No es mejor que me espere a que pasen los quince días y entonces confiese que me he enamorado de él? —pregunté después de revelarle nuestro acuerdo inicial.

—Si él no siente lo mismo por ti es que es un idiota. No se puede fingir tanto y menos si ha implicado a todos sus familiares y amigos; ese hombre está completamente perdido por ti.

Mi corazón en ese momento pareció hacerse más grande y un mariposeo en el estómago inquietante me decía a gritos que no debía esperar, que debía correr inmediatamente a aclarar aquello, antes de perder un solo segundo más callando mis sentimientos.

Cogí un taxi para llegar más rápido ya que mi coche seguía aparcado en el garaje de Damián y en cuanto llegué al edificio no tuve paciencia para esperar al ascensor, así que subí las escaleras a pesar de llegar casi ahogada. Estaba nerviosa, era lo suficientemente temprano para saber que aún no habría salido de casa y aunque era probable que aún estuviera durmiendo, solo de imaginarme su cara somnolienta y esos ojos medio cerrados por el sueño provocaban que mi corazón se acelerase.

Estaba preparada para cualquier reacción al verme; asombro, felicidad, inquietud, sorpresa... pero para lo que no estaba preparada era para encontrarme a la rubia pedante de Rebecca envuelta en las sábanas de nuestra cama y con signos más que evidentes de estar completamente desnuda.

¿Qué demonios?, ¡Que demonios!, ¡QUE SANTOS DEMONIOS SIGNIFICABA ESO!

Y no me lo preguntaba, sino que lo exigía.

—¡Uy! Se suponía que no debías venir, pero supongo que no es una sorpresa para ti, después de todo ya te lo advertí. Damián está en la ducha, si

quieres esperarle...

—No —Negué tratando de aparentar una calma que en aquellos momentos era inexistente—. Mejor le veo en el trabajo, no era tan urgente.

Ni siquiera fingí sorpresa o desilusión, sencillamente no podía creerme que después de lo que esa maldita mujer le había hecho, fuera su amante.

¿Qué clase de mente retorcida tenía? Tal vez no la quisiera para siempre en su vida, quizá solo era para desquitarse por el daño que ella le había provocado o porque pudieran quedar asuntos pendientes, pero fuera cual fuera la respuesta... yo no quería tener nada que ver en ello.

Había creído que podría ser real, que verdaderamente lo que habíamos fingido tener no era fingido como tal, sino que había verdad en cada palabra, gesto o hecho realizado, pero a la vista resaltaba que no, que Damián no había olvidado a Rebecca y que no parecía ser el hombre íntegro que yo había pensado.

Tal vez solo me quería para aparentar que todo estaba bien y tener una aventura con Rebecca. Quizá yo solo era la fachada que necesitaba aparentar hacia Michael para no levantar sospechas. Fuera cual fuese la respuesta, solo tenía algo claro; necesitaba alejarme de allí.

Llamé a Ingrid para decirle que no asistiría al trabajo, que no me encontraba bien y tenía un virus estomacal. Lo que menos me apetecía ahora mismo era verle la cara porque estaba convencida de que no podría evitar las lágrimas o el reproche cuando yo no tenía razones para reprocharle nada. No éramos nada. No teníamos nada. Damián nunca había sido mío realmente.

Capítulo 23

Si no fuera porque era el cumpleaños de mi madre y llevaba tiempo sin venir al pueblo, habría puesto la primera excusa posible para no asistir. No porque no quisiera ver a mis padres, sino porque definitivamente mi estado era de lo más lamentable.

En el momento que divisé el cartel donde daba la bienvenida al pueblo, me dije que no derramaría ni una sola lágrima más. Mi cara estaba hinchada, el maquillaje se había ido a tomar viento fresco y eso sin contar que iba vestida en chándal y zapatillas, cuando lo normal es que llegara con la ropa de trabajo que hubiera usado ese mismo día, no es de sorprender que cuando mi madre me vio aparecer, en lugar de alegrarse se echara las manos a la cabeza en señal de alarma.

—¿Qué te ha pasado hija mía?, ¿Te han despedido? —Fue su primera reacción al verme.

Podría haber mentido y decir que sí, de todos modos no estaba segura de si podría seguir en la empresa con el riesgo de encontrarme a Damián en los pasillos o en la propia cafetería.

«Mi corazón no podrá soportarlo»

—No —negué intentando sonreír—. Es solo que ha sido una semana bastante complicada de trabajo —dije fingiendo otra sonrisa aún más amplia.

—¡Emilio!, ¡Dile a tu hija que no trabaje tanto! —gritó mi madre llamando a mi padre—. Cualquiera día de estos te va a dar algo, por no decir que a ese ritmo vas a ser madre con cuarenta años.

«Mas bien no seré madre y punto, porque después de Damián no creo estar preparada para nadie más» pensé sin decir palabra alguna.

—Felicidades mamá —dije abrazándome a ella y sintiendo el cariño que me daba. Quizá no había sido una mala idea después de todo el haberme marchado de la ciudad para pasar el fin de semana acompañada.

Estaba en la cocina observando a mi madre preparar la cena, mientras me ponía al día sobre la vida de mis primos en general y los familiares más cercanos, estaba claro que yo no estaba en situación de contar nada respecto a

lo sucedido y aunque mi madre podría sospechar algo, de algún modo agradecía no insistiera en mi vida privada, algo que desde luego mis tías no perdían un solo segundo en preguntar. El timbre sonó y mi padre se levantó inmediatamente.

—Esa debe ser tu tía Gertrudis, le dije que se pasara a recoger unas cajas de ropa para la asociación que se la ofrece a los más desfavorecidos y como le dije que venías dijo que así te saludaba.

Genial... el primer asalto al; ¿Te has echado ya un novio? Que se te va a pasar el arroz a este paso, yo con tu edad ya tenía tres hijos.

Estaba pensando la respuesta oportuna cuando vi que tras mi padre no venía la mujer de mediana edad con moño estirado y corpulenta que se suponía sería mi tía Gertrudis, sino que parecía ser una visión humana... ¿Qué hacía Damián Devoir en la casa de mis padres?

—¿Qué haces aquí? —Mis palabras salieron antes de que pudiera reaccionar al simple hecho de que él estuviera en la cocina en la que me había criado desde pequeña.

—No respondes a mis llamadas y no contestas a mis mensajes. Se suponía que vendríamos juntos —contestó en un tono mucho más sereno que mi propia exigencia—. Lamento la intromisión y espero no ser una molestia, soy Damián Devoir, el prometido de su hija.

¿Prometido?, ¡Ja!, ¡Y un cuerno!

—No, no, no —negué—. No es mi prometido —insistí desistiendo de esa vil mentira—. Es el dueño de la empresa donde trabajo.

Al menos eso era lo único cierto aparte de que me había acostado con él y de que estaba completamente coladita por sus huesos.

—¿Pueden disculparnos unos minutos para que aclaremos este malentendido? —preguntó con educación y mis padres me miraron con cierta cara de estupefacción.

A saber que están pensando de su única hija, ni siquiera habían pronunciado aún palabra alguna.

—Vuelvo en diez minutos —dije pasando por delante de Damián para que éste me siguiera y así salir de la casa de mis padres. Lo que menos deseaba en ese momento era que me escucharan, así que emprendí camino hacia el único parque que había en el pueblo lo suficientemente alejado para que nadie nos oyera.

—¿Puedes decirme que demonios ha pasado para que te comportes así?

—preguntó cuando llevábamos andando más de dos minutos y yo aún seguía con los brazos cruzados mirando al frente.

—No lo sé, tal vez debas preguntárselo a Rebecca.

—¿Rebeca? —exclamó—. ¿Qué tiene que ver ella en todo esto?

Parecía confundido y aunque era consciente que sabía fingir muy bien, su victimismo me exasperaba.

—¡Vamos!, ¡Deja de fingir!, ¡Estaba en tu casa desnuda cuando llegué esta mañana!

En ese momento frunció el ceño como si no esperase esa respuesta. ¿Es que no le había dicho que me había presentado en casa esa mañana?, ¿De verdad se lo había callado la muy petarda?

—No sé que se supone que has visto, pero te aseguro que sea lo que sea no corresponde con la realidad.

—¿Quieres decir que tu ex estaba en tu apartamento desnuda por arte de magia? Por lo menos ten la decencia de reconocerlo en lugar de tratarme de estúpida —dije claramente enfadada.

—Anoche me llamó Michael a las cuatro de la madrugada completamente borracho y desorientado, había discutido con Rebecca y se había marchado del hotel. Salí a buscarle y pasé el resto de la noche tratando de convencerle para que regresara de nuevo con ella, pero al final me lo llevé a casa esta mañana y se encontró con Rebecca en mi apartamento. Te aseguro que lo último que haría en esta vida es acostarme con esa arpía egoísta... jamás creí que aún conservara la llave de mi apartamento y fui un estúpido por no cambiar la cerradura, pero al menos sirvió para que Michael haya descubierto la clase de mujer con la que se ha casado. De hecho, hoy mismo iba a iniciar los trámites del divorcio para separarse de ella.

¿En serio Michael la había descubierto? No podía evitar sentir cierta satisfacción al respecto, pero aunque le creía más a él que a cierta jirafa pechugona, no estaba del todo convencida.

—Me dijo que estabas en la ducha —dije no sabiendo si creer del todo su versión de los hechos, aunque desde luego me esperaba cualquier cosa de esa víbora.

—Pues debiste haberlo comprobado o haberme llamado, ¡Joder!, ¿Cómo puedo convencerte de que te quiero solo a ti? A la única persona que quiero en mi vida eres tú, María. Solo tú... puedes llamar a Michael, preguntar al camarero del bar donde pasamos casi toda la noche, ¡Dios María!, ¡No puedes

creer que sería tan ruin de acostarme con la mujer de mi mejor amigo y menos tratándose de una oportunista! Mi único delito es que te engañé para que acudieras conmigo a la boda, lo reconozco... en aquel momento estaba desesperado y solo quería aparentar ser un hombre feliz que había rehecho su vida cuando estaba lejos de ser así, pero me gustabas y de algún modo me hechizaste, me embrujaste hasta tal punto que comencé a inventarme cosas para retenerte a mi lado y pasar tiempo contigo. Tenía la esperanza de que por alguna absurda razón decidieras seguir conmigo, cuando todo esto acabase, que por ilógico que pareciera quisieras compartir tu vida conmigo.

Con aquellas palabras no lo pude soportar más y comencé a llorar, no sabía si por felicidad, emoción o un sinfín de emociones juntas que me avasallaban por completo. ¿Me quería?, ¿De verdad me quería?

—¿Todo este juego de fingir que era real era una estratagema? —pregunté queriendo saber toda la verdad.

—Quería demostrarte que podía funcionar, quería hacer que vivieras intensamente, que descubrieras que hay algo mucho más allá que tener todo planificado milimétricamente y tal vez así pudieras fijarte en mí. Supongo que erré en mis conclusiones, que después de todo no fue una buena idea, por un momento llegué a creer que había una posibilidad cuando me dijiste que querías quedarte. Por un segundo fui el hombre más feliz del planeta creyendo que podríamos darnos una oportunidad, que no querías que acabase.

—Y no quería —confesé—. No lo deseaba antes, ni ahora —revelé entonces provocando que se acercase hasta mí y me agarrase de la cintura para acercarme a su cuerpo y su sonrisa hacía que mi corazón se acelerase.

—¿De verdad María?, ¿De verdad me crees?, ¿Puede haber una posibilidad entre tú y yo?

Le creí. No sabía si eran mis ganas de creerle o que verdaderamente sentía cada una de sus palabras a fuego en mi piel.

—Te creo... y quiero estar contigo —susurré siendo consciente de lo que significaban mis palabras.

—Aún me debes un deseo, ¿Recuerdas? —preguntó acercándose lentamente a mi rostro y acariciando su nariz con la mía.

—Lo recuerdo señor Devoir... —esboqué sonriente queriendo besar sus labios.

—He aquí mi deseo, señorita Acosta. ¿Me permitirás el honor de compartir el resto de tu vida a mi lado?

—Dijiste que no podría negarme a tu deseo —contesté recordando el momento en el que me lo había advertido.

—Desearía fervientemente que no lo hicieras; ya tenemos la fecha, la capilla, el lugar idílico y las invitaciones repartidas... solo falta que mi preciosa novia acepte.

—Aunque quisiera, no podría negarme —reconocí—. Hace tiempo que mi corazón le pertenece señor Devoir y dudo mucho que fuera feliz en otro lugar que no fuese junto a ti.

En ese momento sentí como me alzaba y comenzaba a dar vueltas mientras me abrazaba.

—Te quiero —confesó en cuanto cesó su efusividad y sus ojos se fijaron sobre los míos—. Y quiero que sepas que cada una de las cosas que hice y dije, las hacía de verdad... jamás fingí contigo María, tu eres mi otra mitad.

—Te amo —contesté alzándome de puntillas para robarle un cálido beso—. Y me alegra saber que jamás fingiste, pues yo tampoco lo hice, me limité a decir lo que sentía.

—Siempre le agradeceré a esa agenda que pudiera retenerte en mi vida —confesó provocando que me riera con una mezcla de emoción, felicidad y una completa satisfacción por saber que Damián Devoir me quería, ¡Me quería!

Su boca acertó la distancia hasta apresar mis labios con fervor, con pasión, con ese frenesí que a ambos nos consumía y nos hacía perder en lo más profundo de las sensaciones que nos provocaba. Quería pasar el resto de mi vida al lado de ese hombre, por supuesto que lo quería, más bien lo había deseado con tanto fervor que me resultaba increíble que fuese real.

En el momento que emprendimos el camino de regreso a casa de mis padres, Damián me cogió de la mano y supe que todo mi mundo había cambiado, pero en realidad solo sentía mi corazón liberado. Ya no tenía que ocultar mis sentimientos, era libre de expresarlos sabiendo que eran respondidos y supe que a partir de ese momento, ya no era la misma María de siempre. La María calculadora, metódica y analista se había evaporado... comprendí que me importaba mucho más mi felicidad, que el tiempo que pudiera perder en encontrarla y es que a veces, lo inesperado puede ser completamente excitante y si no que me lo digan a mi, que jamás pensé enamorarme de un adonis griego a la salida de un ascensor y tener la suerte de que éste me correspondiese.

Epílogo

—¿Ha llegado ya? —grité histérica mientras me abanicaba fuertemente de los nervios que tenía consumiéndome cara poro de mi piel.

Hacía un calor infernal y definitivamente el cuartucho ese que había en la capilla donde tendría lugar la ceremonia era enano o quizá es que había demasiada gente.

—Tranquila María, que los nervios no traen nada bueno, además... ni si quiera estás lista aún —contestó mi madre tratando de serenarme mientras me hacía aire con otro abanico y la maquilladora daba los últimos retoques.

Nerea, Ingrid y las novias de los amigos de Damián eran mis damas de honor. Si. Al final había congeniado bastante bien con mi secretaria para considerarla una amiga e invitarla a mi propia boda, por no decir que me había vuelto íntima de Esther, Lorena y Laura... ¡Dios!, ¡Mi boda!, ¡Iba a casarme de verdad con el adonis griego! Todavía no podía creerme que fuera a pasar, aún me pellizcaba para comprobar que no se trataba de un sueño, pero definitivamente no lo era cuando ya habían pasado siete meses y no parecía arrepentirse de ello, es más, aún tenía latente la conversación que habíamos tenido la última vez que nos habíamos visto dos noches atrás.

—Solo dos días y serás la señora Devoir —susurró mientras me había dejado caer sobre su pecho y sentía cada latido de su corazón zumbando en mi oído derecho.

Sus dedos acariciaban los míos sin llegar a unir las manos, estábamos allí sentados en el sofá sin pretensión alguna de hacer algo más que no fuera conversar.

—¿Estás seguro de eso?, Todavía estas a tiempo de retractarte antes de casarte con esta loca de las listas eternas —dije riéndome de mi misma ya que hacía demasiado tiempo que había dejado de hacerlas, ahora prefería vivir cada instante durase lo que durase.

—No he estado de nada más seguro en toda mi vida, como del hecho de saber que serás la mejor madre para mis hijos.

En ese momento levanté mi cabeza y le miré a los ojos. No habíamos

hablado de tener hijos, lo cierto es que por el momento nos habíamos limitado a viajar, disfrutar y gozar de nosotros mismos, pero ahora que había sacado a relucir el tema quería saber que opinión tenía al respecto.

—¿Quieres tener hijos? —pregunté sonriente.

—Por supuesto que quiero... es más, me encantaría empezar ahora mismo —susurró acercándose para morder mi labio inferior y supe lo que estaba por acontecer.

—Espera un momento —advertí colocando uno de mis dedos en sus labios para frenarle unos segundos.

—¿Por qué? —pregunté mirándole directamente a los ojos para ver la verdad en ellos—. ¿Por qué yo? —insistí para estar realmente segura.

—Porque eres la única mujer que me ha hecho sentir que estoy vivo y porque hipnotizas hasta el último de mis alientos. Contigo aprendí que no quería ver la vida pasar, sino vivirla a tu lado.

«Más bonito y vomito purpurina rosa» pensé mientras me lanzaba sobre aquella boca y ni tan siquiera permití que avanzáramos de aquel sofá, sino que la ropa fue cayendo lentamente al suelo, hasta que esta vez, sin ningún tipo de impedimento, sentí la carne de mi adonis griego subyugándome hasta el placer más infinito.

Volviendo al presente no pude evitar tocar instintivamente mi vientre. Era poco probable que estuviera embarazada, pero existía la posibilidad de que un ser diminuto comenzara a gestarse allí dentro y la sola mención de ello me emocionaba.

—¡Ya esta aquí el novio! —gritó Nerea y en ese momento mi cuerpo se relajó.

Estaba allí. Damián había llegado para casarse conmigo, para decirnos un; Sí, quiero, frente a nuestros testigos más cercanos.

Por ironías del destino. Nerea había terminado saliendo con otro inglés o mejor dicho; escocés... y es que cuando Michael y ella se conocieron, parecieron saltar las chispas entre ellos, y digo chispas por no decir sencillamente fuego, puesto que su flechazo había sido tal, que ella se había mudado a Escocia dejándolo todo por amor y él parecía haberse recuperado completamente de la ruptura con Rebecca.

Rebeca la maldita o, mejor dicho, la jirafa pechugona había desaparecido por fin de nuestras vidas. Y es que cuando Damián la enfrentó después de la escena que protagonizó en su casa frente a Michael, se aseguró de que no

volviera a aparecer en su vida y por consecuencia también en la mía.

«Bien podría juntarse con el imbécil de Steven ya que son tal para cual» pensé en mi propio cupido personal.

Pero lo cierto es que lo único que me importaba en aquellos momentos era ver a Damián. Dos días sin verle ya suponía un suplicio después de pasar meses conviviendo y la emoción de saber que me estaba esperando superaba mis expectativas.

Había elegido un vestido de corte sirena, entallado hasta medio muslo con ribetes bordados por todo el cuerpo y después caía hasta arrastrar una pequeña cola, que junto al velo llegaba a ser de casi metro y medio, así que cuando avancé hacia el altar agarrada del brazo de mi padre... no sentí el peso de la cola que arrastraba, ni los zapatos de tacón que llevaba, ni los nervios que hasta el momento me habían consumido. No. Definitivamente solo podía pensar en que me iba a casar con el hombre más guapo que había sobre la faz de la tierra.

¡Dios!, ¡Más guapo y no nace! No era solo un adonis griego, definitivamente era el dios al completo en toda su esencia. Que porte, que rasgos, que... ¡Todo!

«Vale María... tu reacción es normal, después de todo estás enamorá»

—Y yo que creía que no podrías estar más bella, siempre me sorprendes. —Fue lo primero que mis oídos escucharon en cuanto sus manos cogieron las mías para ayudarme a llegar a su lado.

—No me digas esas cosas o empezaré a llorar cual magdalena —dije no creyéndome que aquello fuera a pasar, que ya estaba pasando de verdad.

—Ante mis ojos no hay mujer más bella que tu, mi preciosa María. Y acostúmbrate a escucharlo, porque te lo recitaré cada día cuando despiertes a mi lado.

«Vale. Ya está. He muerto y estoy en el paraíso porque no puede haber nada que me haga más feliz que este momento».

Todo pareció pasar a cámara rápida hasta que Damián cogió mis manos y el sacerdote formuló la pregunta decisiva.

—Damián Devoir, ¿Aceptas a María Acosta como tu legítima esposa y prometes serle fiel en lo próspero y en lo adverso, en la salud y en la enfermedad, amarla y respetarla todos los días de tu vida?

En ese momento Damián no miró al sacerdote, sino que me observó a mi directamente a los ojos.

—Si. Acepto.

«Y pese a saber que me quería porque me lo hubiera dicho infinitas veces, ahora tenía la seguridad de que era más real que nunca»

De la misma forma aquel sacerdote me hizo la misma pregunta.

—María Acosta, ¿Aceptas a Damián Devoir como tu legítimo esposo y prometes serle fiel en lo próspero y en lo adverso, en la salud y en la enfermedad, amarle y respetarle todos los días de tu vida?

—Ya creo que sí —contesté y escuché más de una risa por la capilla incluida la de Damián.

Y así fue como tras la entrega de anillos me convertí en la señora Devoir.

No tuve una boda de ensueño, tuve mucho más que eso... cada minucioso detalle fue absolutamente perfecto. Había dalias blancas por todas partes, en cada centro de mesa, en cada lámpara que colgaba del techo y la iluminación en el palacio de cristal donde habíamos decidido realizar la boda fue preciosa, más aún cuando las luces bajaron de intensidad para que bailásemos nuestro primer vals y se podía apreciar la noche estrellada sobre el techo.

—¿Eres feliz? —preguntó Damián cuando salí a su encuentro.

—Si fuera más feliz, explotaría —admití sonriendo.

—Me alegro, quiero hacerte feliz cada día de nuestras vidas, cada uno de nuestros momentos —contestó acercándose para rozar con su nariz mi mejilla.

—No necesito nada, me basta con estar a tu lado —confesé acortando la distancia para besar sus labios —Aunque sí que me gustaría saber algo, ¿Por qué elegiste las fresas en la invitación de boda y esa frase de “Hasta el final de la aventura”?

—Porque esa fue la primera vez que te besé y supe que quería que fueras la última. —Argumentó mientras me arrastraba por la pista de baile y yo me dejaba llevar cual algodón flotando al compás del viento—. Cuando te convencí para que viviéramos aquellos quince días como una aventura, fingiendo que todo era real, solo deseaba que cuando llegase a su fin, continuase, porque esa sería nuestra historia real.

—Así que lo tenías todo calculado y premeditado —dije con cierta ironía.

—En el momento que aquella agenda cayó en mis manos, supe que eras diferente. Confieso que al principio solo tenía curiosidad y una infinita atracción sexual, pero después fue mucho más que eso, ¡Me volviste loco! Y ya era incapaz de renunciar a la droga que me suponía tu cuerpo y tu esencia.

—Menos mal que no fui la única en volverse loca... —admití sonriente.

—Y por eso me encantas —contestó antes de elevarme del suelo para mi estupefacción y darme un cálido beso en los labios.

Habíamos reservado una suite en el mejor hotel de la ciudad para pasar la noche ya que nos apetecía hacer algo especial. Así que me reí cuando Damián intentó abrir la puerta con mi aparatoso vestido, pero al final lo consiguió, Nuestra cama estaba llena de pétalos de dalias blancas, había una botella de champán sobre una cubitera junto a dos copas, una fuente de fresas y en el momento que mis ojos vieron un enorme y gigantesco kínder de chocolate con forma de tarta grité de conmoción.

—¡Noooooooooooo! —exclamé removiéndome en sus brazos—. ¿Qué es eso? —grité completamente alucinada.

—Me engañaste —contestó sin un atisbo de enfado, sino que más bien parecía contener la sonrisa—. Me dijiste que tu sabor favorito eran las fresas cuando es más que evidente que te pierde el Kínder bueno.

—¿Y tú como carajos lo has adivinado?, ¡Me he partido el culo siete meses para que no te enterases! —exclamé siendo consciente de que me había comido suficientes Kínder bueno a escondidas para que no se pensara que era una histérica de las chocolatinas.

—Tengo mis recursos... —contestó con fingido desinterés.

Aunque Damián sabía por mi agenda que tenía algo de predilección por esa chocolatina, pensaba que no lo suficiente para haberlo deducido por su cuenta.

—¡Mataré a Ingrid! —exclamé atando cabos y por la sonora risa de Damián supe que había sido la autora confesa del delito.

—¿Por qué no mejor vas y compruebas que hay dentro? —preguntó cambiando de tema y frunció el ceño.

¿Qué habría dentro?, Supuestamente debería estar un relleno deliciosa de crema de avellana, pero en el momento que partí aquella enorme barrita de chocolate comprobé que estaba hueca y en ella se escondía una especie de rollo de terciopelo anudado dentro de una bolsa de plástico transparente para protegerlo.

—¿Qué es esto? —pregunté ahora conmocionada.

—Ábrelo y lo entenderás —dijo acercándose hasta mi y cuando comencé a desenrollarlo recordé exactamente el momento en el que le había visto hacer algo similar.

—No... —negué adelantándome al momento en el que vería el reflejo de aquella joya en mis dedos.

—Ahora es tuya de verdad —dijo justo en el momento que aquella gargantilla de diamantes y esmeraldas engarzadas se deslizó entre mis dedos—. Te pertenece, como mi corazón... ambos son tuyos, únicamente tuyos.

Si me hubieran dicho que en el momento que me colocó aquella gargantilla hubiera pensado que algún día podría ser mía, me habría reído en la cara de quien me lo dijera, pero en aquel momento solo creía que, de un instante a otro, iba a morir de felicidad.

Sin poder evitarlo comencé a llorar por la agrupación de sensaciones que no podía evitar sentir y noté el roce de sus dedos en mis mejillas.

—Soy tan dichosa, que siento que esto sea un simple sueño y nada pueda ser real —contesté tratando de sonreír.

—Entonces déjame demostrarte que no se trata de un sueño, déjame amarte hasta la rendición de nuestros cuerpos...

Y aquellos labios creados para el pecado, comenzaron a colmarme de besos por cada palmo de mi piel mientras lo acompañaban sus dedos. Sentí la suavidad de sus caricias al mismo tiempo que me entregaba en cuerpo y alma al placer del que era colmada. Su lengua jugueteaba, me exasperaba y me hacía rogar por ser poseída, hasta que finalmente mis súplicas fueron escuchadas y sentí como se adentraba frenéticamente mientras gritaba su nombre.

—Damián... —susurré abrazada a su cuerpo en aquella cama completamente extasiada.

—Dime preciosa —contestó acariciando la piel desnuda de mi brazo.

—Si pudieras dar marcha atrás y volver al momento en el ascensor donde nos encontramos, ¿Cambiarías algo de lo sucedido? —pregunté con la sola idea de que no habría cambiado ningún momento vivido.

—No —negó provocando que en ese momento me alzase y le mirase fijamente—. Cada uno de los momentos que vivimos me llevaron hasta tenerte donde quería, así que no cambiaría ni un ápice de lo sucedido.

—¿A ti te parió tu madre o te esculpieron los dioses? —pregunté sin poder remediarlo porque no era normal que tuviera esas respuestas. Su estridente risa hizo que le diera un manotazo y aprovechándome de la situación me coloqué sobre él a horcajadas para tener un mejor acceso a sus abdominales. Vi como cogía una de las fresas de la fuente y la mordía mientras

me observaba fijamente—. Definitivamente te esculpieron los dioses — aseguré mientras mis manos definían aquellos músculos hasta provocar que aquella sonrisa se convirtiera en un jadeo y se incorporase para morder ahora mis labios en lugar de aquella fruta prohibida.

«Y debieron romper el molde cuando lo esculpieron porque no había otro hombre sobre la faz de la tierra como aquel adonis griego» pensé mientras saboreaba aquellos labios, que me otorgaban besos con sabor a fresas.

Diez meses más tarde.

—Aún no sé como me he dejado convencer para esto, como te ocurra algo mataré a Michael por más amigo mío que sea —maldijo Damián refunfuñando mientras el avión privado alzaba el vuelo y ponía rumbo a Escocia.

Michael y Nerea iban a casarse en una pequeña y muy íntima ceremonia en Escocia en la cuál Damián y yo seríamos sus padrinos y testigos ya que se habían conocido gracias a nosotros por lo que mis casi nueve meses de embarazo a falta de una simple semana no iban a impedirme estar en la boda de mi mejor amiga.

—No me pasará nada, no salgo de cuentas hasta la próxima semana, así que relájate y disfruta del viaje —dije completamente calmada.

—Ya... pero igual podría adelantarse o no, o... ¡Deberíamos quedarnos en casa!, ¡Como hace cualquier persona razonable que será padre dentro de unos pocos días! Y no camino de otro país a una boda.

Sabía que estaba nervioso, yo también lo estaba, pero no pensaba renunciar a la boda de mi mejor amiga, aunque fuese la segunda para Michael.

—Cálmate Damián... si hasta contrataste a un médico que nos acompañará todo el viaje, no sé de qué te preocupas.

Damián había contratado a Arturo, un hombre de mediana edad que tenía experiencia en partos para que nos acompañase todo el viaje. Seguro que se estaba gastando una pequeña fortuna solo por su paz mental.

—¿De qué me preocupo?, ¿Sabes la cantidad de partos que pueden complicarse? Solo quiero estar tranquilo y que estés en las mejores manos cuando llegue el momento.

—Y estaré en las mejores manos, porque estaré contigo —dije quitándome el cinturón de seguridad y deslizándome hasta su asiento para sentarme en su regazo, algo que él no rechazó, sino que me acogió entre sus manos y acarició mi abultado vientre, ese que por momentos sentía que explotaría porque mi piel no podía ceder más.

Aún no podía creer que me hubiera quedado embarazada tan pronto, solo un mes después de la boda ya tuve la primera falta y unas semanas después comprobé tras realizarme los análisis que efectivamente estaba embarazada de

nuestro primer hijo, un pequeño niño al que llamaríamos Elías.

Tanto los padres de Damián como los míos estaban infinitamente felices por la llegada del pequeño, tanto era así, que mis propios padres habían alquilado una casa en la ciudad para estar más cerca de su nieto y la madre de Damián les invitaba cada dos por tres a los acontecimientos familiares que celebraba.

Me gustaba la idea de que nuestras familias hubieran encajado tan bien y lo cierto es que aún había días en los que al despertarme, tenía que pellizcarme el brazo para recordar que todo aquello había sucedido realmente y que no se trataba solo de un sueño.

—No me culpes por preocuparme, ya sabes que sin ti estoy perdido y ahora mi vida sois vosotros —susurró mientras me atraía hasta sus labios y sellaba aquellas palabras con un cálido beso.

—No te culpo, solo te amo un poco más por ello —sonreí mientras me amoldaba para estar más cómoda y me dejaba caer sobre su pecho para pasar así el resto del vuelo.

A diferencia de la anterior ceremonia, esta vez la boda se realizó en una pequeña capilla propiedad de la familia de Michael donde solo estábamos apenas una veintena de personas, solo habían asistido algunos amigos y los padres de los novios exclusivamente ya que en aquella ocasión y por acuerdo de ambos, deseaban que la boda se realizase en un ámbito muy cercano.

—Felicidades querida amiga —dije en cuanto los novios se habían dado el sí quiero frente al altar y por fin pude abrazar a Nerea.

—¡Oh!, ¡Gracias! Aunque más agradezco que estés aquí sabiendo que eres la causante de mi felicidad a pesar de lo que conlleva —dijo acariciando mi vientre.

—Me extraña que tardaseis tanto tiempo en casaros teniendo en cuenta lo rápido que fueron las cosas entre vosotros —mencioné en voz baja.

—No pensábamos hacerlo, hasta que... bueno... —mencionó mirando hacia su vientre y a tocárselo con las manos— alguien decidió presentarse sin avisar y creímos oportuno formalizar nuestra relación, por eso nos decantamos por una ceremonia tan íntima y personal.

—¡Oh dios mío!, ¿Estás embarazada? —exclamé sin poder evitar emocionarme y ella asintió sonriente.

Yo misma conocía de primera mano lo que significaba esa sensación, más aún la de la llegada inminente del momento puesto que tenía unas ganas

enormes de tener al fin a mi pequeño entre mis brazos para ver su cara.

Las felicitaciones a partir de ese momento fueron dobles, no solo por la felicidad de los recién casados, sino de que en apenas seis meses serían padres como pronto lo seríamos Damián y yo si todo salía bien.

«Y no había lugar para que saliera de otro modo»

La cena fue tranquila y bastante discreta. Todo estaba decorado de forma silvestre con hojas verdes y algunas flores blancas. Únicamente había una mesa alargada para los veinte comensales y Damián dio un discurso a los novios de nuestra parte deseándoles toda la felicidad que estábamos seguros tendrían. Por suerte la cena terminó pronto y lo agradecí porque mis pies me estaban matando con aquellos zapatos, puesto que últimamente no soportaba otra cosa, que no fuera estar descalza.

—¡Oh dios!, ¡Qué dolor! —exclamé mientras me dejaba caer sobre la cama.

—¿Qué te pasa?, ¿Estás bien?, ¿Llamo al médico? —preguntó de pronto Damián acercándose hasta la cama y comprobando que tal me encontraba.

—Si está dispuesto a darme un masaje en los pies, adelante... llámale, no tengo ningún reparo en que lo haga, aunque estoy segura de que tú lo haces mejor —dije sonriente mientras cerraba los ojos y trataba de relajarme.

No era la primera vez que Damián me masajeaba los pies, de hecho abusaba bastante de mi estado para aprovecharme de la situación. Me sentía hinchada, pesada, enorme como una vaca y solo deseaba que al fin aquella sensación se evaporara, más aún si tenía en cuenta de que eso ocurriría cuando por fin tuviera a mi pequeño Elías entre mis brazos.

Damián me descalzó suavemente y cuando comencé a sentir sus dedos ejerciendo presión exclamé un gemido de placer.

—Preciosa, si sigues haciendo eso no me podré contener y haré mucho más que un simple masaje de pies —mencionó con ese tono de voz ronco que provocaba que todo mi cuerpo convulsionara.

—¿Y quien ha dicho que solo deseo que me limites a mis pies? —exclame volviendo a jadear de placer cuando noté que sus manos ascendían por mis piernas notando tocando la piel desnuda hasta llegar a mis caderas.

—No sé como lo consigues, pero cada día me vuelves más adicto a ti —gimió antes de besarme y sentir como acariciaba mi clítoris provocando que esta vez si jadease de infinito placer.

Iba a recriminarle justo antes de subir al avión que yo tenía razón en la

decisión de venir, que no había pasado absolutamente nada y que nuestro hijo no sería escocés, pero en el momento que puse un pie dentro del jet privado de la empresa sentí la primera contracción, solo que reprimí aquel dolor y fingí que todo estaba bien.

«Elías... más te vale no nacer en este avión si no quieres que a tu padre le de un ataque al corazón» susurré mientras me acariciaba la barriga y me dejaba caer en el asiento hacia atrás para respirar profundamente.

Era consciente de la tortura mental a la que Damián iba a someterme por sus propios nervios si lo confesaba, así que me aguanté reprimiendo aquel dolor porque sabía que aquello no sería cosa de dos horas, sino que de más... bastante más si hacía caso de todos esos libros que había leído para estar preparada cuando llegase el momento.

—¿Estás mareada? —preguntó entonces Damián y supuse que se había dado cuenta de la situación.

—Sí, un poco —admití—, pero tranquilo... no es nada —fingí mientras aparentaba que me quedaba dormida.

Fueron las dos peores horas de mi vida y las contracciones cada vez eran más fuertes conforme nos acercábamos al aeropuerto en el que íbamos a aterrizar. Justo cuando sentí que las ruedas al fin tocaban el suelo, me juré y perjuré que no volvería a contradecir a Damián, aunque ahora mismo solo quería que me chutaran algo y terminar con aquel infierno que estaban siendo aquellas contracciones.

—Damián tu me quieres, ¿Verdad? —pregunté mirándole fijamente y vi que él parecía extrañado.

—Por supuesto que sí, más que a nada en este mundo —corroboró por si tenía alguna duda al respecto.

—Vale... pues no me mates cuando te diga que hace dos horas que estoy de parto —solté mientras rechinaba los dientes por el dolor y vi como su cara pasaba a tener una tez pálida sin reacción.

—¡Arturo! —gritó llamando al médico que nos había acompañado durante todo el viaje—. ¡Haré que traigan una ambulancia inmediatamente! —exclamó levantándose del asiento mientras dejaba que el médico abriera su maletín y me tomara el pulso rápidamente.

Tras horas después de aquel momento, Elías Devoir vino al mundo pesando tres kilos y doscientos gramos. Un pequeño adonis griego igualito que su padre, pero con unos increíbles ojos verdes, el único rasgo que podría

decir que había aportado a dicha obra de la naturaleza que no podía dejar de admirar. En el momento que sostuve aquel pequeño entre mis brazos, supe que éramos una familia completa, que mis deseos se habían hecho realidad y que la vida no podía regalarme más felicidad.

—Hola pequeño... —susurré—. ¿Sabes que eres la cosita más bonita del universo? —gemí con voz suave sin creermelo que al fin estuviera allí junto a mí, junto a nosotros.

Era tan hermoso y sentía una calidez inaudita en mi pecho como si me sobrecogiera, no entendiendo como podía amar tanto a un ser tan pequeño al que acababa de conocer.

—Gracias... —susurró la voz de Damián y sentí como sus labios presionaban mi frente en un cálido beso, después hizo lo mismo con nuestro pequeño—. Soy el hombre más afortunado por teneros —añadió segundos después y sentí como mi corazón se aceleraba—. Y me has concedido el mayor regalo que podía albergar; una familia.

—Gracias a ti por hacerme inmensamente feliz y por demostrarme cada día cuánto me amas —contesté sonriente y entonces sentí el sabor de sus labios sobre los míos.

—Hasta el fin de mis días, preciosa... hasta que me muera, soy y seré solamente tuyo.

Mi pulso se aceleró instantáneamente como cada vez que Damián Devoir me hacía una confesión, pero lo cierto es que solo estaba segura de dos cosas; que había dicho la verdad y que yo sentía exactamente lo mismo por ese adonis griego al que jamás me cansaría de admirar.

Fin.

Biografía de la Autora



Phavy Prieto es una joven española de origen andaluz que estudió Ingeniería de Edificación.

Comenzó a escribir sus primeros relatos en Marzo de 2017 compaginando con su actividad profesional la pasión por la lectura que siempre la había acompañado, obteniendo una gran audiencia por la demanda de sus libros.

Sus primeras publicaciones fueron sobre novelas de ámbito histórico con la Saga Ordinales, entre ellas destacan “La novena hija del conde” o “El séptimo pecado” y su última publicación de género erótico “La Perla rusa” alcanzó los primeros puestos en las listas de venta de Amazon.

Actualmente tiene varios proyectos en curso y sigue activa en sus redes sociales o plataformas de lectura donde se comunica con sus más de doscientas mil florecillas.

Phavy Prieto; alegre, divertida, risueña y con mucho humor, son diversas características que definen a esta autora eternamente agradecida con sus bellas florecillas que así es como define a sus lectoras.

Para saber más sobre la autora, fechas de publicaciones y todas sus obras, visita su página web o visita sus redes sociales:

www.phavyprieto.com